

LESTER DEL REY
EL AMADO DE LOS DIOSES
y otros relatos

SUPER
FICCIÓN



Lectulandia

Lester del Rey (seudónimo de Ramón F. Álvarez del Rey) es un maestro del cuento breve, como ya quedó demostrado en la antología *El dios más pequeño y otros relatos* (Colección Super Ficción Nº 47). En esta segunda antología el autor nos presenta doce relatos nuevos, característicos de su original producción.

Lectulandia

Lester del Rey

El amado de los dioses y otros relatos

Super Ficción - 73

ePUB r1.5

karpanta 14.07.13

Título original: *Early del Rey*
Lester del Rey, 1975
Traducción: Horacio Vázquez-Rial
Diseño/Retoque de portada: Salinas Blanch

Editor digital: karpanta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A la memoria de John W. Campbell,
gran editor, que me enseñó a escribir.
Y a Howard De Vore, por las pruebas
de amistad que me ha dado.*

Saint Louis vivía el *boom* de la guerra cuando llegué allí en mayo de 1942. Sin embargo, no tuve problemas para encontrar alojamiento en los barrios nuevos. Alquilé una habitación en un hotelito del bulevar Lindell, a un par de manzanas de la pensión donde se alojaba mi novia. Me cobraban la exorbitante cantidad de siete dólares a la semana, pero compartía un baño con la habitación contigua y tenía teléfono, lo que representaba un verdadero lujo para mi en aquella época. Me instalé tan pronto como llegó mi baúl, distribuyendo mis máquinas de escribir. Todavía contaba con lo que, a mis ojos, suponía una cantidad adecuada de dinero, de modo que decidí descansar del esfuerzo de la mudanza yendo a conocer el restaurante local en que tomaría el desayuno y el almuerzo y efectuando la primera visita a la ciudad.

Durante mi entrevista con Campbell, antes de mudarme, éste me había mostrado la ilustración para una portada de alguien llamado Munchausen (*sic*). Se trataba de una de esas escenas «astronómicas» que a Campbell le gustaba publicar de vez en cuando, un tosco cohete y varias figuras de pie junto a una especie de desfiladero, en la Luna, con la Tierra sobre sus cabezas y un Sol brillante en el espacio. Me sugirió escribir un cuento largo basándome en esa portada, unas veinte mil palabras. Dispondría de tiempo suficiente y me enviaría una copia fotostática de la cubierta. Nunca había intentado escribir a partir de una ilustración. En *Astounding*, no se solían comprar las ilustraciones primero, aunque la práctica era habitual en otras revistas. Me pareció un interesante desafío.

De modo que aguardé la copia. Algunas vagas ideas me daban vueltas perezosamente en la cabeza. Comprendí que tropezaría con dificultades. Ya por entonces las historias sobre el primer aterrizaje en la Luna estaban pasadas de moda. No era fácil encontrar algo nuevo. Rechacé un montón de proyectos, y seguía pensándolo cuando llegó la carta de Campbell.

Sin embargo, sin duda había cometido un gran error al exponerme sus planes, o bien yo no le había entendido. No me mandaba copia de la ilustración. Por el contrario, la carta comenzaba diciendo que planeaba incluir la tal ilustración en la edición de octubre y que íbamos muy atrasados. Esperaba que mi cuento estuviera ya en camino. Lo necesitaba en su oficina a fines de semana. Si no, se vería obligado a buscar otro escritor para esa cubierta.

Naturalmente, se trataba de un retraso en el correo. Campbell había echado la carta el lunes y ya estábamos a miércoles... Mi manuscrito no llegaría a tiempo si aguardaba al día siguiente para despacharlo.

Por fortuna, tengo una memoria visual bastante buena, aunque ignoro por qué razón, mis cuentos raras veces incluyen demasiados detalles de tipo visual. Veo el ambiente en mi imaginación, pero nunca lo transmito al papel. Estaba bastante seguro de recordar el número de las figuras que había en torno a la nave. Eso no constituía ningún problema.

Inventar la trama, sí. La carta había llegado a eso de las nueve de la mañana. Salí a desayunar, dando vueltas en mi cabeza a todas las trivialidades que se habían escrito alguna vez sobre la Luna. Y de algún modo, tal vez a causa de la misma urgencia, encontré el primer esbozo de una idea. Los primeros en llegar a la Luna, ¿eran de verdad los primeros? ¿O sólo lo creían así?

A partir de eso, logré idear el resto de la historia antes de terminar el desayuno, y tracé los rasgos de mi protagonista. El resto ya iría surgiendo a medida que lo escribiese. (Algunos escritores gustan de sorprenderse a sí mismos con el desarrollo de una simple idea. Yo odio empezar antes de conocer hasta el último detalle. No obstante, en ciertos casos, pocos, he descubierto que puedo trabajar del otro modo, aunque los resultados difícilmente son tan buenos).

De modo que volví a mi cuarto, me senté ante la Oliver, puse una hoja y empecé a escribir. No me levanté hasta terminar la última de las veinte mil palabras. Luego marché a tomar un bocado a toda prisa, regresé corriendo ante la máquina y lo pasé todo a limpio.

A las diez de esa misma noche, llevé el manuscrito terminado a la oficina de correos y lo despaché, incluyendo una notita que no decía expresamente, pero sugería con toda claridad que, por suerte, sólo había tenido que perfilar los detalles. Ya en casa, me desplomé sobre la cama en silencio.

No creo haber engañado a Campbell con mi nota. Aceptó la narración, pero me pagó sólo lo justo. Sabiendo lo que sé ahora acerca de los editores inteligentes (y él era de los más inteligentes), sospecho que pude tomarme más tiempo y efectuar un trabajo mejor. Con casi absoluta seguridad, intentaba paliar mi tendencia a dejarlo todo para última hora, con la idea de que le enviase mi narración el sábado, a fin de disponer de ella el lunes.

A veces pienso que ningún escritor debería saber una palabra sobre editores y editoriales. Al parecer, hay una especie de contienda inherente a las relaciones entre escritores y editores, en la que cada uno trata de engañar al otro.

Y funciona muy bien, por cierto, hasta que el escritor se vuelve tan sofisticado como para engañarse a sí mismo.

De todos modos, ésa fue mi primera lección sobre cómo escribir en condiciones de máxima urgencia, lección que me fue útil en otras muchas ocasiones. Ahora, ya no temería un encargo urgente. Debo mucho, por lo tanto, a *Alunizaje*.

1

El cuerpo de Grey estaba cubierto de un sudor frío, que resbalaba desde sus sobacos y se condensaba en gotitas sobre su cuerpo. Se agitó en su saco, gimiendo suavemente. Debió de despertarle el sonido de su propia voz, porque salió de su sueño, en el que caía de manera interminable hacia una conciencia creciente. La sensación de caída persistía. Esbozó un gesto instintivo y frenético, buscando algo a qué asirse. Sus manos encontraron el flojo tejido del saco. Hizo una mueca.

Aun antes de tocar la trama, la reacción de sus movimientos debió de aclararle dónde se encontraba, cuando su cuerpo chocó contra la parte opuesta de la superficie del saco. Aquello era el espacio. La gravedad había quedado muy atrás, salvo por los delicados dedos que ahora se acercaban cautelosamente desde la Luna y le empujaban de nuevo hacia la parte superior del saco. Por unos segundos, permaneció allí, sonriendo apenas al recordar los cuentos que había leído, según los cuales la falta de gravedad hacía latir agitado el corazón o contraerse el estómago. Pero el espacio no era así. Ahora lo sabía y, en realidad, debió de haberlo sabido antes. Se parecía muchísimo a los primeros momentos de la caída libre, antes de abrirse el paracaídas, como una sensación de paz, al comprender que no había peligro. Y el corazón se veía liberado de parte del esfuerzo necesario y se ajustaba a un latido tranquilo y fácil, mientras que el estómago controlaba la situación. No era la falta de gravedad, sino sus modificaciones, lo que provocaba el mareo.

Por supuesto, notaba en los oídos una sensación extraña... una sensación de mareo, que aumentaba poco a poco a medida que los líquidos internos quedaban libres del tirón de la gravedad. No obstante, las horas en la cámara de aclimatación surtieron su efecto, y el malestar pasó pronto. La mayor dificultad consistía en la adaptación mental precisa para superar la costumbre de tener algo debajo y considerar las seis paredes iguales. Una vez logrado, el espacio se convertía en una cosa muy agradable.

Con la escasa energía necesaria para moverse allí, tendió la mano y abrió la cremallera que había sobre él. Salió culebreando de su saco de dormir y bajó hasta el suelo, sujetándose a las cuerdas adosadas a las paredes y que servían de agarraderas. La cámara, pequeña y cargada con los olores de los cuerpos humanos colgados en otros tantos sacos apoyados contra las paredes, resonaba a causa de los ronquidos de Wolff y el silbido del aire acondicionado.

Uno de los sacos se abrió, y Alice Benson asomó la cabeza, sonriéndole con

calma.

—¿Es usted, Grey?

¿Por qué al mirarla le abandonaba la impaciencia que debería sentir?

Demasiado vieja y frágil para embarcarse en un viaje semejante, sobre todo porque nada parecía justificar su presencia, la total normalidad de su conducta en tales condiciones resultaba extrañamente tranquilizadora. En la atiborrada y maloliente cabina de la *Polilla Lunar*, su porte conservaba una distinción que, según sospechaba él, ocultaba el sentimiento de urgencia que la invadía a veces.

—Sí, señora.

Los escasos modales que había aprendido salían a la superficie cuando se veía ante ella.

—¿Por qué no duerme? —se interesó.

Ella meneó la cabeza. Un asomo de sonrisa arqueó las comisuras de su boca.

—No podía, hijo. He vivido demasiados años con algo bajo mis pies para adaptarme tan bien como vosotros, los jóvenes. De todas formas, tiene sus compensaciones. Nunca había descansado tan bien, ni dormida, ni despierta. ¿Le apetece un poco de café?

Él asintió, acercándose con precaución gracias a las cuerdas que le servían de asidero, mientras que Alice Benson sacaba un termo de un armario y reemplazaba el tapón por otro con dos pajillas incrustadas. Sobre sus cabezas, Wolff seguía roncando y gargarizando de un modo muy desagradable. La mujer miró disgustada hacia su saco, pero no dijo nada. Grey tomó agradecido el café, sorbiendo lentamente por una de las pajillas. Las tazas hubiesen sido más que inútiles, ya que los líquidos, negándose a caer, formaban burbujas redondeadas, que conservaban su forma gracias a la tensión superficial.

—Ralston fue ya a encargarse de las máquinas —explicó ella, respondiendo a la mirada de Grey hacia el saco vacío—. Y June sigue en la cabina de mando. Los demás duermen. Puse un sedante en su caldo para que no despertaran durante el aterrizaje. Yo también tomaré un sedante suave cuando inviertan la marcha. No tendrán que preocuparse por nosotros.

Grey apuró el café y le devolvió el termo, con una sonrisa de agradecimiento. Luego, se volvió hacia la angosta escotilla que llevaba a la cabina de mando. Un tirón a las cuerdas le envió deslizándose por la escotilla, aunque tuvo que guiarse apoyando una mano en la pared, antes de controlar su impulso en la parte inferior y abrir dificultosamente la portezuela. En el interior, June Correy, inclinada sobre la pantalla de observación, observaba por el pequeño telescopio, tomando notas en una libreta. Entró en silencio, sin molestarla, y se instaló en el acolchado asiento de control, sacando un cigarrillo.

June le miró nerviosa cuando llegó hasta ella el olor del tabaco y, por un breve

instante, hubo algo más que mero desprecio en sus ojos. Unos ojos bonitos..., al menos cuando ella lo deseaba. Grey había visto ardor y coraje en ellos cuando el dificultoso despegue había inquietado a los demás. Pero para él sólo había una mirada que le recordaba invariablemente sus treinta y cinco kilos de peso y su metro cuarenta y cinco de estatura. Le sonrió, recorriendo con la mirada su esbelto cuerpo de un metro cincuenta, hasta los cabellos color de miel, reconociéndole en su pensamiento la belleza y sabiendo que ella la aprovechaba sin escrúpulos para lograr sus fines. El hecho de que él fuera exteriormente inmune a sus encantos no aumentaba el cariño que la chica le otorgaba.

Encogiéndose de hombros, June volvió a la pantalla de observación, fingiendo ignorar el humo que flotaba hacia ella, aunque las aletas de su nariz vibraron de modo casi imperceptible. Habituada a un paquete diario, sin duda se había fumado los cinco cigarrillos del racionamiento en unas horas.

—¿Un pitillo, Zanahoria?

—No me gusta abusar de los enanos.

Pero sus ojos se volvieron involuntariamente hacia el cilindro blanco que sostenía la mano de Grey.

—Ración de aterrizaje, especial para el piloto jefe —dijo éste, lanzándose—. Me concedieron un paquete entero para el momento del aterrizaje, por si necesitaba calmarme los nervios. Teniendo en cuenta tu grado técnico, no lo mereces, pero mi caballerosidad no soporta el sufrimiento femenino. Fúmatelo y deja de gemir.

El gruñido de ella fue muy elocuente, pero el cigarrillo ya estaba encendido. Cuando se recostó, había menos hostilidad en sus ojos.

—¡Caballerosidad! No conoces el significado de esa palabra.

—Quizá no. Hasta ahora, nunca había tratado a mujeres menores de sesenta años, de modo que no sé... Es verdad, no me mires así. Por lo que alcanzo a recordar las chicas me han acogido siempre como un veneno, cosa que no me molesta... ¿Nerviosa?

—Un poco. —Miró de nuevo a la pantalla—. La Tierra no parece tan amistosa desde aquí arriba. Y no consigo olvidar a Swanson. Debe de haberse estrellado, ¿no? ¿Estarán vivos, aún?

Grey meneó la cabeza. Aparte de la exploración, su expedición llevaba la misión de rescatar a Swanson, y sus dos hombres, si quedaba alguno con vida. Ochenta días antes, se había encendido la doble bengala de oxígeno y magnesio prevista para señalar un accidente, y las provisiones que llevaban no sobrepasarían el mes.

—Tal vez si sus provisiones no sufrieron ningún daño. Se aguanta mucho cuando no hay más remedio. Que hayan intentado salir antes de nuestra llegada depende de si esperaban o no que les rescatasen... Voy a invertir la marcha. ¿Te quedas?

June asintió. Grey levantó el pequeño teléfono que conectaba con la sala de

máquinas.

—¿Ralston? Dispóngase a girar. ¿Los giróscopos están preparados? ¿Y la energía? Muy bien, ajústese el cinturón.

Y diciendo esto, se abrochó el suyo, al tiempo que June Correy se sentaba a su lado y le imitaba. Una última mirada al cronómetro, y Grey tendió la mano hasta la palanca del giróscopo, empujándola hacia abajo.

La *Polilla* se detuvo lentamente, dejando caer de mala gana su cola. A través de la pantalla de observación que tenía delante situada en paralelo con los tubos de escape de los cohetes, Grey vio alejarse el pequeño balón que era la Tierra, hasta desaparecer de la vista. Los segundos transcurrían con lentitud, mientras los giróscopos reaccionaban, dando mil vueltas para que la *Polilla* diera media, ya que la relación entre su masa y la de la nave se reducía a medio kilo por tonelada. En el espacio no se precisaban maniobras súbitas. En cambio, importaba muchísimo ahorrar peso, aun cuando el combustible atómico proporcionaba la energía necesaria. Al fin, la rugosa superficie de la Luna apareció a un lado de la pantalla, y Grey apagó todas las luces de la cabina, enfocando el brillante visor de aquélla. Volvió a maniobrar los controles de los giróscopos, desplazando poco a poco la nave, hasta que el punto elegido quedó justo en el cruce de las líneas de la pantalla. Satisfecho, soltó la palanca.

—¡Buen trabajo, medio litro! No lo haces mal cuando se trata de trabajos delicados...

June había hablado en tono gruñón, pero él reconocía la justicia de sus palabras y las aceptó en lo que valían.

—¡Hum! Supongamos que pones en marcha la radio y llamas a la Tierra. Tan pronto como intensifique el chorro, te resultará imposible. El campo que se cree interferirá tu señal. ¿Sabes lo que tienes que decir?

—¿Después de trabajar cinco años en la agencia de noticias? No seas tonto. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Unos diez minutos.

—Bien. ¿Quieres enviar algún mensaje? ¿Amigos, parientes? Incluiré unas palabras en tu honor, si quieres. Para compensar el cigarrillo.

Ya estaba accionando la palanca de la radio, adelante y atrás, con objeto de dar la máxima potencia a las baterías. Así, la emisión atravesaría el espacio en forma de ondas ultracortas, capaces de integrar un rayo razonablemente compacto.

—Ni amigos, ni parientes, ni mensajes. Una vez tuve un perro, pero murió. Será mejor que lo olvidemos.

Grey, por su parte estaba calculando velocidades y distancias, sirviéndose de sus escasos instrumentos y la tosca guía que le proporcionaba la imagen de la Luna, sabiendo que los cálculos efectuados en la Tierra eran mucho más exactos que los que él podía hacer, pero sintiendo la necesidad de comprobarlos, para su propia

satisfacción.

June apartó la vista de la radio, mostrando un destello de curiosidad.

—Sabía que eras un tipo raro, Grey, pero no que fueras también misántropo.

—No, no soy un misántropo. Sólo que la gente no piensa como yo. Quizá porque nadie escribió nada sobre mis páginas en blanco. Todo lo que hay en ellas lo garabateé por mí mismo.

Se pasó una mano por el cabello de un gris acerado apartándolo de sus fríos ojos grises y sonriendo ante la imagen mental que se había forjado de su propia persona. Un ser fuera de todas las normas, ya que una piel humana sana no toma al tostarse ese color castaño oscuro sobre fondo gris, que le daba un tono uniforme.

—No hagas preguntas personales, Zanahoria, porque no podré contestarlas. Soy un amnésico. Mi madre fue una psicóloga de setenta años; mi padre, una enciclopedia, y mi escuela, la angustia de ganarme la vida.

No veía la cara de su compañera pero, cuando ella habló, en su voz no se advertía la piedad ni la sensiblería que estaba habituado a esperar cuando mencionaba los hechos.

—¿Y entonces, cómo elegiste venir?

—Ni siquiera lo sé. Supongo que por capricho... ¿Terminaste ya? En ese caso calla mientras intento que esto empiece a descender. La Luna no presenta muy buen aspecto, pero en algún lado encontraremos una zona nivelada para apoyar nuestro trípode. ¡Adelante, Ralston! ¡Con suavidad!

Los dedos largos y sensitivos de Grey se dirigieron a las clavijas que controlaban la acción del único tubo. Interrumpió los circuitos, dejando que se calentara, y dio después la enorme potencia necesaria para hacerlo arrancar, antes de realizar las maniobras normales. Una lucecita roja parpadeó en el panel. Grey se echó hacia atrás, aumentando poco a poco la potencia, mientras que el borde de la pantalla más próximo al tubo se iluminaba con un suave resplandor azul y un vago brillo aparecía en derredor suyo. La infernal raya azul del escape de los cohetes fulguraba detrás de ellas... Delante, mejor dicho, ya que la llamada base de la nave se dirigía siempre hacia el punto de destino cuando se conectaba la energía de desaceleración. De llevar cohetes en ambos extremos, o a los lados, no se hubiera logrado controlar el peso. La aguja del gravígrafo comenzó a subir: desaceleración de un cuarto de gravedad, de media luego, una gravedad entera les golpeó por detrás.

La sensación de peso se abatió sobre Grey, provocando en su estómago una retardada sensación de náusea para la que se encontraba totalmente desprevenido. Por fortuna, fue momentánea. El ritmo de su corazón se aceleró a causa del esfuerzo rutinario por igualar presión y circulación y se regularizó en seguida, adaptándose a la fuerza de la gravedad. Pasó el paquete de cigarrillos a Correy, que encendió también uno para él. Hablar hubiese sido inútil en tanto se filtrase el rugido del

cohete, martilleando sus oídos. Tal vez en teoría un cohete debería ser silencioso, pero éste en verdad que no lo era. Desde ahora hasta el momento de iniciar el verdadero aterrizaje, sólo se trataba de permanecer sentados en silencio, aguardando a que la ciega aceleración de la nave se redujera y disminuyera la distancia con un mínimo de atención por su parte. Se recostó, fumando perezosamente, sumido en sus pensamientos, reuniendo sin emoción sus recuerdos, estimulado por las anteriores palabras de Correy.

Según parece, ningún niño recuerda su primera infancia al llegar a la edad adulta. En cambio, una mente recién nacida en un cuerpo adulto puede absorber y recordar impresiones a las que no sabe dar nombre. Los ojos conservan su entrenamiento, y aíslan los objetos. Los oídos separan y clasifican los sonidos, aunque carezcan de sentido. Y aún ahora, como si hubiese sucedido un momento antes, recordaba su despertar allí, en la extraña pradera verde, y sus movimientos carentes de finalidad, suscitados por los calambres del hambre. Debajo de él, sus piernas se movieron, pero había olvidado cómo caminar, y tuvo que arrastrarse hasta un arroyo cercano. Acuciante, el llamamiento de la sed era más fuerte que la amnesia. El granjero le encontró allí, medio ahogado a causa de su torpeza. Mientras le conducía hacia la granja, sus piernas comenzaron a aprender de nuevo el difícil arte de sostenerle, aunque estaban débiles y temblorosas.

El médico le había enviado a un psiquiatra. Días más tarde, las palabras empezaron a cobrar significado y las primeras frases volvieron a resultarle familiares. ¡Ah, sí, había aprendido rápido!... quedaban algunos canales neurológicos, aunque débiles, que facilitaron el trabajo de aprender. Le habían dicho que padecía de amnesia... No parcial, sino completa, que había borrado todos sus recuerdos con total determinación. Durante el año siguiente, se dedicó a almacenar en su mente vacía toda la información accesible en las bibliotecas y todas las extrañas relaciones entre los humanos que pudo atisbar. Se vio obligado a pensar a su manera, sin apenas relación con quienes le rodeaban. Esto tenía sus ventajas, claro. Pero no había lugar para amistades en aquella frenética búsqueda del conocimiento. Nunca se dio cuenta, hasta que la psiquiatra murió, de que le mantenían por caridad. Poco después descubrió que la vida se ganaba mediante el sudor de la frente.

Bueno, no había sido tan difícil, considerado en conjunto. Le habían analizado antes y le habían dicho que tenía facilidad para la mecánica, de modo que obtuvo trabajo en la fábrica de aviones de modo casi automático. Los otros hombres miraron al principio con fijeza su extraña figurita y rieron, con bromas bien intencionadas, que se transformaron en rencoroso disgusto ante su falta de respuesta a cosas que no alcanzaba a entender. No obstante, el trabajo le había ido bien. Luego, el deseo de conducir los aviones que construía fue creciendo en su interior, y la escuela de aviación que le acogió después hubo de admitir, de mala gana, su habilidad. Aprender

constituía para Grey el único placer, y afrontaba todo lo nuevo con una firme voluntad que no reconocía obstáculos.

Tres años de vuelo en las grandes naves le habían ganado un cierto respeto y hasta una familiaridad exterior con los otros pilotos, además de una reputación de valor que le parecía injustificada. No poseía verdadera audacia. Sólo le faltaba la sensación de tener algo que perder. La vida le parecía extrañamente poco valiosa. No obstante, reaccionaba de manera automática según la antigua ley de la autoconservación cuando se enfrentaba a algún problema.

Hacia dos años que pilotaba cuando las primeras noticias sobre el cohete de Swanson aparecieron en la prensa. Algo que valía la pena intentar, pensó, y, por primera vez, experimentó la vulgar pasión de la envidia. Los demás pilotos habían rodeado el nombre de Swanson de una aureola de leyenda, y su elección por la misteriosa compañía que construía el cohete era totalmente justa. Aun así, Grey sintió celos. Había magia en la idea de navegar fuera de la Tierra, hacia la Luna, magia que agitaba en él extraños sentimientos, nunca padecidos fuera de los fantásticos sueños que le asaltaban a veces.

Y entonces, cuando Swanson encendió las dos bengalas para señalar un accidente, se anunció que una segunda nave sería enviada, en un valiente aunque sin duda inútil intento por rescatar a los tres hombres que ocupaban la primera. Esta vez, sin embargo, no se eligió a dedo a los tripulantes, sino que se procedió a una serie de duras pruebas competitivas entre los pilotos comerciales o privados que se presentaron voluntarios. A la larga, fueron su estatura y su peso y, por consiguiente, la cantidad menor de aire y comida que necesitaba, los que forzaron la decisión en favor suyo. Había otros pilotos tan buenos como él, de reacciones igualmente rápidas, tan capaces de aprender las nuevas rutinas. Sin embargo, ninguno resultaba tan económico para la nave, y la balanza se había inclinado en su favor. El mismo factor se había aplicado al resto de la tripulación elegida, con excepción de Bruce Kennedy, diseñador de la *Polilla*. Kennedy media casi un metro ochenta, pero June Correy, con su metro y medio, era la más alta de todos los demás. Y aun entre ellos, Grey seguía siendo el más bajo.

Eso no le preocupaba. Al menos en apariencia, carecía de los complejos que los seres humanos suelen sentir en esos casos y, durante las semanas que siguieron, el esfuerzo de prepararse lo mejor posible para la tarea que le esperaba no le dejó tiempo para pensar. Swanson y otros dos hombres estaban allá, en la Luna, faltos de alimento y agua, y del aire decisivo para la vida. Entre tanto, el misterioso promotor de las naves, actuando a través de un trust, apresuraba lo más posible el despegue de la *Polilla*. En el mejor de los casos, la demora sería muy grande, pero se confiaba aún en que los hombres hubiesen logrado sobrevivir.

Desde luego, la lucha por salvar a aquellos tres hombres, que gozaban ya de una

gloria mayor de la que se obtiene en una vida normal, causaba impresión en Grey. Sentía esperanzas por ese extraño grupo de la humanidad. Sin embargo, para él, el factor más importante era que la *Polilla* debía llegar, ya que no habría más naves... Eso estaba claro. Las naves costaban una fortuna, y no todo el mundo podía ni quería gastar el dinero necesario... Ahora, allí estaba él y, bajo sus dedos, descansaba quizá el futuro de la navegación espacial y, con toda seguridad, la vida de la extraña tripulación que le acompañaba. A sus pies, los pozos y cráteres del satélite, hambrientos, parecían mostrar sus afilados dientes para tragarse aquel presuntuoso insecto, que insistía en osar hacer lo que los hombres no habían sido creados para hacer.

—¡Qué extraño! —murmuró Grey, inclinándose hacia la pantalla, a fin de observar más de cerca la selenografía blanca y negra. Lógicamente, todo lo que hay ahí debajo debería parecerme raro, pero no es así. Ni la mitad de lo raro que me pareció la vieja Tierra la primera vez que la vi en realidad... ¿Eh, qué ocurre?

Correy le apretaba el hombro, zarandeándole y tratando de llamar su atención. La combinación de periodista, operadora de radio y segundo piloto le señaló el casco. Grey gruñó, colocándose sin muchas ganas el incómodo aparato. Había mucho equipo en la *Polilla* que mostraba al mismo tiempo las prisas del último momento y la falta de fondos. Sin embargo, las cosas importantes se habían hecho a conciencia.

La voz de la muchacha le llegó por los auriculares, ahora que el trueno del cohete se había amortiguado.

—¡Despierta de tus sueños, amigo! ¡Fíjate en ese tubo! Hay algo que no va bien. No estoy segura de oír nada, pero creo que sí. ¡Y no me gusta!

Grey apartó uno de los auriculares y escuchó, orillándose a causa de la concentración. Al principio, no advirtió nada raro. El ruido del escape llegaba zumbando como una gigantesca abeja alrededor de un micrófono, un tumultuoso *sh-sh-sh-sh* que, gradualmente, se transformaba en algo diferente, un *sh-sh-zh-zh-zh-zh* un poco cambiante, muy difícil de precisar. Ese cambio no presagiaba nada bueno. Mientras se esforzaba por distinguirlo bien, su intensidad aumentó.

—¡Maldita sea! ¡Ya lo oigo, Correy! ¿Cuánto hace que empezó?

—Ni idea... Lo noté hace un momento, gracias a que escuchaba deliberadamente, tratando de encontrar una bonita descripción para cuando volvamos..., si volvemos. ¿A qué se debe?

—No lo sé, pero tengo mis sospechas. ¡Ralston! ¡Eh, Ralston, corte! ¿Nota algo raro en el sonido del tubo?

Hubo un largo silencio por parte del ingeniero. Luego, se oyó un gruñido por el intercomunicador que podía significar cualquier cosa. Grey volvió a llamar, sin obtener respuesta. Su piel se atirantó, en una reacción que reconocía como una respuesta emocional ante el peligro. Correy empezó a librarse de las correas,

obviamente dispuesta a ir en busca del pequeño Ralston, pero Grey denegó con la cabeza, y algo en su aspecto la obligó a dejarse caer sin una palabra en su asiento. Por último, les llegó un ruido amortiguado, seguido por la voz excitada del muchacho, de la que se había borrado la amargura habitual.

—Sí, Grey, pasa algo muy raro. Lo he revisado todo y no depende de mí. No puedo hacer nada. Los motores se alimentan sin problemas, el voltaje y el amperaje no se han desviado una línea, el ionizador marcha de maravilla. Toda la red funciona como es debido. ¿Tiene alguna idea o quiere oír las mías?

—Tengo, aunque confío en haberme vuelto loco. Durante el control de campo, ese tubo no presentaba ninguna anomalía, ¿verdad?

La voz del muchacho les llegó débilmente.

—¿Así que ha pensado lo mismo que yo? Sí, la prueba dio resultado, y Kennedy me aseguró que en teoría todo saldría perfecto, pero... ¿Grey, se estrellaría Swanson por eso?

No se le había ocurrido... En fin, era una idea.

—¡Hum! Tal vez. Oiga, ¿y cómo lo comprobamos?

—No hay manera. Si la cosa empeora en progresión geométrica, señal de que tenemos razón. Los iones están corroyendo el tubo a pesar del campo, afectando a sus propios controles. Cuanto más daño hagan, más rápido será todo. Claro que, si apaga el cohete, le da tiempo para enfriarse y me deja salir con un traje espacial, quizá pueda arreglarlo... He dicho quizá, aunque lo dudo.

—¡Imposible! La Luna está demasiado cerca y llegaríamos antes de que regresara. ¿Y si disminuyésemos un poco la velocidad...? No. No servirá. A la larga, sufriríamos los mismos daños. Tendríamos que cambiar de rumbo y trazar una nueva órbita. El viaje se prolongaría y eso nos causaría más mal que bien. Si seguimos así, ¿cuánto durará?

—Puede adivinarlo tan bien como yo, Grey, pero diría que hora y media.

June les interrumpió. Había alivio en su voz.

—Entonces no hay por qué preocuparse hasta el aterrizaje. Dentro de media hora, habremos llegado.

—Dije si seguimos así —le recordó Grey con brusquedad—. Si esto aumenta, perderemos potencia muy de prisa. Entonces, tendremos que incrementar el combustible, con lo que se producirán más daños, que necesitarán más combustible, y etcétera, etcétera. ¿Tengo o no razón, Ralston?

—Sí. Nos vendrá muy justo. Y creo que ha derivado un poco. De todas formas, Swanson lo consiguió, aunque se haya estrellado, y nuestro cohete cuenta con un factor margen de seguridad ligeramente superior al suyo, de modo que debería acompañarnos la suerte, si en realidad fue eso lo que falló en su nave. ¿Sigue usted ahí, June? Bueno..., tal vez podría... Los otros...

Grey sonrió, tan divertido por las extrañas volteretas del pensamiento humano que casi se sentía avergonzado de sus propios meandros. Respondió en su lugar:

—Duermen todos, a menos que la señora Benson siga despierta. No hay necesidad de despertarles. Sólo serviría para que se preocupen, sin que puedan hacer nada. Y si piensa en Helen Neff, la doctora roncaba como una encantadora soprano cuando la dejé. Se encuentra a salvo en la medida de lo posible. Vuelva a sus máquinas y deje que yo me preocupe por los demás.

Cortó la comunicación con Ralston, sonriendo aún, y observó el ceño fruncido de Correy.

—¿Tiene el corazón en la mano, eh, Zanahoria? A veces comprendo por qué a las mujeres no les gustan los hombres bajos... Demasiado apasionados y transparentes. La doctora sabe que lo tiene en el bolsillo, así que se dedica a perseguir al grandullón de Bruce Kennedy.

—Tú tampoco eres ningún gigante, Pulgarcito —le recordó ella en tono distraído—. ¿Y desde cuándo te has hecho cargo de la nave?

—Sólo que yo no me siento bajo... No me preocupa pensar de una forma o de otra. Ahí está la diferencia. En cuanto al mando, me hice cargo de él al despegar por decisión propia. A nadie se le ocurrió que se precisaba un jefe aquí, de modo que me autoasigné el nombramiento. Si tienes alguna objeción, dímelas. La olvidaré en seguida.

—Tú aterriza y ya discutiremos después. ¡Oye, ha empeorado!

Por un momento, Grey pensó que la chica se lo imaginaba, pero pronto se dio cuenta de que tenía razón. Era un silbido muy claro, para el cual no existía ninguna razón válida, y que sonaba cada vez más fuerte. Gruñó, aumentando ligeramente la velocidad y vigiló el gravígrafo hasta que la aguja volvió al punto admisible. El paisaje lunar que divisaba en la pantalla todavía estaba demasiado lejos para convenirle... A caso dentro de muy poco lo vería demasiado cerca. Lástima que le sucediese algo malo a *la Polilla*, con todos los sueños y esperanzas que se concentraban en ella... Recordó la cara dulce e inexpresiva de Alice Benson, que ocultaba su tenaz propósito, y la cálida malicia que había visto en el rostro de June Correy. De todos modos para él significaban menos que la nave.

Miró de nuevo a la pantalla, y otra vez a la chica.

—Aterrizaremos como sea, June, te doy mi palabra. Aunque tenga que meterme en el tubo y soltar tacos contra la gravedad.

—Como sea... Ya me imagino ese como sea. —Meneó la cabeza, entre sorprendida e intrigada—. ¿Sabes, Nemo Grey? Nunca presté crédito a todas esas historias acerca del grupo que rescataste en Canadá... Ahora lo creo. ¿Nunca sientes miedo?

Él denegó lentamente.

—Supongo que no... Cuidado, Zanahoria, te estás ablandando. Dentro de un minuto, te colgarás de mi brazo, como una mujercita que confía en el hombre. ¿Estás asustada?

—Sí. Ese ruido sigue intensificándose. Y cuando miro la pantalla... ¿Me das otro cigarrillo, Grey?

Lo encendió y aspiró con avidez el humo. Sin duda, sufría a causa de su demasiado buena imaginación, supuso él. No obstante, su súbito cambio le había sorprendido, invocando el fantasma de otra emoción que no podía localizar. Las mujeres suponían una especie desconocida para él, y lo poco que sabía sobre ellas provenía de los libros.

—¿Quieres que te diga una cosa? En este momento, no soy más que una mujer, y tu musculoso brazo presenta muy buen aspecto. Por lo menos hasta que aterricemos... Pareces tan seguro de ti, tan tranquilo...

—Muy bien, apóyate si te apetece. No lo usaré como argumento después del aterrizaje. De todos modos, en este momento preferiría que te dedicaras al telescopio y trataras de localizar los restos de la nave de Swanson. Por la situación de las bengalas, debería de estar por allí, creo.

Señaló un punto en la pantalla, que ahora mostraba una gran imagen de la cara de la Luna, o al menos parte de ella.

Correy aprovechó la oportunidad para recuperar un poco de confianza, al tener algo en que ocupar su mente, dejando aparte la imagen del accidente. Grey, entre tanto, ocupaba sus manos en tratar de mantener el indicador en el lugar correcto pese a la deriva que provocaba el cohete. Y ahora que se habían acercado ya mucho, intervenía otro factor, un factor que había tomado en cuenta, pero para el cual no se hallaba preparado. La cima de la nave era más pesada que el resto, con su centro de gravedad situado más de un metro por encima del centro del impulso. La débil gravedad de la Luna ejercía ya su acción sobre ella. Así que la parte superior demostraba una alarmante tendencia a volverse hacia la Luna, desviándose de la línea de caída.

El impulso de un cohete nunca se centraba ni se equilibraba con total exactitud en ambos lados, y la más débil desviación bastaba para provocar el escoraje. Grey dejó escapar una maldición y controló la ligera oscilación del paisaje lunar sobre la pantalla, moviendo los mandos de los giróscopos a fin de corregirla y centrarla de nuevo. Mientras sólo se tratara de un leve escoraje, los giróscopos lo compensarían, pero, tan pronto como superara los dos grados, carecerían de la fuerza necesaria para ejecutar su trabajo. Entonces, su única posibilidad consistiría en apagar el cohete y dejar que los giróscopos funcionaran sin impulso. Lo había hecho así durante el despegue. Sólo que en aquel momento disponía del tiempo preciso. Ahora, con la Luna tan próxima y el cohete averiado, no había la menor oportunidad de intentarlo

con éxito.

De nuevo, el ruido se intensificó, y la temperatura aumentó dentro de la cámara. El calor irradiaba de la pared contigua al cohete. Eso significaba una notable pérdida de eficacia. Grey soltó los mandos de los giróscopos, aumentó la potencia y volvió a disminuir en el preciso instante en que la inclinación decidió aprovechar su descuido. Llegó justo a tiempo, por un ligero margen. El contraído rostro de Correy se apartó del telescopio. Sin embargo, asintió. Dominándose, prosiguió su búsqueda.

Según las estimaciones de Grey, la caída era más rápida de lo que permitían los márgenes de seguridad. Desplazó la mirada de la pantalla al gravígrafo, graduando la potencia a un décimo por encima de una gravedad, siguiendo las correcciones del indicador de radio, que ya funcionaba, señalando la altitud por medio de la frecuencia de los ecos. Nuevamente tuvo que atender a los giróscopos. El cohete se comportaba ahora de manera abominable, desperdiciando buena parte de su energía, luchando contra sí mismo, mientras la temperatura seguía en aumento.

June se movió de súbito. Enfocó el telescopio sobre la pantalla, al máximo de ampliación, y señaló un puntito más brillante que el escarpado terreno que lo rodeaba. Se encontraba en el cráter de forma irregular hacia el que se dirigían, y una cuidadosa inspección pareció diseñar el contorno de un cohete destrozado.

—Son ellos, ¿no crees, Grey?

—Sin duda. Y en el lado malo del cráter, ¿cómo no? ¡Maldita sea! Deja el telescopio y comprueba si estás bien sujeta. El aterrizaje será más bien brusco... Los hombres deberían tener tres brazos... Si, son ellos, seguro. Veo el brillo del metal...

—Se inclinó hacia delante y empujó la palanca con la boca—. Ralston, prepárese. Aterrizamos dentro de diez minutos. El cohete marcha muy mal, pero confío en que aguantará.

—De acuerdo, Grey. —El chico estaba asustado, pero decidido a no demostrarlo—. Dejaré la mano sobre el contacto y trataré de cortarlo en cuanto toquemos, para no perder el control. ¡Suerte!

—¡Suerte, Phil!

Le llamó por su nombre de pila con toda intención. Casi nunca los usaba, pero en este momento quería mostrarse familiar. Volvió a empujar la palanca con la boca, entrecerró los ojos para ver con claridad los indicadores y retrocedió. Lenta, cautelosamente, dejó que la nave girara dos grados en dirección a los restos del naufragio. En la pantalla, el paisaje se deslizó a un lado, a medida que se acercaban. No obstante, no podría mantener esa posición, so pena de que el escoraje aumentase con exceso. Enderezó la nave y dio el máximo de potencia. El cohete estaba dando toda la energía que le quedaba. De repente, la tendencia a la desviación desapareció y se oyó un zumbido procedente de algún lugar situado en el centro de la nave.

—¡Dios bendiga a Ralston!

Grey comprendía ahora lo que había sucedido. Durante el viaje, el muchacho se había dedicado a fabricar giróscopos extra, burdos y poco seguros, sí, pero lo mejor que se podía con los materiales al alcance de la mano, sabiendo que los ya existentes no habían bastado para el despegue. Probablemente se quemarían en sus toscos ejes, incapaces de soportar la fuerza centrífuga, y sus motores se recalentarían en pocos minutos. Por el momento, sin embargo, funcionaban. Sería suficiente.

—¡A eso se le llama coraje, Zanahoria! El chico está muerto de miedo, pero se despabila a tiempo. Bueno, la nave va bien encaminada. Se dirige al mejor punto que pude localizar, de modo que sólo tendré que ir tanteando la potencia. Creo que nos alcanzará... ¡Eh!

Al mirar a Correy, había visto sus nudillos blancos, sus dientes apretados, sus ojos fijos en la pantalla, en el terreno que subía hacia ellos, creciendo como la cara de un monstruo en una película estereoscópica, dispuesto a tragarlos. Obedeciendo a un impulso que reconoció sin duda como normal, pero sorprendente en él, rodeó los hombros de June con su brazo libre, atrayéndola hacia sí y forzándola a desviar los ojos del espectáculo.

—¡Vamos, Zanahoria! No es tan malo. Te dije que lo conseguiríamos, ¿verdad?

Ella asintió, hundiendo su cara contra él. Cuando habló, su voz sonó tan débil que casi resultaba inaudible.

—¡Tengo miedo, Grey! ¡Tengo miedo!

Los brazos de la muchacha le rodearon, ciñéndole, buscando el consuelo puramente animal que le proporcionaba su solidez. Y pese a saber que aquello no tenía nada que ver con su persona, le proporcionó un extraño placer.

Se dirigió a ella en tono pausado, con una mano en la palanca de control, tratando de dominar los erráticos movimientos de la nave frente a la gravedad, y la otra dando palmaditas en el hombro de la chica.

—Tranquila, June. ¡Todo va bien!

Mentía, claro. El escape del cohete se desvanecía de forma irregular, complicando sus cálculos hasta imposibilitar un buen aterrizaje. Por último, la corriente de iones chocó contra la superficie de la Luna, y la pantalla se transformó en un resplandor azulado. Siguiendo una premonición, aumentó la potencia, a fin de compensar su movimiento.

Durante un cuarto de minuto, tal vez menos, un instante interminable, la sostuvo en ese punto. Luego, retiró la mano y cortó el contacto de golpe, en el preciso momento en que alguien pareció agarrar el tren de aterrizaje de tres patas, en tanto que su estómago se hundía en el asiento.

—¡Aterrizamos!

La palabra pasó por su cabeza con la velocidad de un relámpago mientras una punzada de dolor le atravesaba y todo se oscurecía a su alrededor.

Grey se agitó sin recobrar el conocimiento por completo. Su mano trataba de palpar el bulto dolorido que tenía en la frente, en tanto que su mente perseguía algo inalcanzable. Su parte perversamente calma, sin embargo, reconocía el impulso y su frustración. Cada vez que sufría un fuerte golpe, esperaba en su inconsciente la desaparición de la amnesia, como sucedía en los libros. Y nunca ocurría nada, aunque no fuera la primera vez que perdía el conocimiento. Una mano apartó el fuerte pelo de su frente, y se encontró ante los inquietos ojos de June Correy.

—¡Hola, Zanahoria! ¿Estás bien?

—Todos lo estamos. —Retiró la mano, y algo parecido a la vergüenza pasó por su rostro—. No fue un mal aterrizaje, Grey, pero la combinación de mi peso cayendo sobre ti y el hecho de que llevabas el cinturón de seguridad flojo hizo que te dieras contra el panel de control. Lo siento, me sentía aterrorizada.

—Olvidalo.

Él no lo sentía en absoluto. Las frágiles manos de Alice Benson apoyaron una compresa fría sobre el doloroso chichón. Al mirar a su alrededor, comprobó que se hallaba en la cámara principal de la nave, donde casi todos los demás se entregaban a alguna clase de preparativos. Alice puso algo que escocía en uno de los cortes y le sonrió.

—Un aterrizaje estupendo, hijo. Casi ni lo notamos, gracias a los resortes que sostienen los sacos. ¿Mejor?

—Estupendamente, gracias.

Su mirada localizó al amargado y pequeño Philip Ralston. Se volvió hacia él:

—¿Se lo ha dicho ya?

—Preferí dejarlo para usted. —Los ojos azules del chico se posaron en Helen Neff y se apartaron en seguida, mientras sus manos seguían desplegando los trajes espaciales—. Venga, Grey, dígaselo.

Grey apartó de sí las manos de la señora Benson y se puso en pie, luchando por sostenerse en la escasa gravedad. Observó a los demás, que se volvían hacia él, intentando adivinar sus reacciones.

—De acuerdo. Para decirlo en dos palabras, hemos avistado a la otra nave a cierta distancia. Ahora bien, en este momento no me atrevería a subir tres metros con este cohete... Tenemos una avería. Convendría que le echase una ojeada, Kennedy, pero no creo que logremos gran cosa, a menos que quede algún trozo intacto del tubo de Swanson y podamos amañar uno con los elementos de los dos.

—¿Una avería?

Kennedy rió con sarcasmo, sin que la risa se reflejase en su cara, más agresiva que de costumbre.

—Oiga, Grey —continúo—, ese cohete estaba bien... Lo sometimos a una prueba que duró el doble que el viaje. ¿Qué pasó? ¿Olvidó calentarlo? Si lo estropeó, le voy a...

—¿Conque sí, eh?

Ralston se había plantado de un salto frente al grandullón, como un gnomo rubio desafiando a un gigante moreno.

—Pues entonces tendrá que vérselas con dos, Kennedy. Grey hizo un trabajo estupendo, y no es culpa suya si las teorías de usted fallan a la hora de la verdad.

Grey puso una mano en el hombro del muchacho, empujándolo con suavidad.

—Está bien, Phil, déjelo. Kennedy, sabe muy bien que en un banco de pruebas no se dan las condiciones exactas que se dan en la realidad. Además, probablemente Swanson se estrelló por la misma razón. No me parece el momento oportuno para discutirlo. Tenemos que salir de aquí, encontrar la otra nave y descubrir si se puede hacer algo con los dos tubos. De otro modo... Bueno, no hay otro modo. Ahora, afuera, y métanse en ese tubo. Descubrirán qué pasó e intentarán arreglarlo. Los demás, pónganse los trajes espaciales. Vamos a salir. ¡Es una orden del comandante!

—¿Y quién le ha nombrado a usted comandante?

El diseñador de la nave permanecía de pie, inmóvil. Sus ojos desafiaban al piloto y había en su rostro una expresión desagradable.

Grey sonrió, volviéndose hacia sus compañeros. Correy le dirigió una mueca, junto con una reverencia de exagerada humildad. La muchacha se colocó a su derecha, mientras que Ralston se apresuraba a situarse a su izquierda. Con una sonrisita casi divertida, la señora Benson se unió a ellos, dejando a Neff y Wolff junto a Kennedy. Ralston hizo un enérgico movimiento de cabeza.

—Ven aquí, Helen, o te arrastraré por el pelo.

La doctora abrió sus enormes ojos con dolorida sorpresa, llevándose una mano al cabello. Grey nunca había entendido qué había en sus marcados rasgos para atraer tanto al muchacho. Ella miró al grandullón, descubrió que él no la miraba y volvió la vista hacia Ralston. Al fin, como un niño mimado al que obligan a cumplir con su deber, obedeció. Quizás al chico le conviniera usar aquella táctica con más frecuencia.

Wolff, un enano, meneó su enorme cabeza, encogió los altos hombros, que le daban casi la apariencia de jorobado, y se humedeció los delgados labios con la lengua.

—Yo... Bueno, por supuesto estoy de acuerdo con los demás, señor Grey.

Obedeceré con gusto sus ordenes. De todas formas... ¡Hum...! Preferiría no salir si...

—Tendrá que venir. Harán falta seis personas para traer a los tres hombres hasta aquí, si todavía siguen con vida. Primero les traeremos a ellos. Después, haremos un

segundo viaje para transportar las partes del tubo que necesitamos. Bien, Kennedy, ¿qué decide?

Kennedy se encogió de hombros. Con el rostro impasible, recogió su traje y comenzó a vestirse. Satisfecho, Grey tomó el suyo, preguntándose qué haría Alice Benson. Pero ésta terminó de arreglarse antes que nadie, y su voz sonaba alegre en los auriculares cuando se ofreció para ayudar a los demás. A juzgar por sus reacciones, parecía participar en una agradable excursión, aunque había en su voz una domeñada ansiedad que Grey no sabía a qué achacar. Se puso el traje y se volvió hacia Correy.

—¿Cómo va la radio, Zanahoria?

—Todavía funciona... Por lo menos funcionaba cuando envié el último informe. Pero hay dos lámparas fundidas. Se quemaron al cambiar el sentido para saber si habían recibido el mensaje. Se trata de las lámparas grandes, las especiales, y sólo tenemos un recambio. De modo que más vale no contar con ella. Al fin y al cabo, no nos serviría de gran cosa... ¿Sabes, Medio Litro? Con ese traje casi pareces un hombre.

Él sonrió.

—Tú también, Pelirroja, así que de nada te servirán tus trucos femeninos cuando salgamos. Bueno, adelante. Éste es un asunto serio, así que nada de tonterías. Tal vez Swanson, Englewood y Marsden estén moribundos en su nave. Además, hemos de preocuparnos por nuestras propias vidas. No se pongan nerviosos. Recuerden que aquí sólo hay un sexto de gravedad. No inhalen demasiado oxígeno y no se separen. Examinaremos lo que haya descubierto al volver, Kennedy, y le diremos cómo está ese otro tubo. Hasta la vista.

—De acuerdo.

El grandullón había decidido aceptar la situación o, al menos, lo aparentaba. Consiguió sonreír a través del casco.

—¡Buena suerte! —les deseó.

Grey tendría que haberse sentido raro al abrir la escotilla al exterior y salir, con su traje hinchándose por la falta de presión. En cambio, le asaltaba la extraña impresión de haber regresado a casa. Le gustaban las oscuras sombras recortadas y la cegadora luz del sol, sin matices, y el accidentado terreno le resultaba familiar. Se hizo a un lado y dejó que los demás descendieran cuidadosamente, contemplando como ellos la nave y el paisaje que les rodeaba.

Se encontraban en un curioso cráter, algo así como un valle, en uno de cuyos bordes se levantaba un acantilado que parecía no terminar nunca, perpendicular y colosal. La gran nave se alzaba unos dieciocho metros del suelo, apoyada en sus tres patas, un cilindro puntiagudo que terminaba en el tubo del cohete y la pantalla de observación. Arriba, el cielo negro, con un fuerte sol brillando a un lado, y una

enorme Tierra en el otro, resplandeciente al reflejar la luz del primero. Un espectáculo bellissimo aunque frío e impersonal. Respiró hondo, tranquilizándose. Después, encogiéndose de hombros, se volvió hacia el punto donde habían visto la otra nave en la pantalla.

Ralston y Correy tropezaban con problemas para adaptarse a la baja gravedad. Ambos se esforzaban con exceso. Rebotaban en el suelo, forcejeando para mantener el equilibrio, luchando en vez de relajarse, y aprendiendo muy poco a poco a dominar la situación. Neff avanzaba remilgadamente, de manera no del todo eficaz, pero con cierto éxito, mientras que Wolff se desplazaba sobre el terreno como si le aguardara la muerte en cualquier instante. Sólo Alice Benson se lo tomaba con calma, serena y silenciosa, manteniéndose junto a Grey, a la cabeza de los demás. Al cabo de un rato, se detuvieron, y él la vio sonreír.

—Me gusta esto, Grey. Vuelvo a sentirme joven, andando sin esfuerzo y viendo que adelanto, en lugar de arrastrarme... ¿Dónde se ha dejado las suelas de plomo, hijo?

Él lanzó una rápida ojeada a sus pies y advirtió que había olvidado ponerse las gruesas suelas que compensaban en parte la falta de gravedad. Sin embargo, no había notado su ausencia. Su andar le había parecido totalmente normal.

—Supongo que no se necesitan. ¿Por qué no se quita las tuyas, señora? Se desenvuelve muy bien y no tendría problemas.

Ella levantó un pie, y él se descubrió a sí mismo agachándose para retirarles las suelas. Una vez sin ellas, la mujer intentó andar, vacilando al principio y moviéndose con facilidad poco después.

—¡Qué magnífico, Grey! Es como esos sueños en que te deslizas sin esfuerzo. ¿Cree posible que otros hombres hayan llegado aquí antes que nosotros, dejándonos el recuerdo...? ¿El sueño de caer y luego esto?

—Lo dudo, señora. Temo que se deja usted llevar por el romanticismo, aunque no puedo probar lo contrario. Acabará por decir que vamos a encontrar poblado el satélite.

Ella sonrió de nuevo, y Grey se preguntó si en verdad esperaba encontrar a alguien allí. Cosa curiosa, tampoco a él le hubiese sorprendido. Los demás les alcanzaron, y el grupo echó a andar por una pendiente no muy marcada, hacia el fondo liso de la parte baja del valle. Avanzaban con rapidez, ahora que incluso Wolff se había acostumbrado a los leves impulsos necesarios. Marchaban a una especie de trote, capaz de cubrir de dieciocho a veinte kilómetros por hora. La larga pendiente se acortaba a ojos vistas.

Llegaban al fondo, cuando June le dio un golpecito en el hombro para llamar su atención.

—¡Mira, Pulgarcito! ¿No ves algo verde allá en el fondo...? ¿No te parece un

vegetal?

Grey esforzó la vista. En efecto, había allí algo verde..., del mismo color verde que si se tratara de hierba. Pero sabía que eso no significaba nada. Había muchas rocas que presentaban ese color y, sin atmósfera, ¿cómo podían crecer allí plantas con clorofila? Con el rabillo del ojo, captó un movimiento. Le asaltó una absurda corazonada.

—Te apuesto un cigarrillo contra un beso a que encontramos animales.

—¡Hecho! Eres un tonto.

Por supuesto, los demás habían oído sus palabras y el estremecimiento de excitación que les recorrió fue bueno al menos para su moral. Todos se apresuraron. Grey, Correy y la señora Benson encabezaban el grupo, con ágiles saltos de seis metros, cayendo primero sobre un pie y luego sobre el otro, como bailarines de ballet. Unos minutos después, habían llegado todos al fondo del cráter y observaban el terreno.

Aparecía cubierto de cúpulas formadas por un material parecido al celofán. Algunas sólo medían unos centímetros de diámetro, otras sobrepasaban el metro. Lo que había en su interior era, sin la menor duda, plantas.

—Líquenes. Y bastante complejos —dijo Neff—. De algún modo, se han adaptado.

Grey asintió.

—Probablemente se trata de cuatro o cinco especies diferentes, viviendo en simbiosis. Una debe de formar la cúpula... y ese anillo de color castaño verdoso donde se apoyan. Otra se encarga quizá de extraer las materias primas de las rocas; otra de tomar energía de la luz solar... Deben de multiplicarse a partir de una célula de la planta principal. Al parecer, se circunscriben a estas rocas. Carbonatos, nitratos, tal vez yeso, incluyendo agua de cristalización. Supongo que así obtienen todos los elementos necesarios para la vida. Los líquenes de la Tierra lograron salir del agua y alimentarse de las rocas antes de que aparecieran las demás plantas. La vida tiende a mantenerse. La única cuestión es de dónde proviene en este caso.

Se agachó y rompió la fuerte membrana de una de las cúpulas más pequeñas. Se desinfló rápidamente. El aire del interior se hallaba a muy alta presión, entre dos y tres kilos.

—¿Saben lo que significa esto, verdad? Si sucede lo peor, podríamos extraer una buena cantidad de oxígeno de estas cosas... Hay miles de ellas. También conseguiríamos agua. Quizás incluso contengan sustancias alimenticias. Desde luego, no lograríamos vivir indefinidamente de ellas, pero nos resultarían muy útiles.

Wolff le miró incrédulo, si bien con una chispa de interés.

—Es decir, hasta que...

—Sí. —Era una tontería—. Acabaríamos por morir, de todos modos. Ninguna

nave vendría a rescatarnos. ¿Y bien, Zanahoria?

—¿Qué hay de los animales? —le recordó ella, sonriendo.

—Ahí vienen.

Señaló hacia la zona cubierta de líquenes, en el sitio donde un movimiento le había llamado la atención. En el primer momento, pensó en una roca que caía. Ahora que estaba más cerca, se sentía seguro de que no era ninguna roca. Parecía más bien un cruce entre un canguro y un pájaro rechoncho, rematado por debajo por dos largas patas y con un pico alargado al frente.

—¡Mirad!

La cosa avanzaba a toda velocidad, volando a grandes saltos. Se detuvo a pocos metros de ellos, clavó el pico en una de las cúpulas de mayor tamaño e ingirió parte de lo que había crecido allí, mientras la cúpula se aplastaba ligeramente, como si el animal aspirase casi todo el aire que contenía, pero dejando un poco, lo justo para que el liquen no muriera. La criatura debería de haberse hinchado mucho, pero no se notó diferencia alguna en su aspecto.

—Sin duda tiene algún truco para absorber el oxígeno y fijarlo en un compuesto químico inestable, a menos que lleve un magnífico tanque de presión metido en el cuerpo. Lo más probable es que cuente con un sistema parecido al que poseen las ballenas para almacenar oxígeno antes de sumergirse durante largo tiempo. Fíjense en que exuda una especie de cemento por el pico al retirarlo. De ese modo, sella la cúpula, a fin de no matar al liquen.

June gruñó.

—De acuerdo, tú ganas. Mira, ya se marcha.

—No le queda otro remedio... No puede permanecer en la parte oscura de la Luna, supongo, de modo que ha de moverse muy rápido para ajustarse a la velocidad de rotación... Ha de dar la vuelta completa a la Luna una vez al mes. Cabe muy bien en lo posible, considerando la rotación, el tamaño y la gravedad. En cuanto a los líquenes, sin duda producen esporas durante los quince días de oscuridad y crecen mientras hay luz. Y probablemente, esa cúpula dispone de algún filtro para el calor, como el cristal aislante. ¿Te has dado cuenta de que ese bicho lleva encima una concha brillante para reflejar el calor?

—Estaba pensando en su vida amorosa. —La muchacha rió de nuevo, mirando a la criatura que se alejaba—. Aquí no deben de estilarse los largos noviazgos... A menos que sea como las chinches y se las arregle solo.

—Casi seguro. De acuerdo, pandilla. Ya hemos perdido demasiado tiempo, aunque más tarde tendremos que estudiar todo esto. Después recogeré unas muestras, Zanahoria.

Dieron la vuelta, esquivando las cúpulas que crecían por todas partes, oyendo fragmentos de conversación a través de las radios de sus compañeros. El

descubrimiento de que existía vida en el satélite les había alegrado a todos, haciéndoles sentir que no era tan inhóspito como les pareció al principio. Se trataba de una especie de vida protoplasmática, por extraña que fuera. Grey aceptó el hecho con naturalidad, preguntándose si no esperaba ya aquello. Siguió adelante, entornando los ojos para descubrir la otra nave.

La señora Benson la vio primero. Se detuvo y señaló la punta que sobresalía, apenas una mota en el accidentado terreno.

—¡Grey, June, Philip! ¡Miren!

Éstos intensificaron sus saltos y se acercaron a toda prisa. Correy se arrancó las suelas de plomo, las tiró y se tambaleó, antes de redoblar sus esfuerzos por no rezagarse de Grey. Delante de ellos, las piernas supuestamente débiles de Alice Benson se movían raudas, cubriendo el terreno con una fluidez de movimientos que traicionaba a la bailarina que había sido alguna vez. Su voz llegaba débil a través de los auriculares. Parecía rezar, aunque sus palabras resultaban incomprensibles. Al llegar a un punto algo más elevado, dejó de hablar y miró hacia abajo.

—¡Bill! —gritó. Era como un grito y una plegaria al mismo tiempo, y su voz resonó, no ya cascada, sino fuerte y joven. Grey miró a June y meneó la cabeza. No había ningún Bill, ni en su tripulación ni en la de Swanson. Pero de nuevo les llegó el grito:

—¡Bill! ¡Oh, Dios mío!

Se acercaron a ella y observaron la nave que yacía allá abajo, tumbada de costado. Grey sujetó a la doctora por un brazo cuando ésta quiso precipitarse hacia delante. No obstante, su mirada no se apartó del objeto que tenía ante sus ojos. No era la nave de Swanson, sino un cilindro de unos nueve metros de longitud, achatado por la proa y la popa, con un gran cohete en un extremo y una serie de escapes, frágil, pero en apariencia intacto. Quienquiera que hubiese dirigido el aterrizaje había realizado un magnífico trabajo, entrando en ángulo y deslizándose sobre patines metálicos, en vez de caer sobre la cola. Lanzó una mirada en dirección a Correy, pero ella se mostraba tan atónita como él.

La señora Benson se puso de pie, con un esfuerzo. Dos manchas rojas destacaban sobre la palidez de sus mejillas.

—Lo siento, chicos. Me temo que perdí el control por un instante. Conozco esa nave, ¿saben? Participé en su construcción..., hace treinta años.

—¿Treinta años...? ¿Justo antes de la Gran Guerra, no? June la miraba con atención, buscando síntomas de histeria. No descubrió ninguno.

—Sin embargo —continuó la muchacha—, en aquélla época no había aún motores de fisión ni escapes de iones. ¿Cómo funcionaba entonces la nave? ¿Con cohetes de combustible líquido?

—Bill contaba con un motor de fisión, June. No era muy bueno, claro, pero

funcionaba. Y no usaba escape de iones. Descomponía el agua en hidrógeno y oxígeno monoatómicos y después los dejaba explotar de nuevo. Conseguía así una potencia superior que con cualquier reacción normal oxígeno-hidrógeno. Treinta años... y por fin estoy aquí. ¿Comprende ahora por qué una anciana se empeñó en formar parte de su tripulación, hijo? Venga, bajemos.

Emprendieron el descenso. La señora Benson se movía con calma, narrándoles la historia mientras andaba. Los demás les alcanzaron. Pudo ser un relato lleno de colorido, una gran historia, pero ella la contó con sencillez, exponiendo sólo los momentos culminantes y dejando que la imaginación de sus oyentes rellenara los huecos.

Unos treinta años antes más o menos, al estallar la Gran Guerra y cuando se descubrió la fisión del uranio, se había casado con un chico obsesionado por un sueño. Un maravilloso sueño, sin duda, ya que Benson no pertenecía al tipo de hombres que se gastan la fortuna de su mujer. Y no obstante la había derrochado sin tasa, aplicando su notable genio a la extracción y la aplicación del isótopo U-235. Y había encontrado la solución mientras que otros se perdían en tanteos. Hasta se las había ingeniado para armar un motor lo bastante ligero para el cumplimiento de su sueño y construir dos naves, adaptando a su proyecto el escape monoatómico ya conocido y utilizado en las soldaduras, ahora que disponía de una fuente de energía segura.

—¿Dos naves? —la interrumpió Grey.

—Dos, Grey. Era necesario.

Continuó en voz baja. Una de las naves la pilotaría él mismo. A ella le hubiera gustado acompañarle, pero resultó imposible, aunque lo habían intentado. La otra iba controlada por radio. Una noche, Bill había despegado en secreto, y ella había dirigido la segunda nave hasta situarla cerca de la primera, poniéndola en órbita alrededor de la Tierra, a una altura suficiente para escapar un poco al tirón de la gravedad. Una sola nave no alcanzaba para almacenar todo lo que necesitaría durante el viaje. Sirviéndose de sus controles de radio, Bill consiguió atraer la segunda nave junto a la suya, estableció el contacto y transbordó suministros y combustible. Luego, se apartó y aguardó hasta que su órbita le permitió lanzarse hacia la Luna. Ella vio la nave auxiliar estallar en mil fragmentos, que cayeron a la Tierra sin causar daños o derivaron por el espacio. Su vigía, apostado en uno de los observatorios, había creído ver la bengala disparada por Bill, que indicaba el éxito del aterrizaje.

—Teníamos dos naves más en construcción —prosiguió la señora Benson—. Se suponía que yo iba a seguirle y esperábamos que en una de las dos, reuniendo el combustible que quedara en ambas, escaparíamos a la gravedad menor de la Luna. Luego, nos arriesgaríamos a tirarnos en paracaídas, con nuestros trajes espaciales, una vez próximos a la Tierra. Podría haber funcionado. Creo que sí, porque

hubiéramos obtenido agua del yeso que hay aquí. Por desdicha, estalló la guerra... Era cada vez más difícil obtener metal y, por último, se volvió imposible. La mayoría de nuestros obreros ingresaron en el ejército. Pasaron muchos meses...

Al escucharla, Grey imaginó su desesperación al transcurrir el tiempo, mientras luchaba inútilmente por seguir adelante, estrellándose contra lo imposible, temerosa de decir demasiado y revelar el horror que la energía atómica significaría en la guerra, incapaz de obtener materiales o mano de obra. Tuvo que pasar tres años en una clínica, de la que salió para enterarse de que el fuego había destruido sus talleres y las notas que contenían los preciosos secretos de Bill. Por entonces, incluso ella sabía que no había ya esperanzas de salvarle. No obstante, le había prometido que se reuniría con el...

—Me quedaba algún dinero. Y recordaba parte de los secretos. Nuevos ingenieros, trabajando a partir de mis recuerdos, lograron finalmente volver a separar los isótopos. Wohl se encargó de perfeccionar el motor para mí. Después de todo... Bueno, el dinero ya había dejado de suponer un problema. La Atomic Power me pertenece. Aparte de ustedes, pocas personas lo saben, a excepción de Cartwright, mi administrador... Sí, así es, Wolff. En realidad, soy su patrona, aunque usted ignoraba por qué el señor Cartwright le dio instrucciones para que se cuidase de mí, además de informar sobre las posibilidades comerciales, en caso de haber alguna. Yo no quería, pero él insistió. Bueno, ya lo sabe todo... De todas maneras, se precisó tiempo para resolver de nuevo todos los problemas... Pero con dinero se consiguen cerebros, y lo que se había hecho por primera vez pudo hacerse la segunda, mejor quizá. Quise acompañar a Swanson, pero fue imposible. Ahora... —Tendió una mano y tocó la nave, a la que habían llegado—. Ahora he cumplido por fin mi promesa a Bill. Me gustaría...

Grey asintió, conteniendo a los demás.

—Adelante, señora. Aguardaremos aquí.

Ella sonrió apenas, agradeciendo en silencio su gesto. Abrió la escotilla, que llevaba a un lado su nombre. Luego, penetró en ella, mientras sus compañeros se agrupaban alrededor de la nave, olvidando por un momento la situación de Swanson y la suya propia.

Wolff inició un movimiento. Grey le detuvo con una orden que sonó como un ladrido:

—¡Silencio!

En esta ocasión, la voz grave de Alice Benson les llegó por los auriculares, y sus breves palabras fueron como una consagración eterna para el alma de su Bill. Oyeron que regresaba a la escotilla y la vieron bajar, tranquila y controlada, con una libreta en una mano y una hoja de papel en la otra.

—Su cuerpo no está ahí dentro. Todo figura escrito aquí, en su diario. Ya lo

leerán. Bill aguantó todo el tiempo que pudo, hasta que comprendió que algo había sucedido. ¡Nunca pensó que le hubiéramos fallado! Al final, se puso su traje y salió... Quería ver el mundo al que había llegado. Creo que no valdrá de nada el buscarle.

Evidentemente, nunca albergó la ilusión de encontrarle vivo, por lo cual no había sufrido ningún choque. Sacudió su canosa cabeza y sonrió a la tripulación.

—Bueno, Grey, ¿no deberíamos dedicarnos a localizar a Swanson? Lamento haber desperdiciado tanto tiempo. Tal vez estén a punto de morir, y es muy importante que dispongamos de ese otro tubo. Lo siento, de veras.

Grey se movió. Las emociones que pudo haber sentido se contuvieron al ver el dominio de sí misma que demostraba la señora Benson.

—Tiene razón, señora. Sin embargo, sería inútil buscarles desde aquí... La nave que vimos antes era ésta. Tendremos que trepar a un punto más alto para divisar la otra, de modo que será mejor volver a la *Polilla*. Desde allí abarcaremos bien toda la zona. Nunca veríamos la nave desde aquí.

Ella se mostró de acuerdo. Empezaron el retorno, todos juntos ahora, intercambiando observaciones acerca de lo que veían. Por un acuerdo tácito, no comentaron nada sobre la historia de Alice Benson y su Bill. Lentamente, la charla se animó, discutiendo sobre todo la cuestión de los líquenes, cuando volvieron a pasar junto a ellos. Otro de los animales semejantes a pájaros cruzó a toda prisa el terreno, deteniéndose de cuando en cuando y continuando después su incesante marcha alrededor de la Luna.

Grey atrapó a uno de ellos, que no reveló ningún miedo, sólo impaciencia por continuar. Su carne era anormalmente dura, pero sin la menor duda protoplasmática, cubierta por una gruesa piel de una consistencia de goma. En la Tierra, hubiese pesado unos diecisiete kilos. Lo soltó, y el animal salió corriendo, en busca de sus compañeros.

—Son sexuales —le explicó a Correy—. Cosa extraña, de acuerdo con lo que pensábamos sobre el satélite, pero hay dos sexos. Las hembras tienen una especie de bolsa. No sé si notaste que ésa estaba llena. Supongo que ponen huevos y los incuban en la misma bolsa. Luego, cuando salen los pollitos, reciben aire de la madre, a través de los pequeños conductos que hay en ella. Debe de alimentarlos con los líquenes que picotea en las cúpulas. La naturaleza parece seguir siempre las mismas normas.

—Ojalá hubiese traído una cámara —murmuró Correy, enfurruñada.

Había una en la nave, pero la discusión sostenida antes de salir la había borrado de su mente. O acaso, de manera inconsciente, había preferido tener las manos libres durante la tentativa de rescate.

Salieron del valle de los líquenes, treparon por la cuesta, y su nave apareció a la vista, en la parte superior. Pronto distinguieron el tubo, y después el trípode, apoyado en las rocas que rodeaban el pequeño hoyo que había excavado el escape del cohete.

Grey accionó un conmutador en la parte exterior de su traje espacial y apuntó la antena hacia la *Polilla*.

—Grey llamando a Kennedy. Responda, Kennedy. Responda.

No hubo respuesta, aunque lo intentó de nuevo. No era importante, pero sí raro. Se suponía que las radios permanecían conectadas en todo momento y, gracias a la antena direccional, Kennedy debería oírle con toda claridad. Sin embargo, en el caso de que éste se hallase dentro del tubo, tal vez el metal debilitase la señal. En la misma nave, la antena exterior hubiese pasado directamente su llamada a los altavoces. La nave contaba con un sistema de radio más sólido que el sistema experimental de los trajes. Funcionaría casi con entera seguridad.

El grupo se detuvo, rodeando el cohete. Ralston se deslizó bajo el tubo, mirando hacia arriba y golpeándolo. Tampoco recibió respuesta alguna, y Grey no vio nada al pasear la luz de su linterna por su interior, negro como la tinta a causa de la ausencia de aire que difundiera la luz.

—¡Qué extraño! —exclamó Ralston—. Tiene que estar dentro. ¿Por qué no nos contesta el muy imbécil?

Helen Neff le miró resentida.

—Bruce no es ningún imbécil, Phil Ralston. Probablemente estará muy ocupado arreglando ese tubo vuestro. ¿Por qué has de ser siempre tan agresivo?

—¡Hum! —gruñó Grey.

No le gustaba el aspecto de la situación. Kennedy debería de haber respondido... Según las reglas, todas las radios se mantendrían conectadas mientras hubiese alguien fuera y se respondería en el acto. No obedecerlas podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Si al diseñador se le había ocurrido tomar decisiones por su cuenta, recibiría una buena reprimenda.

—De acuerdo. ¡Todos adentro!

Subieron la escalerilla, se introdujeron en la cámara de presión y esperaron a que entrara el aire. Luego, se despojaron rápidamente de los trajes espaciales y los cascos. Obedeciendo a un gesto de Grey, dejaron los trajes amontonados en la cámara, respirando la fresca mezcla de oxígeno y helio de la nave. Dada la baja gravedad del satélite, que exigía menos energía, los cuatro kilos y medio de presión del aire resultaban más que suficientes, aunque les habían parecido pocos la primera vez que bajó la presión en el espacio.

—¡Kennedy!

La voz de Grey retumbó en la cámara, bajó hasta la sala de máquinas y subió a la cabina de mando, provocando un eco metálico. Ralston se deslizó hasta la sala de máquinas. Tardó sólo un instante en reaparecer.

—No está ahí, Grey.

—Ni en la cabina de mando —informó June—. ¿Dónde se habrá metido ese

idiota?

Alice Benson volvió del depósito con expresión tensa.

—Temo que ni él mismo lo sepa. Su traje continúa en el armario, pero él no se encuentra en la nave.

Se miraron unos a otros, sin saber qué hacer. El temor asomaba en sus rostros. La nave fue cuidadosamente registrada sin resultado alguno. De Kennedy, sólo quedaba su traje espacial. Y no llevaban más que siete, seis de los cuales habían sido usados por el equipo de rescate.

—Sin su traje espacial, no ha podido alejarse de la nave sin que le viéramos. Desde aquí dominamos cientos de metros. Phil, salga y búsquele.

Grey observó cómo Ralston se metía en la cámara, con los músculos tensos y expresión preocupada.

El muchacho volvió un cuarto de hora después.

—¡No está! He revisado toda la zona.

Era imposible que Bruce Kennedy se hubiera alejado más de mil pasos sin su traje espacial... No obstante, lo había hecho. ¿Cómo?

3

Todavía no habían encontrado la solución cuando Neff y la señora Benson retiraron los restos de la comida y los platos de papel. Era imposible, pero había sucedido. Por supuesto, tal vez Kennedy hubiese preparado una especie de frasco de oxígeno y un respirador y hubiese salido, pero aquello supondría una locura, a causa del resplandor actínico del sol. De todas formas, no hubiese llegado muy lejos, de modo que más valía no especular sobre la cuestión.

—Locura —sugirió June, no muy convencida—. Aquí hay vida. Por lo tanto también podría haber bacterias.

Neff meneó la cabeza.

—Cualquier cosa que afectara a las formas de vida que vimos difícilmente atacaría al hombre. Demasiadas diferencias en su organización corporal. Por supuesto, la gangrena ataca a casi cualquier tejido animal, pero las enfermedades más complicadas eligen muy bien a sus huéspedes.

No había respuesta para eso, fuera de formular hipótesis improbables. Grey se recostó en su asiento, encogiéndose de hombros.

—Muy bien, creo que será mejor afrontar la realidad. Kennedy no se marchó. ¡Se lo llevaron!

—Pero...

—Nada de peros. Cuando sólo existe una solución simple para un problema, debe considerarse esa solución como la correcta, a menos que surja otra. Hemos encontrado

vida..., vida vegetal y animal. Ninguna de ellas le haría daño a Kennedy, pero no sabemos si hay otros seres que todavía no hemos descubierto. Concedo que sigue en pie la cuestión de la forma en que ese ser pasó por las escotillas y se llevó a Kennedy, sin su traje. La única respuesta que se me ocurre es que posee alguna clase de inteligencia. De modo que nos enfrentamos a una forma de vida inteligente... Muy inteligente, a decir verdad... y, al menos en apariencia, hostil. No tenemos armas. Nadie pensó que fueran necesarias. Bueno, supongo que todos esperábamos que hubiese vida inteligente en Marte, no aquí. No obstante, la hemos hallado.

Wolff se humedeció los delgados labios.

—Al gobierno le interesará mucho enterarse de esto cuando volvamos.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Para enviar una nave espacial y aniquilar a los nativos, a fin de que paguen por lo de Kennedy? ¿Por qué cree que el gobierno se mostraría interesado?

—Me parece bien claro. Yo... Bueno, soy un buen metalúrgico, señor Grey. Hay muchas materias primas aquí, tal como sospechaba el señor Cartwright. Todos estos cráteres y demás... Sea cual fuere la causa que los provocó, forzó a los metales raros a subir a la superficie. El señor Cartwright lo suponía, aunque la Luna sea mucho más ligera que la Tierra. Ya domaremos a esas criaturas lunares. Las pondremos a excavar minerales, eso es.

Ralston se revolvió, indignado.

—¡La esclavitud se acabó con la Decimocuarta Enmienda, víbora! Claro que hay metales aquí. Yo también vi cosas bastante valiosas al explorar cerca de los acantilados. Pero no llegará muy lejos si piensa tratar a los nativos de esa manera.

—No son exactamente... humanos, ya lo sabe. —Wolff desvió la mirada, pero se mantuvo firme—. No se llama esclavizar a hacer trabajar a un caballo, ¿verdad?

El muchacho dio un paso hacia él y Grey le detuvo.

—Estoy de acuerdo con usted, chico, pero, no logrará convencer a un tío semejante. Nunca ha oído hablar de esas cosillas llamadas ideales, que usted conoce. El problema no es nuevo... Wolff y Kennedy ya lo comentaron, allá en la Tierra, y hay muchos que se sentirían de acuerdo con ellos, muchos que disponen del dinero necesario para algo comercialmente provechoso. Para usted y algunos otros, tal vez incluso para mí, los viajes interplanetarios constituyen un ideal, una especie de sueño. Para ellos, significan sólo dinero, y no les importa la forma de obtenerlo.

—Creo que tiene razón, hijo —intervino Alice Benson—. A Bill también le preocupaban esas cosas... Wolff, yo sigo pagando su sueldo. No dirá usted una palabra sobre lo que hemos encontrado aquí.

La orden había sido pronunciada con voz firme, y el hombre asintió. No obstante, Grey vio la expresión de su cara y comprendió que no obedecería. Había gente dispuesta a pagar la información, y Wolff quería dinero.

—De todos modos, eso no soluciona nuestros problemas. Ahora, lo principal es averiguar el lugar donde aterrizó Swanson y tratar de obtener su tubo. Ralston, ¿se cree capaz de efectuar la reparación? ¿Sí? ¡Estupendo! Entonces, ¿por qué no sube hasta la escotilla de emergencia y trata de localizar la nave desde allí? Confiemos en no tropezar con esos hipotéticos nativos hasta el momento de marcharnos. Cuanto antes lo hagamos, mejor. Los demás vayan pensando en prepararse para el despegue.

Ralston ya había empezado a trepar, telescopio en mano. Wolff se agitó nervioso en su asiento.

—Yo... Esto... ¿No cree que alguien debería quedarse aquí?

—¿Qué pasa? ¿Tiene miedo de salir y enfrentarse con esos nativos que estaba decidido a explotar? Bueno, Kennedy se quedó en la nave. ¿Le gusta la idea?

—Hay cerraduras. Si... si cierro por dentro...

Grey le miró con ojos más fríos que de costumbre, pero se encogió de hombros.

—De acuerdo, quédese a lloriquear un poco. Si le atrapan, le aseguro que nadie se molestará en ir a buscarle. ¿Ve algo, Ralston?

—La vi en seguida. La ocultaba la sombra del acantilado. Cuando aterrizamos estaba demasiado oscuro para que apareciese en la pantalla. A unos cinco kilómetros de distancia, todo lo más.

Por una vez, habían tenido más suerte de la que esperaba Grey. Supervisó su pasaje por la pantalla, mientras escuchaba la descripción que hacía Ralston de la situación de la nave. Después, ordenó al chico que saliese, reteniendo a June. Ella pareció sorprenderse cuando se le acercó.

—Me debes algo —le recordó Grey, sonriente.

—¡Maldito seas! Creí que lo habías olvidado. La maravilla sin nervios, ¿eh? Muy bien, de acuerdo. —Se enfrentó a él con una expresión a medio camino entre la mueca y la sonrisa—. ¡Cobra tu deuda, Shylock!

Nunca había besado a una chica. Sintió su piel aún más tirante que al advertir la desaparición de Kennedy. Pero las películas resultan muy instructivas, si uno es lo suficientemente curioso acerca de los hábitos humanos. Y descubrió la existencia en él de instintos que guiaban sus brazos y los ceñían en el lugar preciso. Al principio los labios de ella permanecían tensos, hasta que sus propios instintos los relajaron. Después, Grey perdió parte de su calma analítica. Por fin, se apartó de June. La cara de la muchacha se había sonrojado ligeramente.

—¡Vaya! —exclamó—. Para ser un tío sin nervios, no lo haces tan mal, Pulgarcito. ¿Y dónde escondías todos esos músculos? —Sacudió la cabeza, al parecer sorprendida ante su propia reacción—. Necesito de verdad ese maldito cigarrillo.

—¿Y si repitiéramos...?

No sonreía de modo tan burlón como debiera, pensó Grey. También él se ablandaba... Bien, valía la pena. La muchacha aspiró el humo, estudiándole con una

expresión que nunca había visto en ella. Compartieron el cigarrillo hasta su rápida consunción. Afuera, alguien golpeaba, indicándoles que había llegado el momento de salir. Ambos se sintieron muy tontos. Alice Benson sonrió, y sus compañeros la imitaron. En aquel momento la diversión superaba a sus preocupaciones. June evitó su mirada y se alejó, colocándose al lado de la anciana cuando emprendieron el camino.

Esta vez el terreno era más difícil, casi intransitable desde el punto de vista terráqueo. Sin embargo, avanzaron con facilidad, saltando por encima de los peñascos más grandes o brincando de un punto elevado a otro. Marchaban con cierta lentitud, ya que Grey iba eligiendo el recorrido, pero progresaban de manera satisfactoria. No había signos de vida en ningún lado. Ni sendas, ni signos de construcciones inteligentes. Sólo el impresionante acantilado, cada vez más próximo, con sus bordes aserrados, no erosionados por el viento o el agua.

Grey aguardó a Alice Benson, observándola con admiración cuando saltó hasta él.

—Estaba preguntándome que clase de muchacha fue usted, señora. Aún ahora, se comporta como el mejor hombre del grupo.

—Gracias, Grey. No me agradaría ser un estorbo. —Sonrió—. A decir verdad, era un verdadero diablillo. Más o menos como June Correy. La chica tiene buena pasta. Sólo necesita a alguien que le sujete bien las riendas...

June dejó escapar un gruñido de burla.

—No dejes que te convenza, Medio Litro. ¡Se precisa un hombre entero para manejar estas riendas!

Grey iba a contestarle cuando vio que la anciana meneaba la cabeza, advirtiéndole. Respetó su juicio. June levantó la mirada, aguardando la respuesta. Frunció el ceño sorprendida al no recibirla. La señora Benson le guiñó un ojo a Grey, mientras seguían su camino. Éste se sentía intrigado. Quizá se había ablandado un poco, pero no era tan tonto como para creer que tenía la menor posibilidad con la chica... aun en el caso de que lo deseara.

Por último, la nave se hizo visible, yaciendo cerca del acantilado. Había sufrido un buen golpe, no cabía duda. Aparentemente, había aterrizado sobre una sola pata del trípode, tras descender con excesiva velocidad. La pata no resistió, doblándose, y la nave se había estrellado. Las paredes externas reventaron en la parte que ocupaban las máquinas, aunque la pata del trípode debía de haber amortiguado un tanto el choque inicial, disminuyendo en cierta medida el impacto de la caída.

Pero el hecho de que se hubieran encendido las dos bengalas indicaba que el aire interior no había escapado. Las naves estaban diseñadas para soportar un golpe relativamente fuerte en la cubierta sin que se agrietaran las paredes interiores. Grey movió el conmutador y transmitió su llamada:

—¡Swanson! ¡Englewood! ¡Marsden! La nave Polilla lunar llamando a la nave

Cita aplazada. ¡Adelante!

Aguardaron una respuesta, que no llegó. Aquello no quería decir nada. Podía haber mil razones para el silencio. Acaso los tripulantes habían muerto o se hallaban moribundos. O bien, la antena exterior de la nave se había roto o, con mayor probabilidad, todo el aparato de radio quedó destruido, ya que no se había recibido ninguna señal en la Tierra. Acortó la distancia con largos saltos, hasta que se vio debajo de la nave.

Dada la posición de ésta la cámara de compresión era accesible. Grey se estiró e hizo girar la palanca. Se abrió con facilidad, permitiendo que todos entraran detrás él. Una vez que pasaron, se cerró suavemente, emitiendo un ligero silbido. Grey retiró su casco, probando el aire. Había esperado encontrarlo demasiado cargado y rancio, pero, aparte del olor provocado por las repetidas filtraciones, seguía siendo respirable. Los demás siguieron su ejemplo, quitándose los cascos.

Se abrió la compuerta interior que daba a la zona habitable, aún más pequeña que en la *Polilla* y muy desordenada. Las máquinas y los tubos de la cabina de mandos aparecían sellados, indicando que habían perdido el aire. ¡En el interior no había un solo ser viviente!

Grey meneó la cabeza, examinando al pasar los tanques de comida y agua y notando que aún estaban medio llenos. Abrió el cajón de los papeles, recogió el cuaderno de bitácora y lo hojeó rápidamente. Las primeras anotaciones se referían a las pruebas de rutina, el despegue y el viaje por el espacio, después de apagar el cohete. Luego se presentaron los problemas, parecidos a los de la *Polilla*, pero más graves.

29 de junio. Al fin conseguimos aterrizar anoche, temiendo a cada instante quedarnos sin energía. La nave se torció y nos inclinamos hacia un lado, destrozándose la sala de máquinas. El pobre Englewood no pudo hacer nada. Hoy le enterramos, después de descubrir que la radio estaba estropeada y encender las bengalas. Dudo de que las vieran desde la Tierra, pero esperamos que, de algún modo, las captaran. Marsden confía en que seremos rescatados por la segunda nave. Siendo sólo dos aguantaremos algún tiempo. ¡Los primeros hombres en pisar la Luna!

Un error, según sabía ahora Grey, aunque Swanson y Marsden tenían todo el derecho a creerlo. Seguían páginas con estimaciones, actividades poco importantes, salidas... Y esperanzas que se iban desvaneciendo poco a poco, a medida que calculaban más exactamente la cantidad de tiempo necesario para completar la construcción de la otra nave.

11 de julio. Marsden y yo hablamos esta mañana y decidimos que un hombre solo resistiría fácilmente hasta el rescate. Dos no. Convinimos en echarlo a suertes

mañana. Esta noche, mientras el chico duerma, saldré. Ya he vivido bastante y me contento. Mantén la serenidad, Bob. Cuando leas esto espero que comprendas mis razones para marcharme.

12 de julio. ¡Pobre Bob Marsden! Debe de haber puesto un somnífero en mi comida, porque me acosté para aguardar a que se durmiera, y el que se durmió fui yo. Cuando desperté, salí a buscarle, pero las dificultades del terreno me condenaron al fracaso. ¡Un magnífico ayudante, un caballero, un gran muchacho! Dios acoja su alma. Por todos los medios, aguantaré, hasta que llegue la nave de rescate, para estar seguro de que obtendrá la fama que merece.

A continuación, había menos anotaciones, aunque Swanson conservaba las esperanzas. Algunas citas de la Biblia mostraban la forma en que empleaba su tiempo. Luego, Grey llegó a la breve anotación final:

23 de julio. Es horrible no tener con quien hablar, pero me siento bastante satisfecho. Mañana limpiaré el desorden que hay en la cabina. Hoy saqué parte de la basura y la enterré. Mi pala dejó oro al descubierto... una veta muy rica. Gracias a Dios, no valdría la pena llevarlo hasta la Tierra. De lo contrario, quizá la Luna viviese un caos terrible, como los provocados en el planeta por las fiebres del oro. Además, las reservas de oro perderían todo su valor en el mercado monetario. No obstante, sospecho que hay otros minerales más valiosos.

Después, sólo encontró páginas en blanco. Grey buscó alguna anotación, por breve que fuese. No había ninguna.

—¡Ojalá supiera cuántos trajes espaciales se trajeron! —exclamó.

La señora Benson se apresuró a contestarle.

—Dos. Se suponía que siempre debía quedar un hombre en la nave, de modo que sólo se incluyeron dos trajes. ¿Quiere decir que...?

—Probablemente. Hay uno muy usado en el armario. Sin duda Marsden salió con el otro. Toma todas las fotografías que puedas para confirmarlo, Correy. Y nos llevaremos el cuaderno de bitácora. Algo se apoderó de Swanson, haciéndolo desaparecer, sin su traje... y sin señales de lucha.

Volvió a colocarse el casco y se dirigió a la compuerta, sin pasar por el lugar donde la joven tomaba fotografías y retiraba los rollos de la máquina. Luego, todos se dirigieron a la parte posterior de la *Cita aplazada*. Notó que Neff temblaba y se mantenía muy cerca de Philip Ralston, que parecía casi contento de los problemas con que se enfrentaban. June fruncía el ceño y le miraba, esperando instrucciones.

No tenía ninguna que darles. Buscar a los hombres desaparecidos le parecía más que insensato. Lo único que les restaba por hacer ahora era retirar las piezas que necesitaban del tubo, en la medida de lo posible, y volver a la *Polilla*. Llamó a

Ralston, y los dos rodearon la nave, dirigiéndose hacia el tubo.

¡Sólo quedaba el cascarón! La parte interna había sido retirada y, cuando iluminó con su linterna, vio que quedaban algunas tuercas, pero que todos los alambres y las tuberías de conexión habían sido limpiamente recogidas. Alguien se les había adelantado.

—¡Dios mío! —suspiró Ralston, retrocediendo poco a poco, mientras la antigua amargura cubría su cara—. ¿Qué haremos ahora?

Grey se dejó caer sobre el terreno, debajo de la nave, encendió la linterna y buscó alguna pista sobre los autores del hecho. No había ninguna. Las duras rocas no conservaban huellas y la capa de polvo parecía intacta, pese a que no había viento que pudiera removerla y borrar las huellas. La parte interna del tubo suponía una carga capaz de obligar a tambalearse a cualquiera, aun aquí, pero no quedaba rastro de quienes se la habían llevado.

—¿Qué hacemos? —respondió a Ralston—. Supongo que volver a la nave con las manos vacías. Somos seis. Con las provisiones y el aire de esta nave y la *Polilla*, podremos vivir unos dos meses, si ponemos cuidado. Entonces no, mejor antes, tendremos que obtener aire y comida de los líquenes. Quizás esos extraños pájaros sean comestibles, aunque lo dudo. Y tal vez encontremos minerales y otros materiales para reparar la *Polilla*.

Miró a Ralston, que guardó silencio. Grey lo prefirió así. No ignoraba que carecía de las herramientas precisas para ejecutar ese trabajo. No obstante, acaso con eso los demás conservaran alguna esperanza.

Volvieron a separarse. Ahora andaban lentamente. Grey se preguntó si habría alguna posibilidad de encontrar a los nativos, si de ellos se trataba. En caso positivo, quizá no fueran hostiles, sino indiferentes. Cabría entonces en lo posible establecer un contacto que condujera a un entendimiento. En su fuero interno, dudaba de la existencia de selenitas inteligentes. Los pájaros sobrevivían manteniéndose siempre en movimiento... ¿Cómo podía surgir la inteligencia con semejante tipo de vida? Y se necesitaba una civilización muy adelantada para alcanzar el nivel que les permitiría sobrevivir a la larga noche en el mismo lugar. Hasta arribar a ese nivel, la evolución de la inteligencia parecía imposible y, sin inteligencia, ¿cómo iban a llegar a él?

Correy se aproximó. Vio que conectaba su radio, dirigiéndose a él en una frecuencia que les aislaba de los demás.

—¿Es el final, verdad? Dime la verdad, Medio Litro.

Grey emitió su respuesta.

—Probablemente, aunque podremos postergarlo durante bastante tiempo... ¡Y adiós a los viajes espaciales! Y resultaba difícil antes de que se produjeran dos accidentes. A partir de ahora, tendrán la seguridad de que es imposible. De todos

modos, trataremos de regresar. Quizá consigamos reparar la vieja máquina de Bill Benson, que parece en buenas condiciones, y mandar a una persona que cuente lo sucedido. Y dirija después una partida de rescate. Disponemos de combustible necesario, y extraeremos el agua para sus motores a reacción. ¿Te animarías a intentarlo?

—¿Yo? ¿Pretendes comportarte de nuevo como un caballero? —protestó, pero sus ojos reflejaban la misma expresión especulativa que había visto otras veces en ellos—. En caso necesario, me arriesgaré, por supuesto.

—Tú eres la informadora oficial de este viaje. Sólo tú cuentas con los medios para convencerles. Yo no. Los otros tampoco servirían. Por ahora, no veo otra solución. De todos modos, si no consigo desembarazarme de tu presencia, podría habituarme a ti. Y entonces te pondrías insufrible.

—¿Tú crees?

Grey no acertó a desentrañar la observación y la atribuyó a su picardía, que deseaba hacerle pasar por tonto.

—Pues yo pienso que serías tú el que se volvería insufrible, Pulgarcito. Me gustan los hombres, pero...

Pasó la radio a una frecuencia no direccional y se acercó a la señora Benson, dejándolo solo a la cabeza del grupo. Ahora bien, si creyó que él se quedaría pensando en ella, se equivocaba. Tenía otras preocupaciones y se entregó a ellas. En aquel momento se hubiese sentido más feliz sin el mando que había asumido, aunque se sabía más necesario que nunca. Allá lejos les esperaba la *Polilla lunar*, el mejor observatorio para investigar el paisaje en busca de algún signo de vida.

Se adelantó a los demás, conectando la radio y llamando a la nave. Sus temores estaban justificados. Nadie contestó. Wolff se hubiese alegrado demasiado al anuncio de su retorno como para no atender a la llamada ¿De modo que Wolff había pasado a formar parte de los desaparecidos? No significaba una gran pérdida, pero intensificaba el misterio. ¿Cómo conocían aquellas cosas el momento oportuno para atacar?

Era obvio que habían desarrollado un método. Aparentemente no les interesaba apoderarse de un grupo, sino que preferían apresarles uno por uno. Eso explicaba el caso de Bill Benson y de Bob Marsden. No obstante, habían esperado algún tiempo antes de apresar a Swanson —quizás a causa de la escotilla, o por razones propias—, después a Kennedy, en la primera oportunidad, y ahora a Wolff. Según todas las apariencias, si permanecían siempre juntos, estarían a salvo. ¿O no?

Manipuló la cerradura exterior y sintió alivio al ver que no había sido cerrada. Si ellos —se tratara de quien se tratara— podían abrirla desde fuera, también podían volver a cerrarla... De ser así, no habría ningún medio para él de forzar la entrada. Los demás se sintieron aliviados, suponiendo que Wolff les abría desde el interior.

Grey se guardó bien de decir nada, esperando a entrar y confirmar los hechos, antes de preocuparlos más. Despojándose del traje espacial, abrió la compuerta interior para completar la inspección.

Le recibió un suave ronquido. El cuerpo de Kennedy rodó alejándose de la puerta cuando Grey la empujó. Dormía profundamente. No mostraba ningún signo de violencia. Wolff, en cambio, no se hallaba presente, y no respondió a los gritos de Grey. Kennedy no despertó. Siguió roncando tranquilamente, relajado, deslizándose por el piso cuando el piloto abrió por completo la compuerta y entró en la habitación.

Neff se quedó boquiabierta cuando Grey levantó al enorme diseñador y lo colocó en un lugar más cómodo. Los ojos parecían salirsele de las órbitas.

—¡Ha vuelto!

—En efecto, ha vuelto. ¿Qué le parece si procura averiguar por qué sigue durmiendo, después de todos los empujones que le ha dado?

Grey la dejó pasar, preguntándose cómo una chica con semejante mentalidad de solterona se había decidido a embarcarse en un viaje tan aventurado, cómo podía ser un médico de primera categoría sin que sus ideas hubiesen evolucionado al menos un poco.

—Ha sufrido heridas graves o está drogado.

Neff empezó a revisar a Kennedy, mientras Grey la observaba, pensando en cómo unos seres extraterrestres podían conocer los efectos de las drogas sobre el cuerpo humano, a menos que hubieran decidido administrarle una droga inofensiva... si en efecto su sueño se debía a una droga. Esa podía ser una explicación de su retorno. Si sentían curiosidad y no albergaban malas intenciones, tal vez resolvieran traerle de vuelta, a fin de que sus semejantes le atendieran y corrigieran los posibles daños. Por otra parte, su sueño podía ser causado también por el agotamiento, después de alguna especie de tortura mental. De ser así su retorno supondría una advertencia, un aviso para que se alejaran y no volvieran.

Todo dependía de Neff. Si lograba revivirle, pronto se enterarían de la solución a través del propio Kennedy. En aquel momento, le inyectaba un fluido incoloro, vigilando su reacción. Al terminar, se volvió hacia la tripulación.

—Estoy segura de que le han dado alguna droga, pero no conozco ninguna capaz de producir este resultado. En general, las que tienen un efecto tan ligero —parece dormir normalmente— no lo prolongan tanto. De todas formas, creo que el estimulante que le he aplicado surtirá efecto.

Sin duda tenía razón, puesto que Kennedy empezó a retorcerse, moviendo también la boca, un espectáculo nada agradable. Neff se volvió para no verlo. Kennedy gruñó, emitiendo una serie de sonidos involuntarios. Neff se inclinó de nuevo, le puso otra inyección y aguardó el resultado.

Esta vez, la reacción fue más rápida y más fuerte. El hombre se incorporó de

repente, mirando a sus compañeros.

—¡Eh...! Grey, Ralston, ¿qué ocurre aquí? Faltan horas para el despegue. Oigan, ¿cómo llegué aquí?

—Eso es lo que queremos saber. ¿Qué paso? ¿Vio a esos seres? ¿Cómo son? ¿Le dieron algún mensaje para nosotros?

Kennedy meneó la cabeza, desconcertado.

—No sé de que me habla. ¡Qué ambiente más raro hay aquí...! ¿Dónde diablos estoy?

—Sigue en la Luna, por supuesto. A la nave de Swanson le falta el tubo de...

—¿En la Luna? —Kennedy esbozó un gesto de extrañeza y miró al grupo, atónito—. ¿Bromea, verdad? No, ya veo que no. Advierto que hay poca gravedad y todo parece un poco extraño. ¿Pero cómo llegamos aquí? Lo último que recuerdo es que nos mandaron a dormir, un rato antes del despegue. ¿Va a decirme que dormí durante todo el viaje?

—No. Se suponía que estaba arreglando nuestro tubo. Y cuando volvimos, se había esfumado.

Grey no entendía nada. Kennedy, defectos aparte, poseía una inteligencia clara y una memoria excelente.

—Trate de dominarse, por favor, e intente recordar lo que sucedió. Hay muchas cosas que dependen de eso, sobre todo ahora que Wolff ha desaparecido.

—Bueno... No sé... ¡Dios mío, qué sueño tengo! —Bostezó y se recostó, cerrando los ojos—. No recuerdo nada, Grey. Márchese y déjeme dormir. ¡Déjeme dormir, por favor!

Las palabras que pronunció después se perdieron en un murmullo indistinto acompañado de los mismo suaves ronquidos que Grey había oído al llegar. Tampoco consiguieron nada sacudiéndole.

Neff encogió sus delgados hombros.

—Si continúa durmiendo a pesar de todas esas inyecciones, me rindo. Despertarlo otra vez podría ser peligroso. Ninguna droga que yo conozco actúa de esa manera. ¿Cree que...?

—No creo nada. Al principio, parecía muy lúcido, pero no recordaba nada. No trataba de engañarnos. ¿Y bien?

Los demás no presentaron ninguna sugerencia, aunque era obvio que su imaginación hacía horas extraordinarias. Entretanto, la de Grey reposaba. Los datos, tal como los conocía, no se ajustaban a ninguna de las posibilidades que se le ocurría y no se hallaba más cerca que antes de comprender las intenciones de los selenitas.

—Posiblemente ya se habrán dado cuenta de que Wolff ha desaparecido. No pretenderé que lo considere una gran pérdida, pero lo buscaría si supiera dónde. Mientras ustedes intentan resolver la cuestión, iré hasta la nave de Benson. Quiero

revisar el motor y todo lo demás. Ustedes quédense aquí. Permanezcan atentos por si sucede algo sospechoso.

June le miró, frunciendo el ceño.

—No deberías salir solo, Pulgarcito. Esas cosas parecen elegir a quienes se apartan de sus compañeros. Podrían capturarte. ¡No seas tonto!

—Quizá quiera que me cojan, Zanahoria. —Se dirigió a la compuerta, ajustándose el casco—. Volveré cuando vuelva. Si no lo hago, no perderéis nada... Os tocarán más provisiones para repartir. ¡Hasta la vista!

La compuerta interior se cerró tras él. Salió y bajó por la escalerilla. Las exclamaciones de protesta de Correy se apagaron, y ahora sólo llegaba a sus oídos, propagado por el aire de su traje, el sonido de sus propios pies golpeando las rocas del suelo. Si había seres vivientes esperándole, podrían acercársele sin ningún ruido. De todos modos, se negaba a mirar constantemente hacia atrás.

Atravesó a toda prisa el valle de los líquenes, trepó por la ladera y cruzó entre las rocas hasta llegar al *Alice*, sin advertir más señales de vida que las ya conocidas. Dudó un momento, preguntándose si habrían adivinado sus intenciones y le estarían aguardando dentro de la nave. Por fin, se encogió de hombros y se dirigió a la pequeña compuerta.

4

A su regreso, todos le estaban esperando o, más bien, picoteando la comida que les habían colocado delante. Durante los escasos instantes que permaneció detrás de la compuerta interior, no oyó que nadie hablara. Cuando abrió la puerta, se pusieron en pie de un salto, con diferentes expresiones en sus caras. La de Ralston reflejaba admiración y un franco alivio, mientras que la de Correy se iluminó por un momento. Grey se volvió hacia la puerta.

—¿Algún problema durante mi ausencia? ¿Oyeron algo?

—Nada, Grey. Pasamos el tiempo muy tranquilos, en espera de que nos hablara por el altavoz. Diez minutos más y pensaba salir a buscarlo.

Y Ralston atacó su comida con mejor apetito.

—¡Hum!

Grey arrastró hacia adentro el cuerpo de Wolff, flácido y roncando suavemente. Lo depositó en el centro de la cámara.

—¡Un regalito para ustedes! Lo hallé entre las dos compuertas, tal como le ven. Por suerte, le descubrí en seguida y entré antes de que el escape de aire le causara algún daño. No hacía ruido, y era lógico que no le oyeran, pero no entiendo cómo abrieron la compuerta y le metieron ahí en un silencio tan absoluto. Échele un vistazo, Neff.

Esta vez su diagnóstico fue rápido.

—Exactamente lo mismo que el otro. ¿Cree que debo intentar despertarle?

—No se moleste. Obtendría los mismos resultados. Fíjese, sin embargo, en que no lleva traje espacial. Eso significa que disponen de combinaciones diseñadas para los humanos, o bien, que transportan a sus clientes en vehículos herméticamente cerrados. El hombre soporta un poco de vacío durante algunos segundos... siempre que no se asuste. Bonito juego, ¿verdad? Sólo que no se trata de un juego... Debe de haber buenas razones detrás de todo esto. Nadie trabaja tanto para gastar una simple broma. Si fuéramos capaces de encontrar esas razones, quizá tendríamos la clave.

Metieron al dormido Wolff en su saco, a falta de un lugar mejor, y Grey denegó con la cabeza cuando la señora Benson comenzó a disponer los platos de papel para él.

—Todavía no. Voy a subir a echar una ojeada por la salida de emergencia.

—¿Qué encontraste en la otra nave? —preguntó Correy, con la mirada fija en los sacos donde dormían Wolff y Kennedy.

—¡Adivina! Tendría que haberlo sospechado.

Ella le miró, y su curiosidad dejó lugar a una súbita expresión de sospecha.

—Faltan los motores. ¿Es eso?

—En efecto. Y faltan desde hace mucho tiempo. Todavía queda aire en la nave, muy bien construida por cierto, y el metal aparece opaco en los pernos, demostrando que las tuercas fueron retiradas bastante tiempo atrás. No hay esperanzas por ese lado.

Hizo bajar la escalerilla que llevaba a la salida de emergencia y empezó a trepar. June se echó el pelo hacia atrás y le siguió en su largo ascenso hasta el pequeño compartimento donde apenas cabían los dos. Al levantar las persianas de las cuatro pequeñas ventanas de cuarzo, se mostró ante ellos el cráter que le rodeaba. Aquél era un lugar de observación, tanto como una salida de emergencia.

Grey movió el telescopio hacia todos lados y la casi totalidad del cráter se hizo visible, extendiéndose hacia el abrupto horizonte por un lado y hasta los impresionantes acantilados por el otro. Buscaba huellas de un sendero, de una zona aplanada entre las rocas, de cualquier signo de vida... No encontró ninguno. No había edificios, ni montones de basura, ni la más mínima señal significativa. Sólo una larga fila de pájaros selenitas, que saltaban uno tras otro desde algún punto oculto a su visión, para comer y aprovisionarse de aire antes de desaparecer.

—Tal vez no viven aquí —aventuró Correy—. Tal vez proceden de otra parte y están aquí de paso, para traer o llevar a alguien.

—Tal vez, pero no lo creo. Han de tener su base cerca. De lo contrario, no serían tan rápidos. No sabrían cuándo nos alejamos, ni aprovecharían nuestros momentos de descuido. Bueno, eso sólo nos deja un sitio posible: el acantilado.

Hizo girar el telescopio y estudió la rugosa pared, hasta que ella le apartó y miró a su vez.

—A mí no me parece eso un hogar, Medio Litro. Si viviera gente ahí, sin duda habría alguna estructura en la entrada.

—No son necesariamente hombres. Pueden tener otro tipo de mentalidad.

—Supongo que tienes razón. —Dejó el telescopio, restregándose los ojos—. No veo nada. Lo intentaré de nuevo cuando mis ojos se calmen un poco... Molesta mirar con este resplandor... ¿Te queda algún cigarrillo?

Él sonrió, enseñándole un paquete casi lleno.

—Bueno... No soy ningún cerdo, Pelirroja. ¿Te apetece? No, no, aguarda un minuto... No tengas tanta prisa. Hemos de establecer un ritual para disponer de esta reserva, ¿no te parece? ¿Se te ocurre algo?

—¡Vete al diablo, Grey! ¡Guárdate tus cigarrillos!

—Como quieras.

Sacó uno, parsimoniosamente, lo hizo girar entre el índice y el pulgar, lo golpeó varias veces y lo encendió. La brasa brillaba en la semioscuridad del compartimiento, y la débil corriente de aire que llegaba por las tuberías sólo servía para agitar el humo, permitiendo que enturbiara el aire antes de desvanecerse. Grey soltó un gruñido de placer animal, dobló las piernas y se tendió en el suelo.

—¡Y es nuestra marca favorita! Da pena pensar que se acabarán muy pronto.

June aguantó más de lo que él esperaba, sabiendo hasta qué punto la dominaba el hábito. Al fin, se encogió de hombros y se dejó caer junto a él.

—De acuerdo, de acuerdo. Pórtate como un canalla, si quieres. ¿Qué harás cuando se te acaben?

—Fumarme los dos cartones que había en la nave de Swanson... Englewood y Marsden dejaron una buena cantidad y, según parece, Swanson no los aprovechó. Dado que somos los únicos que fumamos en el grupo, nos durarían algún tiempo. Y no te molestes en buscarlos. Están bien guardados en mi mochila. ¿Y bien?

Se sentó, frotándose la cara, e intentó abrazarla. Ella le esquivó sonriente.

—Eres una rata, Nemo Grey, y te mereces lo peor. Éste es el truco más sucio que he visto en mi vida.

—Lo es —admitió él alegremente.

Empezaba a entender por qué los hombres que trabajan en condiciones extremas dedican tanto tiempo a bromear. En parte asombrado de sí mismo, en parte divertido, preguntó.

—¿Y qué vas a hacer?

—Supongo que cortarte el cuello cuando sepa que ya no te quedan más... Bueno, ¿me das o no ese maldito cigarrillo?

Había cuatro colillas en el suelo cuando, por último, volvió al telescopio. Para

entonces, se sentía menos divertido y más asombrado. June se arregló la ropa y se levantó a su vez.

—De verdad que nos encontramos en un mundo lunático, Medio Litro. Una se vuelve chiflada aquí... ¿Sabías que por fin Neff ha decidido que Phil es el amor de su vida? Se lo ha dicho, y él está medio loco de alegría. No le importa regresar o no.

—No sé qué ve en ella, pero le considero un chico estupendo y me alegro de que sea feliz... ¡Oye! Echa una mirada hacia allí, entre aquella cosa verdinegra y la hendedura que hay detrás. ¿Ves lo mismo que yo?

Ella miró, frunciendo el entrecejo.

—Parece un agujero.

—Tiene que serlo. En algún lugar han de vivir, y apuesto a que respiran oxígeno. Deséame suerte, Pelirroja.

Grey se asió a la cuerda y bajó velozmente por ella, dirigiéndose a la cámara con la muchacha a sus talones.

—¡Eh! Tú te quedas aquí —la detuvo Grey—. Ralston, creo que he descubierto su escondite y voy a explorarlo. Tome el mando durante mi ausencia.

Correy se deslizó por la compuerta interior.

—Sólo pretendo proteger el suministro de tabaco, ¡so usurero! Pensabas irte corriendo y dejarme sin fumar. Es inútil que lo niegues.

Él supo que hablaba en serio y asintió, poniéndose su traje y ayudándola a colocarse el suyo. Llevar a alguien consigo podía resultar una buena idea, ya que por lo menos uno tendría posibilidades de volver con información. Salieron de la nave y saltaron por entre las rocas, dirigiéndose al acantilado, por senderos distintos, pero manteniéndose cerca. La nave de Swanson estaba a unos ochocientos metros a su derecha. Cuando la sobrepasaron, el terreno se tornó más abrupto, lleno de zanjas y peñascos, obligándoles a disminuir el ritmo de la marcha.

—Hay muchos minerales por aquí —anunció Grey por el micrófono—. Apuesto a que en el fondo de ese acantilado yace un verdadero tesoro. A lo mejor, incluso hay una buena cantidad de radio... ¿Dónde estás?

No la veía, pero su voz le llegó en el acto.

—A la izquierda, en la zanja. Da muchas vueltas y es estrecha, pero me parece el mejor camino. Ven.

—Vio el lugar que le indicaba y se dirigió hacia allí. Cosa extraña, el suelo no presentaba asperezas, y sus saltos le impulsaban a buena velocidad. Correy no le esperó, convencida aparentemente de que nada les amenazaba. La zanja se iba haciendo más recta y más estrecha a medida que avanzaban. Miró hacia la derecha, deseando conocer un poco más sobre metales y minerales. Cuando volvió a mirar a June, ésta se había caído boca abajo.

—¡June!

—Creo..., creo que estoy bien. Rocé una roca suelta y me golpeó en la espalda. Yo... ¡Socorro, Grey! ¡Se me ha roto el tubo del aire!

Su voz sonaba frenética, y el traje empezó a desinflarse. Retorciéndose, la chica suplicó débilmente:

—¡Grey!

—¡Aguanta! —Corrió hacia ella sin tomar ninguna precaución—. Contén la respiración, si puedes. Te alcanzaré en un segundo. No malgastes energía. ¡Ya estoy aquí!

Retiró la piedra incrustada en la espalda de la combinación espacial arrojándola a un lado, y examinó el tubo desgarrado que llevaba el oxígeno desde el tanque al casco. Era corto y estaba bien protegido, pero el filo de la roca lo había seccionado limpiamente y las últimas moléculas de aire escapaban mientras lo miraba, más rápido ahora que la piedra no taponaba el agujero.

A toda prisa se quitó los guantes, apretando las bandas de las muñecas para no perder tanto aire, y sus dedos desnudos asieron el metal ardiente del tubo, cubriendo la parte rota. El aire volvió a llenar el traje cuando puso en funcionamiento la válvula, y oyó cómo ella respiraba.

—Tranquila ahora. Respira profundamente dos o tres veces. Vacía bien los pulmones en cada ocasión. Así. Necesitaré un par de minutos para cambiar el tubo... Gracias a Dios que traje un recambio... Tendrás que volver a contener la respiración. ¡Ahora! Respira una vez y después aguanta.

El sol brillaba sobre el metal, recalentándolo, aunque parte del camino se habían mantenido a la sombra. Pero no tenía tiempo para preocuparse por las quemaduras en tanto que sus dedos atornillaban el recambio, tras quitar el tubo averiado. Los cuatro kilos y medio de presión que pesaban sobre su cuerpo provocaban la hinchazón de sus manos en el vacío, aunque no lo bastante para causarle daños serios. Al fin, el nuevo tubo quedó instalado y volvió a girar la válvula, dejando pasar el oxígeno.

June se puso en pie, tambaleándose, mirando las manos enrojecidas de él mientras se calzaba de nuevo los guantes.

—Lo siento, Grey. Me mostré demasiado descuidada. Eres...

—Olvídalo. —Él también respiraba con dificultad, avergonzado por el temblor de sus piernas, y habló con brusquedad—. Nada serio. De ahora en adelante, nos mantendremos juntos, eso es todo. ¡En marcha!

—¡Un momento!

La voz llegó por la radio, de una dirección no determinada. Ambos se volvieron y vieron a Alice Benson que se acercaba.

Espérenme, por favor. Me ha costado mucho trabajo seguirles. Apenas les veía. ¿No les importa, verdad?

—Ralston no debió dejarla salir, señora —le dijo Grey—. ¿Por qué lo hizo?

—Porque estoy cansada de esperar que sucedan cosas, hijo. Quiero saber qué ocurre, igual que usted. Y aquí soy casi joven de nuevo, de modo que no les supondré ninguna molestia. Además, ¿qué importa? Si les cogen, de todos modos quedará abandonada, para morir lentamente.

—¡Déjala venir, Grey! —pidió June.

El muchacho lo pensó un momento y acabó por asentir, reemprendiendo el camino hacia el acantilado. Como ella había dicho, allí era lo bastante ágil para no suponer un estorbo, y sus posibilidades igualaban a las de ellas.

Llegaron al final de la grieta, en la base del acantilado. Sobre sus cabezas el círculo oscuro, sin duda un agujero, resaltaba muy visible en la empinada pared rocosa, a unos dieciocho metros de altura.

Grey no perdió tiempo en explicaciones. Tomó carrerilla y, de un salto, se elevó unos seis metros, arreglándoselas para asirse a un resalto, junto a una especie de ménsula. Sus pies encontraron apoyo y descubrió otro punto al que aferrarse, antes de sacar un rollo de cuerda y dejarlo caer con cuidado hasta las dos mujeres, que se apresuraron a trepar y reunirse con él.

En realidad, lo que parecía difícil a causa de los recuerdos de la Tierra les fue sorprendentemente fácil. Sus cuerpos, a pesar de los trajes, pesaban la cuarta parte que en la Tierra, y el acantilado estaba lleno de salientes. Había uno debajo del agujero y lo alcanzaron en pocos segundos. Estaba oscuro.

—Tendremos que tantear el camino —ordenó—. ¡Nada de luces!

La oscuridad total resultaba inquietante, ya que carecía de los habituales toques de penumbra normales cuando hay atmósfera. Grey comprobaba cada paso, con una mano apoyada en la fría pared de rocas y la otra tendida hacia delante, para no golpearse la cabeza. Caminaron lentamente. Oía la respiración de ambas mujeres por los auriculares. Por último, su mano tropezó con un obstáculo plano. Lo palpó. Habían llegado al final del túnel. Cubrió la linterna con las manos, dejando sólo un estrecho orificio, y la encendió. Frente a él, descubrió una puerta metálica, encajada en la roca, con un tirador y una hilera de extrañas letras a su lado. Al otro, en caracteres normales, brillaba la palabra ¡BIENVENIDOS!

June contuvo el aliento, pero la mente de él encontró una pista para la solución. Ya hacía días que se habían apoderado de Swanson y sin duda habían logrado ya comunicarse. Imposible saber si el cartel significaba un saludo o una trampa. Ni siquiera podía estar seguro de que supusiera algo *más* que una chispa de humor negro procedente de Swanson.

Accionó el tirador, notando que giraba con facilidad. Un resplandor se encendió al abrir la puerta y penetrar en el interior. Sus compañeras dejaron escapar un leve grito, pero le siguieron, y la puerta se cerró automáticamente, con un silbido neumático. Unos segundos después, se abrió otra compuerta que daba a un largo y

liso vestíbulo de piedra blanca, iluminada por una luz tenue que brotaba de los muros y el techo. Grey sintió que su piel se atirantaba. Sin embargo, cruzó el umbral, con las mujeres detrás. La compuerta se cerró sin ruido.

Quitándose el casco, se dio cuenta de que el aire olía a ozono. Más tenue que la mezcla de la nave, era no obstante respirable y, al cabo de un minuto, le pareció incluso agradable. Pensó en no despojarse del traje espacial, por si había necesidad de huir. Al fin decidió lo contrario. Las puertas automáticas les impedirían el paso.

—Más vale que nos pongamos cómodos —recomendó a las mujeres—. Quitémonos los trajes y presentémonos a nuestros anfitriones con cierta elegancia. Me preguntó por qué no habrán aparecido aún. Toma, Zanahoria, enciende uno —añadió, tendiéndole un cigarrillo.

—Gracias, bondadoso señor —dijo ella en tono de burlón asombro—. Si no lo viese, supondría que se trata de un regalo con condiciones. ¿Hacia dónde vamos? ¿Cruzamos el vestíbulo?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? ¿Quiere intentarlo, señora Benson?

—Sí, Grey. Una gente capaz de diseñar unas luces tan suaves y trabajar la roca para formar estos muros no creo que sea mala. Poseen una cultura. Y muy desarrollada.

Una especie de alfombra amortiguó sus pasos cuando atravesaron el vestíbulo y se acercaron a una habitación que se abría al fondo. Entonces se detuvieron, incrédulos.

Bob Marsden dejó a un lado al extraño rollo de escrituras que estudiaba y corrió hacia ellos, con una amplia sonrisa en su rostro familiar y Swanson a sus talones.

—¡Terráqueos, por fin! ¿Cómo están, amigos? Ya vemos que no les han traído dormidos.

Entretanto, Swanson estrechaba sonriente la mano de Grey.

—¿Así que le eligieron para este viaje, eh? ¡Estupendo! Ya me enteré de que se portó mejor que yo. ¿Qué le parece si me presenta a las señoras, amigo? ¡Eh, Burin Dator! ¡Tenemos visita!

Una criatura entró en la habitación. Recordaba a un hombre por su conformación general, aunque sólo media noventa centímetros y era de complexión delicada. Tenía las facciones muy separadas, con la nariz debajo de la boca, no encima, y una piel gruesa y correosa, desprovista de pelo. Parecía una tosca caricatura humana fabricada en goma. No obstante, presentaba un aspecto civilizado y agradable, como un animal gracioso y bien formado.

—¡Mike!

Habló en voz baja y sonora, un poco absurda considerando su tamaño, pero con una entonación entusiasta y alegre.

—¡Mike, hijo, por fin has vuelto! Te echamos mucho de menos. Nos

preguntábamos por qué no habías llegado en la primera nave. Swanson nos explicó que te fue imposible, de modo que esperábamos que vendrías en la nave de rescate. Sin embargo, no conseguimos acercarnos lo suficiente para verte, y la descripción que le sacamos a ese tal Kennedy no era tan exacta como para sentirnos seguros. Me disponía ya a salir para conocer a tu grupo... ¡Bienvenido a casa, hijo!

Burin Dator deslizó su delicada «mano» en la de Grey, con una mirada cariñosa y la expresión que —Grey lo sabía— equivalía en él a una sonrisa.

—¡Asamblea general! ¡Mike ha vuelto! *Lursk*, un poco de vino sintético. ¡Esto hay que celebrarlo!

5

Y fue una buena celebración, por cierto. El resto de los marcianos fueron entrando y uniéndose silenciosamente a la fiesta, todos mirando a Grey con la misma expresión de familiaridad. Por último, Burin Dator se levantó y les condujo a una confortable habitación, donde una serie de asientos tapizados rodeaban una mesa baja y ocupaban los rincones. Su arrugada cara resplandecía de felicidad. El trío de terráqueos le siguió con creciente sorpresa, un poco irritados contra Swanson y Marsden, quienes se negaban a contestar a sus preguntas. Aún no osaban creer en la realidad de lo que veían, y ansiaban oír las explicaciones que se habían sugerido. Grey se aferraba ceñudo a su cordura, manteniéndose de manera inconsciente muy cerca de June, a fin de asegurarse un mínimo de normalidad.

El pequeño marciano se tomó su tiempo para elegir un asiento.

—¿Están cómodos? Lamento sinceramente que nuestros primeros contactos hayan sido desagradables, pero necesitábamos saber con qué tipo de personas nos encontrábamos. Por desgracia, los dos hombres que capturamos primero nos forzaron a tomar ciertas medidas. Así que los devolvimos en buen estado de salud, si bien con sus funciones un tanto restringidas.

June se agitó inquieta.

—¿Qué les hicieron, exactamente?

—Nada irreparable, se lo aseguro. Borrarnos algunos de los recuerdos, después de comprender que sus palabras, una vez en la Tierra, hubieran tenido malas consecuencias para nosotros... Se proponían explotar este mundo, ¿saben? Ahora han olvidado todo lo ocurrido en los últimos días, con la ayuda de una pequeña operación, y se hallan bajo los efectos de una droga que les impedirá enterarse de nada. Les daremos un antídoto, para que lo tomen antes del aterrizaje... Fue un trabajo delicado eliminar algunos de los recuerdos y preservar los demás, excepto los relativos a los acontecimientos más recientes. Me siento orgulloso de no haberme visto obligado a dejar sus mentes en blanco.

—Los cirujanos de la Tierra son capaces de destruir la memoria —asintió Grey, que conocía bien el tema, puesto que, naturalmente, le interesaba mucho—. En cambio, no pueden hacer eso, y menos a gente de otra raza. Tiene buenas razones para sentirse orgulloso.

—Resultó difícil. Pero recuerda que nuestras manos son un poco más delicadas que las vuestras y que hemos estudiado con gran cuidado la mente humana. Sólo hace muy poco descubrimos la forma en que el hombre clasifica sus recuerdos y qué nervios los controlan. Además, aunque tu raza nos supera con mucho en sentido mecánico y en inventiva, nosotros estamos más avanzados en medicina, psicología y en el estudio general de la química orgánica y el pensamiento. Ni Swanson ni Marsden fueron los primeros. Conocimos a nuestro primer terráqueo mucho antes.

Alice Benson se inclinó hacia delante. Sus ojos brillaban.

—Ese hombre, señor Dator... ¿Se llamaba Bill Benson?

—En efecto, señora. Y supongo que es usted su esposa. Le entregaremos sus escritos antes de que se vaya. Él la creyó muerta al ver que no venía. No sabía que había estallado una guerra. De lo contrario, hubiese regresado a la Tierra... Ahora bien, para empezar, en Marte contamos con un medio mejor que el terrestre para efectuar observaciones astronómicas. Nuestro aire es más tenue y se pierden menos detalles. Vimos su bengala en la Luna por casualidad, pero la observamos y la analizamos con todo cuidado. Dedujimos, pues, que había vida en el mundo de ustedes y que habían atravesado el espacio con éxito. Por aquel tiempo, gracias a una afortunada casualidad, habíamos completado la construcción de una nave espacial, en la que nuestro pueblo —o por lo menos, nuestro grupo— había trabajado durante doscientos años terrestres. Somos lentos para estas cosas, como ya he dicho. Nos servimos de un simple motor a reacción de oxígeno-hidrógeno, suficiente para traernos desde nuestro mundo de baja gravedad hasta la Luna. Tuve la fortuna de que me eligiesen para formar parte de la tripulación. Cuando encontramos a Bill Benson, pasamos casi un mes curando las lesiones que había sufrido a causa de sus paseos fuera de la nave y por la falta de aire. Tardamos mucho en localizarle. Estaba casi muerto cuando le hallamos. Nos llevó algún tiempo llegar a entendernos, pero, aunque nuestros pueblos son muy diferentes, sus semejanzas en materia de conducta y manera de pensar resultan sorprendentes.

El marciano hizo una pausa, meditando antes de proseguir.

—Igual que en la Tierra, en Marte hay un tipo práctico y un tipo idealista. Del primero, sólo se han de esperar problemas en un encuentro entre las dos razas. Se entablaría una lucha por la supremacía, que terminaría mal para todos. A diferencia de ustedes, nuestros idealistas reconocieron ese hecho cuando iniciamos las primeras tentativas de construir un cohete y se organizaron en un pequeño grupo secreto. De ese grupo proviene toda nuestra gente, y sólo él sabe algo de nuestro éxito. Nos

vemos obligados a engañar a los demás. Bill Benson se mostró de acuerdo en poner sólo al tanto a los idealistas de su raza. Ustedes lo son, nosotros también. Los dos hombres que duermen en su nave, no. Por consiguiente, no deben saber nada, ni su mundo tampoco.

»El satélite es rico en cosas que ambas razas necesitamos: metales y minerales en extremo valiosos, incluso en pequeñas cantidades. Quienes se apoderasen de ellas amasarían enormes fortunas, como las amasan a partir de los secretos arrebatados a otros. Nosotros ya hemos empezado a aprovechar sus máquinas, sus aparatos, otras cosas que Bill Benson nos describió, en especial la energía atómica, que supone la verdadera clave. Hemos digerido lentamente esos conocimientos, al parecer resultado de la suerte o la habilidad individual. Ustedes deben hacer lo mismo.

»Nos proponemos, pues, formar un pequeño grupo en cada planeta, que vaya controlando poco a poco una parte cada vez más importante de las riquezas de este mundo, en apariencia sin conexiones con la Luna, hasta que la compañía tenga en sus manos el equilibrio del poder. La encabezarían, naturalmente, hombres que sabrían y simpatizarían. Luego, cuando los idealistas hayan desbrozado el camino, abriremos las puertas a ambas razas, dirigiendo con precaución las opiniones para que las masas se mantengan de acuerdo con nosotros. Nunca lograríamos vivir en un planeta tan pesado como la Tierra, y ustedes encontrarían muy poco atractivo el nuestro. Pero aquí, en la Luna, encontraremos un medio común para nuestro futuro. De otro modo, nos espera la destrucción mutua. ¿Conseguiremos todo eso?

Grey asintió, con la cabeza llena de planes para un futuro quizás a muchos siglos de distancia.

—Sí, creo que sí. Sin la menor duda, los hombres que controlan las finanzas de una nación pueden hacer mucho para conformar sus ideas y sus leyes.

—Y el núcleo de la compañía existe ya —señaló excitada la señora Benson—. Soy la dueña de la Atomic Power, un poderoso instrumento. En este momento dispongo de poca liquidez, pero eso no importa. El verdadero capital no se ha tocado. Y aunque Cartwright, que dirige la compañía, no me parece de confianza, se retirará pronto. Entonces se hará cargo de ella mi sobrino. Él sabrá organizarla muy bien. Pediremos ayuda por radio, diciendo que hemos aterrizado en un lugar desolado, dañando la nave, y que en la Luna no hay nada de valor, que se trata de un mundo peligroso e inaprovechable...

—Precisamente, señora. —Burin Dator le dedicó otra de sus desdentadas sonrisas—. Esos dos hombres sufrieron daños en el cerebro a causa de alguna radiación. A usted le hubiera pasado lo mismo, si su edad no la hubiese confinado en el interior de la nave... Los demás parecerán haber sufrido mucho, gracias a ciertas drogas que poseemos. Las fotos que han tomado no mostrarán nada. Más tarde, se organizarán ustedes en secreto, formando compañías mineras, pequeños grupos de inventores y

una flota pequeña, aunque muy eficiente, de cargueros espaciales, con base en alguna isla remota, supongo, que se encargará de transportar a los idealistas, de recoger los metales preciosos en pequeñas cantidades y las gemas de los cráteres... Creo que podemos confiar en el futuro.

Grey estaba de acuerdo, y se imaginaba el funcionamiento de la compañía, muy discreto, bajo distintos nombres. Pero eso dejaba sin resolver el gran problema.

—¿Cómo volveremos? Nuestro tubo se ha agujereado, y probablemente ustedes usan otro sistema que no se adaptará a la *Polilla*.

—Ahora usamos un tipo de propulsión similar al vuestro, perfeccionado por Bill Benson y mucho más eficaz. No se destruye a sí mismo. Lo arreglaremos con facilidad. Somos visionarios, Mike, pero no tontos.

—¿Por qué me llama siempre «Mike»? ¡No me diga que soy un marciano modificado!

El constante recurso a aquel nombre en combinación con el tono paternal de los marcianos, empezaba a crisparle los nervios.

Burin Dator rió, en una obvia imitación de las emociones humanas, aunque, evidentemente, la risa se había convertido para él en algo natural.

—Nada de eso, hijo. Ya expliqué que estamos muy avanzados en bioquímica. Cuando Bill decidió quedarse aquí, quiso un hijo, siempre que nuestros métodos funcionasen tan bien como decíamos. Fracasamos nueve veces, y la décima, fracasamos a medias, pero aprendimos. Tú eres nuestro undécimo intento de exogénesis. Creo que no resultaste adaptado por completo a la vida en la Tierra, ya que siempre presentaste algunas características peculiares. En resumen eres el... sí, el hijastro de la señora Benson.

—¿Y cómo llegué a la Tierra sin ningún recuerdo?

—Prometimos a tu padre, antes de su muerte, que te enviaríamos allí. No obstante, consideramos una imprudencia confiar en un chico que no sabía nada sobre su planeta de origen, de modo que nos vimos obligados a borrar tus recuerdos. Esperábamos que tus hábitos de pensamiento y tus emociones desarrollarían un carácter similar al que tenías y que algunas sugerencias sin palabras que implantamos después de la operación te traerían de vuelta, si era posible. Por fortuna, no nos equivocamos.

—¿Me devolverán la memoria?

—No. La operación es definitiva, aunque te enseñaremos documentos sobre tu vida anterior, desde su comienzo. Te servirán casi lo mismo.

Dator dudó, mirando a uno y otro.

—Naturalmente, esperamos que te quedes con nosotros, cuando los demás se vayan. Explicarán tu ausencia achacándola a un ataque de locura lunar. Te alejaste andando y no regresaste nunca. El señor Swanson conducirá la nave de vuelta. Le

encontraron al borde de la muerte, por supuesto, pero se salvó porque nunca salió de su nave. O cualquier otra cosa por el estilo. Ahora bien, necesitamos que se quede por lo menos un representante de tu planeta.

Grey consideró con calma la cuestión. La Tierra nunca había sido muy bondadosa con él, un monstruo entre los hombres. Sólo aquí había encontrado amigos: la señora Benson, Ralston, los marcianos... Quizás incluso June Correy. Cuando volvieran, el trabajo les absorbería y él volvería a quedarse solo. No obstante...

June interrumpió sus cavilaciones, decidiendo el problema.

—Por supuesto que nos quedaremos. Es la única solución.

El sonido de su voz le sobresaltó, y se volvió para mirarla. Su cara se mostraba tranquila.

—¿Nos? Yo me quedaré, claro, pero tú...

—Me quedo también, si no te importa. Seré honesta contigo. Aquí eres un hombre y, en estas condiciones, me sirves. El tamaño no cuenta. En la Tierra, me daría vergüenza andar por la calle a tu lado. Te borraría de mi vida con tanta rapidez que nunca sabrías qué paso. ¡Y no quiero hacerlo!

Grey no se detuvo a pensar en sí mismo. Tal vez estuvieran en un mundo lunático, pero esta locura era mucho mejor de lo que había sido su vida normal. Había tenido miedo de pensar en esas cosas, aun aquí. Ahora en cambio...

—¿Los marcianos celebran alguna ceremonia para el matrimonio, Dator?

Burin Dator asintió entusiasmado.

—Sí, por cierto. Además, tenemos una copia de la ceremonia terráquea. Mis ingenieros arreglarán vuestra nave mañana y habréis de despediros de vuestros amigos. ¿Por qué no proceder esta noche a la boda? Invítalos por la radio, para que actúen de testigos.

Los ojos de Alice Benson reflejaban la rapidez con que había aceptado a Grey como a un hijo.

—Muy amable, señor Dator. Algún día volveré. Considero la Luna como mi propio mundo. ¿Qué quieres como regalo de bodas, Mike?

También era el mundo de él, el único lugar donde se sentía a gusto. Pero mundo nuevo o no, sus emociones se sobreponían, demasiado nuevas para expresarlas de la manera adecuada. Fue June la que respondió, con una sonrisa muy dulce, aunque se pretendía burlona.

—Cigarrillos, señora Benson. Este chico corre más con un poco de tabaco que todos sus cohetes juntos.

* * *

Al parecer, todo tiene su precio. Escribir en condiciones de extrema premura lleva cerca de diez veces más tiempo que el trabajo normal. Si el escritor lo sabe de

antemano y lo tiene lo bastante en cuenta, resolverá el problema tomándose un par de días de descanso, sin mirar siquiera la máquina de escribir, hasta adaptarse de nuevo a su propio ritmo. Cuando no se espera a esa recuperación, las consecuencias pueden ser mucho peores. Yo descubrí que había desarrollado una enorme aversión contra todo lo que se relacionase con el oficio de escritor, y esa reacción duró más de lo debido. En lugar de aceptarla y dejar que se desvaneciera por sí misma, empeoré las cosas tratando de forzarme a escribir. Como resultado, obtuve un montón de papeles en el suelo y una buena idea para una novela corta, que se perdió para siempre a causa de la magnitud de los errores que cometí al intentar transcribirla.

Sin embargo, disponía del dinero suficiente y me encontré llevando a cabo algunos trueques muy peculiares gracias a un par de circunstancias inesperadas. El primero fue consecuencia directa de la falta de materiales y mano de obra especializada, motivada por la guerra. De pronto, la gente se vio incapacitada para reemplazar los artefactos que dejaban de funcionar, siendo muy difícil encontrar repuestos o alguien que efectuara la reparación. Me di cuenta de eso cuando la tostadora del *drugstore* se pasó al enemigo y se negó a cumplir su obligación. No fue difícil repararla, una vez que descubrí cómo se quitaba la decorativa cubierta. El pago consistió en varias comidas gratuitas. Luego, una adorable y pequeña calculadora se rompió, y me llamaron para ver si lograba hacerla funcionar.

Siempre he disfrutado con los mecanismos. Por aquellos días, poseía un cierto conocimiento improvisado sobre las máquinas y la electrónica. Sin embargo, en aquella ocasión el éxito dependía más de una especie de simpatía entre la máquina y yo. Años más tarde, me tomé el trabajo de aprender a fondo la teoría electrónica, aunque nunca conseguí saber lo suficiente para equipar con nuevas instalaciones eléctricas algunos de los aparatos de televisión a los que cambiaba los tubos. Y no obstante, cuando terminaba de reparar una radio..., ¡el maldito aparato funcionaba! Se corrió la voz a partir del *drugstore* por todo el vecindario y me encargaron una sorprendente cantidad de reparaciones. Disfruté con ello, ya que produce una gran satisfacción curar un mecanismo enfermo..., aunque detestaría dedicarme a eso como una actividad permanente.

Luego estaban los juegos electrónicos. En ese momento, en Saint Louis, la mayoría de los establecimientos abonaban en metálico las partidas ganadas. Todo aquello resultaba una novedad para mí y no resistí a la tentación. (Después de todo, los tales dispositivos también eran artefactos). Ante mi sorpresa, descubrí que en la mayoría de los casos se trataba de juegos de destreza... siempre y cuando se los estudiase a fondo antes, a fin de dominar la técnica que permitía mover la máquina sin que se anulara la partida al cometer una falta.

Al *drugstore* le daba lo mismo quien ganara, y el gerente parecía pensar que yo merecía atenciones especiales por el hecho de ser un cliente habitual y, a veces, un

útil peón para todo. De modo que, con frecuencia, me permitía adjudicarme las partidas gratuitas que obtenía el técnico de servicio cada vez que instalaba una máquina nueva. Eso me proporcionaba la experiencia necesaria con el artefacto para trazar la estrategia requerida. Casi todas mis comidas en el establecimiento fueron pagadas con las ganancias.

Por la misma época, el encargado nocturno del hotel comprobó que no me importaba reemplazarle de vez en cuando. Una buena parte de mi cuenta me fue descontada a cambio de esos servicios.

Es asombrosa la habilidad que un escritor puede desplegar para no enfrentarse con la necesidad de escribir y cuántas excusas llega a inventar. A mí me sucedió así, aunque di por sentado que se debía a una peculiaridad de mi carácter. Sólo más tarde comprendí que constituye un riesgo inherente al oficio. No sé por qué sucede de esa forma. No es pereza, ya que la mayoría de los subterfugios requieren más tiempo y esfuerzo que el hecho de escribir, aparte de dejar menos beneficios. Pero resulta inevitable. Quizá Campbell haya encontrado la respuesta correcta: «Todos los escritores están locos —explicó, añadiendo—: Y los escritores de ciencia ficción más locos todavía. Por su parte, los editores están, si cabe, más locos que los peores escritores. Y en cuanto a los editores de ciencia ficción... su locura no tiene límites».

Sin embargo, en aquel momento, yo racionalizaba todas esas cuestiones, como de costumbre. Trabajaba en una serie de relatos acerca de un hombre que, por accidente, se convertía en un ser inmortal, en un mundo desoladoramente arrasado y que le necesitaba. No deseaba más continuaciones. No obstante decidí que una serie concebida desde el principio para abarcar muchos relatos sería diferente. Tal vez lo haya sido. Nunca lo he averiguado.

Por fin, comencé la serie. En todas partes se respiraba una atmósfera bélica, que, naturalmente, influía sobre todo cuanto pensaba y escribía. La narración comenzaba con una devastadora guerra que se situaba en el futuro. La titulé *Objetor*. Campbell, con muy buen acierto, la rebautizó con el título de *Quinta libertad*. Alcanzó las ocho mil palabras, la máxima extensión que *Astounding* permitía para un cuento.

Lógicamente, tenía que usar un nuevo seudónimo para diferenciar la serie de los demás relatos que pensaba escribir. De manera que *Quinta libertad* apareció bajo la firma de John Alvarez.

Quinta libertad

por John Alvarez

... Y no encontrar en la última guerra del siglo XX ninguno de los elementos superficiales que en alguna medida intervinieron en todas las contiendas anteriores. Fue un rudo combate contra la extinción, entablado desde los primeros meses.

América ofrecía la paradoja de una dictadura absoluta con pleno apoyo popular. Y en la mente de sus ciudadanos, no había lugar para nada que no fuera el máximo esfuerzo por parte de cada individuo. Los objetores de conciencia, a pesar de ser considerados en su derecho...

«El período del descubrimiento»

Roget, *Historia del hombre*, vol. III

Fastidiado, Tom tiró de la pesada almohada, que había ido deslizándose bajo él, y la dobló, en un intento por lograr algún apoyo que le permitiera leer bajo la mortecina luz sin tener que descansar todo el peso del cuerpo sobre su dolorido brazo. Pero no había manera. La almohada resbalaba gradualmente, defraudándole cada vez, y el brazo le temblaba de soportar la carga.

La vida apacible, sin trabajar y con todas sus necesidades cubiertas, le había dejado, al menos por el momento, sin el vigor necesario para resistir a la extenuante y forzada tarea ante la máquina, a través de las largas tiradas de diez horas. Se sentía demasiado cansado para guardar ningún rencor al gobierno por haberle sometido a toda clase de pruebas, rotulándole en consecuencia y enviándole al campo de trabajo lejos de sus comodidades, para cumplir aquella labor nada especializada que se le exigía, junto con una abigarrada colección de personas en posición de capacidades indefinidas y con numerosas razones que las hacían no aptas para el servicio militar.

¡Guerra! Siempre, eternamente, el hombre había ido a la guerra no sólo para aniquilar a sus agresores, sino para arruinar las vidas de aquellos cuyo único crimen consistía en aborrecer esa guerra. Habían confiscado su cohete espacial para dedicarlo a las patrullas civiles, habían inundado los periódicos con un histérico frenesí de odio y le habían dejado sin su música favorita, a fin de que la radio contara con espacio suficiente para su propaganda de codicia y salvajismo de los que al parecer se jactaban. Y la gentecilla insignificante que le rodeaba, que en su mayoría había implorado que no estallase la guerra, se fingía ahora orgullosa de ella y no hablaba de otra cosa.

Trató una vez más de hacer caso omiso del estridente sonido de la radio, llena de noticias y propaganda que no le interesaban ni le impresionaban, limitándose a ensordecerlo de manera inhumana, y volvió al último *Astounding*. Le había llegado aquel mismo día y, hasta el momento, sólo había ojeado la cubierta y la columna de los lectores. Esperanzado, comenzó por el relato principal.

El mayor Elliot alzó por un instante su mirada de los papeles al entrar el capitán. Le dirigió un gesto con la cabeza y continuó leyendo los informes.

—Centralia se desplaza, capitán Blake. Por lo tanto, gran ofensiva mañana a medianoche. Quiero que elija seis voluntarios...

¡Maldita sea! El muchacho apretó los labios y arrojó la revista debajo de la litera, fustigados sus nervios por el latido del nuevo insulto ¡Guerra! ¡Hasta en la revista! Durante todo el día, había contado las horas y minutos que faltaban para que su turno terminara y pudiera liberarse de la horrible realidad... Sólo para encontrarse con que la ciencia ficción se hallaba tan impregnada de ella como todo lo demás.

Tiró de la apelmazada almohada hacia arriba y hundió la cabeza en ella, tratando de ahogar los murmullos que se sucedían a su espalda. Quería descansar. Faltaba todavía una hora para la cena. Quizás en ese lapso lograra echarse una corta siesta.

Hubo un crujido en la litera situada debajo de la suya, y el sordo golpe de un saco contra el suelo, seguidos por el rechinar del cerrojo empotrado al descorrerse. Un recién llegado, dedujo, preguntándose si debía mirar hacia abajo o continuar ensimismado en sus propios asuntos. Después, se oyó la voz de Bull Travis, que comenzaba a tornarse opaca a causa del «humo» que había conseguido en algún sitio.

—¡Eh, muchacho! Hay una litera vacía en el otro extremo del dormitorio.

¿Por qué no te trasladas a ella?

—¿Y qué hay de malo en ésta?

—Que tienes encima a un objetor, eso es lo malo. No para de lloriquear llamando a su mamá para que le proteja...

—Gracias, pero no pienso arrastrar este saco ni un paso más.

Tommy se decidió entonces a mirar. Comprobó con sorpresa que se trataba de un muchacho delgado y rubio, de unos veinticuatro años. En aquel momento colocaba su mochila en el cesto que había debajo de la litera. Detrás de él Bull le miraba fijamente, con avinagrado ceño.

—¿También tú eres un cobarde objetor?

—No. Tarjeta roja. No me permitieron alistarme. De todos modos, aunque la litera de arriba estuviese ocupada por una cobra, no me importaría.

Bull murmuró algo y se dirigió hacia los lavabos, donde escondía la bebida. Tommy volvió a su posición anterior. Las palabras le quemaban el cerebro. ¡Objetor! ¡Cobarde objetor! ¿Era él de verdad un objetor de conciencia, es decir, algo muy por debajo del ser humano?

Para los demás, sí, no cabían dudas en ese sentido. Desde su llegada, habían sido pronunciadas contra él dos sentencias civiles ambas antes de que los jueces supieran que se le había adjudicado la tarjeta azul de los objetores. Bull podía emborracharse, propinar una paliza a cualquier viejo enclenque o proferir insultos durante toda la noche, sumido en su profundo estupor, porque tenía cuatro hijos en la guerra. A Tommy, por el contrario, se le consideraba como «algo» que se había deslizado entre ellos para eludir el cumplimiento del deber que le correspondía. ¡Y a aquello le llamaban democracia!

Ocho meses atrás, sin molestarse siquiera en formular una declaración de guerra, Centralia había atacado súbitamente al Occidente, invadiéndolo de forma artera con pesados mecanismos de combate en tierra y modernas armas antiaéreas, cuando las naciones más pacíficas esperaban tan sólo una invasión aérea. Hacía siete meses que había llegado ya al Canal. Más allá de Europa, el mundo se sintió aliviado al advertir que el ímpetu de los invasores disminuía, hasta detenerse de súbito. Desde luego, Norteamérica, como miembro de la Unión, les había declarado la guerra automáticamente, mientras que la gente se convencía a sí misma de que al haberse desvanecido todo el elemento sorpresa y careciendo Centralia de un adecuado poder aéreo, no constituía ninguna amenaza seria.

Y de pronto, el bloqueo de las transmisiones de radio interrumpió toda comunicación con cualquier país situado a menos de mil quinientos kilómetros de Europa. Algunos barcos de abastecimiento forzaron el bloqueo, pero sólo unos pocos, despojados de su cargamento y sin un solo hombre a bordo, volvieron a salir, navegando a la deriva, con sus estructuras fundidas como si hubieran sido rociadas con magma solar. No se tuvieron noticias de la flota de aviones de carga atrapada dentro de la zona del bloqueo hasta que, dos meses después, un desfigurado y diminuto aparato surgió revoloteando de entre las brumas de la mañana y aterrizó en el aeropuerto de Washington. En él venían dos hombres. Uno de ellos, vestido con uniforme americano, lanzaba débiles lamentos con la mirada fija en el vacío. Murió mientras le trasladaban a una camilla. El otro, evidentemente británico, se metió con los labios apretados en un coche oficial y jamás se le volvió a ver en público.

Después de eso, comenzó el repentino e histérico acoso. Esta vez no hubo dilaciones, ni se esperó a ninguna reacción popular. Cada hombre, mujer y niño fueron inscritos e interrogados brevemente. A continuación se les dijo lo que debían hacer. De lo contrario... Para los aptos, instrucción militar en cursillos relámpago. Para aquellos con conocimientos especializados, puestos en las industrias gubernamentales. Y para los demás, lugares descentralizados, como aquellas barracas de madera contrachapada y chatarra, y los talleres de hierro acanalado que se alzaron alrededor. El Congreso, que había proferido un unánime y fuerte rugido antes de que el piloto inglés de rostro mustio hablara ante ellos en sesión secreta, se aplacó

después. Sin duda algunos congresistas, pocos, tenían en su fuero interno objeciones que oponer, pero fueron derrotados en forma abrumadora por el noventa y cinco por cien que asistió a la sesión, aprobando los diversos proyectos de ley con monótonos síes. De manera bastante sorprendente, la gente no se mostró resentida. La mayoría aplaudía las directivas que emanaban de Washington. América estaba indignada. El hombre que se hallaba al frente de la Casa Blanca era un verdadero líder. Seguro que Centralia temblaba ahora de espanto... ¿Había levantado el bloqueo? No, señor. Y mejor que no lo hiciera. ¡El Tío Sam sabía arreglárselas por su cuenta!

Salió el número de Tommy. Su madre lloró, en tanto que su padre se mostraba en cierto modo complacido. No por mucho tiempo. Su satisfacción duró tan sólo hasta que se enteró de la entrevista que Tommy había mantenido con cierto hombre, quién llamó a su madre para hablar con ella y, desconfiado, le envió por correo la tarjeta azul. Su padre le había conducido con el ceño fruncido y en silencio hasta el tren que le trasladaría al Campo de Trabajo 2013-E.

—¡Adiós, objetor! ¡Conciencia, ja! —Soltó una abrupta carcajada y sacó de su cartera un billete de diez dólares—. Toma, ésta es tu herencia. No te molestes en regresar. ¡Y no nos escribas!

Las ruedas del tren se pusieron en movimiento repitiendo, sin cesar: «¡Objetor, objetor!», mientras que él se encogía angustiado y con los ojos ardientes, invadido por el terror que le causaba aquella cólera que impulsaba a su padre a comportarse en esa forma y que duplicaba la intensidad de su desprecio por la guerra y le impedía excluir de su mente el recuerdo de la mirada de su padre y el llanto de su madre. Y ahora, allí estaba.

—Hola —dijo el muchacho que ocupaba la litera de abajo—. ¿Es tuya esta revista? ¿Te importaría si la leo? Me llamo Jimmy Lake.

—No, puedes leerla.

—Gracias. ¿Quieres ver el periódico de hoy?

—En absoluto... Oye, estoy aquí como objetor de conciencia. ¿No te enteraste cuando te lo dijo Bull?

—¿Y qué? A mí me han enviado a causa de la polio. Tengo una pierna inútil. Y aunque la manejo lo suficiente para volar en aviones civiles, en este momento no quieren aceptarme.

Jimmy se aferró a los bordes de la litera superior con sus manos en extremo vigorosas y se izó con facilidad, sosteniéndose en el aire. Echó una ojeada al rótulo que había en ella.

—Tommy Dorn, ¿eh? Ninguna ley condena al hombre que se niega a combatir porque imagina que su dios se lo prohíbe. ¿A qué confesión perteneces?

Tommy se incorporó hasta quedar sentado. Sus labios palidieron de pronto. El hombre del tribunal le había formulado por rutina la misma pregunta. Su padre la

repitió con amargura, y Tommy vio su mirada ensombrecerse ante su respuesta.

—Se trata de una especie de religión personal. Yo... ¡Simplemente, odio la guerra!

Esta vez no hubo ensombrecimiento, aunque una expresión de incomodidad asomó vagamente al rostro de Jimmy.

—Creo que te equivocas... Bueno, eso es asunto tuyo. Discúlpame por haberme entrometido. Mira, ¿por qué no...?

—Damas y caballero —tronó el altavoz a través de todo el dormitorio, y algo en el tono del que hablaba silenció a todos los presentes—. Interrumpimos este programa para ofrecerles un boletín especial. El presidente acaba de anunciar que doscientos nuevos bombarderos B-43 a retropropulsión han retornado de una misión especial con destino a Centralia. La operación ha tenido éxito y no se han producido bajas. La formación sobrevoló Berlín a una altura de veinticinco mil metros, mil quinientos metros por encima del alcance de los cañones antiaéreos, lanzó sus bombas, se informó de los daños causados y regresó con sólo una avería menor. Se sabe que Berlín ha quedado reducida a una informe masa de ruinas ardientes. Transmitiremos más detalles a medida que nos sean revelados.

El dormitorio rugía. Jimmy volvió a tenderse en su litera, con los ojos enrojecidos y el rostro pálido.

—¡Señor! ¡Y no nos han enviado su flota aérea!

—¿No? —gruñó Tommy.

Podía aborrecer la guerra, pero ni siquiera ese odio alcanzaba a evitar que su mente asociase los cientos de datos aislados que había leído y coleccionado, gracias a su ilimitado amor por los progresos científicos, dentro de los cuales incluía también los adelantos militares.

—¿Y he de suponer que el enemigo ignoraba la existencia de esos bombarderos, que no habían previsto todo esto? Después de todo, sólo estuvieron preparándose durante diez años... Sin duda la ciudad no era más que un engañabobos, sobresaliendo un poco de la superficie del suelo.

—No hicieron ningún movimiento...

—¿Acaso no esperaron a llegar a la costa para efectuar un desplazamiento repentino y ponerse a cubierto por medio del bloqueo de las transmisiones...? ¡Basta! Todo esto me pone enfermo. ¿Por qué hemos de hablar todo el tiempo sobre la guerra?

Una vaharada de licor llegó de pronto hasta su nariz. Miró hacia arriba. Bull Travis le contemplaba con fijeza. El menosprecio y el odio se reflejaban en sus ojos nublados por el alcohol. El hombre titubeó un segundo, el tiempo suficiente para que sonase la campana anunciando la cena. Eso le detuvo en apariencia, ya que se unió a los demás en la carrera hacia la puerta. No obstante, durante toda la comida sus ojos

permanecieron clavados en los de Tommy. Además, se mantenía desacostumbradamente silencioso. Sentado junto al muchacho, Jimmy trató de sostener la conversación, pero a través de la mesa, la mirada de Bull continuaba fija, y Tommy la sentía, aunque su rostro se volviera hacia otro lado.

Tommy se sintió mejor en la cima de la colina, con el campo de trabajo a sus espaldas, oculto por el tronco del árbol contra el cual se había recostado, respirando con dificultad a causa de la larga ascensión. Aquella noche lucía la luna llena. Siempre le habían deleitado las extrañas sombras que arrojaba la fría luz del satélite y que se combinaba con el limpio aroma de los árboles y del rocío que cubría la hierba. Aquí no había guerra ni nada que la hiciera recordar, y nadie del campo de trabajo invadiría su intimidad. Sacó el violín del estuche, lo acomodó bajo su barbilla y comenzó a tocar, improvisando en su mayoría.

Poco a poco, las desarmonías fueron suavizándose, el ritmo salvaje se aquietó y el tono melodioso del paisaje reemplazó los sonidos discordantes y la amargura. Surgió entonces una clara y tranquila música, que fluía dulce y cada vez más precisa, con algo que Tommy no sabía definir, pero que sentía en su interior. Sus ojos vagaron colina abajo, siguiendo el sendero hasta una vieja roca que se erguía ennegrecida bajo la luz de la luna. Un matiz de expectativa se insinuó en su música.

Las nueve en punto... Ella siempre llegaba a esa hora, a veces acompañada, casi siempre sola, y se sentaba allí. ¿Cómo sería en realidad?, pensó vagamente. Se la imaginaba como una Diana de ánimo bondadoso, bajando desde la luna hacia el frío del anochecer. Algunas veces se había preguntado si prestaba atención a su música. Hasta se había atrevido a albergar la esperanza de que eso motivara en parte sus largos ratos sentada junto a la roca. En cierto modo, el verla allí, diciéndose que tocaba para ella y que ella le comprendía, aliviaba un poco su soledad y le permitía sentirse feliz de nuevo. Tal vez aquella noche iría sola.

Pero transcurrió un cuarto de hora, y ella no había aparecido aún. Interrumpió la música para echar otra ojeada a su reloj y volvió a apoyar el arco sobre las cuerdas, para interpretar ahora una melodía de Tchaikovsky, con la mirada siempre fija en el descampado.

—¿De verdad que las cosas van tan mal?

La súbita irrupción de la voz arrancó un discordante sonido del violín cuando él se levantó de un salto tambaleándose. Ella se hallaba apenas un poco más atrás sonriendo con timidez. La luz de la luna bañaba su rostro, suscitando de nuevo en Tommy la imagen de la bondadosa Diana. Tenía unos diecinueve años y era mejor proporcionada que todas las estatuas de la diosa lunar que había visto hasta entonces. En cambio su cara se ajustaba al modelo soñado por él.

—Te oí tocar, y la curiosidad me venció. ¿Te molesto?

Se apresuró a negar con la cabeza, y se sentó apartándose para que la chica se

acomodara a su lado.

—Soy Tommy Dorn, del campo de trabajo para hombres que hay ahí abajo. ¿De veras que mi música sonaba tan mal?

—Mal no. Horrible.

Le miró con curiosidad. Pudo ver a un muchacho bastante atractivo, de proporciones normales y que obviamente había alcanzado ya la mayoría de edad.

—¿Qué sucede? ¿No te aceptan para combatir?

Tommy esbozó un gesto de desagrado, pero lo dominó en seguida.

—No, no se trata de eso... Por si quieres saberlo, soy un... un objetor. A causa de mi religión *personal* y porque aborrezco la guerra.

Le sentó bien decirlo y liberarse de aquel peso. De todas maneras, ella se enteraría tarde o temprano.

—¡Ah! —Su tono expresaba comprensión—. Me llamo Alice Stevens, destinada al campo de mujeres.

—¿No vas a rasgarte las vestiduras y salir corriendo entre alaridos?

—¿Debería hacerlo?

—Eso parece. Una persona no debe reunirse de noche con un objetor. Va contra las normas, o algo por el estilo.

Ella rió.

—Hablas todavía con mayor amargura de la que expresa tu música. Admito que no te acomodas por completo al retrato que me había forjado de ti. Te imaginaba como un viejo y caduco pendenciero o como un subnormal, a pesar de la música.

—En cambio, tú eres tal cual te había imaginado —respondió bruscamente, sintiéndose ridículo, pero impulsado por la parcial confesión implícita en las palabras de ella.

—¡Tonterías! ¿No crees, Tommy? Supongo que se deben a que ambos nos sentimos solos y lejos del hogar. No hablemos más de eso. Toca algo. Permaneceré sentada a tu lado y contemplaré la luna.

—¿Qué te apetece? ¿La *Sonata* o el *Claro de Luna*?

—Ninguna de ellas. Demasiado convencionales las dos. ¿Ves? La luz de la luna hace que el movimiento de la hierba recuerde las ondulaciones del agua ¿Conoces Debussy?

—¿*Reflejos en el agua*? Te gusta la música, ¿verdad?

Acarició el instrumento y lo levantó hacia su barbilla. Mientras tocaba, su mirada se esforzaba por encontrar la de ella, mientras la inspiración movía sus dedos. La música, panteísta, se amoldaba a la magia de la luna, de los árboles y el viento, el cual, jugueteando furtivo con el cabello de la muchacha, lo lanzó contra el rostro de Tommy, embargando sus sentidos con el tenue perfume.

—Volverás... ¿no es cierto? —preguntó por último, cuando la música condujo a

la charla, y ésta se agotó, y llegaron los bostezos—. ¿Mañana por la noche, Alice?

Ella asintió sonriendo. Con el estuche en las manos, Tommy inició el descenso de la colina, dirigiéndose hacia el campo de trabajo, sintiendo la presencia de ella a sus espaldas. Cuando se volvió, vio que Alice le miraba alejarse. En aquel momento, no había lugar en su pensamiento para la guerra ni el menosprecio de los hombres.

—¡Hola, desecho!

La voz llena de aspereza le llegó de un matorral que se *alzaba* junto al sendero. Bull Travis apareció frente a él, balanceándose un poco y con los hombros inclinados amenazadores hacia delante.

—Te he estado esperando —continuó Bull—. ¿De modo que Centralia va a derrotarnos, eh? ¡Bonito quintacolumnista tenemos entre nosotros! Escucha, cerdo...

Una sensación de impotencia paralizó las piernas de Tommy y se ciñó como un vendaje alrededor de su pecho. Su estómago se contrajo como si estuviese congelado. Empezó a retroceder, y los tensos músculos de su rostro temblaron cuando abrió la boca. Su mente anticipaba el impacto de los poderosos puños.

—Un momento, Bull... Yo...

—¡Cállate!

El puño se desató con furia, aunque con escaso control, dirigiéndose al estuche del instrumento que Tommy había levantado ansiosamente, y le golpeó de costado, haciéndolo caer de sus manos. Bull avanzó. Tommy intentó esquivarle, pero sintió el impacto contra su rostro y, casi al mismo tiempo, el choque de su cabeza contra el suelo. No experimentó dolor, exactamente. Sólo un desagradable aturdimiento, que se extendió muy pronto a todo su cuerpo.

Con un movimiento, instintivamente, se puso en pie y eludió otro ataque gracias a un frenético salto hacia un lado, tratando de devolver el golpe. No obstante, su tensión interna malograba sus reflejos y le impedía toda coordinación, dejándole sin remisión a merced de las ebrias embestidas de Bull. Otro furioso puñetazo le derribó sobre sus rodillas, arrancándole un extenso jirón de ropas y de piel.

La oscuridad que se abatió sobre él debió de durar pocos segundos. Se libró de ella y comprobó que sangraba por la nariz. Luego, vio a Bull inclinándose en su dirección. Resonó un grito en algún lugar indeterminado. Bull se enderezó, mientras Tommy se levantaba con gran dificultad y miraba a sus pies, sin acabar de comprender lo que ocurría.

Jimmy Lake cubrió los últimos metros cojeando de forma peculiar. Su pierna izquierda se arrastraba tras él, en tanto que la derecha tiraba, haciéndole avanzar. La mirada de Bull se posó sobre la pierna tullida. Sus labios emitieron un salvaje alarido mientras se lanzaba a la carga. Algo fustigó con furia, como un vago reflejo bajo la luz de la luna, y Bull se desplomó al suelo cuan largo era. Se sacudió emitiendo sonidos demenciales, y, de un salto, se incorporó de nuevo.

Sin moverse de su posición, Jimmy dejó que el contundente golpe pasara de largo y, echando hacia atrás el brazo derecho, desarrollado con exceso, calculó con calma la distancia. Al fin, lo lanzó hacia delante. El brazo izquierdo lo acompañó con precisión automática. Esta vez, Bull permaneció en el lugar donde había caído, con las piernas abiertas como una muñeca de trapo arrojada con descuido.

—¿Estás bien, Tommy? —El tullido tenía la respiración agitada aunque sin duda se debía a la larga ascensión hasta la colina, porque su rostro aparecía sosegado—. Oí decir que Bull había salido en tu busca y vine para advertírtelo, pero él se me adelantó. Toma, límpiame un poco esa sangre. Ya casi ha dejado de manar. Y siéntate. ¡Estás temblando como una hoja!

Tommy se sentó, dolorido por los efectos de la pelea, y más dolorido aún por la vergüenza de que le vieran en ese estado, tembloroso, con la cara surcada por las lágrimas, incapaz de controlar la voz.

—Estoy bien, gracias. Supongo... Supongo que pensarás...

—Fue un placer, Tommy. Ya había tropezado con tipos como éste con anterioridad. Por lo demás, no te preocupes. También yo me desenvolví bastante mal las primeras veces. Al cabo de algún tiempo, te acostumbras. No has participado en muchas peleas, ¿verdad?

—No.

Había empleado el tiempo libre en sus libros y sus máquinas, en lugar de reunirse con los otros chicos para correr gritando por las calles. Más tarde, había convencido a su padre de que le comprara una nave espacial y le inscribiese en un costoso curso de pilotaje. Con ello había reemplazado los deportes a que se entregaban otros muchachos. Las manos y la mente eran para luchar contra las cosas, contra las leyes naturales que decían «no» cuando el hombre decía «lo conseguiré», no para luchar contra los hombres.

—Sólo una vez, antes de ahora.

—Me lo imaginaba. ¿Crees que podrás andar? Bien. No olvides tu violín.

Emprendieron el regreso. Tommy, todavía nervioso, exhausto y vacilante, trataba de ocultarlo y seguir el ritmo de la animada marcha que el otro le imponía. Al verle correr, le había parecido irremediabilmente tullido, pero la pierna conservaba la fortaleza suficiente para caminar, aunque no daba esa impresión al mirarla.

Un repentino pensamiento le hizo echar un vistazo hacia la colina. No había ningún signo de la presencia de la chica. Quizás se había ido ya cuando Bull surgió de los matorrales. No obstante, lo dudaba. Trató de apartar la idea de su cabeza y escuchar las instrucciones generales sobre defensa personal que su compañero le iba dando.

Miradas sorprendidas y hostiles les saludaron cuando entraron en los dormitorios y se dirigieron a su doble litera. Duraron sólo un momento. La atención volvió a

centrarse en el altavoz. Jimmy asió con fuerza el brazo de Tommy y le forzó a girar, encarándose con la radio.

—... Demasiado altos para ser vistos. Y ahí va otro. El edificio se estremece claramente bajo nosotros. ¡Dios mió! ¡Con toda la gente que se encuentra ahí abajo! No puede tratarse de simples explosivos. Sin duda nos atacan con proyectiles atómicos... El efecto no se detiene, sino que continúa expandiéndose, y el calor pasa incluso a través de las paredes del lugar donde me encuentro. Han cesado los disparos antiaéreos. Los aviones son demasiado veloces y vuelan a una altura excesiva para derribarlos. Nos enfrentamos a un nuevo tipo de bombardero. Desde la ventana, vislumbro uno de ellos, enfocado por un reflector antiaéreo. Es enorme... tiene que serlo, de otra manera no lo descubriría a tamaña altura... Da la impresión de que carece de alas... Algo explota a mi derecha con una llamarada infernal. Los edificios se desmoronan, ahora puedo verlo bien... Sólo queda un cráter en llamas que abarca tres manzanas y del que se elevan humaredas. La gente corre por las calles, tratando de ponerse a salvo, pero van cayendo debido al calor... No... No es calor... ¡Son radiaciones! Los técnicos acaban de llegar con el escaso instrumental que han logrado reunir y se dedican a efectuar mediciones. ¡Atención, Washington...! Aquí está la clave. Si vivo para proseguir...

Jimmy interrumpió el chorro de verborrea técnica, que no presentaba significado alguno para el oyente medio, si bien tal vez fuese fundamental para los científicos.

—¿A qué vienen todas esas descripciones? Acabarán por minar la moral de todo el país. —Miró hacia el grupo que permanecía alrededor del altavoz y se encogió de hombros—. No, quizá no deban hacerlo. Sin duda tienen un motivo. ¿Sacas algo en limpio de lo que dicen?

—No mucho. Desde luego, usan energía atómica —contestó Tommy, haciendo chasquear los dedos—. No puede ser el U-235. Al parecer, han encontrado un medio de fisiónar los elementos ligeros...

El locutor finalizó su informe con la lectura de los datos proporcionados por los instrumentos.

—Esto es todo lo que podemos ofrecer, Washington. A la velocidad que despliegan y a esa altura, no consiguen imprimir una dirección precisa a sus bombas, pero continúan atacando. En ocasiones, las llamaradas estallan a muchos kilómetros de distancia; otras, los proyectiles hacen blanco dos veces sobre el mismo sitio. Todavía no hemos sido atacados, aunque no creo que nuestra suerte dure mucho tiempo. Hemos apostado un hombre en la terraza tratando de detectar si alguna bomba cae sobre nosotros. En realidad, no servirá de gran ayuda. La luz roja nos advertirá... ¡*Se ha encendido!* ¡Derrótalos en nuestro nombre, Améric...!

Sorprendentemente, el ceñudo grupo de la barraca casi no pronunció palabra una vez que el altavoz dejó escapar la última palabra, como el sonido de una cuerda rota

al pulsarla, repetido a velocidad retardada.

—¡Apagad las luces! —dijo alguien por fin—. Mañana hay que trabajar.

Tommy yacía en la oscuridad, tenso e insomne. Casi había olvidado la pelea, el importante combate... Él tenía razón: Centralia estaba preparada. Sin embargo, ni siquiera él mismo quiso creerlo hasta aquel momento. Por último, cayó en un agitado torpor, soñando que Bull le pegaba de nuevo, mientras el locutor de la radio describía la escena. Alice se hallaba presente, moviendo apenada la cabeza y atándole firmemente con una larga cuerda. En cierto momento, la escena cambió. Bull se transformó en el empleado del centro de alistamiento. Tommy intentaba exponerle sus objeciones, en tanto que el hombre hacía lentos y continuados gestos negativos, entre una incesante lluvia de bombas. Fuera, la muchedumbre reclamaba su cabeza, sin importarles la destrucción que se abatía sobre ellos.

Apenas amanecía cuando le despertaron.

—Se le requiere en la oficina principal, Dorn —anunciaron—. ¡Dése prisa!

Torpemente, se introdujo dentro de sus ropas, gruñendo cuando la tela rozaba las partes lastimadas o cuando su cabeza, al moverse, provocaba más dolor en ciertas zonas.

Jimmy, en la litera de abajo, también se estaba vistiendo.

—Alo mejor, Bull ha armado un buen alboroto con sus mentiras. Te acompañaré para aclarar las cosas, ¿de acuerdo?

—Gracias, Jimmy.

Salieron tropezando de las oscuras barracas y marcharon junto a la hilera de edificios de una sola planta, preguntándose qué habría despertado al director a aquellas horas de la mañana. Ya en la oficina, el ordenanza parpadeó soñoliento al ver que se presentaban dos, pero les indicó una sala a la derecha y volvió a su café. No era el despacho del director.

—¿Thomas Dorn, matrícula 4784? —preguntó un oficial de las fuerzas aéreas, vestido de gris, de gestos serios pero agradables, sentado ante la mesa escritorio—. Bien. ¿Y usted, quién es?

—Un amigo mío —contestó Tommy.

—¡Hum...! De acuerdo, no dispongo de tiempo para discutir nimiedades... —Observó el rostro de Tommy, que ahora parecía bastante más abultado de lo normal, y sus cejas se enarcaron—. Creí que detestaba usted pelear. Lo tenemos registrado como objetor de conciencia.

—Cierto que detesto pelear. Eso no impide que defienda mis convicciones.

—No le culpo por pensar así. ¿Seguro que sigue oponiéndose a la guerra? ¿No escuchó lo sucedido anoche en Nueva York? —Al advertir el lacónico asentimiento del muchacho, frunció ligeramente el entrecejo y hojeó un montón de papeles—. Bien, en realidad eso no me concierne. Figura usted aquí como piloto de cohetes

espaciales y eso sí que me atañe. ¿Cuántas horas de vuelo? ¿Qué tipo de nave?

—Un Rayo Especial de mi propiedad, último modelo... En este momento, confiscado. Calculo que necesité unas mil horas de vuelo antes de completar todo el curso de instrucción. ¿Por qué desea saberlo, señor?

El oficial enarcó las cejas y silbó.

—¡Caramba, no pertenece usted a una familia pobre! Bien, no viene al caso. Me gustaría disponer de diez mil hombres con esa experiencia. Esas naves que bombardearon Nueva York eran cohetes. Por pura casualidad, uno de los derribados llegó a tierra en buen estado, con la mitad de la carga todavía en su interior. Guarden esto en secreto por un par de días... Dado el bloqueo en las transmisiones, no nos mostramos muy cuidadosos con respecto a las informaciones reservadas, pero no hay por qué difundir la noticia antes de que sea oficial. En dos semanas, dado la manera en que hemos conseguido organizarnos, estaremos fabricando cohetes mejores que esos y también mejores bombas. Centralia no es la única que cuenta con explosivos atómicos. Sólo que recurrió a los suyos antes de que tuviéramos a punto los nuestros. ¿Comprende a qué me refiero?

Tommy había comprendido. Su experiencia con los traicioneros cohetes superaba en mucho al término medio y, puesto que sus reparos se basaban en «razones de credo personal», su caso, cuando mucho, se hallaba en los límites de los considerados como causa justificada de exención de servicio. Sus labios se contrajeron todo cuanto la hinchazón le permitía, y el oficial notó la súbita palidez de su piel.

—Para serle franco, Dorn, yo no le incorporaría a nuestras fuerzas. Cualesquiera que sean sus motivos, me temo que su actitud mental le convierten en algo peor que no apto. Pero los jefes deciden.

Jimmy se agitó a su lado, tosiendo para llamar la atención.

—He completado una parte del entrenamiento preliminar para el vuelo en cohete... todo lo que logré costearme. ¿No podría ser eso de alguna ayuda, señor?

—Por supuesto, pero su pierna... Sospecho que todavía no se ha relajado tanto la disciplina. De todos modos, le propongo un trato, joven. Consiga que su amigo cambie de idea y procuraré que le acepten, de acuerdo con el reglamento o en contra de él. Bien, eso es todo. Tengo otras cien citas que atender y escaso tiempo para hacerlo. Vuelvan a las barracas.

Un mundo encantador, pensó Tommy. Cuando las cosas empezaban a mejorar y encontrabas a alguien que te trataba como a un ser humano, se precipitaban los acontecimientos. Le habían pegado, transformándole en un montón de doloridas magulladuras, probablemente había quedado en ridículo a los ojos de Alice. ¡Y ahora esto! Había sentido un violento pero superficial malestar durante la pelea. En su fuero interno, le perturbaba mucho menos que la amenaza oculta en las palabras del oficial. ¡No permitiría que le arrastraran a aquella guerra! Sin embargo...

—Bien, empieza a convertirme —dijo con amargura.

Jimmy movió la cabeza, con la mirada fija en el suelo.

—Daría mis dos piernas a cambio de esa oportunidad, Tommy, aunque me las cortaran centímetro a centímetro. Por desgracia, no sirvo para el proselitismo. No hay caso... ¡Maldita sea! ¿Por qué no podremos intercambiar nuestros cuerpos? ¿Por qué todo tiene que ser tan absurdo para nosotros?

Tommy no encontró ninguna respuesta. Su mente divagó en inútiles círculos mientras terminaban el desayuno y comenzaba el continuo chirrido de la máquina. Observó distraído que Bull Travis escogía otra mesa. Se mostraba anormalmente tranquilo, pero Tommy apenas registró el hecho. El camorrista ya no importaba, como tampoco el agobiante y desacostumbrado trabajo. Por encima de todo, se imponía el interrogante de si Alice habría presenciado o no la reyerta de la noche anterior y de cuáles serían los sentimientos de la chica a su respecto. Decidió que aquella noche no subiría a la colina.

No obstante, el anochecer se hallaba detenido junto al matorral donde le había sorprendido Bull. Con una mano apoyada en el brazo de su amigo, dijo:

—Sube, si lo deseas, Jimmy.

—No, gracias. He venido para estar solo y pensar un poco. Supongo que te sentirás más a tus anchas sin mí. Te veré a las once.

Marchó hacia abajo por un sendero lateral, silbando melancólico una monótona melodía, mientras Tommy continuaba trepando, acongojado entre la esperanza y el miedo. Una torpe indiferencia paralizaba ambos sentimientos.

—Hola, Tommy.

Alice le esperaba allí, tras adelantarse a él. Se puso en pie cuando el joven se acercó.

—También tú llegas temprano, ¿verdad?

¿De modo que no había visto nada? ¿O tal vez sí?

—¿Cuánto tiempo te quedaste mirando anoche?

—Lo suficiente. ¡Fue maravilloso, Tommy! Al principio, me asusté, pero, al ver que la segunda vez le derribabas, quise correr a tu lado para decirte lo contenta que me sentía. No lo hice porque temía llegar tarde a las barracas. ¡Tu pobre cara!

Había compasión en sus ojos. No obstante, cuando él se aproximó, brillaron de orgullo. Tommy miró de soslayo hacia el descampado, percatándose de cuan fácil era que la muchacha se equivocase, debido a las engañosas sombras de la luz lunar.

—Yo no le derribé. Lo hizo Jimmy Lake, el chico de que te hablé. ¡Un tullido!

—¿Ah, sí? —dijo Alice sin ninguna entonación. Encogiéndose de hombros añadió—: Me alegra que me hayas dicho la verdad, Tommy. ¿No has traído tu violín?

—Se estropeó.

Había sido doloroso descubrirlo. Más que los impactos físicos recibidos. No

obstante, el disgusto se había desvanecido ante sus otras preocupaciones, más importantes. ¡Roto, como todo lo demás en el mundo!

—Tommy, ven aquí. Anda, dime qué te ocurre.

Le obligó a sentarse a su lado y apoyar la cabeza en su regazo, acariciándole el pelo con sus largos y fríos dedos. Y como siempre ha ocurrido, ese gesto tuvo un efecto mágico, que calmó su desazón y rompió las barreras que les impedían una comunicación sincera. En tanto que Tommy hablaba, Alice emitía leves y tiernos sonidos de simpatía, que evidenciaban su atención. Por lo demás, le dejaba explayarse acerca de la entrevista de la mañana, sus temores y muchas otras cosas, sin interrumpirle.

Al fin, se detuvo. Ella se quedó reflexionando sin que su mano dejase de acariciarle.

—¿Crees que es justo eso, Tommy? —preguntó—. En mi opinión, deberías comprender que pelees tú o no, otros no dejarán de hacerlo. ¿Acaso te apoyas en la lucha de los demás para protegerte a ti mismo y tus ideales? Si no quedase nadie más, ¿no tendrías que combatir por ellos? Al menos, anoche lo intentaste.

—Traté de escapar, pero me fue imposible. Alice, lo siento. No puedo mostrarme razonable respecto a todo esto. Y tú tampoco puedes. Procede todo de mi interior. Probablemente mi padre tenía razón y es la cobardía lo que me fuerza a actuar en esta forma, no mis convicciones. Ni siquiera eso lo veo con claridad.

—En mi opinión, un cobarde no hubiera admitido que fue Jimmy quien propinó la paliza a ese pendejero. Y me pregunto si me sentiría tan atraída por un hombre a quien considerara sin agallas. Alguien debería azotar a ese padre tuyo. Dejó que los libros se encargaran de educarte y no movió un dedo para ayudarte a comprender la realidad y la dureza del mundo. Y sin haber procurado nunca corregir tus deficiencias, te abandonó en el momento en que ya no le diste motivos para enorgullecerse de ti frente a sus amigos. El fallo estuvo en su propia y negligente indiferencia, no en ti. Oye, Tommy...

Su voz sonó súbitamente apremiante.

—Dime.

—Yo, en tu lugar no me preocuparía por tener que luchar. Necesitarán instructores, más que pilotos. Eso estaría bien, ¿no es cierto? ¿Crees que así quedarían conformes?

No, no estaría bien... No obstante, sintió que el alivio y la gratitud por sus palabras recorrían su cuerpo como si hubiese bebido un vaso de vino. En un impulso, alzó la cabeza del regazo, acercándola a la de ella, que se inclinó sin dudar. Un cierto embarazo, provocado por la inexperiencia de ambos, tiñó en parte la ternura del abrazo.

Algo más tarde, Jimmy se acercó a ellos sin que lo advirtieran, hasta que una

ramita crujió bajo su pesado andar.

—Tommy, ya son las once. ¡Ah! Perdón, señorita, creí que...

—No se preocupe, de veras. Ya debería de haberme marchado... Eres Jimmy, ¿verdad? Me gustaría expresar lo que pienso de ti con respecto a lo sucedido, pero ahora no hay tiempo. —Se había puesto en pie y miraba su reloj. Luego, se inclinó con timidez para darles buenas noches—. Hasta mañana, Tommy... Y trae a Jimmy, si quiere acompañarte.

Se quedaron viéndola correr sendero abajo hacia la antigua roca y agitaron las manos cuando, antes de desaparecer, se volvió para darles un último vistazo. Jimmy miró a su amigo. En su rostro, se pintó un gesto de agradable sorpresa.

—¡Caramba! La chica te ha hecho mucho bien, compañero. ¡Vaya suerte!

Tommy se sentía dichoso.

—Más de lo que piensas. Es curioso lo importante que parecen esas barracas y talleres bajo la luz de la luna. Incluso la nuestra.

—Sí, he oído que mañana van a darles una mano de pintura. Parecen *demasiado* importantes y, después de lo de anoche, nada está demasiado seguro. Vamos, si no nos damos prisa, tendremos que dormir al raso.

Al principio fue un distante y amortiguado rugido, que se acercó rápidamente, a gran altura. Sus cabezas se alzaron hacia el despejado cielo.

—¡Aviones...! ¡No pueden ser ellos!

—Hablando de Roma... Sin duda se dirigen a Chicago. Al parecer, van escogiendo las ciudades por orden de tamaño, Tommy.

Él también los había visto. Una mancha se separó de las demás, bajando en picado, agrandándose y cayendo como una red de pesca, elevándose después un poco y cayendo de nuevo detrás de ellos, seguida del estruendo provocado por sus desplazamientos. Algo destelló sobre el techo de las barracas... Instantes después, ya no había ni barracas ni talleres. Tommy saltó hacia una próxima depresión del terreno, arrastrando a Jimmy y enterrando su rostro en la tierra. Una escasa protección, puesto que el latigazo de la luz y el impacto de objetos que no se veían, pero que podían sentir, llegaba inclusive a la ladera donde se encontraban. La radiación parecía abrasarlo todo y era casi tangible. Aun después de que la primera furia disminuyera un tanto, dejando sólo atrás llamas y calor normales en medio de las ruinas, los huesos y los dientes les picaban y la carne les hormigueaba con furia. Producto de la imaginación en su mayor parte, ya que habían escapado a lo peor de la radiación. O quizá fuera el efecto de las sacudidas del suelo.

Jimmy se levantó, vacilante.

—¡Atrás! Subamos ala colina. Estamos demasiado cerca y de ninguna manera debemos aproximarnos más. No queda nada ahí abajo, absolutamente nada. El segundo ataque debió de ser contra la sección de mujeres.

—¡Alice!

Las piernas de Tommy volvieron a flaquear, aunque se repuso casi de inmediato. Echó a correr sin otro sentimiento que una horrorosa e impotente premura. Le daba la impresión de que la cima de la colina se alejaba cada vez más, inseguro de si corría hacia ella o caía por el otro lado, hasta que su mano chocó contra la roca, y la resistencia del obstáculo le lanzó hacia el sendero lateral. Ondas de radiación calórica le golpearon, sin que fuera consciente del peligro mientras cruzaba la senda dando tumbos. Casi tropezó con la muchacha al intentar detenerse.

—¡Alice!

—¡Tommy! ¡Ayúdame...! ¡No, retrocede! Esta radiación... Ahora es más débil, pero...

—¡Calma...!

Sus brazos la rodearon y se la cargó a los hombros sin brusquedad, aunque a toda prisa, con una extraña fuerza que provenía de su interior. Regresó al sendero, sin prestar atención a la fatiga ni a lo penoso de su respiración. Había una hendedura en las rocas situadas cerca de la cima. Allí se refugiarían de las radiaciones, que les asaltaban por ambos lados. Se encaminó hacia el lugar con toda la velocidad que le permitía su cuerpo.

El rostro de Alice estaba grisáceo, deformado por el dolor, más agudo ahora que antes de subir a la cima. Cuando la dejó en tierra, se desplomó, flácida. No había muerto, sin embargo. Su corazón latía cuando Tommy se tumbó a su lado para auscultarla. Oyó el jadeante sonido de su respiración. Los minutos transcurrían mientras la contemplaba, desgarrado entre la necesidad de quedarse y la urgencia de salir en busca de auxilio.

El andar inseguro de Jimmy le distrajo, recordándole de súbito que no se hallaba solo.

—¿Se encuentra muy mal?

—¿Dónde está el médico más cercano? Necesita atención.

—Unos cuantos aviones de un modelo que no alcancé a reconocer han aterrizado lo más cerca posible del campo de las mujeres. Sin duda se trata del equipo de primeros auxilios. Vamos, échame una mano. Nos costará menos tiempo llevarla del que tardaríamos en ir a buscarles. Si cortamos a través de la colina y luego damos la vuelta, evitaremos lo peor de las emanaciones que llegan desde la zona del campo de trabajo.

—No.

Tommy volvió a alzarla. Su mente se había tranquilizado al saber que podía hacer algo sin necesidad de dejarla allí.

—No —repitió—. Será mejor que te adelantes, Jimmy. Haz que emprendan el camino hacia aquí. ¿Piensas que lo conseguirás?

—Sí, la pierna aguantará esa distancia.

Se marchó, aferrándose con las manos a la *maleza* para guardar el equilibrio. Sus torpes brincos resonaban estrepitosos, marcando su recorrido. Tommy inició a su vez la marcha. Consideró la conveniencia de tomar por un atajo, pero la rechazó. Aun si él estuviera en condiciones de recibir todas las radiaciones que persistían, no se atrevía a arriesgarla vida de Alice. Se forzó a sí mismo con severidad a mantener un ritmo que le permitiera transportar su carga procurando contener el impulso de echarse a correr y tratando de amortiguar con las piernas el balanceo de su andar, para evitarle a ella las sacudidas.

El ruido del avance de Jimmy fue disminuyendo, hasta que desapareció por completo a causa de la distancia que les separaba. Continuó desplazándose impasible. La piel le tiraba alrededor de los ojos, y su boca se contrajo en una estrecha y tensa línea. Por debajo del frío y del abotargamiento que empañaba la superficie de su mente, una fiebre de ideas le asaltaba una y otra vez al ritmo de sus pisadas, analizando, rechazando, decidiendo. Y paso a paso, la colina quedó tras él. Se internó por la suave barranca que conducía al punto donde se habían posado los tres aviones, que ya había avistado junto a las ruinas humeantes del taller.

Experimentó un vago asombro ante lo pronto que se habían enterado del desastre y la velocidad a la que habían acudido, en un inútil esfuerzo por prestar ayuda. No obstante, ese pensamiento y el alivio que le inspiraba su presencia se perdieron entre los movimientos de sus pies al arrastrarse, el latir de las ideas en su cabeza y el dolor abrumador que se extendía por sus brazos y piernas debido al peso. Se inclinó hacia delante por centésima vez, comprobó que la muchacha respiraba y continuó torpemente su marcha.

El crujido de las ramas avisó a los otros de su presencia. Unos segundos antes, había visto a los hombres que se acercaban a un trote lento portadores de camillas.

—¡Aquí! —gritó uno de ellos—. De prisa. Eso es. Muchachos. ¡Cuidado, con suavidad! Y usted, échese en la otra camilla. Si da un paso más, habrá que llevarle también al hospital.

Tommy permitió que le acostaran sin molestarse en protestar. Una vez que el apremio había desaparecido, sus músculos se relajaron. La respiración le rechinaba en los oídos y tema la boca seca y ardiente. Por el momento, no había nada que pudiese hacer, y su cuerpo se aferró ansioso a la posibilidad de descansar sobre la oscilante lona, aunque no hubiera alivio para su mente.

Jimmy los encontró al cabo de un rato. En su cara se dibujaba la fatiga causada por su gran esfuerzo. Al llegar junto a ellos, se desplomó sobre el tronco de un árbol.

—¿Hay novedades?

—Todavía no saben. Al parecer, todo esto es nuevo para ellos. Sólo han llevado a cabo experiencias en laboratorio.

Los camilleros trasladaron a Alice al interior del enorme avión hospital, rechazándole con palabras corteses pero firmes y prometiéndole avisarle lo antes posible. Sólo le quedaba sentarse y esperar, tratando de alimentar la esperanza, a pesar de la expresión de los hombres al observar a la muchacha.

—Te agradezco...

—No hay de qué, Tommy.

El sonido de otros pasos obligó a Tommy a levantar la vista. Se encontró mirando el rostro del oficial de las fuerzas aéreas que le había entrevistado por la mañana. Parecía como si hubiesen transcurrido años desde entonces. El hombre posó una mano sobre su hombro, sentándose a su lado, sobre el tronco.

—Se comportó usted valientemente, Dorn. Supongo que le debo una disculpa por lo que pensé al principio. ¿Le fastidia mi conversación?

—No, señor. Continúe. —No le molestaba nada que ocupase su tiempo y apartara su mente de lo que ocurría en el avión—. En verdad, no esperaba verle por aquí.

—Yo era el piloto más a mano cuando nos enteramos de esto. Por desdicha, no tuve la menor posibilidad de actuar. Y apéeme el tratamiento. Usted no es militar. Me llamo Kent... Al parecer han destruido Chicago.

—¿Ya?

—Esos chismes son veloces. Mañana, o tal vez esta noche, comenzaremos a evacuar todas las grandes ciudades. Sin embargo, necesitaremos un milagro para mantenerles a distancia dos semanas más. Quizá si... Rechazó el pensamiento. Como comprenderá, recibiría usted automáticamente un nombramiento gracias a sus horas de vuelo, Dorn.

—Lo sé, capitán Kent. Ella... la muchacha que está ahí a dentro... sugirió que podría serles de utilidad como instructor. —Meneó la cabeza en cuanto el otro inició un rápido gesto de asentimiento—. No. Matar o enseñar a otros a matar significaría lo mismo. Ni siquiera eso me está permitido.

—¿De modo que todo esto no le ha hecho cambiar de idea?

—No. Quizás tuviera usted razón. Quizá la cobardía intervino en un principio. Pero hubo algo más. —Se sentía incapaz de convertir en palabras el pensamiento que había ido elaborando a medida que descendía por la colina. Tampoco se esforzó de manera especial por lograrlo. Creo que, cuando esto comenzó, deseaba matarles por lo que nos habían hecho. Pero matar no es bueno. El odio no lo justifica.

—¿Ah, no? «Ojo por ojo...». De acuerdo, lo dice el Antiguo Testamento. ¿Y qué hay de San Mateo? «No he venido a traer la paz sino la guerra...».

—«Y el nombre es su peor enemigo». No adelantaremos mucho por ese camino, capitán. Mientras bajaba la colina, quise convencerme a mí mismo de que debía pelear. No lo conseguí.

El capitán Kent cabeceó pensativo. Ofreció un cigarrillo a cada uno. Una idea le

daba vueltas en la cabeza.

—¿Ha visto alguna vez a un petirrojo perseguir a otro pájaro que amenazaba su nido? Es una ley casi absoluta de la naturaleza matar para defender la propia vida. Tal vez no tenga usted familiares en peligro... ¿Y la muchacha?

—¿Considera acaso una defensa bombardear a otras mujeres y otros niños?

—Ya lo creo. A través de todos los tiempos, el orgullo tribal, el orgullo del Sacro Imperio Romano Germánico, el de las tribus teutónicas, cuyos legados precedían a los reyes, lo ha demostrado así. ¿No juzga usted justificado emplear medidas drásticas contra los repetidos asaltos ala libertad délos demás?

No hubo obstinación ni asentimiento en el rostro de Tommy, cuando denegó con la cabeza en silencio. El otro se encogió de hombros, admitiendo su derrota. Los tres permanecieron en silencio, con los ojos fijos en el suelo, o en la puerta del avión, cada uno sumido en sus propios pensamientos, con un inadvertido cigarrillo en la mano. Tommy exhaló un pausado suspiro. Una parte de su emotiva mente le había implorado para que se dejara convencer de que el capitán estaba en lo cierto, pero éste había empleado argumentos demasiado manidos para ofrécele alguna esperanza.

Por encima de ellos, lo que empezó como un grave y amortiguado zumbido se convirtió pronto en un trueno, a una velocidad que sólo podía significar una cosa. Los ojos del capitán localizaron primero las azuladas líneas que surcaban el cielo a varios kilómetros de la tierra, y que se acercaban rugiendo desde el horizonte.

—¡Malditos sean! Nos creen indefensos... Tan indefensos que vuelven deliberadamente sobre nuestras instalaciones, de la misma forma en que se fueron. Si...

Con un súbito y breve grito, asió a sus compañeros por un brazo y les arrastró hasta la distante barraca, con los ojos vueltos todavía hacia la mancha de fuego azul que se descolgaba de entre las otras y descendía hacia ellos, atravesando los kilómetros en fracciones de segundo. Al fin se detuvo, comprendiendo la inutilidad de la fuga.

—¡Dios mío! Han localizado nuestros aviones gracias al resplandor de las ruinas. ¡Qué necios hemos sido...! ¡Escuchen!

Otro sonido cortó el aire, sobreponiéndose al rugido de los cohetes, más agudo, más estridente. Una luminosa cinta restalló contra el suelo, cerca del horizonte. Durante el tiempo que tardaron en centrar la mirada, la distancia se acortó. Percibieron un penetrante quejido que acuchillaba el aire. A continuación, surgieron otras dos naves, en apariencia perseguidas por la aviación de Centralia. El cohete que había iniciado el descenso, invirtió la marcha con una explosión atronadora y se dirigió hacia ellas. Tres naves se desviaron entonces en dirección al grupo enemigo, formado por unas cien, separándose a medida que se acercaban, mientras que la flota de Centralia se agrupaba y comenzaba a evolucionar en un enorme círculo con objeto

de atraerlas a una posición frontal. La maniobra consistía en un lento rodeo, destinado a mofarse del trío que osaba disputarle sus derechos sobre la estratosfera.

La voz de Kent sonó triunfante y orgullosa, ridículamente esperanzada, a pesar de la disparidad de las fuerzas.

—¡Lo han logrado! ¡Parecía imposible, pero ahí están!

—¿Cohetes atómicos? —preguntó Jimmy en el mismo tono.

—Sí. Hemos vencido la inflexibilidad de la producción en masa, aunque todavía no comprendo cómo. Esta misma mañana, esos cohetes funcionaban impulsados por combustible normal. Los propulsores atómicos apenas salían de los tableros de diseño. No sabíamos adaptarlos...

Su voz se ahogó, en tanto que una de las tres naves desaparecía en una gigantesca lámina de fuego que parecía atravesar el cielo, a mucha mayor velocidad que el sonido que les llegaba desde la lejanía. Kent gruñó. Por su expresión, supieron que había comprendido lo que sucedía.

—No, no lo han logrado. Se han limitado a montar temporalmente los propulsores de la nave capturada en tres de las nuestras. Dios sabrá a qué tipo de cable han recurrido para sujetar esos motores. ¿De modo que se referían a eso? No me extraña que se sacudieran de tal forma. No tiene ni un cuarto del peso para el que fueron diseñados los propulsores. Y deben de ir repletas de nuestras propias bombas atómicas.

—La explosión...

Kent esperó hasta que cesará el último estruendo.

—No. Nuestras bombas son estables hasta después de lanzarlos. Eso fue el motor del cohete, que reventó.

Tommy pugnó con la idea. Sus ojos trataban de seguir las manchas que puntuaban el horizonte, casi invisibles.

—¿Pero qué pueden hacer las bombas contra ellos?

—¡Observe!

Mientras hablaba todavía alcanzaron a distinguir las dos llamaradas en que se convirtieron las naves que quedaban, que, de pronto, se lanzaron contra el corazón del enjambre enemigo. Esta vez, las llamas titilaron ligeramente. Los tres hombres se vieron forzados a cubrirse los ojos, antes de que aquéllas cobraran toda su intensidad. Cuando volvieron a mirar, sólo quedaba un cielo vacío, con algunas cintas luminosas que caían aún hacia el fuego que parecía brotar de la tierra, apenas fuera del alcance de su vista.

—¡Un escuadrón suicida!

Los rostros de Jimmy y del capitán se iluminaron, reflejando el efecto de un número demasiado grande de emociones para ser asimiladas.

—En efecto. Nuestras naves consiguieron acercarse antes de que las debilitadas

defensas del enemigo las alcanzasen. Y como sus bombas eran inestables, cuando las nuestras fueron accionadas en las proximidades, la explosión se propagó. Bien, tuvimos nuestro milagro, seguro que no les dio tiempo a fabricar más aviones... Y los que hemos visto... Bueno, se fundieron «como las nieves del año pasado», según dice la canción. Lo cual nos concede las dos semanas que precisamos. ¡Fue mi buena estrella!

Su cara se contrajo en una torcida sonrisa ante las miradas de Tommy y Jimmy.

—El equipo que pilota los cohetes echó a suertes este mediodía para elegir entre los que se presentaron voluntarios a aquellos que debían morir en un comando suicida. Ganaron esos tres. De haber contado con una hora más de tiempo, tal vez hubiera convencido a alguien más para que probara suerte. ¿No cree usted Dorn?

—Sí, señor.

Volvieron al tronco que les servía de asiento, desde el cual Tommy podía observar la puerta del enorme aparato. Había contestado al capitán sin levantar la vista.

—Mis jefes me confirieron plenos poderes para disponer a mi gusto con respecto a su caso y algunos otros. Iba a decírselo antes de que todo esto sucediera. Voy a enviarle a un campo en el Middle West, a reunirse con un grupo de otros objetares reconocidos. Sin duda se encontrará mejor allí que en cualquiera de los campos cercanos a esta zona.

Pasaron algunos segundos antes de que comprendiese.

—¿Quiere decir que no me forzaré a combatir?

—Aquí no forzamos a nadie, amigo. Al menos, cuando se trata de alguien con categoría. Mire, le llama la enfermera. Vaya. Espero que le dé buenas noticias.

La enfermera movió la cabeza con desánimo mientras Tommy corría hacia ella. Le guió al interior de la nave y le acompañó hasta la camilla. Alice yacía allí, con los ojos abiertos y fijos en él. El grupo de los médicos se hallaba reunido en el otro extremo del avión. El cambio sufrido por su rostro era aterrador, más aún que la última vez. La boca de la muchacha se plegó en una débil sonrisa.

—¡Tommy!

—¡Alice! ¿Te pondrás bien, verdad? ¡Debes hacerlo!

—Chiss... —Le cogió la mano con un frágil movimiento, atrayéndole hacia sí—. No, Tommy, me doy cuenta de que me estoy muriendo. Pero tú ya no tienes miedo. Lo noto. Eso... y otras cosas. Todo saldrá bien, ¿verdad?

—¡Todo, excepto tú!

Tommy advirtió la sombra que iba cubriendo su cara, lamentando la ineficacia de todo cuanto los médicos intentasen. Se arrodilló junto a la camilla y posó el brazo bajo la cabeza de la chica, acongojado por la necesidad de unas lágrimas que se negaban a brotar. El alma parecía querer salirle del cuerpo para ir a reunirse con la de ella.

—No te entristezcas por mí, cariño. Yo no lo estoy.

El dolor irrumpió atenazándola, mermando sus fuerzas, invadiendo sus rasgos. Nada podía detenerlo. Jadeó con dificultad, aferrándose a él, en un combate inútil.

—¡Tommy, no quiero morir... ahora que te he encontrado! ¡No dejes que muera! Bésame, Tommy, antes de...

Misericordiosamente, hubo tiempo para eso y, misericordiosamente también, todo terminó pronto. Con los ojos enrojecidos, se encaminó tambaleándose hacia el exterior del avión. El paisaje comenzó a girar, borrándose ante él. Al fin, la mano de Jimmy aferró su brazo y le condujo en silencio hasta el tronco. Un desconuelo intenso y gélido le abrumaba. Sin embargo, no lo expresó. Luego, a medida que los minutos se deslizaban penosos, la aflicción se sumergió en lo más profundo de su ser, más intensa y olorosa que nunca, pero dejándole en libertad de cavilar, abriéndose paso a través de las confusas ideas que se habían ido formando en su mente.

Quizá debió de decírselo a Alice, aunque de alguna forma ésta lo había intuido. Lo había visto en su expresión, antes de que el dolor la desfigurara.

«Aquí no forzamos a nadie». En el otro bando, sí... Forzaban a la gente o la fusilaban. Por primera vez desde que todo había empezado, se sentía libre. Libre de su impulsivo deseo de pelear contra la intrusión del enemigo en sus derechos y creencias, libre de considerar los hechos a medida que se presentaban, sin que la opresión contaminase su criterio. Y la decisión había llegado a él casi al mismo tiempo que la libertad, de modo que tuvo que transparentarse en su rostro, ser visible para ella. La mirada de Alice le había dicho que ya lo sabía... y que estaba orgullosa de él.

—¿Qué ha sucedido con el capitán, Jimmy? ¿Se ha marchado?

—Todavía no. ¿Por qué, amigo?

Tal vez no fuera lógico. No parecía lógico luchar y protestar por sus derechos hasta que se los hubiera otorgado, para luego renunciar a ellos. O tal vez fuera el más precioso tipo de lógica, capaz de descubrir el valor real de los Hechos y de comprender que un país donde se respetaba el derecho a no luchar era un país por el cual valía la pena combatir, de manera que aquellos que vinieran atrás pudieran odiar la guerra sin que los ruidos de ésta amenazasen sus oídos. Los hombres siempre habían tenido que pelear por sus convicciones, incluida la creencia de que pelear no era bueno. Después de todo, acaso las dos frases de la Biblia no se contradijesen. Él no había venido a traer la paz, sino la guerra. Hasta que los pacíficos, algún día, pudiesen heredar la tierra.

Se puso en pie y, con Jimmy a su lado, marchó en busca del capitán.

—Acabó de recordar que prometió darte un puesto si me convencías, Jimmy. Será mejor que se lo recordemos también a él.

* * *

En mi plan original, el muchacho del relato se convertía en inmortal a causa de la radiación recibida. (Tales milagros eran comunes por entonces en la ciencia ficción). Luego, debía aparecer en un cuento que transcurría al finalizar la guerra, endurecido y amargado, buscando su camino a través de un mundo muy desagradable. Había diseñado ya un esquema de culturas que se iban transformando. Sólo él no cambiaba. El relato culminaría Cuando todo se iniciaba de nuevo: Marte y la Tierra entablaban la primera guerra interplanetaria.

Nunca continué ese trabajo. Según mi criterio, las series no difieren gran cosa de las continuaciones. Un personaje cuyos sentimientos había explotado ya una vez, no me inspiraba suficiente interés.

Ahora, casi lo único que puedo alegar en defensa de ese relato es que fue el primero, al menos que yo conozca, en que se subrayó el peligro de la radiación que presenta una bomba nuclear, en lugar de limitarse a exponer los efectos de la explosión, aunque me temo que subestimé mucho dichos peligros.

Los escritores de ciencia ficción se mantenían por lo general muy al corriente de los adelantos atómicos conseguidos hasta el comienzo de la guerra. Y algunos de nosotros nos entregábamos a astutas conjeturas acerca de lo que ocurría, basándonos sobre todo en las muy secretas informaciones utilizadas como pantalla para despistarnos. Recibimos una pequeña alegría cuando el FBI se decidió a investigar un relato de Cleve Cartmill donde éste ofrecía una burda descripción del disparador de la bomba. (Constituía un gran secreto. Tan grande que unos cuantos y a nos habíamos imaginado por nuestra cuenta cómo funcionaba). El FBI llegó hasta a interrogar a Paul Orban, que había ilustrado el cuento. Por fin, Campbell logró convencer a los investigadores de que censurar relatos de ciencia ficción sobre la energía atómica difundiría el secreto con mucha mayor rapidez que cualquier narración. Después de eso, se nos concedió un margen bastante amplio de libertad.

Mi cuento *Nervios* se basaba en el aprovechamiento industrial del átomo, muy distinto al proceso de fabricación de la bomba. Así y todo, según me reveló cierta investigadora que trabajaba en Oak Ridge, el relato fue clasificado y archivado como «Estrictamente secreto». Lo descubrió al acudir a la biblioteca con objeto de leer dicho relato y se encontró con que no poseía un grado que le permitiese el acceso al ejemplar. Solucionó el problema yendo a comprarlo al primer quiosco.

Me sentí un poco defraudado cuando apareció mi cuento en el número de septiembre. Esperaba figurar en la cubierta, pero la habían dedicado al relato de un viaje a través del tiempo escrito por Anthony Boucher, quien más tarde se convirtió en director de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. A la larga, sin embargo, todo salió bien. La votación de los lectores concedió a *Nervios* una evaluación de mil

puntos, situándolo en primer lugar entre los publicados en ese número. (No recuerdo ningún otro relato que haya ganado esa clase de galardón). El hecho debería de haberme convencido de que el cuidadoso método que usaba para escribir era el más adecuado para mí. No obstante, no terminaba de comprenderlo así. El cuento fue elegido por los lectores como el mejor entre los míos y, aún hoy, muchos siguen prefiriéndolo. Por último, en 1956, reuní una parte de los escritos que me había reservado como antecedentes de trabajo y los transformé en una novela, que en estos días se está reimprimiendo. Tony Boucher demostró ser todo un caballero al revelar cuál había sido su voto en nuestro Certamen por el primer puesto, asegurando que había ganado el mejor relato y publicando más tarde una magnífica crítica del libro.

A *Alunizaje* no le fue tan bien. En ese número de la revista, hubo una especie de batalla por el premio entre cuatro novelas cortas. Ninguna se destacó como la ganadora. Creo que el hecho de que la mía ocupase el tercer lugar fue puramente fortuito. Sin duda los lectores se sintieron magnánimos, ya que los demás relatos eran excelentes.

Por aquella época, las cartas de Campbell se volvieron un poco más insistentes respecto a la necesidad de que intensificara mis esfuerzos. Muchos de sus mejores hombres se habían incorporado a las fuerzas armadas, o bien, se ocupaban de cualquier otro tipo de tarea bélica, por lo que les quedaba poco tiempo para escribir. Cierto que iba descubriendo nuevos talentos, pero la mayoría de ellos le eran también arrebatados por la guerra. Precisaba todo la producción que lograrse obtener de sus escritores habituales.

También le preocupaba el que le llamaran para incorporarse a alguna actividad relacionada con la guerra y me insinuaba, sin grandes rodeos, que en el caso de comportarme como un buen muchacho y entregar una respetable cantidad de páginas en la oficina de recepción, bien podría llegar a reemplazarle. Me mantuve inmune a ese señuelo. La mayoría de los escritores parecen albergar un deseo irrefrenable de convertirse en editores. Yo jamás deseé ese tipo de trabajo. Si bien, diez años más tarde, dirigí cuatro revistas bajo distintos seudónimos, acéptela responsabilidad a regañadientes y la abandoné de muy buena gana. Desde luego, soy capaz de dirigir una publicación de manera satisfactoria, pero nunca tendré ni la mitad de la competencia que Campbell poseía en la profesión y, de acuerdo con mis propias reglas, no me agrada una tarea que no cumple a mi entera satisfacción.

Por fin, ante su insistencia, escribí un cuento. Y fue el resultado de la mera inspiración.

He oído decir muchas cosas acerca de la inspiración, pero muy pocas veces de boca de escritores profesionales. De todas formas, al menos en apariencia, puede darse un golpe de inspiración muy de tanto en tanto. Nunca lo creí hasta que me sucedió personalmente.

Una noche, salí a comer una hamburguesa. Mis pies pisaron el peldaño superior de la escalera. Y entre ese peldaño y el último, un relato completo se forjó de repente en mi cabeza, con todos sus detalles, la forma en que quería escribirlo, las emociones que iban a intervenir, etc. Salí y despaché mi breve cena. Cuando volví, la idea seguía manteniéndole. De modo que me senté ante la máquina de escribir y completé cuatro mil trescientas palabras en menos de hora y media. Y apenas sin esfuerzo.

Lo llamé *El amado de los dioses*, y obtuve por él una bonificación.

El amado de los dioses

por Lester del Rey

A primera vista, el avión parecía bastante normal, aunque no había razones que justificaran su presencia en la rocosa playa del islote. No obstante, una segunda inspección hubiese revelado los restos de lo que había sido su tren de aterrizaje y las entrecruzadas hileras de orificios que se abrían en sus costados. Más hacia el frente, el motor se mostraba intacto. La animada brisa movía arriba y abajo un ala amenazando con desgajarla a cada embestida. Excepto por el crujido y los gemidos del ala, la isla permanecía tan silenciosa como el hombre muerto que yacía dentro del avión.

El sol se insinuó apenas por encima del horizonte, desalojando las sombras que habían disimulado la figura de un segundo hombre, tendido sobre la arena, todavía en la posición que su cuerpo había adoptado cuando su corazón latió por última vez. En algunos puntos de su uniforme los desgarrones mostraban la marca de los proyectiles que habían atravesado su cuerpo. De su hombro, manaba aún un poco de sangre, surgiendo de un pliegue de más de un centímetro de profundidad. Había escapado a todas sus graves heridas a excepción de una. En medio de la frente, aparecía un neto y pequeño orificio. Subrayaba su contorno un jaspeado azul y castaño rojizo, y un reguero de sangre ya seca caía sobre su nariz y giraba después, dando la impresión de medio bigote sobre su boca. No había ninguna marca de que la bala hubiera salido por la parte posterior de la cabeza.

Ahora, a medida que la tibieza del sol se deslizaba sobre la isla, la figura en apariencia muerta se removió y gruñó suavemente. Una mano buscó a tientas el agujero de la frente. Indeciso, el hombre introdujo un dedo en el orificio. Lo retiró en el acto ante el súbito dolor causado por el movimiento. Permaneció tendido varios minutos, sintiendo el flujo y reflujo de las grandes fuerzas que surgían a su alrededor, notando con curiosidad su incesante latido. Luego, sus ojos se abrieron, percibiendo la oscilante ala del avión y advirtiendo que éste se hallaba fuera de la acción de las fuerzas que se desplazaban. Su mirada recorrió el perfil del aparato, se abrió paso a través de su deteriorada cubierta y delineó la forma del cadáver que había en la carlinga.

Yacía con las piernas abiertas, rígido, y en su interior no quedaban rastros del pequeño reguero de energía que corría por su propio cuerpo. Sin embargo, había algo familiar en aquella forma rígida. Un extravagante capricho de su mente hizo que el otro cuerpo se apoyara en una mano y girara hasta presentarle el rostro..., o lo que había sido un rostro. Después de compararlo con el suyo y no encontrar ninguna semejanza, dejó que el cuerpo se deslizara en el silencio. En torno a él, los pequeños

remolinos de fuerzas reanudaron su rutina, no perturbados ya por los estímulos que su mente había emitido hacia ellos.

Volvió la cabeza y miró hacia el mar más allá de la pequeña isla, preguntándose si el resto del mundo habría quedado igual. Parecía vacío y bastante ridículo. Por lo demás, no ofrecía gran cosa que ver. Pensó vagamente si acabaría de llegar o siempre habría estado allí. Otro interrogante se le planteó al mirar de nuevo el avión. Éste no guardaba relación alguna con el resto de la isla, lo que le indujo a suponer que procedía de otro lugar. La presencia del cadáver le recordó que el aparato no había llegado solo. Bien, en ese caso, sin duda también él había venido en el avión. Quizá la inmóvil figura recobrase la vida bajo los rayos del sol, como le había sucedido a él. Se aferró a las fuerzas que circulaban de nuevo, poniéndolas en funcionamiento sin que él mismo supiera cómo. Las extremidades del hombre muerto le alzaron y le condujeron hacia la luz del sol que brillaba en todo su esplendor.

Por unos minutos, el ser con vida fijó su mirada en la otra figura, pero se cansó al ver que no se movía. Tal vez él fuera un accidente, y el otro, la forma normal de su especie. O tal vez el otro había ofendido a las fuerzas que actuaban en derredor, y ellas le habían abandonado. En realidad, carecía de importancia.

Miró una vez más hacia arriba, observando las oscilantes estelas que se formaban en la luz del sol. Al inclinar la cabeza, la extraña sensación se incrementó. Alzó la mano poco a poco. El cambio de posición provocó el regreso del acuciante dolor, de modo que no era el movimiento en sí el que provocaba la sensación. Acaso se debiera al orificio en su cabeza. Suavemente, juntó con los dedos los bordes del agujero, extendiendo la piel sobre él hasta que lo cubrió por completo. El dolor disminuyó en la superficie pero continuó siendo intenso, en el interior. Al parecer, las fuerzas de la vida eran dolorosas... Bueno, eso no le preocupaba. Puesto que el dolor formaba obviamente parte de él, habría que aceptarlo. Notó el desgarrón en su hombro y lo cerró asimismo con los dedos. Luego, volvió a mirar hacia el cielo.

Arriba, un pájaro volaba en lentas evoluciones sobre el mar. Lo observó desplazarse, percibiendo en el ave la misma bulliciosa vida que sentía en sí, aunque sin la seguridad que a él le conferían las fuerzas activas. Obedeciendo a un súbito impulso, dirigió su poder hacia el pájaro y lo alcanzó. La pequeña figura se abatió en su dirección. El chasquido del aire al precipitarse en el vacío creado por su paso acompañó el veloz movimiento. Cuando lo palpó, el pájaro se había reducido a una empapada masa, tibia pero inanimada. Lo arrojó a un lado, con un gesto de repentino disgusto.

El ala del avión seguía sacudiéndose torpemente bajo el viento. Sus ojos se deslizaron por ella, y su mente recordó el batir de las alas del pájaro. Con andar torpe e inseguro, se encaminó hacia el aparato, hasta que el esfuerzo le molestó. Entonces, se dejó envolver por las fuerzas que le rodeaban y se desplazó sin dificultad en

dirección al avión. En su memoria, se agitaban vagos recuerdos, y su tórax se contrajo a causa de un extraño y agitado sentimiento, suscitado por el enorme pájaro muerto. También estaba magullado y, en lugar de cabeza, tenía una curiosa roca, que le daba un aspecto indolente. Separó con cuidado el motor, desatornillando primero los pernos y sujetándolo para que no se cayera, y lo depositó a un lado, sobre la arena. Su mirada se dirigió a las ametralladoras, pero el pequeño remolino de fuerzas le indicó que se apartara de ellas. Obedeció. Retiró el tren de aterrizaje y lo arrojó detrás del motor y del averiado propulsor. Uno por uno, presionó los orificios de los costados e hizo que la desgarrada piel del ala volviera a crecer, como había ocurrido con su hombro. La otra ala estaba rígida, paralizada. Su peso muerto desestabilizaba el fuselaje. A continuación, examinó la parte delantera y encontró sueltos la mayoría de los tirantes. Tomando su codo como modelo, corrigió los errores. Después retrocedió y, con un gesto de aprobación, contempló el ala, que empezó a moverse suavemente, arriba y abajo.

Sólo una perezosa benevolencia había motivado sus acciones. Ahora, en cambio, reflexionó sobre el avión y sobre la desolación del mar y del cielo, más allá del islote. Sin duda existían otras tierras detrás del horizonte, ya que el pájaro había llegado de aquella dirección. Y tal vez allí hubiese gente como él, en condiciones de explicarle el misterio de la existencia. Tenía que haber una respuesta, dado que las fuerzas que engendraban el cosmos a su alrededor se movían con determinación y siguiendo un orden lógico, excepto cuando sus deseos personales las perturbaban. Y puesto que él podía modelarlas, era aún más poderoso que ellas. Sus designios debían, por lo tanto, ser más nobles. Comenzó a elevarse y deslizarse hacia delante, en brazos de las fuerzas. Desde abajo, el avión le llamó, lleno de un nervioso deseo de moverse. Parecía como si el aparato quisiera también partir. Se dejó caer en su interior acomodándose en el asiento situado ante sus ojos. Sumisas a su deseo, las fuerzas remolinearon. Las alas se alzaron con resolución y batieron simultáneamente. El avión se elevó y se lanzó hacia la lejanía, mientras que la pequeña isla iba quedando atrás, hasta desaparecer de la vista.

Pronto, sin embargo, al dispersarse su atención, el aparato se agitó, desequilibrándose, y empezó a caer. Eso le recordó la necesidad de supervisar el vuelo. No debiera suceder de esa forma. Una vez que había despegado, se suponía que el avión continuaría por sí mismo. La memoria le aseguraba que sucedía así. Obedientes, las fuerzas volvieron, deslizándose sobre la superficie de la nave y convirtiéndose en parte de ella. Esta vez, mientras su mente vagaba, las alas batieron con tranquilo ímpetu, y el avión respondió sin vacilar a su indeciso golpe de timón. Eso estaba mejor. Sus manos manejaron los controles de manera casi instintiva. El aparato se ajustó a las indicaciones. Volaba silencioso. Sólo se oía el ulular del aire desplazado por su enérgico avance.

Llevó la nave cada vez más alto. Abajo, el mar se extendía en apariencia hacia el infinito. Empezó a respirar con dificultad, y el aire se enrareció, aunque las fuerzas se tornaron más densas y poderosas. Por un instante, dejó que arremetieran contra el aire de la cabina, a fin de hacerlo más denso, y subió de nuevo. No obstante, a medida que se elevaba se tornaba más difícil observar lo que había debajo. Descendió, pues, restableciendo la navegación en línea recta.

El sol se hallaba en medio del cielo cuando la vaga sensación que experimentaba se concretó. Reconoció en la visión la necesidad de alimentos. Se le presentaron diversas imágenes mentales, algunas definidas, otras más imprecisas. Seleccionó al azar una manzana y un bocadillo de jamón, materializando sus imágenes. Comenzó a comer. El primer bocado le resultó insípido, insulso, hasta que sus sentidos se percataron del error. Su mente atrajo entonces a las fuerzas cósmicas para que actuasen, rectificando el sabor mientras masticaba. Otro estímulo, en cambio, se incrementó en lugar de quedar satisfecho. Sólo después de transcurrida una hora lo reconoció como la necesidad de agua. Bebió hasta hartarse de una fuente que durante un rato apareció sobre la rueda del timón. Luego, el vacío paquete de cigarrillos que había en el suelo llamó su atención. Lo llenó, lo mismo que una botella que había contenido coñac. Una vez satisfechas sus necesidades, se tranquilizó, dejando que la nave continuará su camino por inercia.

Trescientos metros más abajo, el agua seguía asemejándose a una extensión sin límites. No tenía prisa. Se trataba de un mundo placentero, dejando aparte el dolor de cabeza. En realidad, había llegado a convertirse de tal modo en parte de sus pensamientos, que apenas lo notaba. El sol se desplazaba lentamente hacia el horizonte, deslizándose a través de algunos bancos de nubes.

Algo que guardaba relación con eso despertó en él un recuerdo parcial. El sol se abría paso entre las nubes, tocando apenas el agua y enviando sus rayos. Había visto antes aquel espectáculo. Un gruñido salvaje se formó instintivamente en su garganta cuando llevó la mano al lugar de la frente donde había estado el orificio. Un sol y rayos trazados a su alrededor, todo ello pintado sobre algún objeto... ¡Y algo que suscitaba el odio! Retuvo la imagen en su mente a medida que la oscuridad se extendía sobre el mar. No tenía sentido continuar la exploración durante la noche, pero reconocería ese estandarte si lo encontraba durante el día. Por el momento, resolvió comer y beber de nuevo, y luego dormir, acurrucándose en el aire.

Un abrupto repiqueteo le arrancó de su sueño y le arrojó contra el suelo de la cabina, antes de que lograra poner en orden sus ideas. Luego, otro estallido de sonidos llegó vertiginoso hasta él, mientras en los costados de la nave aparecían una serie de agujeros iguales a los que había reparado el día anterior, bombardeándole con pequeños trozos de metal. Obedeciendo tan sólo a un reflejo condicionado, se levantó y se acomodó en el puesto de mando, maniobrando el aparato antes de que su mente

hubiera evaluado la situación.

Al frente, aparecieron cinco naves de diseño algo diferente al de la suya. Todas se dirigían decididamente hacia él. Con un sector de su cerebro, desvió las poderosas fuerzas que le atacaban, interrumpiendo la lluvia de proyectiles al negarse a sí mismo que fueran capaces de alcanzarle a él o a su aparato. Con el resto, trató de comprender lo que sucedía, sin conseguirlo. Detectó odio y miedo, y el deseo de matar, en los pensamientos de aquellos hombrecillos de color de aceituna, a pesar de que él no les había hecho nada. Las dóciles y vibrantes alas de su avión batieron furiosas, obedeciendo sus órdenes y lanzándole contra ellos.

El horror, teñido de superstición, paralizó el pensamiento de sus enemigos. Por una fracción de segundo, permanecieron inmóviles con las manos en los controles y los ojos fijos en las vibrantes alas. En seguida, se elevaron simultáneamente a toda velocidad. Mientras pasaban, descubrió en el costado de los aviones el emblema con el sol y los rayos, y el odio que ya había experimentado volvió a brotar, borrando todo pensamiento consciente. Las alas de su aparato batieron con mayor intensidad. Sus resonantes golpes redoblaron en el aire. No obstante, sus enemigos volvieron sobre él antes de que pudiese elevarse. La superstición que percibía en ellos era poderosa, pero el deseo de matar la superaba.

Sus ojos tropezaron con los mandos de las ametralladoras, y su memoria se agitó una vez más diciéndole que tales instrumentos provocaban la muerte. Se aferró a ellos ferozmente, pero nada sucedió. Con un gesto de desagrado, volvió a intentarlo. Ningún resultado. Dirigió su visión a la parte inferior del avión, al lugar donde se encontraban las armas, y descubrió que no había ninguno de los pequeños trozos de metal que debieran de estar allí. La sombra de la memoria le recordó que ya habían sido usados todos, cuando hombres como aquéllos le habían forzado a precipitarse sobre el islote. Ellos...

La nublada mente se negó a continuar, pero el odio se agitó y se retorció en sus entrañas, mientras los proyectiles se abatían repiqueteando sobre él estrellándose contra la barrera que aún mantenía y perdiéndose hacia abajo, inofensivos. Una de las naves se dejó caer en picado y enfiló directamente hacia él. En la mente del piloto enemigo leyó su propósito de embestirle sin rodeos.

¡Las armas *debían* funcionar! Y de improviso, funcionaron todas, en efecto. Diminutas lucecillas azules se agruparon en gotas y se lanzaron hacia el extremo de las ametralladoras para luego salir en ráfagas, siguiendo una línea recta. Enfocó los puntos de mira hacia la nave que desde arriba se arrojaba contra él en vertiginosa carrera. El fuego azulado surgió velozmente para toparse con ella, fulminarla y desalojar el espacio, desapareciendo con ella. Sólo el ruido atronador se mantuvo.

Fue demasiado para los hijos del Sol Naciente. Un rugido provino de sus motores. Descendieron en picado y se dirigieron en grupo hacia el sur, mientras el estruendo

de sus propulsores se intensificaba al máximo. Bien, no albergaba la menor intención de permitirles la huida. Había sido atacado sin previo aviso y debían pagar por eso.

Ahora las alas batían el aire con salvaje impaciencia. Hizo que el avión girase bruscamente sobre su cola, lanzándose en busca de sus cuatro enemigos. El odio que invadía su mente se aferró a las fuerzas activas, impulsándole en una embestida que dejaba a su paso un ruido atronador y constante. A sus espaldas, el aire volvía a unirse en una estela. No obstante, había aprendido la lección del pájaro destrozado, de modo que, durante toda la trayectoria mantuvo un colchón de aire que protegiese su aparato. Pronto aparecieron de nuevo ante su mirilla las cuatro naves contrarias. Las pequeñas gotas azules se fundieron y corrieron por los cañones, lanzándose hambrientas hacia fuera. En un instante, el espacio quedó vacío ante él.

Sus alas todavía retumbaban furiosas. Cuando los pilotos habían enfilado hacia el sur, en sus mentes se habían dibujado imágenes de otros del mismo bando que seguían aquella dirección. ¡Los encontraría! Al llegar a los diez mil metros de altitud, detuvo la ascensión y dio cuerpo a la idea de un tierno pavo asado y un vaso de agua. Sin embargo, la expresión de severidad no se borró de su cara mientras comía. Sus ojos miraron hacia el mar. Lo que vio en la mente del oficial enemigo le pareció suficiente motivo para su eliminación. Suficiente, aun ignorando que, en algún lugar, los hombrecillos amarillos mataban y torturaban a algunos de los suyos, imponiendo su fuerza sobre otros muchos. Al ritmo de sus pensamientos, las azules gotas de luz se agruparon y formaron una gran esfera en la boca de una de las ametralladoras. Por fin, la bola cayó, precipitándose a una velocidad superior a la atracción de la gravedad. El océano borboteó al recibirla, en una hirviente explosión que lanzó rugientes olas hacia lo alto. No les prestó atención, y las aguas se calmaron poco a poco.

Los últimos restos del pavo se hallaban todavía en sus manos, cuando los avistó más abajo, próximos al horizonte: una bandada de mosquitos —sin duda aviones—, y, bajo ellos, objetos de mayor tamaño, que se desplazaban sobre el agua y dejaban turbulentas estelas en el mar.

Eran muchos, moviéndose lentamente en posición de avance. La bandada de aviones se desplegab para cubrir una gran extensión a su alrededor. No perdió tiempo en contarlos. Empuñó las palancas y lanzó su aparato en una veloz acometida, que colocó a los aviones al alcance de sus puntos de mira. La luz azul se condensó y saltó hacia delante. El avión se arrojó a través del espacio que había ocupado el enemigo e insistió en su persecución. Al principio, se mostraron valientes, y se replegaron formando un grupo para ir a su encuentro. Pero aquellos que se desperdigaron salieron mejor parados.

Giró en un amplio círculo, eliminándolos a medida que se enfrentaba con ellos y confiando en que lograría deshacerse de todos antes de que el último desapareciese de

su vista. Hizo caso omiso de aquellos que se lanzaban frenéticos hacia la superficie para ocultarse entre los navíos. Al advertirlo, los otros se precipitaron en la misma dirección. En cuestión de minutos, el espacio quedó despejado, a excepción de los misiles que subían en arco desde las embarcaciones. Uno de ellos, de mayor potencia que los proyectiles para los cuales había sido diseñado el blindaje, le acertó. Dispuso sólo del tiempo justo para desviarlo y envolverlo en un haz de fuerzas, antes de que explotara. Luego desapareció, dejando un resquebrajado agujero a cada lado de la cabina, a medio metro detrás de él. Comprendió que ningún blindaje que fuese capaz de controlar con su mente le protegería el tiempo suficiente contra una gran cantidad de aquellos misiles. Enderezó las alas y se elevó a toda prisa, acumulando en torno suyo una reserva de aire que le permitiría hacer frente a la escasez en la altura hacia la cual se encaminaba.

Entre tanto, los navíos se dispersaban. Notó que brotaban de ellos intermitentes estallidos de fuerza ondulante. Pero era inofensiva. Supuso que constituía algún tipo de señal. A su alrededor, el aire también estaba lleno de esa fuerza, aunque mucho más débil que la que emitían los navíos. No parecía tener otra utilidad que la considerada. No le prestó atención. Continuó ascendiendo hasta que dieciocho mil metros le separaron de las embarcaciones.

Entonces inclinó el morro de su avión hacia abajo y se mantuvo suspendido, mientras dejaba que la luz azul se condensara. Desde esa altura, los puntos de mira resultaban inútiles, pero había otros medios para dirigirla. En cuanto una esfera alcanzaba el tamaño deseado, la liberaba y la guiaba hacia abajo con su mente, la detenía a cierta altura sobre los navíos y la enviaba hacia aquel que había elegido como blanco. A pesar de la distancia en que permanecía, percibía el caos y el terror que sembraba entre ellos. Soltó una feroz carcajada. Había contraído con ellos una desconocida deuda y la estaba pagando. Algunos de los navíos zozobraban bajo las olas que se levantaban al desaparecer los otros. Aquello le dejaba indiferente. Las esferas azules seguían cayendo. Por último, de mala gana, bajó en busca de más víctimas. Descubrió que ya no quedaba ninguna, salvo dos pequeños botes de salvamento que misteriosamente habían salido indemnes. Sus ocupantes habían perecido. Las fuerzas cósmicas que le ayudaban no eran muy generosas con los seres vivos una vez fuera de control, aún a distancia. Al fin y al cabo, se trataba de poderes capaces de moldear los astros.

Quizás hubiera otros objetivos más adelante. No le dio tiempo a recoger información en sus mentes, pero había una posibilidad. Continuó volando hacia el sur, con mayor lentitud, relajándose sin soltar los mandos. La cabeza le pesaba y se sentía atontado, empapado en sudor a causa del intenso esfuerzo de la última media hora. Se dio cuenta de que la energía a la que había recurrido era sólo un débil e insignificante poder, un vago impulso de su mente que se había sumado a otras

fuerzas, que a su vez modulaban las grandes fuerzas del universo. Sólo ellas podían otorgar la energía requerida. Pero la escasa proporción que él había aportado y que actuó como catalizador le había dejado momentáneamente exhausto. El dolor de cabeza se intensificaba.

Un repentino flujo de la energía ondulante llegó hasta él. Se echó a reír de nuevo. ¿De modo que en efecto habían sido señales y ahora estaban siendo contestadas? Recibirían su merecido. Esta vez provenían del norte. Vaciló un instante, pero decidió mantener el rumbo. Si no encontraba nada en la dirección que llevaba, siempre podría regresar.

Sobre el mar no se distinguía ningún buque, y el cielo aparecía desierto. De vez en cuando, pasaba cerca de alguna isla. Sin embargo, no vio señales de banderas enemigas y resolvió no explorar en busca de los estandartes entre las junglas que los cubrían... Eso esperaría hasta más tarde. Se elevó a seis mil metros y continuó su camino. Las islas se multiplicaban excitando su mente hasta hacerle sentirse incómodo, suscitando en su conciencia el esbozo de algunas imágenes. Sobre el océano se desplazaban algunas manchas e inició un despiadado descenso. El azul se condensó en sus ametralladoras. De pronto, le alcanzó un remolino de pensamientos procedentes de sus futuras víctimas. Titubeó. No era la misma gente. Y sus navíos, en lugar de armas, transportaban mercancías.

Por unos segundos, se mantuvo suspendido, inmóvil. Luego, volvió a ascender, hasta desaparecer de la vista, y modificó su curso hacia el oeste, sin estar seguro de por qué lo hacía, pero comprendiendo que su memoria se imponía y le dominaba. Las islas seguían desfilando bajo sus ojos, despertando en él recuerdos pasajeros. En dos oportunidades, sobrevoló un grupo de aviones. No ostentaban el emblema del sol y los dejó pasar.

Cuando por fin avistó tierra firme, se apresuró hacia ella, consciente de que le resultaba familiar. Ahora, tenía la certeza de que el impulso había sido provocado por su memoria. Forzó la visión, hasta que sus ojos parecieron detenerse a escasos metros del suelo. Paseó la mirada hacia delante y divisó otros aviones, además de una especie de pista de aterrizaje, con tiendas de campaña agrupadas a su alrededor. Hombres de sus mismas características caminaban por las proximidades. En un mástil, flotaba un trozo de tela a rayas rojas y blancas, con una zona azul que contenía puntiagudas figuras blancas. La memoria avanzó un paso, vaciló y se batió en retirada. Sacudió la cabeza para aclararla, y el acechante dolor le fustigó con un fulgurante trallazo, que le obligó a caer de rodillas, expulsándole del asiento de mando.

Se apretó la dolorida parte posterior del cráneo y, tambaleándose, volvió a ponerse en pie, con los ojos fijos en la bandera, forzando su cerebro tras el pensamiento que se negaba a precisarle.

Pero el dolor siempre llegaba primero. Por último volvió su visión hacia el interior, con los labios apretados por la furia a causa de la sensación que se negaba a obedecer. Bajo su cráneo, en las grises circunvoluciones de su cerebro, un sanguinolento rastro se abría paso hacia el centro, exactamente sobre la línea que dividía los dos hemisferios. Terminaba en una bolita de plomo, que presionaba sobre una curiosa sección. A pesar de que obligó a unirse los desgarrados tejidos de su cerebro y los curó, el dolor persistía.

En un súbito arranque, se concentró en la bolita de plomo... El dolor y el proyectil desaparecieron, y el teniente Jack Sandler se encontró mirando hacia la pista de aterrizaje de su base desde un avión que comenzaba a desmoronarse bajo sus pies y cuyas alas se volvían locamente hacia arriba. Por un momento, permaneció en la nave que caía, aferrándose a sus sentidos. Luego, tras un tirón para asegurarse de que su paracaídas continuaba enrollado, se arrojó al vacío, evitando milagrosamente por una fracción de centímetro una de las alas, que se había soltado del aparato. Aguardó el lapso necesario para abrir el paracaídas en condiciones de seguridad. La tela ondeó sobre él y comenzó a derivar, dirigiéndose hacia un costado del campo, mientras el avión se deshacía en pedazos, cayendo en el extremo oriental de la tupida jungla, convertido en material de desecho, mucho más destrozado de lo que nadie pudiese imaginar.

Para entonces, los pensamientos del teniente Sandler se habían alejado ya de él. Se daba cuenta de que había permanecido ausente tres días e intentaba recordar. Primero habían aparecido los Zeros, acometiéndoles. Recordaba también el impacto que inutilizó su motor y les forzó a aterrizar en el islote. Con un salvaje desprecio por todo decoro, los aviones japoneses intentaron rematarle, ametrallando su averiado aparato, acribillando el rostro de Red, su compañero. Los disparos zumbaban en sus oídos cuando saltó a través de la puerta. Debió de aturdirle la caída, o quizá le alcanzó algún proyectil, ya que recordaba sólo de manera confusa que había conseguido despegar, poniendo rumbo hacia su base, y que, en el camino, se había enzarzado en un combate...

No obstante, nada de eso importaba demasiado. Había logrado regresar, aunque por escaso margen. Una vez en la base tendría la oportunidad de salir en busca de sus enemigos. Algún día, los japoneses se arrepentirían de haber enviado tan despreocupadamente sus pequeños obsequios de plomo contra un avión averiado y sus ocupantes. Pagarían intereses por esos proyectiles. El teniente tocó tierra, desenganchó su paracaídas y, a paso forzado, se encaminó a la base, para incorporarse una vez más al servicio. Allá lejos, en el norte, las radios crepitaban y chascaban, creando un desconcierto que sólo bastante más tarde fue reemplazado por precipitadas confirmaciones de otra gloriosa victoria obtenida por la flota enviada al sur para decidir la suerte de la guerra. Y por todas partes, las fuerzas tan fugazmente

perturbadas continuaban su tranquila existencia, inadvertidas, indiferentes. Y allí estarían para siempre, esperando.

* * *

No resulta fácil reconstruir hoy los sentimientos que la mayoría de nosotros albergábamos contra los japoneses durante la guerra. Recuerdo, sí, haberme dado cuenta de que actuábamos de un modo irracional. Hubiese tenido mucho más sentido descargar nuestro odio sobre los nazis y sus crímenes genocidas. No obstante, irracional o no, me vi atrapado en ese odio, basado sin duda más en el color de una raza que en la realidad.

Una chispa de demencia afectó a la nación entera. Los ciudadanos japoneses que, al estallar la guerra, habían enviado sus hijos a su patria como voluntarios fueron amontonados en campos de concentración, lejos de la costa, por temor a que, de alguna manera, pudieran traicionar la nuestra. El tratamiento que aplicamos a los japoneses y a sus hijos nacidos en América figurará en todo libro de historia honesto, por un largo tiempo venidero, como una mácula sobre nuestro honor. (La reacción frente a tales atrocidades me impulsó a querer que uno de los científicos más simpáticos de mi cuento *Nervios* fuese japonés. Y a pesar de que muchos liberales consideraban a Campbell como racista, debo decir que no sólo aprobó mi decisión, sino que la apoyó de todo corazón).

Mucho me temo que, ante una adecuada provocación, todos nos convertimos en fanáticos racistas. Y la guerra supone siempre la categoría extrema de la provocación. Me agrada pensar que algunos de nosotros reconocemos ese defecto y tratamos de reprimirlo.

De cualquier forma, *El amado de los dioses* fue poco más o menos el tipo de relato que podía esperarse de un raptó de inspiración. Conozco varias narraciones escritas casi en las mismas condiciones por diferentes escritores y, a pesar de que ninguna es realmente mala, tampoco hay ninguna realmente buena. Las musas se muestran amables en ocasiones, pero, según parece, una buena cantidad de esfuerzo mental produce mejores resultados.

En mi caso, tuve que pagar aún otro precio por la inspiración, conforme comprobé más tarde. Escribí el relato con excesiva facilidad. Y me gustó aquella sensación de desenvoltura. Así que de modo deliberado indagué aquí y allá en busca de una idea susceptible de desarrollarse con la misma comodidad. Encontré una, claro está. Siempre se descubre alguna forma para no cumplir con el trabajo que uno debería realizar. (Agregaré que también es fácil volver la mirada unas décadas atrás y ver lo que fallaba en ese momento. En cambio, parece mucho más difícil evitar caer en los mismos errores).

El cuento se llamó *Informe equivocado*, y erré a través del mismo hasta llegar a

las seis mil doscientas palabras. Por suerte, no recuerdo gran cosa de él. Tenía algo que ver con un nativo de la Luna que venía a la Tierra, después de haber sido bien informado por los astrónomos de su planeta acerca de lo que hallaría en ella. Los mares no estaban formados por agua, obviamente. Imposible que hubiera tanta agua disponible. La masa verde que veían desde su mundo no era vegetación, sino protuberancias de un tipo de cristales. He olvidado en qué consistían las nubes. E ignoro en absoluto por qué la criatura aterrizaba en el pesebre de un caballo. Pero supongo que encerraba un profundo mensaje sobre los errores que acechaban a nuestros astrónomos, con respecto a otros planetas.

Sin embargo, sin duda empezaba a aprender un poco. Recuerdo haber sentido ciertas dudas al pasar a limpio el cuento para presentárselo a Campbell, dudas que me fueron ampliamente confirmadas por la carta que me mandó, junto con el relato no aceptado.

Fue el último rechazo definitivo con que tropecé, con lo cual el número de cuentos que no había conseguido publicar se elevaba a once, totalizando unas sesenta y seis mil palabras, promedio no demasiado malo, considerando que hasta aquel momento me habían aceptado veintiséis, unas doscientas veinte mil palabras en conjunto. De todos modos, da bastante tristeza contemplar la lista. La mayoría de esos rechazos representan estúpidos errores, que convertían los cuentos en imposibles de vender. Y la mayoría muestran que se trataba siempre de los mismos errores. No conozco otra profesión donde se tolere tamaña torpeza.

Por supuesto que, posteriormente, otros relatos me fueron rechazados por los editores. Pero, al final, todos acabaron por encontrar un refugio. Se debió en parte al prestigio que conquisté en el mercado gracias a la labor de un agente, aunque me complace pensar que ya no escribía nada tan malo como algunas de mis primeras narraciones. Estoy seguro de que en su mayoría no hubiesen sido publicadas, ni siquiera en época de expansión económica.

Coloqué otro relato en 1942. Se refería a una raza de monos inteligentes y a un hombre al que guardaron prisionero varios años, hasta que logró fugarse y regresar junto a los suyos... No revelaré su decisión final tras vivir de nuevo entre los humanos. Supongo que una parte de mis conocimientos sobre África derivaban de los libros de Tarzán. No obstante, también había leído bastantes libros serios respecto al continente. Mi relato llegó a las seis mil cuatrocientas palabras, por las que Campbell me abonó 80 dólares. Y con mi acostumbrada falta de razón de peso, adopté como pseudónimo el nombre de Marión Henry.

Por aquel entonces, sin embargo, me sentía un poco disgustado de la vida. La mayoría de mis amigos, participaban más o menos en los esfuerzos bélicos. Incluso Milt Rothman, en otros tiempos ardiente pacifista, se había alistado. Radios y periódicos multiplicaban los anuncios pidiendo trabajadores. Al parecer, había

terminado la época de las chapuzas, los juegos electrónicos y el escribir a capricho.

Una mañana, estudié con gran cuidado los anuncios y me dirigí hacia el departamento de personal de Mc Donall Aircraft, la misma compañía que luego adquirió tanta importancia trabajando para el programa espacial, aunque en aquel entonces no hacía más que empezar. Los elegí al saber que eran los subcontratistas locales de los repuestos destinados al avión DC-3, por el cual yo sentía un gran respeto..., muy merecido, como se demostró después. A la mañana siguiente, inicié mi tarea de perforar agujeros sirviéndome de una plantilla.

No es que yo fuera un entrenado operario del metal laminado, pero había manejado herramientas toda mi vida. Por lo tanto, encontré el trabajo realmente sencillo. Y al finalizar la jornada, cuando el capataz se acercó a preguntarme cuántas barrenas había roto, pude contestarle sin mentir que todavía conservaba la primera, si bien necesitaba ya ser afilada. Verificó la verdad de mis palabras mirando en el depósito de herramientas y opinó que mi lugar se hallaba en la plantilla del aeropuerto. Cualquiera que rompiese menos de media docena durante el primer día se consideraba como un experto. Y me dio a elegir el turno.

Siempre he preferido trabajar de noche. Nunca despierto por completo hasta el atardecer y, a partir de ese momento, aumenta mi eficacia. De modo que elegí el turno de noche. Además, presentaba sus ventajas. Duraba seis horas, en lugar de ocho, y quienes trabajaban en él recibían una bonificación. (El sistema funcionaba muy bien. A menudo el equipo nocturno despachaba tanto trabajo como los dos de día. Y los jefes adoptaban una actitud diferente frente a los distintos equipos).

Fue allí donde trabajé por primera vez con el martillo mecánico, moldeando piezas destinadas a la cola de los aviones..., rebordeándolos, para ser más exacto. Más tarde me dijeron que se juzgaba un trabajo complicado, pero a mí me pareció bastante simple. El problema principal residía en desarrollar desde el principio buenos hábitos de trabajo, a fin de evitar que la máquina le pillase a uno las manos.

Mi respeto por el DC-3 creció con la experiencia. La mayoría de los trabajadores no habían visto en su vida una herramienta mecánica y les resultaba imposible ajustarse a unos márgenes rígidos. El DC-3 estaba diseñado para tolerancias muy amplias, a pesar de lo cual funcionaba de manera excelente.

De modo que me sumergí en una cómoda rutina, con un salario que, en aquellos tiempos, parecía bastante elevado. Por una pequeña tarifa, pasaban a recogerme cada tarde ante mi puerta y me traían de regreso por la mañana temprano. Eso me dejaba tiempo suficiente para dormir y levantarme antes de mediodía. Una vida muy confortable. Gozaba con mi trabajo, ya que siempre he preferido la fábrica a la oficina. Hay mucha más libertad y bastantes menos diferencias de trato.

No me faltaba tiempo para escribir, pero no sentía ningún deseo de hacerlo. Sé de muchos escritores compulsivos. Creo que James Blish se las arreglaría para continuar

su obra aun en una mina de sal siberiana, y a Isaac Asimov le acometen contracciones nerviosas si pasa un día sin escribir. Yo nunca he sentido de ese modo. Cierto que se me ocurren ideas —un hábito que se crea con pocos años de práctica— y a veces me divierto en desarrollarlas, sin tomarme el arduo trabajo de redactarlas. Tampoco tengo gran necesidad de expresar las ideas de otros. Y nunca he creído que escribir fuese más estimulante o placentero que una docena de otros tipos de trabajo. *Puedo hacerlo...*, pero no lo *necesito*.

Por consiguiente, finalizó 1942 y empezó 1943 sin que me sintiera en absoluto tentado a desperdiciar mi tiempo libre ante la máquina de escribir. Con una sola excepción, no escribí nada durante el período en que permanecí en la fábrica, como operario del acero laminado.

Esa excepción tuvo una historia un tanto singular.

El único escritor de ciencia ficción que localicé en Saint Louis fue Robert Moore Williams, que había escrito algunas excelentes narraciones para *Astounding* y, luego, había decidido que ganaría mucho más produciendo relatos en serie para *Amazing Stories*. Después de que di con él, pasé una buena parte de mi tiempo en su compañía mientras viví en esa ciudad. Era un hombre corpulento y genial, de maneras corteses y en posesión de un intenso y natural sentido de la amistad.

Siempre había admirado uno de sus cuentos, titulado *El retorno de los robots*, en el que unos hombrecillos de metal (robots), desembarcan en la Tierra durante una exploración por el espacio. La historia comienza cuando cinco de ellos despiertan en una playa, sin la menor idea de cómo han venido a la vida. Poco tiempo después, descubren que la Tierra está herida de muerte. El nudo del argumento gira en torno a su incipiente conciencia de que la vida orgánica puede ser sensible y su duda sobre si ellos mismos habrán sido creador a partir de una materia protoplasmática. Lo consideraba entonces —y sigo considerándolo— como uno de los mejores cuentos de ciencia ficción. Ahora bien, a lo largo del relato se suscitaban toda clase de interrogantes y de cuestiones ocultas, que despertaron mi curiosidad con respecto a los preliminares. Un día, traté de discutirlo con Bob, pero negó haber ideado los antecedentes por los que yo preguntaba. Había intercalado aquellos elementos de manera intuitiva, sin molestarse en averiguar qué significaban.

Cuando llegué a casa releí el cuento. En mi cabeza, se dibujó con bastante claridad un esquema. Obviamente, detrás de todo aquello había una historia real. Tal vez Bob no había sido consciente de eso, pero se trataba de algo que subyacía con extrema viveza en su mente de escritor. Sabía que a él no le interesaba escribir para *Astounding*. En su opinión, Campbell se mostraba muy difícil de satisfacer en comparación con lo que pagaba. De modo que le sugerí una colaboración.

Me respondió que lo escribiera por mi cuenta. Me cedía sus derechos sobre el tema, lo mismo que la reputación y el dinero que provinieran de su venta. Me dejaba

en libertad para que lo desarrollase siguiendo mi propio criterio. No obstante, le interesaría conocer los resultados.

Y así comencé mi narración de los hechos previos, encontrando en mi tarea una espléndida diversión. Traté de percibir con claridad todas las alusiones del autor y aproveché la mayoría de los mecanismos que éste había empleado para crear mi propio clima. Incluso le interrogué sobre los símbolos que había usado y los reacomodé para que produjeran el efecto que deseaba. Cuando Bob vino a verme se apresuró a aprobar mi trabajo.

Tenía una extensión aproximadamente el doble del original, ocho mil palabras, incluyendo todas las necesarias para explicar las alusiones diseminadas a lo largo del primer relato. Lo envié a Campbell con el título de *Aunque los soñadores mueran*, junto con una explicación, y no tardó en publicarlo. Pero lo hizo sin dar a conocer los antecedentes que le había adjuntado, esperando a ver cuántos lectores los descubrían. Algunos lo hicieron. La explicación apareció entonces encabezando una de las cartas de éstos.

Aunque los soñadores mueran

por Lester del Rey

La conciencia se detuvo con torpeza en el umbral y revoloteó insegura, mientras la mente de Jorgen se extendía a lo largo de sus entumecidos nervios, indagando sin un propósito definido. Estaba helado hasta la médula, y la dolorosa comezón que atormentaba su cuerpo parecía aumentar a medida que su pensamiento semiconsciente la percibía. Dirigió su mente hacia el pasado, tratando de recuperar el letargo prenatal en que durante tanto tiempo estuvo sumido. No sentía el menor deseo de enfrentarse otra vez a aquel cuerpo frío y hormigueante.

No obstante, el entumecimiento se iba desvaneciendo, a pesar de sus vagas ansias. De todos modos, sus ojos, ahora abiertos, sólo registraban una difusa e informe claridad, sin contornos ni detalles, y los murmullos que resonaban a su alrededor carecían de pauta y de significado. Al cabo de un instante el frío se replegó, dando paso a un doloroso estremecimiento que, a su vez, desapareció también. Se agitó irresoluto, mientras breves y borrosos chispazos de memoria insistían en insinuarse de nuevo en su interior, tratando de recordarle las cosas que debía hacer. Luego, el cuadro se aclaró un poco, dejándole rememorar desperdigados fragmentos de lo que había ocurrido hasta entonces. La Luna había sido conquistada y hubo asimismo un único y audaz asalto contra Marte. Los boletines de noticias se vieron inundados por esas informaciones. Ya se encontraba avanzada la construcción de otra nave, más poderosa, destinada a ser impulsada por el nuevo liberador de energía recién inventado, que la independizaría de todas las restricciones y le permitiría llegar hasta las estrellas más lejanas, si así lo deseaba... Aquello significaba el logro definitivo de todas las esperanzas y sueños de una raza. Sin embargo, había algo que se le escapaba, algo más importante que todo eso, más importante aún que la enorme nave.

Una aguja fue introducida en su pecho y empujada hacia dentro, seguida por una oleada de calor y una renovada energía. Su mente reconoció el efecto de la adrenalina y comprendió que había otras personas a su alrededor y que trataban de despertarle. Ahora su corazón bombeaba impetuoso y la droga corría por sus venas, expulsando esos primeros y vagos pensamientos y reemplazándolos por una rápida embestida de memorias mucho más amargas.

Porque los sueños del hombre, y el hombre mismo, no eran ya más que cenizas abandonadas tras él... De la noche a la mañana, todos los planes y esperanzas de una raza se habían esfumado, como si jamás los concibiera. Había llegado la Plaga, una bacteria mutante procedente de un foco desconocido, letal más allá de lo imaginable, capaz de atacar y destruir, y sembrando a su paso la muerte. Con tiempo, tal vez se hubiese encontrado un antídoto. El enemigo no dio cuartel. En semanas, invadió la

Tierra; en unos meses, hasta los corazones más robustos que aún quedaban con vida habían abandonado toda esperanza de sobrevivir. Sólo el empecinado coraje y el fatigado pero inextinguible vigor del viejo doctor Craig se habían mantenido, forzando a la muerte y a los moribundos a terminar la poderosa nave de Jorgen. En medio de la demente agonía que significaron los últimos días, reunió esta lastimosamente minúscula tripulación para que buscara refugio en Marte, guiada por los cinco robots Thoradson, mientras se protegía de la furiosa aceleración con la ayuda de la animación suspendida, cuyo descubrimiento tanto tiempo había exigido.

¡Y la Plaga había llegado a Marte antes que ellos! Tal vez la trajo la primera expedición, o acaso fue ella quién la llevó a la Tierra sin saberlo, en su viaje de regreso. Un misterio indescifrable para siempre. Venus era inhabitable, lo mismo que los demás planetas, y la Tierra estaba muerta. Sólo quedaban las estrellas. Se habían dirigido hacia ellas impelidos por la necesidad. Y esa meta final se convirtió también en un vacío simulacro de lo que pudo haber sido. Aquí, en la nave, se alojaban los últimos representantes de la especie humana, teniendo sólo ante ellos una ignorada cantidad de años del sistema solar que había sido su patria.

Sin embargo, el antiguo y amargo combate debía continuar. Jorgen se dio la vuelta, bajó sus temblorosos pies desde la mesa hasta el suelo de metal y sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos.

—¿Doctor Craig?

Unas duras y frías manos le asieron por los hombros y le empujaron suave, pero eficazmente, hacia la mesa. La voz que le contestó fue metálica, aunque no estridente.

—No, amo Jorgen, el doctor Craig no está aquí. Espera, descansa un poco más hasta que todo el sueño te haya abandonado. Todavía no estás en forma.

En aquel momento se aclararon sus ojos, que recorrieron la cámara. Cinco hombrecillos de metal, de menos de metro y medio de estatura, le rodeaban, esperando pacientes. No había nadie más. Aparte del apagado brillo de sus ojos, los robots de Thoradson no eran capaces de ninguna expresión. A pesar de eso, la posición de sus cuerpos parecía transmitir una sensación de inseguridad e incomodidad. Jorgen se agitó con impaciencia, un tanto preocupado por la impresión. Cinco esbozó un gesto indefinido con un brazo.

—Un poco más, amo. Tienes que reposar.

Descansó sereno un rato, dejando que los últimos rastros del estupor le abandonaran y tratando de obligar a su mente, todavía embotada, a que asumiera el rol de dirección que nominalmente le correspondía. Esta vez, Cinco no protestó cuando el joven se incorporó, apoyándose en el hombro de metal, y se puso en pie.

—¿Has localizado algún sol con planetas, Cinco? ¿Por eso me despertaste?

Cinco se agitó inquieto sobre sus pies, en un gesto curiosamente humano, y asintió con la cabeza. El ritmo suave y lento de sus palabras resultaba enloquecedor.

—Sí, amo, antes de lo que esperábamos. Cinco soles sin planetas y noventa años de búsqueda han quedado atrás. Sin embargo, pudieron ser miles. ¿Quieres verlos desde la sala de mandos?

Noventa años que pudieron ser miles... ¡Habían vencido! Jorgen movió la cabeza, asintiendo impaciente, y buscó sus ropas. Tres y Cinco se apresuraron a ayudarlo, colocándose luego a ambos lados para que se apoyase en ellos. Las ondas de vértigo le estremecían. Le condujeron muy despacio, en tanto recobraba en parte su propio dominio. Pasaron por el largo corredor central de la nave. Los metálicos pies de los robots y las botas de cuero del hombre resonaban torpemente sobre el suelo de metal plastificado. Al fin llegaron a la sala de mandos. Grandes pantallas de cristal ofrecían el espectáculo del frío y oscuro espacio exterior, salpicado de diminutas y brillantes estrellas. Estrellas que no titilaban, estrellas hostiles, que no guardaban ninguna semejanza con aquellas que se divisaban a través de la tersa cubierta que proporcionaría la atmósfera de un planeta. Al frente, minúsculo, pero en notable contraste con los otros, aparecía un punto del tamaño de una moneda pequeña vista de lejos. Por un momento, fijó su mirada en él. Después, casi insensible, se dirigió hacia las pantallas, hasta que Tres le tiró de la manga.

—He preparado un plano de los planetas, amo. Puedes verlo si lo deseas. Todavía nos hallamos lejos de ellos y, a esta distancia, sólo con la luz refleja conseguí localizarlos, pero creo que los he descubierto todos.

Jorgen giró hacia la pantalla de electrones, que comenzó a destellar a medida que Tres procedía a rápidos ajustes en el telescopio, contando los cuerpos que se mostraban en él y dando paso a otros. Algunos eran claros y definidos, fríos e inmóviles; otros traicionaban la placentera bruma de una atmósfera. Cinco de ellos, del tamaño aparente de la Tierra, se situaban más allá de las áridas y marchitas esferas interiores. Más lejos, y mayor que Júpiter, un gigantesco mundo iniciaba otra serie, si bien los demás eran menores. No había ningún planeta anillado para competir con Saturno, pero la mayoría tenían lunas, excepto los lejanos planetas interiores. Uno de ellos casi debía considerarse como un planeta doble, puesto que el satélite y el astro principal aparentaban poco más o menos el mismo tamaño. Planeta tras planeta fueron apareciendo en la pantalla. Cuando terminó de contarlos, enarcó las cejas.

—¿Así que dieciocho planetas, aun contando sólo como uno el planeta doble? ¿Cuántos de ellos son habitables?

—Cuatro probables. El séptimo, el octavo y el noveno, con toda seguridad. Claro está, los más cercanos al sol son también los más calientes. Pero los más lejanos tienen poco más o menos el tamaño de la Tierra, se encuentran relativamente más cerca el uno del otro en comparación con la Tierra, Marte y Venus. Sin duda los tres poseen una temperatura bastante similar, próxima a la terrestre. En todos ellos hay

evidencias espectroscópicas de oxígeno y vapor de agua, y los clisés del séptimo indican algo que tal vez sea vegetación. Hemos escogido este último, condicionado a tu aprobación final.

Lo captó de nuevo en la pantalla, una esfera que se dilataba y crecía a medida que el aparato llegaba a su máximo aumento, hasta que sólo se vio parte de ella. Aquella mancha de color verde azulado podía ser un mar, mientras que la sección de color castaño probablemente era tierra. Jorgen observó con atención, en tanto que la imagen del astro se desplazaba poco a poco, manipulada por Tres. En ocasiones, el castaño reemplazaba al azul y luego éste volvía a la pantalla, indicando la presencia de otro mar. De vez en cuando, la bruma de la atmósfera se condensaba, formando velos grisáceos que parecían flotar sobre ella. Jorgen sintió una curiosa exaltación al pensar en las nubes, los ríos caudalosos, la irregularidad de las lluvias, el intenso aroma de las plantas que crecían. El planeta parecía casi mellizo de la Tierra, muy diferente al hogar riguroso y árido que hubiese constituido Marte.

La voz de Cinco interrumpió sus pensamientos. Los ojos del robot seguían el movimiento de los suyos sobre la pantalla.

—El continente extenso y horizontal parece el mejor, amo. Estimamos que su temperatura se aproxima a la existente en la zona rural del centro de Norteamérica, aunque se dan menos cambios estacionales. La densidad específica del planeta es de alrededor de seis, un poco mayor que en la Tierra. Sin duda hay metales y minerales. Un mundo atrayente y placentero.

En efecto. Más aún, significaba un hogar para los viajeros que seguían en animación suspendida, un mundo al que podrían llevar sus sueños y sus esperanzas, donde sus hijos podrían crecer y donde no encontrarían diferencias con los conceptos clásicos de su cultura. Marte había resultado severo y hostil, un lugar contra el cual había que luchar para sobrevivir. Este mundo, en cambio, sería como una madre que abre sus brazos para recibir a sus hijos adoptivos. A menos que...

—¿Y si contara ya con sus propios habitantes, nada deseosos de compartirlo con nosotros?

—En caso de haberlos, no serían otra cosa que bárbaros. Hemos investigado con el telescopio y la cámara, más potentes que la pantalla. Por ejemplo, en este lugar, ideal para un puerto, no se observa ninguna señal de construcción. De existir seres inteligentes seguramente hubiesen edificado una ciudad ahí. Me da la impresión de que...

Jorgen fue consciente del mismo sentimiento irracional de que no encontrarían rivales. Sonrió al volverse hacia los cinco robots, que le contemplaban con ansiosa expectativa, como si implorasen su aprobación.

—De acuerdo. El séptimo, entonces. Habéis merecido en máximo grado la confianza que depositamos en vosotros. ¿Disponemos de suficiente combustible para

aterrizar?

Cinco se había vuelto de repente hacia las escotillas de observación. Su pequeña figura parecía cavilar sobre las diminutas estrellas. Dos se encargó de contestar:

—Más que el necesario, amo. Después de alcanzar la velocidad precisa, lo utilizamos con precaución, sólo para mantener el rumbo. Nos sobró tiempo para calcular el método más adecuado de aproximarnos a cada astro que no reunía condiciones de vida de modo que éste nos impulsaba hacia una nueva trayectoria, a la manera en que se desplazan los cometas.

Asintió otra vez. Por un instante, se quedó contemplando el astro que iba a convertirse en su nuevo hogar. Pensó en la larga y laboriosa vigilia de los robots y le asaltó un fugaz sentimiento de admiración ante el golpe de suerte que los había creado. Robots antropomórficos, capaces de manejar instrumentos humanos, que caminaban sobre sus propios pies y dotados de dos brazos que terminaban en manos. No obstante, sabía que no se trataba de un golpe de suerte. La naturaleza había diseñado al hombre para que llegara a sitios a donde ninguna rueda alcanzaría, para que empuñara todo tipo de herramientas, para que se amoldara, no a uno, sino a mil propósitos. Thoradson y el cerebro tenían por fuerza que copiar un modelo tan aceptable, reduciendo las proporciones a causa del excesivo peso que hubiese requerido un diseño de un metro ochenta.

Hombrecillos de metal no sujetos a la rápida trayectoria de la vida humana que había atormentado a sus amos, robots que podían trabajar junto a los hombres, aprender de cien maestros, y acumular sus recuerdos por un plazo de siglos, en lugar de décadas. Cuando la especialización del conocimiento amenazó con convertirse en demasiado rígida, y cuando a ningún hombre le era concedido el tiempo suficiente para aprenderlo todo acerca del campo de acción que elegía, la llegada de los robots constituyó la única respuesta. Antes de ellos, el hombre había buscado ayuda en las máquinas calculadoras, más tarde en los instrumentos electrónicos y, por último, en los «cerebros», diseñados para resolver, entre otras cosas, las dificultades que planteaba su propio perfeccionamiento. Con uno de esos cerebros trabajó Thoradson para solucionar de manera definitiva los problemas de la robotización perfecta. Ahora, desarraigados de su terreno habitual, los robots habían ido más allá de lo que su creador hubiera soñado, protegiendo y preservando todo lo que restaba de la raza humana. A través de cinco soles y durante noventa años de monótona búsqueda habían logrado lo que ningún hombre hubiese podido siquiera intentar.

Jorgen dejó de lado sus especulaciones y se volvió hacia ellos.

—¿Durante cuánto tiempo permaneceré consciente antes de que iniciéis la desaceleración?

—Estamos desacelerando ya... a la máxima potencia.

Dos de ellos extendieron una mano hacia el panel de instrumentos, señalando el

indicador de aceleración. El instrumento confirmó sus palabras, aunque la nave no parecía sacudida por ninguna oscilación y no se produjo el fuerte y vibrante tirón que debería indicar el cambio de velocidad. Por primera vez, se dio cuenta de la normalidad de su peso, aun hallándose en el espacio, lejos de la atracción de cualquier cuerpo mayor. En condiciones de caída libre.

—¡Habéis controlado la gravitación! —exclamó.

Cinco asintió, sin dejar de mirar a través de la escotilla. Su voz sonó tranquila, incapaz de expresar orgullo o modestia.

—El doctor Craig nos planteó el problema. Hemos trabajado en él durante largos años. A lo largo de toda la nave, han sido instaladas placas que ejercen una tracción de fuerzas equilibradas iguales, pero de sentido opuesto, al empuje de la aceleración, en tanto que otras originan un peso normal en apariencia. Tanto si navegamos a velocidad constante como si aceleramos hasta diez gravedades la compensación se lleva a cabo de modo automático.

—¡Pero en ese caso es innecesario dormir! ¿Por qué...?

Conocía la respuesta, por supuesto. Aun sin la penosa presión de la gravedad, el sueño suponía la única solución para trasladar a los hombres a través de la vasta distancia que habían tardado noventa años en recorrer. De otra forma, aunque las provisiones hubiesen durado tanto tiempo, hubieran envejecido y muerto antes de llegar.

De todos modos, ya no volverían a enfrentarse a ese problema. Sólo algunas horas les separaban de los planetas que habían descubierto, y la mejor manera de emplearlas consistía en situarse frente a las grandes pantallas, viendo aparecer y aumentar a sus pies su futura morada. Sin duda el espectáculo permanecería en su memoria como algo más que un hecho impersonal. Tenían derecho a presenciar el capítulo final de su éxodo, a conservarlo como un recuerdo personal durante los años que viviesen, legándolo a los niños que les heredarían. Y el hecho de que esperasen el rigor de Marte, en lugar de este mundo acogedor, convertiría su triunfo en mucho más placentero. Se volvió sonriendo hacia los robots.

—Cinco, acompáñame. Vamos a empezar las reanimaciones. Los demás continuaréis a cargo de la nave. Y en primer lugar, por supuesto, hemos de despertar al doctor Craig, a fin de que vea los resultados de su proyecto.

Cinco no se apartó de la escotilla. Sus compañeros detuvieron el trabajo y esperaron. De mala gana, el primero contestó:

—No, amo. El doctor Craig ha muerto.

—¿Que Craig ha... muerto?

Imposible. Tan irreal e imposible como la distancia que les separaba del mundo donde habían nacido. Craig había existido siempre. Y existiría para siempre.

—Muerto, amo. Desde hace años.

Una sombra de pesar pareció velar su tono. ¿No había también otro sentimiento oculto?

—No pudimos hacer nada por evitarlo.

Jorgen meneó la cabeza. No lo comprendía. Desaparecido Craig, los proyectos que se habían atrevido a llevar a la práctica se formaban incompletos, casi ridículos. En la Tierra, fue Craig el primero en planear la huida en la nave. Y en Marte, una vez que los robots regresaron con la evidencia de la Plaga, el anciano se impuso al sobresalto de sus compañeros, encogiéndose de hombros y volviendo la mirada hacia el espacio, con el fuego de una esperanza que no admitía contradicción.

—Jorgen —le había dicho—, nos hemos equivocado al elegir un mundo tan obviamente inadecuado como éste, aun sin tener en cuenta la Plaga. Pero supone sólo un retraso, no es el final. Más allá, en algún lugar del espacio, hay otros sistemas solares, otros planetas. Tenemos una nave para llegar hasta ellos, robots para que nos guíen. ¿Qué más podemos pedir? Quizá cerca de Centauro, tal vez mil años luz más allá, ha de haber un hogar para la raza humana. Lo encontraremos. Este desierto que vemos ante nosotros nos ofrece la certeza de la muerte. Más allá de nuestras fronteras conocidas hay sólo incertidumbre..., pero una incertidumbre esperanzada. A ti y a mí nos toca decidir. Carecería de sentido despertar a los demás para causarles tamaña desilusión, cuando acaso algún día lo haremos para contemplar un triunfo aún mayor. ¿Y bien, qué opinas?

Craig, que les había llevado tan lejos, había muerto como Moisés sin avistar la Tierra Prometida, dejándole a él en herencia la responsabilidad tanto moral como material de aquella empresa. Jorgen se estremeció aunque un sentimiento de pérdida personal amortiguaba ahora la ansiedad que había experimentado. Todavía quedaba trabajo por hacer.

—Muy bien, Cinco, despertemos a los otros.

Cinco, de espaldas a la escotilla, miraba a sus compañeros, al parecer comunicándose con ellos por el sistema de ondas de radio incorporado a su cuerpo. Sus ojos evitaban los de Jorgen. Por un segundo, los robots permanecieron atentos a una cuestión sólo de ellos conocida. Al fin, Cinco movió la cabeza con la misma y curiosa renuencia y giró para seguir a Jorgen, frenando sus pasos y con los brazos caídos a los costados.

Jorgen prosiguió su camino, consciente sólo a medias de la presencia de la máquina. Se detuvo ante la gran puerta lacrada y buscó la palanca que le permitiría entrar en la cámara de descanso, señalando al primero que sería reanimado. Oyó las pisadas de Cinco que se acercaban. Y de pronto, sintió que las pequeñas manos metálicas asían su brazo, tirando de él hacia atrás, al tiempo que el robot le empujaba hacia un lado, tratando de alejarle de la puerta.

—¡No, amo! ¡No entres ahí!

Cinco titubeó por un instante. Luego, se enderezó y arrastró al hombre lejos de la puerta, dirigiéndole hacia el final del corredor hasta una pequeña cámara de reanimación, la más cercana de las varias dispuestas para tales efectos.

—Voy a mostrarte... Aquí. Nosotros...

Repentinos y desconocidos temores anudaron la garganta de Jorgen, inspirados más por la incongruencia del robot que por sus inexplicables acciones.

—¡Cinco, exijo una explicación!

—Por favor, amo, entra. Te enseñaré... Pero no en la cámara principal... Allí no... Ésta es mejor, más sencilla...

Vaciló un momento, dudando si convendría usar el tono de mando que obligaría al robot a una programada y absoluta obediencia. No obstante, se volvió, mientras la pequeña figura abría la puerta y le invitaba a entrar con un ademán, manteniendo aún la mirada apartada de él. Jorgen avanzó, y se paró en seco en el umbral.

Las palabras no eran necesarias. Anna Holt yacía en la pequeña mesa, con el cuerpo cubierto por una sábana blanca y los ojos cerrados. El doloroso rictus de la muerte se había borrado ya de su rostro. Y no cabía ninguna duda respecto a la causa de esa muerte: la piel cubierta de horribles erupciones, con irregulares salpicaduras de un vago color castaño... Y el aire, cargado del olor a almizcle característico de la Plaga. Incluso allí, tan lejos de los focos infecciosos y con su objetivo al alcance de la mano, tuvo que llegar la Plaga para reclamar a los suyos y recordarles a ellos que fugarse no bastaba... Nunca bastaría en tanto se viesan obligados a cargar con los cuerpos portadores de la enfermedad.

Las piezas del aparato para reanimar a los durmientes se hallaban desperdigadas por la sala. Habían sido apartados con descuido para dejar lugar a otras cosas cuyo significado no aparecía del todo claro. Obviamente, la Plaga no la había arrebatado sin luchar, aunque, como siempre, terminó por vencer. Jorgen retrocedió con torpeza, con los ojos fijos en el cadáver. Sus pies tantearon hacia atrás, temblando sobre el suelo. Cinco cerró y lacró la puerta con desgana prisa.

—¿Y los otros, Cinco? ¿También...?

Cinco asintió. Por fin, alzó un poco la cabeza para encontrar la mirada del hombre.

—Todos, amo. La cámara de descanso se ha convertido en un mausoleo. La Plaga llegó a ella paulatinamente y, aunque se retrasó un poco a causa del frío, acabó por llevárselos a todos. Hace años, cuando el doctor Craig comprobó que ya no había esperanzas, sellamos la cámara.

—¿Craig? —La mente de Jorgen volvió con un esfuerzo a la realidad. Su pensamiento seguía siendo lento. ¿Tuvo conocimiento de esto?

—Sí. Cuando los durmientes presentaron los síntomas por primera vez, le reanimamos, como nos había pedido... En ese momento, viajábamos a velocidad

constante, a pesar de que las placas gravitatorias no habían sido instaladas todavía. — El robot titubeó, y su grave voz se arrastró aún más si cabe—. Lo supo ya en Marte. Albergaba la esperanza de que el suero que os aplicábamos, además de las drogas somníferas, sería efectivo. Después de reanimarle, probamos otros sueros. Luchamos durante veinte años, amo Jorgen, durante los cuales dejamos atrás dos estrellas, mientras los durmientes morían uno tras otro, sin sufrir, en pleno sueño, pero en un número cada vez mayor. El doctor Craig reaccionó al primer suero, tú al tercero. Pensamos que el último la salvaría a ella. Sin embargo aparecieron las manchas en su piel y nos vimos obligados a reanimarla e intentar la última y desesperada posibilidad que nos quedaba, hace dos días. ¡Fallamos! El doctor Craig tenía esperanzas... de que al menos dos de vosotros... ¡De verdad que lo intentamos, amo!

Jorgen dejó que las manos del robot le ayudaran a sentarse. Sus emociones se agitaban en un oleaje de contradicciones confusas.

—¿De modo que alcanzó a la muchacha? Se la llevó, Cinco, cuando podía haberla dejado y elegirme a mí. Teníamos en reserva espermatozoides congelados, que servirían aunque yo hubiera muerto. Y la atacó a ella. ¿Por qué los dioses permitieron que quedara inmunizado un hombre inútil? ¿Para que la ironía fuera completa? ¡Inmunizado!

Cinco se agitó vacilante.

—No, amo —rechazó.

Jorgen clavó la mirada en él, sin comprender. De pronto, ante una indicación del robot, volvió las manos hacia arriba, examinando la piel de sus palmas. Diminutas, casi invisibles erupciones de un débil color castaño contrastaban con la piel más blanca, pequeñas e irregulares ronchas, que exhalaban el vago y característico olor a almizcle al acercarlas a la nariz. No, no estaba inmunizado.

—Lo mismo le sucedió al doctor Craig —dijo Cinco—. Tú lograste una casi completa inmunidad. Sin embargo, creemos que la cura total es imposible. El doctor Craig vivió veinte años. Su muerte fue causada por un ataque debido a la edad, no por la Plaga, pero ésta continuó minándole durante todo ese lapso.

—Inmunidad o aplazamiento, ¿qué importa ahora? ¿Qué sucede con los sueños, Cinco, cuando el último soñador muere? ¿O tal vez debo formular la pregunta a la inversa?

Cinco no respondió. Se deslizó en el banco, junto al hombre, que inconscientemente se movió para dejarle sitio. Jorgen le observó, sabiéndole incapaz de reacciones emocionales, sólo en posesión de un intelectual sentido de la espantosa broma que le había sido gastada a la humanidad. Él había leído relatos acerca del último ser humano preguntándose en ocasiones cómo sería. Ahora que le había correspondido a él desempeñar ese papel, no sabía mucho más que antes. Quizás en la Tierra, entre las ciudades en ruinas y las reminiscencias del pasado, un hombre

comprendería que la raza había llegado a su fin. Aquí, podía aceptar el hecho, pero sus emociones se negaban a creerle. De manera inconsciente, su condicionamiento le había inducido a pensar que el desastre sólo afectaba a unos pocos y que atrás quedaba un mundo lleno de otros como él. Y a pesar de que sabía muy bien que el mundo abandonado se hallaba tan vacío de otros seres como la nave, aquel sentimiento ocupaba una parte demasiado grande de su pensamiento como para dominarlo. Intelectualmente, la raza humana estaba acabada; emocionalmente, jamás desaparecería.

Cinco se agitó, tocándole en un tímido gesto.

—No hemos modificado nada en el laboratorio del doctor Craig, amo. Si quieres ver sus notas, todavía siguen allí. Creo que antes de morir grabó un mensaje en el cerebro electrónico. Al menos, cuando le encontramos el interruptor estaba abierto. No hemos hecho ningún intento por descifrarlo. Te esperábamos a ti.

—Gracias, Cinco. —Pero no se movió hasta que el robot volvió a tocarle, casi implorante—. Tal vez tengas razón, necesito algo en qué ocuparme. De acuerdo. Puedes volver con tus compañeros, a menos que quieras acompañarme.

—Prefiero ir contigo.

El hombrecillo de metal se puso en pie y se encaminó por el corredor siguiendo de nuevo a Jorgen, hacia la cola de la nave. El sonido de los pies de metal se ajustaba a la torpe regularidad de los tacones que golpeaban el suelo. El robot se detuvo una vez para entrar en una cámara lateral. Regresó con una pequeña botella de coñac, alzándola interrogativo. Jorgen sintió la tibieza física del licor, pero ningún otro alivio. Siguió por el corredor, en dirección a la pequeña cámara que Craig había escogido para trabajar. Las notas dejadas por él despertaban en Jorgen una vaga sombra de curiosidad. Ningún mensaje del muerto resolvería la tragedia del que conservaba aún la vida. Con todo, más valía concentrarse en eso que permanecer mano sobre mano. Entró en la cámara, y Cinco cerró la puerta despacio a sus espaldas. El joven se dirigió distraído hacia las pequeñas libretas de notas, encuadradas en imitación de piel. Dos veces salió en silencio el robot y regresó con alimentos que Jorgen apenas probó. Los informes sobre los vanos esfuerzos de Craig parecían no terminar nunca. Hasta que volvió la última hoja y leyó el párrafo final:

He hecho cuanto he podido. En el mejor de los casos, mi éxito será sólo parcial. Siento que mi final se acerca, y lo que todavía resta por hacer habré de dejarlo en manos de los robots. Aun así, no desespero. La inmortalidad individual y racial no se basa exclusivamente en la continuidad entre las generaciones, sino más bien en la continuación de los sueños de todo el género humano. Los soñadores y su descendencia pueden morir. Las ilusiones, no. Ésa es mi convicción y a ella me aferré. No tengo otra

esperanza que ofrecer al desconocido futuro.

Jorgen dejó caer con desmaño la libreta frotándose con las manos los cansados ojos. Las palabras destinadas a ser un reto al destino habían perdido toda su fuerza. Él sueño *podía* morir. Él era el último de los soñadores, un callejón sin salida producto del hado. Más allá, sólo quedaba el olvido. Todos los sueños de mil generaciones de hombres se habían concentrado en Anna Holt y se habían perdido con ella.

—Él cerebro, amo —sugirió Cinco en tono amigable—. El mensaje final del doctor Craig.

—Procésalo tú, Cinco.

Era un modelo pequeño, un limitado analizador de datos como el que usaban —o habían usado— la mayoría de los técnicos para ayudarse en sus tareas. Se operaba de palabra, y su reducido vocabulario básico se regulaba de acuerdo con el trabajo que se le requería en cada oportunidad. No le resultaba familiar la semántica de dicho vocabulario, pero Cinco había trabajado sin duda con Craig el tiempo necesario para aprenderlo. Observó sin interés cuando el robot presionó el conmutador que activaba al cerebro y empezó a proferir palabras cuidadosamente escogidas.

—Subtotal exterior. Número n interior.

El cerebro respondió en el acto, seleccionando la última comunicación que Craig había impreso en él. Con la misma voz del científico, una voz estridente debido a la edad y el agotamiento, ronca y temblorosa a causa de la muerte que pugnaba por atraparle mientras hablaba, repitió:

—Mis últimas notas..., incorrectas... Los sueños *pueden* continuar. El primer análisis de Thoradson...

Por un segundo, se oyó el sonido de algo que se deslizaba, como causado por un cuerpo. Luego, el cerebro articuló monótono:

—Número subtotal n interior. Subtotal exterior.

Para Jorgen, aquello significaba sólo un balbuceo sin sentido. Meneó la cabeza, mirando hacia Cinco.

—Al parecer su mente divagaba. ¿Conoces el primer análisis de Thoradson?

—Se refiere a nuestra creación. Por supuesto, tuvo que especializarse en semántica. Era imprescindible para operar con los complejos cerebros usados en cibernética. De acuerdo con su primer análisis aproximativo, el enigma del problema residía en una rigurosa definición de la palabra 70, que sólo puede ser definida de modo adecuado en términos intrínsecos, como su análoga latina *ego*, ya que no se refiere a ninguna parte u operación del individuo física o específicamente definible. Resumiendo, expresa un sentido de individualidad, y Thoradson presintió que el éxito o el fracaso de los robots dependían de la habilidad para analizar y sintetizar tal esquema.

Durante largos minutos dio vueltas a la idea en su cabeza, pero eso no le ayudó a clarificar las últimas palabras de Craig. Más bien contribuyó a confundirle. Sin embargo, puesto que no le quedaba ninguna esperanza, no se sintió desilusionado. Cuando un problema no tiene solución, poco importa si las palabras finales de un hombre son fríamente lógicas o locamente disparatadas. El resultado no varía. ¿Cómo iba a ofrecer una salida la semántica allí donde toda la sabiduría bacteriológica había fracasado?

Cinco tocó su brazo una vez más, tendiéndole dos pequeñas píldoras.

—Amo, ha llegado el momento de que duermas. El amital sódico te facilitará el sueño. Por favor...

Obediente, se las metió en la boca y, abandonándose, dejó que el robot le guiara hacia una pequeña cámara, acondicionada para dormir. Ya nada revestía la menor importancia. El sueño inducido suponía una solución tan buena como cualquier otra. Vio que Cinco apretaba un interruptor y se entregó indiferente al efecto compulsivo de la droga. Cinco salió silencioso, de puntillas. La oscuridad que se deslizó en su mente fue bienvenida, a causa del alivio que experimentó al cesar sus pensamientos.

Cuando por fin despertó, encontró a su lado un desayuno que se mantenía caliente en recipientes cerrados al vacío. Comió un poco, más por hábito que por apetito. En algún momento de sus horas de sueño su mente se había recuperado un tanto del aturrido desánimo que se había apoderado de ella. No obstante, subsistía aún un extraño embotamiento de sus emociones, casi como si hubiera comprimido años de olvido en unas pocas horas, de modo que su actitud frente a la tragedia se hallaba teñida por una sensación de lejanía. No había desconsuelo ni dolor. Sólo una vaga noción de que todo había ocurrido hacía mucho tiempo y que ya se había habituado a ello.

Se sentó en el borde de la litera, vistiéndose sin prisas y mirando cómo se retorció el humo de su cigarrillo, sin pensar. Ya no tenía sentido alguno pensar. Desde el fondo de la nave le llegó un amortiguado zumbido, que reconoció como la máxima potencia de los tubos propulsores, momentáneamente en acción para que la nave girase en un determinado sentido. Luego se desvaneció, dejando sólo el suave, rítmico y casi inaudible ronroneo del sistema de impulsión principal.

Terminó de vestirse y cruzó la puerta hacia el corredor, dirigiéndose de modo instintivo hacia la cámara de observación, donde había posibilidades de encontrar a Cinco. Los robots no eran hombres, pero no contaba con otra compañía y no deseaba permanecer a solas. Se sentiría mejor con ellos. Entró en la cámara de control taconeando. Notó que los cinco hombrecillos se hallaban presentes y se acercó a la escotilla de cuarzo.

Cinco se volvió al escuchar sus pisadas, haciéndose a un lado para dejarle sitio. Señaló con una mano hacia fuera.

—Pronto aterrizaremos, amo. Estaba a punto de ir a llamarte.

—Gracias.

Jorgen contempló el exterior, calculando la distancia recorrida desde la última vez que había echado una ojeada. El astro se había agrandado hasta alcanzar las dimensiones del antiguo y familiar sol de la Tierra, y la esfera hacia la que se dirigían resultaba claramente visible, sin ayuda del telescopio. Se hundió sin comentarios en el asiento que Cinco le ofreció y aceptó los binoculares, pero no se molestó en usarlos. La vista era mejor en conjunto y, además, se aproximaban a una velocidad que pronto le permitiría disfrutar de un panorama más claro, sin necesidad de medios mecánicos.

Poco a poco, creció ante los ojos de los observadores, extendiéndose ante ellos y adoptando una forma definida a medida que disminuía la distancia. En los controles, Dos imprimió a la nave un lento giro que les permitiría tocar tierra en el lado iluminado del planeta, donde habían fijado su lugar de aterrizaje. El efecto de luna creciente se intensificó, y la parte oscurecida por la noche se redujo hasta que todo el globo apareció ante ellos bajo la luz solar. A lo largo del hemisferio norte se extendía el irregular continente horizontal que habían visto antes, semejante al burdo diseño de un galgo corriendo, con un largo y ancho río que se enroscaba en uno de sus costados y emergía por detrás de la alargada pata delantera. Las montañas comenzaban en la cabeza y la rodeaban. Luego, se dispersaban en círculos hacia la cola uniéndose con otra cadena junto a la cadera. En la desembocadura del enorme río, Jorgen delineó los contornos de un amplio puerto natural, protegido del océano y, al parecer, lo bastante profundo para albergar cualquier navío de superficie.

—Hay vegetación —observó Cinco—. La planicie central debe de gozar de un largo período propicio al cultivo... Alrededor de doce años de primavera, verano moderado y otoño, seguidos por unos cuatro años de un invierno tibio. Las estaciones deben de prolongarse bastante, dada la distancia al sol, pero la traslación del planeta es tan leve que muchas de las plantas crecerán incluso en invierno. Fíjate, amo, aquellas manchas parecen árboles. Un gran bosque verde, como en la Tierra.

Debajo de ellos, una nube flotó perezosa sobre el paisaje. Pasaron a través de ella. Los propulsores originaban remolinos de aire a su alrededor que dejaban atrás casi de inmediato.

Dos se entregaba a una frenética actividad. El raudo descenso aminoró con rapidez, hasta que dio la impresión de que se hallaban suspendidos a menos de un kilómetro sobre la costa del ancho mar. Después, se deslizaron hacia abajo. La nave se escapó poco a poco en la arena y quedó inmóvil, mientras Dos interrumpía la energía y la gravitación artificial, dejando en su lugar la atracción del planeta, ligeramente más débil. Cinco se agitó de nuevo y emitió un suspiro.

—No hay señales de inteligencia, amo. De haber habitantes, sin duda hubiesen

construido una ciudad, por lo menos de barro y paja, junto a este inmenso puerto. Sin embargo, no se ve ningún indicio, aunque es un hermoso mundo. Sin duda apropiado para la vida.

Suspiró otra vez, con la mirada fija en el exterior. Jorgen meneó la cabeza en silencio. Los mismos pensamientos le ocupaban. En muchos aspectos se trataba de un mundo superior al que su raza había conocido siempre, en extremo familiar. Incluso existía una burda semejanza entre sus especies vegetales. Habían dejado atrás cinco astros, en noventa años de viaje a una velocidad cercana a la de la luz, para llegar a un refugio que superaba sus expectativas más extravagantes, donde todo parecía esperarles, deshabitado, pero dispuesto. Afuera, el nuevo mundo aguardaba ansioso. Y dentro, para responder a su invitación, no había sino espíritus y sueños vacíos. Y para ver y apreciar, un solo hombre, condenado a una muerte lenta. Los dioses habían puesto una laboriosa atención en cada detalle preciso para la consecución de su horrible burla.

Una raza soñó en agradables mundos que la esperaban más allá de las estrellas, dormitando hasta que llegase. Y cuando casi lo había logrado, la Plaga la obligó a seguir adelante, esta vez impulsada por la calamitosa necesidad, en lugar del elevado espíritu pionero con que había concebido el proyecto, para conquistar la distancia, sí, pero morir con la victoria.

—Tenía que ser un mundo hermoso, Cinco —dijo, sin amargura, aunque con un impotente fatalismo—. Sin eso, la broma hubiese carecido de toda gracia.

Cinco tocó su brazo en un gesto amable y volvió a suspirar, asintiendo muy despacio.

—Dos ha analizado el aire. Es muy bueno para ti... con un ligero exceso de oxígeno, pero respirable. ¿Quieres salir?

Jorgen asintió y cruzó la compuerta, seguido por los cinco robots, que giraban sus cabezas para inspeccionar el planeta. Sin duda sus cerebros se radiocomunicaban, cambiando impresiones. Cinco se separó de los demás y se aproximó a él, deteniéndose a su lado y siguiendo su mirada, que se dirigía hacia las bajas colinas que comenzaban más allá de las márgenes del mar y acunaban el río en sus laderas.

Una brisa se agitó apacible, trayendo el limpio y familiar aroma de las cosas que maduran. El aire era rico y puro. Un mundo para calmar los pesares de los hombres con arrullos de paz, para traer de vuelta a las naves que erraban entre los astros de todo el universo, un mundo merecedor de la palabra hogar en cualquier lengua. Un mundo demasiado privilegiado para oponer los obstáculos necesarios al desarrollo de la inteligencia, pero un Edén para esa inteligencia una vez ya evolucionada.

Jorgen se encogió de hombros. Se encontraba en un mundo propicio a los soñadores, y los únicos sueños que él deseaba eran aquellos que traía la oscura voluptuosidad del olvido. Había demasiadas cosas que le recordaban lo que pudo

haber sido. Más valía volver a la nave y dedicarse a la inútil pesquisa sin objetivo, hasta que le alcanzase la muerte, y los robots y la nave se desgastasen y paralizasen. Se había dado la vuelta para regresar cuando Cinco empezó a decir algo. Se detuvo. La mirada del robot se posaba donde había estado la suya y se desplazaba con rapidez, siguiendo el curso del río hacia el puerto.

—Aquí hubiera podido levantarse una ciudad, amo, que hubiera rivalizado con todas las ciudades planeadas por el hombre. Los tuyos encontrarían aquí todo lo preciso para una vida agradable: un puerto para salir hacia los otros continentes, un río que les conduciría al corazón de éste, y la planicie situada más allá de las colinas para alojar los cohetes que les llevarían hacia los otros mundos tan abundantes alrededor de este sol y que sin duda se parecen mucho. Imagínate: un nítido puente blanco a través del río, las residencias extendiéndose entre las colinas, fábricas detrás de la curva del río, un gran parque en esa isla...

—Y una plaza pública. Y terrenos para escuelas y universidades.

Jorgen veía todo aquello y, por un momento, sus ojos se iluminaron, imaginándose la prodigiosa ciudad madre. Cinco asintió.

—Y ahí, en esa pequeña isla, situada en el centro, una estatua conmemorativa. Con alas, y los brazos... No, con un brazo extendido hacia lo alto y el otro dirigido hacia la ciudad.

Un instante más, el fuego se mantuvo vivo en los ojos de Jorgen. Hasta que la muerte que rondaba en el fondo de su mente emergió, apagando todo brillo. Se volvió, sofocando el llanto a medida que las emociones se apoderaban de él. Cinco dejó de hablar y giró junto a él. El resto de los robots penetró en la nave detrás de ellos, interpretando la insinuación que emanaba de su silencio.

—¡Sueños!

Condensó en la palabra todas las blasfemias posibles contra la burlona demencia de los dioses. En cambio, a sus espaldas, la tranquila voz de Cinco no reflejaba el odio. Sólo hubo un dejo de tristeza en su lenta y grave entonación.

—A pesar de todo, el sueño fue hermoso, amo, tan hermoso como este planeta. Mientras aterrizábamos, me pareció ver la ciudad y casi me atreví a concebir esperanzas. No me arrepiento de haber soñado.

Las turbulentas emociones desaparecieron, interrumpidas y borradas por otras que impulsaron el cuerpo de Jorgen sobre un asiento de la cámara de control, mientras sus ojos barrían las colinas y el río que podían haber alojado a la maravillosa ciudad... ¡No, que la alojarían! Craig no había desvariado, después de todo. Sus últimas palabras, una vez descifrado su sentido, le daban la clave, el legado de un hombre que no había conocido la derrota. Los sueños no mentían. Thoradson había estudiado la semántica de la primera persona del singular y había estructurado los resultados de su estudio.

Cuando el último soñador muriese, el sueño seguiría adelante, porque era más poderoso que aquellos que lo habían creado. En algún sitio, de alguna manera, encontraría nuevos soñadores. Nunca habría un último soñador, después de que en el perdido ayer de la raza el primer tosco salvaje tuvo su propia e incipiente visión de una realidad mejor.

Cinco había soñado..., al igual que Craig y que Jorgen, y que toda la humanidad. No con una fría visión de metal matemáticamente determinada, sino con una visión construida en mármol y en jade, basada en el inmemorial deseo experimentado por toda inteligencia, de lograr un mundo más hermoso y mejor. El hombre había muerto, dejando detrás de él una extraña casta, físicamente desvinculada, pero su heredera espiritual en todos los sentidos de la expresión.

La herencia de la carne impulsaba a los animales como su principal estímulo. El hombre necesitaba más que eso. Para él, la continuidad de sus esperanzas y visiones importaba más que la mera inmortalidad de la raza. Lentamente, con el rostro serio, pero con sus ojos brillando de nuevo, Jorgen se puso en pie y sujetó el hombro del hombrecillo de metal que se había atrevido a soñar un sueño humano.

—Vosotros construiréis la ciudad, Cinco. Me he comportado como un estúpido y egoísta. De otra manera lo hubiese comprendido antes. El doctor Craig se dio cuenta aunque la muerte ya había hecho presa en él cuando olvidó los prejuicios de nuestra raza. Tú acabas de procurarme la clave. Vosotros cinco lo edificaréis todo, ayudados por otros que vosotros mismos crearéis.

Cinco arrastró los pies, moviendo la cabeza.

—Desde luego, podemos construir la ciudad, amo. ¿Pero quién la habitará? En mi sueño, las calles se hallaban pobladas de gente como tú, no como... nosotros.

—Pura cuestión de costumbre, Cinco. Durante toda vuestra... vida, habéis existido para el hombre, subordinados al deseo del hombre. No conocéis otra cosa porque no os enseñamos otro esquema. Aun así, ya existe en vosotros todo lo necesario: esperanzas, sueños, coraje, ideales. Incluso el deseo de dar forma al mundo de acuerdo con vuestros proyectos, aunque tales proyectos se centren en nuestra especie, no en la vuestra. He oído decir que los antiguos esclavos lloraban al ser puestos en libertad. No obstante, sus hijos aprendían pronto a vivir para sí mismos. Vosotros aprenderéis también.

—Tal vez —se oyó entonces la voz de Dos, aquel de entre los cinco supuestamente menos dado a las emociones, debido al rigor de su formación física y matemática—. Tal vez. Sólo que viviríamos en un mundo solitario, amo Jorgen, lleno de vuestro recuerdo. Y nuestros sueños serían estériles.

Jorgen se volvió otra vez hacia Cinco.

—La solución para eso existe, ¿verdad, Cinco? Tú la conoces. En este momento nos añoráis y encontráis que sin nosotros el trabajo carece de sentido. Sin embargo,

hay otro camino.

—¡No, amo!

—¡Te exijo que obedezcas, Cinco! ¡Contesta!

El robot se agitó ante el tono autoritario. Se resistía a hablar, a pesar de que su programación le forzaba a obedecer.

—Tenías razón, amo. Nuestras mentes, y aun nuestras memorias, están sujetas a vuestras órdenes, del mismo modo que lo están nuestros cuerpos.

—Entonces, exijo de nuevo obediencia. Me refiero ahora a todos vosotros. Saldréis y os tenderéis sobre la playa, a una distancia prudencial de la nave, y aparentaréis dormir, de manera que no me veáis partir. Una vez que me haya ido, sepultaréis la raza humana en el olvido, como si nunca hubiese existido. Os liberaréis de todo recuerdo referente a nosotros, conservando el resto de los conocimientos. La Tierra, el hombre y vuestro origen e historia desaparecerán de vuestros pensamientos. Así seréis independientes, para comenzar todo de nuevo y diseñar y construir un mundo a vuestro antojo. Ésta es mi última orden. ¡Obedeced!

Sus miradas se cruzaron para deliberar. Cinco se encargó de contestar en nombre de todos. Al hablar, suspiró comprensivo.

—Sí, amo. Obedeceremos.

Más tarde, Jorgen permaneció junto a ellos, fuera de la nave, observando cómo se echaban sobre las blancas arenas de la playa, en la orilla del inmenso océano que bañaba el nuevo mundo. A su lado, se dispuso una pequeña colección de herramientas y otros elementos necesarios. Cinco le contempló durante un buen rato. Luego miró hacia la nave y, por último, volvió a fijar la vista en Jorgen. En silencio, posó su mano de metal sobre la que el hombre le había tendido y regresó junto a sus compañeros. Un olvido temporal oscureció sus pensamientos.

Jorgen los estudió durante largos minutos. La leve brisa llevaba hasta su olfato las limpias fragancias del planeta. Le hubiese agradado quedarse, pero su presencia resultaría fatal para sus planes. En realidad aquello no tenía importancia. La muerte le reclamaría en pocos años, y no había otros de su raza para llenar ese período y llorarle cuando llegase su hora. Mejor así. Conocía la nave lo suficiente para hacerla despegar y sumergirla en el oscuro espacio, enfrentándose a las frías, las hostiles estrellas, derivando eternamente hacia un destino desconocido, como un imperecedero mausoleo transportándole a él y a los muertos que le esperaban dentro. Por el momento, no tenía planes personales. Quizá pasarse esos pocos años entre los libros y aparatos científicos de a bordo. O tal vez encontrase alivio en alguna de las tantas formas indoloras. Eso lo decidiría más adelante, con el tiempo y según sus propias inclinaciones. Tampoco tenía importancia. No había felicidad para él, si bien tal vez hallaría alguna satisfacción al pensar en el cumplimiento de su designio. Los dioses ya no reían.

Caminó unos cuantos metros en dirección a la nave y se detuvo, volviendo a recorrer el río y las colinas con los ojos, dejando que su vista disfrutara con la ciudad que Cinco había delineado. No. Tampoco él la veía poblada de robots. Superficialmente, la ciudad podía ser distinta, pero la importancia de las apariencias era sólo cuestión de hábito. Las realidades estaban en las mentes de quienes fundasen la ciudad. Si no habría risas en ese mundo por nacer, tampoco habría lágrimas, ni pobreza, ni miseria, como las que abrumaron una parte tan extensa de su especie.

Erguido allí, la ciudad flotó ante sus ojos, paradójicamente habitada por seres humanos, la misma ciudad en espíritu que ellos hubieran edificado. Imaginaba las grandes embarcaciones en el puerto y las que navegaban río arriba. El cielo pareció llenarse de pronto del tranquilo zumbido de los helicópteros y, por detrás, le alcanzó el sonido de los cohetes elevándose hacia los mundos octavo y noveno, mientras se construían otras naves para investigar más allá, en busca de nuevos astros y nuevos planetas.

Acaso, en su expansión futura, topasen algún día con la Tierra. Un curioso sentimiento le impulsó a desear que la encontrasen, incluso que rastreasen sus orígenes y recobrasen la memoria de la blanda raza protoplasmática que los había creado. Le agradaba pensar que sería recordado, una vez que la memoria dejase de significar una barrera para sus trabajos. No obstante, había muchos astros y, a través de los largos milenios, los escasos lazos de contacto capaces de señalarles la verdad se erosionarían y desaparecerían con facilidad. Nunca lo sabría.

El viento le acarició, con un leve sonido crepitante. Miró hacia abajo y divisó algo que aleteaba blandamente en la mano de Cinco. Una débil curiosidad le forzó a avanzar. Sin embargo, al comprobar de qué se trataba no hizo ningún esfuerzo por cogerlo de la apretada mano del robot.

También Cinco había pensado en la Tierra y en su relación con ella y había ideado un medio para mantenerla sin desobedecer sus órdenes. En el papel, un mapa astral reproducía un sol con nueve planetas, uno de ellos anillado, otros con lunas, y el tercero rodeado por un fuerte trazo en lápiz negro. Sin duda al despertar no sabrían ni el porqué ni el cómo de su presencia allí, pero pronto aprenderían. Y algún día, cuando localizaran el sol que buscaban, basándose en el inconfundible orden de los planetas, regresarían a la Tierra. Con el papel para guiarles, lo conseguirían mucho antes de que la última evidencia desapareciese, a tiempo para conocer la respuesta al problema de su origen. Jorgen cerró con mayor fuerza la mano que apretaba el papel, limpió una mancha de polvo de la cabeza del robot y regresó resueltamente hacia la nave. Entró en ella con paso firme y cerró la puerta tras él. En un instante, entre el rugido causado por la aceleración, se elevó del planeta, dejando a cinco hombrecillos en la arena, rodeados por el murmullo de las olas... ¡Cinco hombrecillos de metal y un sueño!

* * *

A comienzos de 1944, notificaron a mi novia que trasladaban de nuevo su oficina, esta vez a la ciudad de Nueva York. Tuve, pues, que encarar la posibilidad de seguirla. Esta vez la decisión me resultó más difícil. Me gustaba mi trabajo y no me parecía correcto dejarlo en ese momento. Y no me sentía nada seguro de que me agradase Nueva York.

Campbell me había sugerido ya trasladarme a esa ciudad, en lugar de a Saint Louis. Estimaba que mi situación económica mejoraría con el cambio, puntualizando todas las ventajas. No logró convencerme. Ciertamente Nueva York era el mayor centro editorial del país, que casi todos los escritores anhelaban fijar en ella su residencia. Pero yo había escrito la mayor parte de mi obra sin contacto con otros escritores y pensaba que mantenerse alejado de las conversaciones profesionales tenía sus ventajas. En realidad, temía que no favoreciesen la individualidad en el oficio. (Hay un detalle que apoya este argumento: la mayoría de los escritores norteamericanos no viven en Nueva York). De todos modos, hacía tiempo que Campbell no mencionaba la idea.

Probablemente me hubiese quedado donde estaba de no haberse introducido una nueva mejora en el taller. Los ingenieros de esa sección habían dado a luz una nueva máquina y la estaban instalando. En lugar de martillar los rebordes sobre los travesaños de aluminio, los enrollaban, procedimiento mucho más rápido y al alcance de cualquiera. Sin embargo, a mí no me gustaba. Me daba la impresión de que no endurecía tanto la aleación como el martillo. (Así se comprobó más tarde, aunque no pareció perturbar en absoluto el comportamiento del notable avión).

Por lo tanto cuando mi novia emprendió el viaje ya había comunicado yo a mis jefes que al cabo de dos semanas abandonarían mi puesto. Comencé a poner en orden mis cosas y dispuse una caja para guardar todo lo que no podía llevar conmigo. (Ésa fue la caja que se perdió con todos mis manuscritos).

La tarea se simplificó bastante al vender mis máquinas de escribir Woodstock y Oliver. Sólo conservé una Corona portátil, con teclado de tres filas. La había adquirido durante el invierno por diez dólares en horribles condiciones. Sin embargo, en mi tiempo libre, la había reparado en parte, limpiándola y ajustándola. También logré incorporarle dos teclas para las mayúsculas en el lado derecho, donde no había ninguna. Una vez finalizados los arreglos, se comportó mejor que si hubiese sido nueva y descubrí que se trataba de una máquina muy cómoda. También era verdaderamente portátil, ya que, dentro de su estuche, su peso no alcanzaba a los tres kilos.

Llegué a Nueva York un bello día de primavera, dispuesto a encontrar alojamiento... una tarea que según me habían expuesto varias personas resultaría

difícil y casi con toda seguridad cara. Ahora bien, yo ya tenía una idea formada acerca del lugar donde quería vivir. Había casas que alquilaban habitaciones cerca del área de la Novena Avenida y la calle 57, y me propuse buscar por aquella zona. Desde que visité por primera vez la ciudad sentí preferencia por el West Side. Y no quería vivir en el East Side aunque mi novia había descubierto un pequeño apartamento allí. Desde mi zona, podría volver fácilmente caminando hasta su casa, y su nueva oficina se hallaba entre la calle 57 y Broadway, un lugar muy cómodo para encontrarnos después de su trabajo.

Como de costumbre, los pronósticos se equivocaron. Al cruzar la Novena Avenida, a la altura de la calle 57, vi un cartel anunciando un cuarto para alquilar. Su renta era de tres dólares a la semana. Me quedé con él. Había que subir cuatro pisos, pero en aquella época no me importaban las escaleras. Fui a recoger mis dos grandes maletas y mi máquina de escribir, y allí terminó la búsqueda.

Visité después a Campbell, llevándole una lista de los relatos cuyos argumentos había ideado durante las últimas semanas. Entre ellos figuraba una novela (algún día acabaré por escribirla) y un buen número de novelas cortas. Me proponía actuar esta vez con inteligencia y discutir sus términos generales antes de perder el tiempo redactándolas. No era la mejor manera de trabajar, pero deseaba contar con un pequeño respaldo en el banco antes de volver al viejo método de escribir lo que me apeteciese. (Con el tiempo, el sistema de discutir antes y escribir después se convirtió en algo habitual entre Campbell y sus escritores. A mi entender, con ello les facilitaba las cosas, sobre todo teniendo en cuenta que les proporcionaba la mayor parte de los argumentos. Los resultados justificaron mis dudas).

Había sólo un pequeño obstáculo. Campbell se alegraba, al menos en apariencia, de mi traslado y le hacía feliz saber que ahora nos veríamos más a menudo. Sin embargo, empezó por advertirme que desbordaba de novelas y novelas cortas y me preguntó si no podría ofrecerle relatos más reducidos.

Tragué saliva sin decir palabra, viendo mi cuenta bancaria fundirse poco a poco ante mis ojos. Luego, elegí una de mis queridas novelas cortas, suprimí mentalmente los dos tercios de la última parte, le empalmé un nuevo final y comencé a contársela. Pareció gustarle la idea, sugiriéndome que la escribiera. Y me alentó aún más al decirme que todavía le restaban *algunos* espacios para relatos cortos.

Un verdadero escritor profesional hubiese abandonado su oficina en el acto y se hubiese dirigido a las demás revistas de ciencia ficción con objeto de intentar colaborar en ellas. Ni siquiera se me ocurrió la idea. Me las había entendido exclusivamente con Campbell durante tanto tiempo que jamás había pensado en recurrir a otro editor...

Me puse a trabajar al día siguiente. Y cosa curiosa, cuanto más avanzaba en mi mutilada y remendada ex novela corta, mejor me parecía. En realidad resultaba

mucho mejor que la idea original. Al principio, me sentía un poco nervioso, ya que había transcurrido mucho tiempo sin que intentase escribir. No obstante todo salió bien, y aquella misma tarde terminé la parte más importante del relato, con cinco mil setecientas palabras. Al día siguiente llevé *Gentileza* a la oficina de Campbell. Relataba en ella la historia del último ser humano normal en un mundo de superhombres, capaces de intuir casi instantáneamente cosas que a él le hubieran demandado horas de meditación. Los superhombres se mostraban muy amables dentro de lo posible... y con eso le recordaban más aún su inferioridad. Hasta se las arregla para fugarse en una nave espacial y refugiarse en un asteroide que había localizado en un antiguo mapa, un lugar donde los suyos fueron un día poderosos y donde viviría su vida como un verdadero hombre.

La novela corta estaba pensada para continuar a partir de ahí. La nueva versión, en cambio, finalizaba en una pequeña escena en que los superhombres comentaban lo bien que había funcionado su plan y que, en aquel momento, Danny debía de haber aterrizado ya en el asteroide. Todo había sido preparado por ellos, una muestra más de su gentileza.

Creo que, de esta forma, el relato presentaba mayor fuerza. Campbell lo aceptó en seguida y me comunicó algunas buenas noticias. La tarifa para los cuentos había aumentado centavo y medio por palabra. Con la bonificación, el cheque fue de cien dólares.

Después de *Gentileza*, escribí un cuento muy corto, imaginando que sus dos mil palabras encajarían bien en el reducido presupuesto de Campbell. Lo llamé *Inocentada*, un título muy apropiado.

Inocentada

por Lester del Rey

A pesar del viento que soplaba del Mediterráneo, diez kilómetros hacia el sur, la ciudad universitaria de Montpellier exhalaba el hedor de su población, apiñada con indiferencia entre la suciedad. El tranquilo crepúsculo ocultaba sólo parcialmente la mugre y la falta de higiene de las serpenteantes callejuelas. En aquel avanzado centro médico del siglo XVI nadie había oído hablar aún de los gérmenes y, por lo tanto, nadie tomaba precauciones.

Roger Sidney, en cambio, profesor de parafísica en una universidad que no sería construida hasta siete siglos después, los conocía y le preocupaban. Se estremeció, y su alta y delgada figura contorneó con gran cuidado algunos de los peores charcos, mientras sus ojos miraban temerosos hacia las ventanas. Ya había tenido suficiente con la lluvia de agua sucia que le había caído encima desde una de ellas. Se oprimió el pañuelo contra la nariz, y sus cansados pies continuaron con resolución su camino. En algún lugar de aquella ciudad, vivía un hombre llamado Nostradamus, y Sidney no había retrocedido siete siglos para abandonar ahora la búsqueda, ni siquiera ante tamaña abundancia de suciedad, pestilencia y contrariedades.

¡Nostradamus, el profeta, el autor de las crípticas *Centurias*! Más importancia, sin embargo, revestía el claro manuscrito de profecías a partir de cuya deformación se habían redactado las *Centurias*. En 1989, por puro azar, se descubrió ese original en el lugar donde Nostradamus lo había ocultado a los ojos demasiado curiosos y, a partir de entonces, se fue mostrando su rigurosa exactitud. De ser auténtico, constituiría la única prueba concluyente y conocida de profecía que había sobrevivido al profeta. Y ahora, el problema se había convertido en acuciante. Los parapsicólogos negaban su autenticidad puesto que sus matemáticas demostraban la imposibilidad de tal profecía. Incluso presentaron una elaborada teoría acerca de una broma gastada por un hombre que viajaría a través del tiempo, en un lejano futuro, para comprobar su realidad. Dando iguales muestras de una ilimitada capacidad de profecía, los parafísicos se negaron a aceptar una broma tan carente de sentido, a pesar de que sabían desde años atrás que el viaje a través del tiempo era teóricamente posible.

Si Nostradamus confirmaba hallarse en posesión del manuscrito, la controversia llegaría a su fin, y los parafísicos podrían ampliar sus conocimientos matemáticos con una certeza que les llevaría a gloriosas y turbadoras posibilidades. En algún sitio, quizás a pocos metros, estaba el hombre que aclararía la cuestión de manera definitiva. Sidney tenía que encontrarle... ¡Y pronto!

Por fin apareció el pequeño cartel, un desteñido gallo azul que cacareaba sobre la leyenda: *Le Coq Bleu*. Sidney bajó los peldaños que conducían a la taberna, sintiendo

un momentáneo alivio al dejar atrás el desagradable mundo de puertas afuera. Por fortuna, la paja del suelo acababa de ser cambiada, y un aroma de aves asadas despertó su olvidado apetito. Dejó que sus ojos vagaran sobre los bancos y las mesas. Al verlos todos ocupados, titubeó.

Desde un rincón cercano, un joven de aspecto frágil que había estado observando detenidamente sus manchadas ropas, le hizo una seña con un indolente gesto de la mano.

—Hola, extranjero. En este rincón hay sitio para otro. Y en mi estómago hay sitio para otro jarro de vino, si me invitas a él.

Su francés sonó extraño a los oídos de Sidney, aun después de todos aquellos años de preparativos, pero la desvergonzada risa del joven no difería en absoluto del modo en que rieron generaciones de estudiantes a través de los siglos.

Se dejó caer sobre el duro banco, sintiendo que sus piernas temblaban a causa de la larga búsqueda. Todavía experimentaba la imperiosa necesidad de darse prisa antes de que su tiempo expirase. No obstante, trató de ocultarla, pensando que se aproximaba ya a su único objetivo. Con un gran esfuerzo de voluntad, esbozó una sonrisa y arrojó una moneda sobre la mesa.

—¿Y por qué no un poco de comida para acompañarlo, eh? ¿Estudias en la Universidad?

—Tus preguntas me parecen tan buenas como el color de tu dinero, extranjero, y éste es verdaderamente genuino.

El joven se levantó tras recoger la moneda. Volvió a los pocos segundos. Traía dos macizas fuentes con pollos asados y venía acompañado por un sonriente y reverencioso tabernero portador de un jarro de vino tinto. Sidney sonrió lastimero cuando sus manos buscaron en vano los cubiertos sobre la mesa desierta de todo utensilio. Luego, imitando a su compañero, desgajó un muslo con los dedos. El vino estaba un poco fermentado y agrio, mas al beberlo sintió que le fortalecía y le confortaba un tanto.

Pero no había tiempo que perder y volvió a las preguntas que se agolpaban en su mente.

—Puesto que eres estudiante, quizá conozcas a Michel de Notredame. Tratando de localizar su paradero, me dijeron que tal vez le encontraría aquí... He venido desde París sólo para hablarle. Si puedes decirme dónde vive o conducirme hasta él te recompensaré con generosidad.

—Desde París, ¿eh? —Una gradual sospecha apareció en la mirada del otro—. ¿Ciento cincuenta leguas, de una semana a diez días de pesado viaje, sólo para ver a un desconocido estudiante? Extranjero, hablas de una forma muy curiosa, llevas ropas extrañas... ¡Pero el motivo de tu viaje sobrepasa toda medida! Sus familiares son pobres, y él es más pobre todavía. Si has ideado una nueva y extraña manera de

acosarle por sus deudas, pierdes el tiempo. No conseguirás mi ayuda. Si tienes otras razones, enuméralas y lo pensaré.

—¿Entonces, le conoces?

—De vista. De todos modos no le encontrarás aquí, así que ahórrate tus miradas. ¿Y bien?

Sidney dejó de mirar de soslayo. Sus dedos temblaban a causa de la impaciencia que le había impulsado a aceptar la tortura de aquella frenética caza emprendida desde París, una vez que comprendió el error que había cometido. Luchó de nuevo por recobrar la razón y la calma, tratando de idear alguna forma de encarar el problema que alejase las sospechas del estudiante. La verdad era increíble, claro, pero no se le ocurría otra cosa con visos de cierta y no le agradaba la mentira.

—No me preocupan en absoluto ni su pasado, ni sus deudas, ni sus pecados, ni sus crímenes. Todo lo que me concierne es su futuro, que hará de tu desconocido amigo el hombre más importante de esta época. Se trata de una rara historia. Vas a juzgarme rematadamente loco.

El joven se encogió de hombros.

—He estudiado filosofía y medicina y no hay demasiadas cosas que me niegue a creer. Tu historia me interesa. Cuéntala bien, y tal vez te lleve hasta él, a menos que aparezca por aquí..., cosa que me parece bastante improbable esta noche. Con respecto a la locura, yo también estoy un poco loco... ¡Tabernero, más vino!

El estudiante se mostraba mucho más interesado por el vino que por la historia, y Sidney sintió que su renovada esperanza se desvanecía. Ya se había dado cuenta de sus escasas posibilidades de rastrear a alguien en el desorden de aquella ciudad. Y dentro de una hora, o tal vez en los próximos minutos, sufriría el perturbador tirón de la poderosa máquina atrayéndole a su propio siglo, forzándole a regresar a toda prisa, con su misión incumplida. ¡Y el plazo ya había vencido! Concentró sus pensamientos, con el ansia de determinar una rápida prueba, suficiente para captarse la ayuda del estudiante.

—En el nombre de Dios, dime con toda honestidad si conoces bien a Michel de Notredame.

—Le conozco lo bastante. Compartimos nuestro alojamiento.

—Entonces, si el tiempo se me acaba y él no viene, quizá tú puedas ayudarme. ¡Mira!

Arrojó su bolsa con descuido sobre la mesa. Estaba llena de monedas falsificadas por acuñadores del siglo XXIII, y de otras genuinas de la época, que había recibido como cambio.

—Tómalas... Todas son tuyas. Sólo te pido que me creas. En los años venideros, Michel de Notredame se convertirá, bajo el nombre de Nostradamus, en el más grande de todos los profetas. Su fama superará incluso la de Su Majestad, Catalina de

Médicis. ¿Puedes aceptar que un hombre del futuro haya sentido la necesidad de verle... y que encontrase una forma de llegar hasta aquí con ese propósito? ¡Pues yo lo he hecho! Partí el año de gracia de 2211, con la intención de llegar a París en el 1550. Por error aparecí en el 1528, de modo que él no habitaba allí. Sin embargo, sabía que había estudiado en Montpellier, de modo que aquí me tienes. ¿Lo creerás, muchacho, por el contenido de esta bolsa?

Su interlocutor dejó caer las manos, que se habían alzado lentamente para hacer la señal de la cruz. Su expresión pasó del miedo a la desconfianza y, luego, a la especulación.

—Por el dinero... ¿por qué no? He oído decir que hay hechiceros capaces de invocar a los muertos desde el lejano pasado, recurriendo a la magia y ciertas Palabras de Poder. Tal vez un brujo más poderoso sea capaz de viajar en persona. ¿Magia negra? A pesar de todo, tu rostro no expresa nada de la sabiduría satánica, ¿por qué?

—No puedo decírtelo. Todavía no existen palabras para expresarlo. Llámalo ciencia... O magia blanca. Pero no magia negra.

Las manos de Sidney temblaron de nuevo como reacción frente a la incredulidad que ya esperaba. No obstante, sabía que el escepticismo proviene de una ciencia lo bastante adelantada para dudar, aunque no lo suficiente para aceptar lo desconocido. Meneó la cabeza, recordando los largos años de trabajo y preparativos consumidos para llegar hasta allí. No le era posible explicar eso, ni los motivos que le habían impulsado. Los términos parafísicos y parapsicológicos carecerían de todo sentido para su compañero.

¿Cómo hablarle de la inmensa e inconcebible energía precisa para cruzar de un punto a otro del tiempo, o de la lucha que él y sus colegas tuvieron que sostener para que se les permitiera el uso de semejante energía? En aquel mismo instante le sostenía, circulando a través de la delgada retícula de hilos metálicos tejidos en sus ropas. Muy pronto recibiría la violenta corriente del retorno. Habían calculado una semana, y transcurrieron diez desesperados días mientras corría hacia el sur, tratando de cumplir la misión que le había sido encomendada. Los cálculos con respecto a la extensión del salto en el tiempo se habían equivocado en veinte años, e ignoraba si eso afectaría al intervalo que le restaba antes de que le alcanzasen las ondas de energía. Sin duda se había establecido ya la corriente de regreso.

Desechó tales pensamientos y se apresuró a continuar:

—Notredame alcanzó la fama en la corte de Catalina gracias a sus profecías. Cuando murió, dejó unos versos titulados *Centurias*, rebosantes de tentadoras sugerencias, que algunos creyeron. Al descubrirse el manuscrito original el profeta ocupó un lugar indiscutido en la historia. Y ahora necesitamos saber, más allá de toda duda, si el manuscrito fue o no obra suya. *Debemos* saberlo. Incluso una pequeña

evidencia resultaría definitiva... ¿Conoces su letra?

—La he visto bastante a menudo. Extranjero, tu historia empieza a interesarme, cualquiera que sea la parte de verdad que contenga. En cuanto a profetizar, todos te dirán que no es cosa infrecuente. Francia cuenta con los más grandes astrólogos del mundo.

El estudiante llenó una vez más su jarra y se reclinó en el asiento, sacudiendo la cabeza para despejarla de los vapores del vino.

—Aunque Nostradamus fuese un astrólogo, si necesitas astrólogos, ¿por qué no buscar a otros?

Sidney se encogió de hombros, desechando la propuesta.

—No me servirían de nada. Él se llamaba a sí mismo astrólogo, por supuesto, pero... Dime, si te mostrara un manuscrito, ¿podrías jurar que lo escribió él? Aquí lo tienes. —Metió una mano entre sus ropas y extrajo un pergamino manuscrito, que extendió rápidamente sobre la mesa—. Se trata de una copia perfecta. La misma textura del pergamino, y las manchas de tinta que había sobre él... No prestes atención a su contenido. No nos concierne, ya que hemos sobrepasado la fecha final de las predicciones explícitas. Concéntrate sólo en la escritura. Como ves, es la letra de un joven. El resto de sus escritos que obran en nuestro poder pertenecen a sus últimos años. Tú conoces la forma en que escribía durante su juventud. Júrame honestamente: *¿es su letra?*

El muchacho inclinó la cabeza sobre el manuscrito y siguió los trazos con un dedo, mientras con la otra mano frotaba sus enrojecidos ojos. Sidney maldijo el vino y la lentitud del estudiante. Por fin, el otro alzó la mirada. Algo en la frenética desesperación del rostro de Sidney pareció confirmar sus dudas, ya que el suyo se volvió de pronto grave.

—No lo sé, extranjero. Al parecer, sí... Y sin embargo, yo jamás he escrito esas palabras, ni he tenido nunca la intención de hacerlo.

—Tú... ¿Tú eres Notredame?

—Sí, soy Michel de Notredame... Y un necio borracho por admitirlo, cuando muy bien podrías haber venido para...

Pero Roger Sidney, del año 2211, se reía. Una marea le agitaba en convulsiones, en áspero silencio. Su tembloroso dedo señaló hacia el manuscrito, después al estudiante, en tanto que las convulsiones se intensificaban.

—¡Un ciclo...! ¡Un ciclo completo! Y nosotros... Y esa..., esa...

No pudo terminar. Notredame echó una ojeada a su alrededor para ver si alguien prestaba atención a lo que ocurría, pero la taberna se había vaciado y el tabernero se afanaba en el otro extremo. Se volvió y se apresuró a santiguarse. Hubo un destello en torno al extranjero, una retícula de brillantes hilos en sus ropas, que semejaron rayos congelados. La luz se extendió difuminándose y, al final, desapareció. El banco

donde el otro había estado sentado quedó de pronto vacío. Notredame quedó a solas y se santiguó de nuevo, mientras su rostro palidecía. Se detuvo de súbito para apoderarse de la bolsa y las monedas que yacían sobre la mesa y ocultarlas en las profundidades de su vestimenta. Vaciló por un segundo. Su mirada era ahora sobria. Frunció el entrecejo, pensativo.

—Nostradamus —murmuró—. Nostradamus, astrólogo de la reina. Me agrada como suena eso.

Sus dedos recogieron el manuscrito, salió a toda prisa y se perdió en la oscuridad nocturna.

* * *

Campbell rechazó *Inocentada* por una razón que debiera haberseme ocurrido a mí... Una vez que se introduce en un relato la idea de una máquina del tiempo, el desenlace resulta obvio por completo.

Tardé mucho en colocarlo, aun después de recurrir a un agente. Al fin, en 1951, Robert Lowndes lo aceptó para una de las revistas de Columbia Publications. Me pagó veintiún dólares por él. Lowndes era muy buen amigo mío (y todavía lo es, felizmente). No obstante, no creo que se decidiera a admitirlo sólo por amistad. El cuento adolece de muchas deficiencias, pero no me parece malo del todo. Tal vez necesitaba algo de esa extensión y pensó que mi nombre daría prestigio al sumario de la revista.

Para el siguiente cuento, me apoyé en gran medida en dos controvertidas ideas «científicas» que acababan de ser publicadas en las revistas. La primera se refería a un descubrimiento sobre las corrientes magnéticas, obra de un tal Ehrenhaft. Si de verdad se hubiese conseguido que el magnetismo fluyera como la electricidad, supondría un auténtico hallazgo. Nadie lo comprobó jamás. La segunda idea se basaba en el trabajo del científico ruso Bogolometz, quien elaboró un extracto al que llamó suero citotóxico antirreticular. Se suponía que curaba toda clase de enfermedades y ofrecía ciertas esperanzas de una extrema longevidad. Con el tiempo, se demostró que el extracto presentaba en efecto algún valor, pero no se aproximaba siquiera a lo esperado.

Ambas nociones se acomodaban muy bien con una vieja idea mía acerca de una máquina educadora. Por lo tanto, las combiné y escribí otro cuento. En él se apretujaba el máximo de ocho mil palabras impuesto por Campbell. Sin embargo lo aceptó, pagándome ciento veinte dólares sin darme ninguna bonificación. Usé el seudónimo Philip St. John, y lo titulé *El tuerto*.

El tuerto

por Philip St. John

El autómatas de rostro inmutable se hizo a un lado tan pronto como Jimmy Bard salió de la oficina del dictador. Bard ni siquiera reparó en él. Y su propio gesto al dejar paso a los preocupados patrulleros de la guardia adulta fue puramente automático. Su alto y bien conformado cuerpo ejecutaba los gestos que el prolongado hábito le había enseñado, mientras su mente se agitaba, rebelándose desesperanzada ante lo inevitable.

Por un momento, los corredores se vieron libres de los numerosos guardias. Jimmy se acercó de pronto hacia una de las paredes, trazando rápidos y automáticos giros con las manos. No hubo señales visibles de alteración en la superficie. No obstante, aspiró profundamente y avanzó. Era como frenar una fuerte corriente con el pecho. En seguida se encontró en el interior, en un estrecho pasillo, uno entre los miles de corredores secretos que horadaban el monstruoso castillo.

Allí no había adultos que le recordasen lo que él había considerado como sus deficiencias, ni tampoco el hecho de que esas deficiencias pronto quedarían eliminadas. El primer dictador Bard sólo había compartido el secreto del castillo con sus constructores, asesinados una vez terminado su trabajo. Y su propia muerte le impidió revelarlo ni siquiera a sus descendientes. Ningún golpeo indicaría jamás que las paredes no eran las gruesas y homogéneas moles que pretendían, ya que el menor intento pondría en funcionamiento las alarmas y llevaría segmentos de piedra a los puntos precisos, a fin de que los muros sonasen a tan sólidos como aparentaban. Aquél era el reino privado de Jimmy, donde sólo sus propios pensamientos podían molestarle.

Hoy, tales pensamientos le conturbaban. La fascinación morbosa que suscitaban en él le condujo a través de los intrincados corredores, hasta que localizó una sección del muro ya familiar. Oprimió la palma de una mano contra él. Por un segundo, pareció enturbiarse, mas pronto se tornó transparente, a medida que las energías actuaban, haciendo que las vibraciones lo atravesaran en una sola dirección. Sin reparar en los apagados sonidos procedentes de la sala situada detrás del muro, clavó la vista en los cascos que cubrían las cabezas de las dos niñas y el chiquillo que la ocupaban.

Tres personas que habían cumplido hoy los doce años y se hallaban a punto de convertirse en adultos... ¡O en autómatas! Aquellos extraños cascos incluían dispositivos electrónicos con todos los conocimientos de una completa y omnisciente educación. Funcionaban en silencio, imprimiendo esos conocimientos en las mentes de sus usuarios, a unos doscientos millones de impulsos por segundo, grabándolos de

manera permanente. Los niños, que habían entrado en la habitación con sus cerebros ocupados sólo por las preocupaciones de la niñez, saldrían con toda la información necesaria para el resto de su vida y, si aguantaban el impacto de la educación, entrarían en el mundo como adultos ya formados. Quienes no lograsen soportarlo saldrían también portando el mismo conocimiento, pero sus caracteres y personalidades se habrían desvanecido para siempre, dejándoles transformados en autómatas de rostro inexpresivo y carentes de alma.

Jimmy se había sentado una vez en una de aquellas sillas, absorto en los esquemas y ambiciones propios de un chico turbulento a punto de convertirse en hombre. ¡Y no había sucedido nada! Recordaba las consultas, los intentos científicos de explicar su incapacidad para absorber la información de la «compulsadora» que Aaron Bard había donado al mundo. Recordaba asimismo su propia angustia al sentirse a medio camino entre un adulto y un autómata, inútil y rechazado en una sociedad donde sólo contaba el éxito. En aquel momento, no podía saber que los amargos años que necesitó para aceptar su destino y aprender a sobrevivir en aquel despectivo mundo se debían a una patraña.

¡Una pura patraña, cuidadosamente urdida! Su padre, el dictador, se había mostrado orgulloso de ella, a pesar de la preocupación y desesperación que su rostro había expresado en los últimos días.

—Los otros dos que fracasaron antes que tú eran simuladores, destinados a hacer que tu caso pareciera plausible. Lo mismo sucedió con la última media docena. Casi con absoluta seguridad hubieras sido quemado..., transformado en autómata. ¡Y eres un Bard, el futuro dictador de este país! Pensé que si esperábamos a que fueses mayor, pasarías la prueba. Por lo tanto, me las arreglé para usar cintas en blanco... Pero ya no puedo esperar más. Sé de una conspiración próxima a estallar y no estoy preparado para afrontarla. Sólo si consigo sorprenderles y presentarte como adulto... Vuelve a las seis en punto. Lo tendré todo preparado para tu educación.

Diez años antes, aquellas palabras hubiesen significado para él el paraíso. En cambio ahora, la preocupación surcaba su rostro. Cerró bruscamente la transparencia unidireccional. Esos diez años le habían enseñado mucho acerca de su mundo y le habían dejado entrever la salvaje crueldad de los adultos.

No había visto en ellos sabiduría. La psicocompulsadora de Aaron Bard sólo les enseñaba artimañas y tretas.

—¡Maldito sea Aaron Bard!

—¡Amén!

La suave palabra surgió como un suspiro de entre las sombras que le rodeaban. Se dio la vuelta sobresaltado. ¡Otra persona allí! Cuando sus ojos se readaptaron a la pálida y azulada luz de los corredores, distinguió la gibosa forma de un anciano, postrado en uno de los rincones. Imposible que aquella delgada y consumida figura,

de boca y mirada amargas, fuese un guardia del castillo, por muy bien que se hubiera disfrazado. Jimmy respiró más tranquilo, aunque un objeto que podía ser un arma le apuntaba desde las manos del otro.

El anciano habló con voz ligeramente temblorosa. Resonaban en ella los postreros sedimentos de amargura.

—Aaron Bard está maldito, de acuerdo..., aunque creí que el descubrimiento de la transparencia unidireccional se había perdido junto con la interpenetrabilidad de la materia, elementos a partir de los cuales se podría construir una ciencia nueva. A pesar de todo, aún siguen constituyendo la respuesta. Oye, muchacho, durante tres días he tratado de encontrar una puerta, una trampa o un panel corredizo. Y la treta consiste siempre en una materia que se convierte en interpenetrable. ¿Te parece divertido?

—No, señor.

Jimmy logró mantener su tono en un nivel bastante normal. Durante los años en que se sintió un extraño en un mundo que no toleraba la extrañeza, adquirió por fuerza una notable habilidad para analizar cada situación. Se dio cuenta de que el hombre estaba a punto de enloquecer. Sonrió apacible y se desplazó sin ninguna señal de advertencia en su rostro, con la vertiginosa precisión que se había obligado a sí mismo a aprender y arrancó el arma de las débiles manos de su contrincante.

—No sé cómo conoce usted todas esas cosas, ni me interesa —dijo en tono tranquilo—. Lo único que me importa es evitar que se las transmita a los demás y...

Una repentina carcajada casi demencial interrumpió sus palabras.

—¿Volver y decírselo a los demás? ¿Volver para ser torturado de nuevo? ¡Ah! A ellos les encantaría que lo hiciese... ¡Aaron Bard ha vuelto para explicarnos algo más acerca de sus hermosos descubrimientos! Muy amable de tu parte el acordarte de mí, pequeño... Estoy maldito, de acuerdo. Se lo debo a mi reputación.

—¡Pero si Aaron Bard hace ya ochenta años que está muerto! Su cuerpo se exhibe dentro de un ataúd de cristal. Lo he visto con mis propios ojos.

Ahora bien, en todo aquello había algo más que simple locura. El anciano conocía dos de los descubrimientos de Aaron Bard. El hijo de éste, el primer dictador, se las había arreglado para encontrar sus notas, ocultarlas y utilizarlas con fines personales, después de perecer el inventor en una explosión. Con objeto de fortalecer su dictadura, el dictador instaló en el palacio sistemas basados en esos secretos, que se perdieron con su muerte. El anciano habló otra vez con voz lenta y forzada:

—¿Qué significa un simple lapso de ochenta años o una figura de cera en un féretro público? Mantuvieron el verdadero cuerpo en condiciones de refrigeración esterilizada, atiborrado de contadores de enzimas... ¡Mi propio descubrimiento! ¿Oíste hablar de él alguna vez?

Jimmy asintió: Un científico ruso había descubierto un método seguro para

resucitar perros, incluso quince minutos después de muertos. Desarrollos posteriores permitieron operar a hombres ya muertos, cuando eso convenía más que anestesiarles, y luego resucitarles. El único límite lo señalaba el tiempo que tardaban las enzimas en comenzar a disolver los tejidos. Con el descubrimiento de un agente neutralizador por parte de Aaron Bard, se eliminó todo límite teórico para una eficaz resurrección. Por ejemplo, durante el invierno, se habían inyectado ampollas de esa sustancia a soldados moribundos y, días o semanas después, fueron devueltos a la vida en el mismo lugar en que el frío les había preservado.

—Pero... ¡Ochenta años!

—¿Por qué no, puesto que necesitan mis ideas todavía, puesto que mi último experimento se basaba en la energía atómica pura, en lugar del incómodo método U-235? Piensa en lo que eso significaría para un ejército. Mi hijo lo hizo... Era muy sagaz para esas cosas. Ochenta años han tardado antes de perfeccionar el método regenerador de tejidos y atreverse a revivir mi cuerpo.

Volvió a reír, y sus escuálidos hombros se estremecieron. Jimmy percibió en su voz un asomo de delirante desvarío, aunque sus palabras sonaban aún razonables.

—Me sentí tan patéticamente agradecido y satisfecho cuando me revivieron... Siempre experimenté un orgulloso reconocimiento por mis logros, ¿sabes? Me complacía pensar en los beneficios que proporcionarían a la humanidad. No obstante, había pasado mucho tiempo... Mi cerebro parecía normal. En realidad, se había deteriorado y no recordaba todo lo que debía. Cuando intentaba esforzarme demasiado me sumía en períodos de extrañas pesadillas, de una semi locura. Y la tortura psicológica que me imponían para arrancarme el secreto no me ayudaba en nada. Muchacho, dos meses pasé así. Me dijeron que este mundo reverenciaba mi nombre casi como el de un dios... ¡Y no se detuvieron ante nada para obtener lo que querían de ese dios! Por fin, creo que enloquecí de verdad por una temporada. No lo recuerdo, ni siquiera cómo conseguí escapar... Me parece vislumbrar algo acerca de un montacargas. Y luego me encontré aquí, perdido en este laberinto, imposibilitado de fugarme. De todos modos, no hubiera llegado hasta aquí de no existir otra entrada aparte de los paneles de piedra interpenetrable, que no recordaba cómo energetizar, ¿no es cierto?

—Tranquilo, señor. —Jimmy deslizó un brazo bajo el tembloroso cuerpo de Aaron Bard y lo alzó con suavidad—. Pasó usted sin dificultad. Hay un panel que no funciona. Permanece en constante estado de interpenetrabilidad, a través de un antiguo montacargas. Así descubrí esto hace años... ¿Quiere que caliente un poco de sopa en mis habitaciones? No tendrá que volver con ellos.

Sería capaz de una acción humana y decente mientras su mente le perteneciese, libre aún de los efectos de la maldita máquina educadora. Y viendo a aquel hombre amargado y dolorido, ya no podía seguir odiando a Aaron Bard por haberla

inventado. Aquel hombre, en posesión de una inteligencia de alcance inimaginable, daba a luz inventos, de la misma manera que una gata pare gatitos, pero no era culpable de la mala utilización que se hiciera de sus descubrimientos.

Y de repente, se le ocurrió que sostenía en sus brazos el motivo de la desesperación que sentía su padre. Desconociendo la existencia del panel interpenetrable, la investigación que sin duda habían efectuado sólo podía haber dado a los suyos una respuesta: el anciano recibía ayuda del exterior, procedente de algunos partidos en constante conspiración. Ante la amenaza de que la energía atómica pura pasase a tales manos, nada de extraño había en que su padre intentase sus últimas y desesperadas artimañas para mantener el orden. Jimmy meneó la cabeza. Al parecer, todo lo relacionado con Aaron Bard le dejaba en las mismas circunstancias, enfrentado a la inevitable educación que le aguardaba. Vaciló por un instante, impulsado por sus deseos personales. Luego tendió la mano hacia el panel, lo atravesó y penetró en su cuarto, sosteniendo todavía al anciano.

Más tarde, cuando hubo satisfecho algunas de las necesidades de su cuerpo y fumaba, sentado en la cama, los ojos del viejecito científico vagaron por las filas de libros que ocupaban las estanterías. Alzó levemente las cejas.

—¡Incluso *La edad de la razón!* ¡Jimmy, son los primeros libros que he visto en mi vida!

—Ya nadie lee demasiado, de modo que no notarán su falta de la vieja biblioteca. La gente prefiere la televisión para entretenerse y, si necesitan información adicional, recurren a las cintas de la compulsadora. Yo comencé por tratar de aprender cosas en los libros, hasta que la lectura se convirtió en un hábito.

—¡Hum! ¿De modo que eres otro tuerto?

—¿Tuerto?

Bard se encogió de hombros, y el rictus de amargura volvió a deformar su boca.

—Sí, en el país de los ciegos, el tuerto es... asesinado. Wells escribió un relato sobre el tema. En el lugar de donde..., de donde vengo, los hombres gozan de ojos capaces de captar la emoción, conectados con sus espíritus. En mi opinión, tú has pasado por un período lo bastante infernal para haber desarrollado esa capacidad. En cambio, este mundo es ciego para comprender tales cosas. Ellos no quieren que la gente vea. Se trata de la vieja regla de la manada: confórmate o perece. Jimmy, ¿por qué sucedió así?

Jimmy frunció el ceño, buscando las palabras para expresar su pensamiento. Sin duda todo se inició cuando Aaron Bard experimentó con su hijo su recién inventada psicocompulsadora. Al muchacho le agradó esa manera de aprender, y robó otras cintas experimentales, trazando planes para el futuro con su frío y calculador pequeño cerebro. Era inevitable que ingresase en el ejército, presintiendo al parecer la guerra que se aproximaba y sacando el mejor partido de ella cuando acabó por estallar.

Quince años de agotador combate tecnológico permitieron introducir la máquina educadora con el pretexto de solucionar la carencia de técnicos. Durante esos años, fue revelando uno tras otro los secretos de su padre, una vez que la muerte accidental de éste le dejó en posesión de sus archivos. Cuando la guerra terminó, el antiguo sistema de educación había desaparecido, y los muchachos de doce años trabajaban como técnicos en su domicilio, hasta que, al llegar a la edad necesaria, se les destinaba al servicio activo.

Esos mismos muchachos, convertidos ya en hombres e impulsados por los mismos deseos que a él le habían movido, hicieron posible su ascenso de general a presidente y, por último, a dictador. Hasta llegó a adoptar como motivo heráldico la psicocompulsadora. Las demandas de la tecnología, siempre en aumento, impidieron la restauración de los viejos métodos y le aseguraron el constante abastecimiento de jóvenes «realistas».

Bard le interrumpió.

—¿Porqué? Desde luego, hubiera sido penoso... La educación nunca supuso una tarea fácil, y cada vez se tornaba más ardua. Por esa razón ideé la psicocompulsadora... Sin embargo, se hubieran sentido muy satisfechos al comprobar adonde podían llegar por sí mismos. Después de todo, yo me las arreglé para descubrir unas cuantas cosas sin la ayuda de la máquina... ¡Aunque me hayan resultado unos monstruos de Frankenstein!

—Usted se basaba tan sólo para sus deducciones en el peculiar encadenamiento de unos cuantos hechos simples. Para la mayoría de los hombres, eso es imposible. Necesitan una enorme cantidad de hechos. Todavía ahora, en ciertos aspectos, le seguimos a usted de manera maquinal, sin comprenderle.

—Un conocimiento ocioso. No saben aplicarlo. Aunque dispusieran de los datos, carecen de los hábitos de pensamiento riguroso precisos. Ya he advertido el escaso desarrollo logrado en nuevos campos... No obstante, cuando empezaron a fabricar esos..., esos autómatas...

Jimmy presionó un botón y ordenó con un gesto de cabeza a la criatura que se presentó en respuesta a su llamada que limpiase la habitación. El autómata obedeció en silencio, recogiendo los restos de la comida de Bard, mientras el científico lo estudiaba.

—Ahí tiene un ejemplar —dijo Jimmy. Sabe tanto como cualquier adulto, pero se podría decir que se ha quedado sin alma, sin emociones. Dígale que haga algo y lo hará... Y al contrario, si no se lo ordenan, ni siquiera comerá.

—Hipnosis mecánica permanente —murmuró Bard.

Sus ojos ardían. Al cabo de un instante, su rictus se endureció y su mirada se volvió aún más severa.

—Nunca preví nada semejante... Pero te equivocas, y eso empeora aún más la

situación. Oye, tú..., ¿cómo te llamas? ¡Ah, sí! 4719. Contesta a mis preguntas. ¿Sientes emociones, como el odio, el miedo o la desesperación?

Jimmy meneó la cabeza, pero el autómeta contestó torpemente:

—Sí, amo, siento todo eso.

—Sólo que no logras conectar tus sentimientos con tus acciones, ¿verdad? Hay en ti dos personas, una de ellas sumida en el infierno, incapaz de alcanzar a la otra, ¿me equivoco?

La respuesta afirmativa llegó con la misma torpeza. Después, el autómeta giró y, ante el gesto de Bard, se retiró obediente. Jimmy enjugó de su frente un repentino sudor. Había albergado la esperanza de engañar a la compulsadora, salvándose de ella. ¡Para sumirse en un auténtico infierno! Y los psicólogos, a pesar de que nunca lo habían mencionado, lo sabían forzosamente.

—El diez por ciento de nuestro pueblo está formado por autómetas —explicó—. Al principio, fueron sólo unos pocos, hasta que la necesidad cada vez mayor de conocimiento obligó a intensificar las descargas de educación. Para entonces, el mundo había aceptado ya el método. Algunos consideraban incluso sus fallos como un utilísimo producto adicional, ya que permitía formar trabajadores más idóneos.

Su voz se iba haciendo cada vez más amarga, a medida que se forzaba a continuar su lección de historia, tratando de olvidar la última y desafortunada noticia recibida.

El hijo de Bard construyó aquel monstruoso castillo, dotado de secretos medios de espionaje. Cuando su propio hijo le despojó del poder, se fugó con sus papeles privados, para morir en los corredores. Fueron esos ajados papeles los que revelaron a Jimmy el secreto de la salida la primera vez que entró en el laberinto, deambulando perdido por él. A partir de entonces, la transmisión de la dictadura de padre a hijo fue bastante pacífica y considerada como un hecho natural. En general, restaba muy poco de la deliberada crueldad propia del anticuado régimen nazi, y los poderes dictatoriales, aunque amplios, no eran absolutos. La gente se adaptaba... Después de todo, provenían de la compulsadora. Gente implacable, que se amoldaba idealmente a un gobierno dictatorial.

—¡Siempre la compulsadora! —Jimmy vaciló un momento, antes de sumergirse en el relato de sus propios problemas—. Estoy a punto de convertirme en una bestia, me guste o no. Podría denunciarle, claro está, y salvarme a mí mismo. Y si fuera un adulto, lo haría. Pero ya no sería yo..., sino un adulto más, que llevaría mi nombre y haría todo aquello que he aprendido a odiar. Sólo evitaría convertirme en uno de ellos... convirtiéndome en uno de ellos.

—*¡Requiescat in pace!* Deja tranquilos a los muertos. Si los despiertas, tal vez se enteren de que han hundido el mundo en una horrible confusión. Incluso llegarían a destrozar a la única persona a la que aman...

Aaron Bard meneó la cabeza. Arrugas causadas por el esfuerzo de concentración

cortaban las líneas que el dolor imprimió en su rostro.

—Oye —continuó—, el arma que me has quitado no es del todo inofensiva. En algún momento de mi locura temporal, debí de recordar el secreto, ya que fue entonces cuando la construí... Y funciona con energía atómica. Tal vez sin un dictador...

—¡No! Él es débil, pero no peor que los otros. ¡No permitiré que mate a mi padre!

—No, supongo que no. De todos modos, matar a la gente no suele suponer ninguna solución. Jimmy, ¿estás seguro de que es peligroso que te hagan igual a los demás?

—He visto los resultados.

—¿Los has visto de verdad? A los niños no se les da ninguna educación ni se les somete a disciplina alguna hasta que cumplen los doce años. Y de pronto, los atiborran de conocimientos para los cuales no se hallan preparados, aun admitiendo la posibilidad de preparar a los preadolescentes para todo eso..., cosa muy problemática. Aun en mis tiempos, a pesar de que existía alguna disciplina y educación, los chiquillos de doce años no eran sino pequeños golfos, agrupados en pandillas. Salvajes, bárbaros ignorantes, impulsados sólo por su egoísmo, formaban manadas de animales carnívoros, ni siquiera domesticados. No crueles exactamente, sino irreflexivos, inflexibles, lo mismo que esta sociedad, como hemos visto. Quizá gracias a la repentina y nueva corriente de la educación, para obtener la cual nunca tuvieron que esforzarse, se convirtieron en buenos técnicos. No obstante, esa artificial, esa forzada edad adulta desalentó toda aspiración a la verdadera madurez. Si todo el mundo les considera adultos de manera automática, ¿qué incentivo encuentran para perfeccionarse?

Jimmy rememoró su temprana niñez, antes de que se estableciera el nuevo sistema educativo. Ciertamente que él y el resto de los niños se ajustaban a la descripción de Bard: animalillos egocéntricos. No pensaban en otra cosa que no fueran sus caprichos y necesidades inmediatas, y nadie les había dicho que la ley de la jungla, según la cual sobrevivían los más aptos, debía ser moderada por la decencia y la consideración a los demás. Sin embargo, los libros le enseñaron que, antes de la computadora, hubo también niños con problemas, agrupados en pandillas juveniles. En su mayoría, superaban tales problemas. Ahora, una vez recibida la educación, ya no cambiaban jamás. Y aunque, en la actualidad, la presión de la sociedad se resistía a cualquier intento de cambio por su parte, eso no lo explicaba todo. Otras épocas habían establecido normas equivocadas, pero siempre surgieron grupos que, por principio, se opusieron a dejarse dominar por ellas.

—¿Está seguro de eso, señor?

—No. ¿Cómo voy a estarlo? Quizá sólo busque justificarme a mí mismo. Tal vez

la máquina educadora afecte a la mente, a pesar de que la diseñé con todo cuidado para que no imprimiera sentimientos personales en el sujeto. Y si bien he conocido a algunas personas, no he visto lo suficiente de sus vidas privadas para juzgar. Tampoco tú puedes opinar, porque nunca has tratado con gente normal. De todos modos, cuando la inventé, tuve serias dudas al respecto... ¿La usan todavía en la forma en que la diseñé..., en la forma exacta?

—Sólo se ha cambiado el tamaño de las cintas.

—En ese caso, hay una clase de onda que, si se emite en un radio de pocos kilómetros, neutraliza la sensibilidad del sujeto, bloqueando el impulso. Si consiguiese recordar... Si dispusiese de un laboratorio de electrónica donde experimentar, acaso lograrse que tu fingida inmunidad a la educación se transformase en real.

Una sensación de alivio recorrió al chiquillo. Se puso en pie y se aproximó al panel.

—Hay un laboratorio. El primer dictador instaló uno secreto en los corredores para un caso de urgencia. No sé cómo andará de equipo, pero existe. Lo he visitado.

Vio que el fatigado rostro adoptaba una expresión decidida. Aaron Bard estaba ya a su lado cuando el panel les permitió el paso. Jimmy torció hacia un pasaje lateral, que conducía a un lugar próximo a la sala de senadores del castillo. Obedeciendo a un súbito impulso, se desvió a un costado e indicó a su acompañante que mirara en aquella dirección.

—Si quiere hacerse una idea de nuestra vida privada, eche un vistazo a nuestros senadores y juzgue por usted mismo.

La pared se hizo permeable a la luz y al sonido en un solo sentido, y se encontraron observando uno de los guardarropas de la Cámara del Senado. Un hombre de mediana edad exponía cierto pequeño triunfo personal ante una reducida audiencia.

—Su primer hijo..., acabado..., un maldito autómatas. Cuando me dejó por ese solemne idiota de la cara llena de granos, le advertí que me vengaría de ella. Y me vengué. Malgasté cinco semanas llevándome al chico de paseo sin que nadie se enterase, a fin de ganarme su confianza. Y antes de que pasara a la máquina, le deslicé una droga dentro de una golosina. Ya sabéis lo que pasa cuando se aplica la educadora a una persona drogada.

Uno de sus interlocutores sonrió.

—Más vale que no lo vayas divulgando por ahí. Cualquiera de nosotros podría denunciarte por quebrantar las leyes que tú mismo ayudaste a redactar contra tales usos de la droga.

—¡Diablos! ¿Y cómo lo probaríais? No soy tan necio para ofrecer a tipos tan listos como vosotros nada susceptible de perjudicarme. Y para probar que soy el más

hábil de este grupo, os participaré algo más. He estado pensando un poco acerca del hijo del dictador...

—¡Tranquilo, Pete, dejemos eso! Años atrás formé parte de un grupo que contrató a algunos tipos para asesinar a ese mico... Y que conste que tampoco lo puedes probar. Incluso nos hicimos con la llave de su puerta. Bueno, pues sigue con vida, y los asesinos nunca volvieron. Ignoro los motivos, pero ningún otro intento ha tenido éxito. El dictador esconde algunos trucos debajo de la manga.

Jimmy cerró el panel y rió entre dientes.

—Nunca duermo en los puntos próximos a las puertas —dijo— y hay una sección del suelo que se convierte en interpenetrable. Debajo se extiende una galería de treinta metros. Sabiéndolo, me apropié de esas habitaciones, que pertenecieron antes a mi padre.

—¿Son éstos los senadores? —preguntó Bard.

—Algunos de los mejores.

Jimmy prosiguió su avance, descorriendo un panel de vez en cuando. Bard fruncía el ceño cada vez más, a medida que los iban dejando atrás. En ciertas salas se tramaban conspiraciones, en otras se limitaban a hablar. En una ocasión, oyeron expresar cierta simpatía por los autómatas, sin demasiado entusiasmo. Jimmy iba a cerrar el último panel cuando le detuvo el sonido de una voz.

—El enfermizo hijo de Blane ha muerto. Ese alfeñique no resistió el clima ni el trabajo en las minas con los autómatas. Se suicidó esta mañana.

—Su padre no pudo evitarle eso, ¿eh? Bien. Haz que lo publiquen los periódicos. Quiero asegurarme de que el hijo del dictador se entera de todos los detalles. Fueron íntimos amigos durante una época, ¿sabes?

Jimmy apretó los dientes y cerró con rabia el panel.

—La única persona un poco humana que conocí en mi vida... Él me enseñó a leer. Era un chico enfermizo, pero su padre se las ingenió para salvarle de la eutanasia. Probablemente se hizo amigo mío para que le protegiera con mis puños, ya que los otros no le dejaban en paz. Al fin, le destinaron a unas minas de Sudamérica, como supervisor del trabajo de los autómatas.

—¿Eutanasia? Bella palabra para desembarazarse de los débiles. Quizá desde un punto de vista biológico épocas como ésta tengan su utilidad. La verdad, prefiero verme rodeado de seres físicamente débiles que enfrentarme a quienes los tratan de ese modo. Jimmy, voy a decirte una cosa. Si mi estratagema no resulta y la educadora te produce efectos nocivos, te mataré y luego me suicidaré...

Jimmy asintió con gesto severo. Bard no parecía capaz de matar. Sin embargo, el chiquillo tenía la esperanza de que, si la máquina llegaba a perjudicarlo, cumpliría su palabra. Decidió apresurarse, sin perder más tiempo convenciendo al anciano de la necesidad de evitar que le cambiaran. Localizó el lugar que buscaba, se detuvo ante él

y apretó un botón encajado en el suelo. El montacargas descendió sin ruido.

—Robo la energía con mucho cuidado. Hasta el momento, nadie ha sospechado nada. En el laboratorio, hay algunas baterías a base de petróleo. Creo que bastarán. Bueno, ya hemos llegado.

Señaló hacia la sala llena de equipos de toda clase, prolijamente ordenados, aunque cubiertos de polvo y suciedad debido al largo tiempo que habían permanecido en desuso. Aaron Bard echó una lenta ojeada a su alrededor y esbozó una mueca de diversión.

—Me resulta familiar, Jimmy. En apariencia, mi hijo lo copió de mi viejo laboratorio, donde solía haraganear, y adaptó mis equipos para uso militar. Con un poco de decencia, se hubiera convertido en un buen científico. Era lo bastante inteligente para eso.

Jimmy contempló al hombre, que se había puesto ya al trabajo. Una débil esperanza le reconfortaba. El anciano limpió el polvo de las mesas con unas cuantas pasadas de paño e inició su tarea, con manos ahora firmes. Cables, pequeños tubos, bobinas y otros componentes de equipos electrónicos salían de pequeñas cajas y gavetas, aunque algunos requirieron una búsqueda más concienzuda. Luego, sus dedos comenzaron a ensamblarlos y soldarlos dentro de un armazón de plástico, del tamaño de un melón, que se fue llenando poco a poco.

—Ese chico que te enseñó a leer, ¿pasó por la máquina a los doce años?

—Por supuesto, es obligatorio. Todo el mundo ha de someterse a eso.

Jimmy frunció el ceño, tratando de recordar con mayor claridad. Sólo llegaban a su mente vagas alusiones y fragmentos de las frases pronunciadas en las conversaciones entre los enemigos de Blane.

—Durante el juicio sobre eutanasia —prosiguió—, creo que se dijo algo acerca de documentación falsificada. No sé a qué documentos se referían. ¿Es importante?

Bard se encogió de hombros, garabateó algunos diagramas sobre un pedazo de papel sucio y volvió a empuñar el soldador.

—Ojalá lo supiese... Durante los quince años de la guerra, cuando se recurrió por primera vez al empleo intensivo de la computadora, sin duda la experimentaron con todos los tipos humanos y en todas las edades. ¿Verificó algún científico las variaciones originadas por esos factores? No, seguro que no lo hicieron. No me extraña que no hayan desarrollado nuevos campos de acción. ¿Crees posible encontrar un libro de memorias escrito por algún soldado que hable de algunas personalidades?

—Tal vez. Desde luego, no lo conozco. Tal vez el diario del primer dictador nos revelaría algo, si supiésemos descifrarlo. Cuando traté de hacerlo después de encontrarlo, lo único que obtuve fueron grupos desordenados de palabras. Está escrito en un código complicadísimo, formado por grupos de letras, espaciadas de modo

irregular y pegadas al papel formando estrechas tiras. Ni siquiera logré descifrar el tipo de código, y no había ninguna clave.

—Encontrarás la clave en la biblioteca, Jimmy, si buscas un manual de estenotipia, la taquigrafía a máquina. Mi hijo consideraba insuficiente la dactilografía. Una de las pocas veces en que me mostré por completo de acuerdo con él... ¡Maldita sea!

Bard se chupó el pulgar, sobre el que había caído una gota de soldadura, y fijó la vista en los apretados componentes de su artefacto. Escogió un diminuto condensador electrolítico, inspeccionó el aparato y lo colocó tras un instante de indecisión. A continuación se mantuvo inmóvil, mirando al semiterminado objeto.

El trabajo, que al principio había avanzado muy de prisa, se tornaba cada vez más lento, y había largas pausas mientras el anciano se entregaba a la meditación, pausas que se iban prolongando. Jimmy se deslizó al exterior y subió en el montacargas. Avanzó a toda prisa por un corredor que llevaba a la parte trasera de uno de los restaurantes del castillo. Se acusaba a las ratas de gran parte de los deterioros causados en aquel lugar, cargos evidentemente merecidos, como Jimmy comprobó al atravesar la pared para volver a los corredores, llevando en sus manos una bandeja con café y alimentos más sólidos.

Bard aceptó el café con un gesto de agradecimiento y se lo tomó de un trago. En cambio, apenas probó la comida que el chiquillo le ofrecía. Sus manos trabajaban con menor seguridad.

—Jimmy, no sé... No puedo pensar. Llego hasta cierto punto y todo se me aparece muy claro. Y luego... ¡paf! Se desvanece. Lo mismo me ocurrió la primera vez que traté de recordar el secreto de la energía atómica. Hay vacíos en mi mente... conexiones erosionadas por ochenta años de muerte. Y cuando trato de forzar mis pensamientos a través de ellos, se tambalean y tropiezan.

—¡Tiene que terminarlo, abuelo Bard! Son casi las cinco y he de presentarme a las seis.

Bard se restregó la arrugada frente con una mano, apretando y extendiendo la otra. Durante un tiempo, continuó su activo trabajo, interrumpido por largos y silenciosos intervalos.

—Bueno —dijo al fin—, he terminado. Sólo falta esta pequeña sección. Colocada en el lugar adecuado, el aparato funcionará... Si cometo un error, cabe en lo posible que explote. Por lo menos, que no dé resultado.

Jimmy consultó su reloj.

—Inténtelo —pidió.

—Suéldalo tú. Mis manos se niegan a continuar. —Bard se deslizó del banco y dirigió con todo cuidado la maniobra del muchacho—. De estar seguro de que volviéndome loco encontraría la solución, como ocurrió con la pistola atómica,

forzaría mi mente a internarse de nuevo en sus pesadillas. Por desgracia, tal vez sucedería cualquier otra cosa... ¡No! Ésa es la antena... Debes dejar suelto un extremo.

Las manecillas del reloj señalaban las seis menos diez cuando se estableció el último enlace y Bard conectó el aparato en el enchufe que descubrió cerca del suelo. Los tubos empezaron a calentarse. Al menos, no hubo explosión. Los tubos siguieron enrojeciéndose, y un minúsculo indicador señaló que la antena emitía algún tipo de radiación.

Jimmy sonrió, con un sentimiento de alivio. No obstante, mientras se dirigían hacia el montacargas, el anciano sacudió la cabeza con gesto de duda.

—No sé si funcionará, hijo. La última conexión la fijé de modo intuitivo. Nunca se debería trabajar de esta forma con delicados dispositivos electrónicos. Dos cables que se rocen por accidente le estropearían todo. Sólo nos queda rezar. Y como último recurso... Bueno, todavía tengo la pistola atómica.

—Úsela en caso necesario. Le conduciré tras la pared del despacho privado de mi padre. No abandone usted su puesto, mientras yo trato de ganar tiempo. Y úsela pronto. Yo sabré que está allí.

Lo intentó tres veces, antes de encontrar un corredor libre de guardias. Se deslizó por él y llegó con sólo unos segundos de retraso al despacho de su padre, que le abrió personalmente la puerta y le hizo pasar. Los acostumbrados guardias y secretarias se habían ido. Sólo se hallaba presente el psicólogo jefe, con su pequeño equipo ya instalado. El dictador vacilaba.

—Jimmy, quiero que sepas que me veo obligado a hacer esto, aunque ignoro si tus posibilidades de pasar la prueba han aumentado desde tu niñez. Creo que sí... Es un presentimiento personal, aunque el psicólogo cree que me equivoco. Bien, algo con lo que contaba nos ha sido robado por una conspiración y, en Eurasia, bulle algo infernal cuyo objetivo seremos nosotros. No estoy preparado para hacerle frente. Los oligarcas poseen un secreto que, a su entender, les conducirá a la victoria. Se halla registrado en una cinta privada, que te daré. No sé en qué medida podrás ayudarme. Al menos, si de pronto te conviertes en un adulto normal, contribuirás a respaldar la estratagema que planeo. Los Bard tenemos un destino histórico que mantener y cuento contigo para que cumplas tu parte. *¡Debes pasar!*

Jimmy le oía sólo a medias. Contemplaba con fijeza el casco semejante a un sombrero femenino de última moda, con cables que lo unían a una pequeña caja, colocada sobre la mesa. También había carretes de cintas especiales, que se distinguían por sus diversos colores. Cuando le sujetaron el casco a la cabeza, se sobresaltó por un segundo. Pronto, sin embargo, lo aceptó en ceremonioso silencio. Algo trataba de abrirse paso en el fondo de su mente. Sólo tuvo una vaga y desasosegada sensación. No eran más que palabras. Y algo acerca del rostro del

psicólogo.

Percibió el chasquido del interruptor y su mente comenzó a helarse, aunque todavía alcanzaba a registrar sonidos e imágenes. Y se dio cuenta de que el aparato preparado en los subsuelos fallaba... Gracias a las descripciones oídas, encontraba familiar la presión que oprimía su cerebro. La psicocompulsadora de Bard estaba actuando. Por un instante, antes de que funcionara a su máxima potencia, trató de librarse de ella. Algo pareció controlar su mente. Permaneció sentado, rígido, respirando agitado, incapaz de detenerla. Sus pensamientos se desvanecían, se paralizaban, mientras la máquina continuaba enviando a su cerebro sus doscientos millones de impulsos por segundo, provocando cosas que la ciencia todavía no podía comprender, pero sí utilizar.

Observó inexpresivo el paso de las cintas, que se fueron acabando. Hacia el final, su padre sacó una de un cofre, esperó a que terminara y luego la destruyó. El psicólogo se inclinó, recogió la última que quedaba y la conectó... El rostro de aquel hombre le pareció conocido... «Como tener al chiquillo frente a uno de esos quemadores que usamos para automatizar a los criminales...».

Entonces, algo resbaló en su cabeza, como unos pies deslizándose sobre el hielo. Pese a tener la mente entumecida y atontada, logró dominarse a sí mismo, y sus manos, que habían estado inmovilizadas, se aferraron a los brazos del sillón. Algo le carcomía por dentro, una extraña distorsión, esa... ¿Qué sentía un autómata cuando su mente fallaba durante la prueba de la educación?

El psicólogo volvió a inclinarse y retiró el casco.

—¡James Bard, ponte de pie!

Jimmy continuó sentado. Un gesto de sorpresa apareció en el rostro del otro, que lo sustituyó en seguida por una expresión de complacido alivio.

—¿De modo que no te has convertido en un autómata?

Jimmy se levantó, restregándose con las manos la dolorida frente. Esbozó una forzada sonrisa.

—No —dijo tranquilo—. No... Estoy muy bien. *Estoy perfectamente bien. ¡Perfectamente...!*

—¡Alabado sea Dios! —El dictador se reclinó en su sillón—. Y ahora que lo sabes, dime qué ocurre.

Jimmy no podía decírselo sin correr el riesgo de que Aaron Bard fuera quemado. Mientras se volvía hacia su padre, forzó a su rostro a adoptar una placentera sonrisa, a pesar del dolor de cabeza que le atormentaba. Lo sabía todo... Todo lo que antes ignoraba lo tenía ahora presente, tranquilo, sin imponerse, esperando que su mente lo requiriese, junto con todo aquello que había visto y con todas las conversaciones que había espiado en secreto.

Poseía conocimientos. Y una inteligencia entrenada para sacarles el mejor

provecho. Los hábitos de pensamiento que se había impuesto se atareaban ya con la nueva información. Ni el tremendo y estremecedor dolor lo evitaría. Con gesto deliberado, se pasó una mano por la cabeza e hizo un ademán, señalando el despacho exterior.

—Padre, el dolor de cabeza me está matando. ¿Puedo tenderme un rato en el sofá del otro despacho?

—Sí, al menos por algunos minutos. Doctor, ¿por qué no le da algo al muchacho?

—Tal vez. No soy doctor en medicina, pero me creo capaz de aliviar ese dolor.

El psicólogo parecía ausente. Por fin, abandonó el despacho. El dictador fue el último en hacerlo. Se encontraron en una habitación de mayor tamaño, donde no había pasajes que atravesaran las paredes y donde ningún disparo podía alcanzarles.

La sonrisa se desvaneció del rostro del muchacho. Una de sus manos se adelantó vertiginosa y arrancó el pequeño lanzallamas sujeto a la cintura de su padre, a una velocidad que transformó su gesto en casi invisible. Antes de que el psicólogo alcanzara a registrar unas emociones que quizá no habían comenzado a manifestarse todavía, le apuntó: la llama se expandió, ennegreciendo sus ropas y su carne, dejando sólo un blando y carbonizado cuerpo en el suelo. Jimmy lo pateó con disgusto.

—Traición —explicó—. Tenía una bonita cinta hecha por dos personas con puntos de vista opuestos por completo, a pesar de que las leyes lo prohíben. Se proponía convertirme en un autómeta. Y lo hubiera conseguido, de no haber estudiado yo previamente y bastante bien el contenido de ambos lados. Toma tu pistola, padre.

—Quédate con ella. —El rostro del dictador expresaba la primera emoción auténtica que Jimmy había visto en él, un gesto de ardoroso orgullo—. Nunca vi funcionar esa pistola de manera tan hermosa, chico. Por lo menos, nunca la vi dominar una serpiente con tanta eficiencia. A dios gracias, no eres flojo y débil como había pensado. Y ahora, basta de tonterías emocionales, ¿eh?

—Sí, padre, estoy curado. Y tal vez, en la reunión que has convocado ofrezcamos una sorpresa a los senadores. Ve delante, yo te alcanzaré en cuanto consiga un poco de amidopirene para este dolor de cabeza. Entretanto, ya se me ocurrirá algo que oponer a la acusación que están planeando.

—¿Acusación? ¿Tan graves están las cosas? ¿Pero cómo...? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Traté de decírtelo hace años. Conocía cada detalle de las conspiraciones que se tramaban para traicionarte. Sin embargo, tú estabas demasiado ocupado para escuchar a alguien que no fuera un adulto, así que no volví a intentarlo. De todos modos, ese conocimiento nos resultará muy útil. Te veré fuera de la sala de asambleas, a menos que llegue tarde.

Sonrió con amargura mientras su padre se alejaba por el corredor. La mirada de

orgullo que brillaba en el grueso rostro del dictador no se hubiera mantenido de estar al tanto de la enorme traición que proyectaban algunos de los distinguidos senadores, sus amigos. Iba a costarle un esfuerzo sobrehumano ponerlos en evidencia. Jimmy localizó el panel que buscaba. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le observaba, se deslizó a través de él y recorrió con rápido paso el corredor. No encontró a Aaron Bard. Por un instante, caviló sobre la conveniencia de seguir buscándole. Al fin, abandonó la idea. El tiempo apremiaba. Ya vería al anciano más tarde. No corría prisa. Se encogió de hombros y tomó uno de los pasajes, un atajo que le llevaría a la gran sala de asambleas. El dolor de cabeza comenzaba a desaparecer. Además, no tenía tiempo para preocuparse por él.

Llegó cuando comenzaba la sesión. Penetró sigilosamente en la sala por la entrada privada del dictador, dirigiéndose, sin que nadie se fijase, hacia la enorme mesa escritorio situada detrás de una pantalla de jade. Ésta le ocultaría a la vista de los senadores, permitiéndole observar sin ser observado. Había presenciado ya otras sesiones, reuniones ruidosas, perturbadas por las disputas y los insultos intercambiados entre grupos rivales. Hoy no ocurría nada semejante. Los senadores presentaban mociones, con la evidente intención de ganar tiempo, sin prestar ninguna atención al rutinario desarrollo de la sesión. Los conspiradores se habían concertado para derrocar al dictador durante aquella reunión, aunque sólo los líderes de los grupos sabían que la verdadera razón que se ocultaba detrás de todo ello era la traición promovida por Eurasia gracias al soborno.

La conspiración llevaba años tramándose. Los líderes atizaban de manera deliberada los inevitables pequeños odios y descontentos. Aprovecharon la condición de Jimmy para desacreditar a su padre, aunque se basaron más en las propias debilidades del dictador, que fueron presentadas al público en versiones tergiversadas. El muchacho observó que doce de los arteros hombres tentados por la promesa de convertirse en los oligarcas de América —aunque amparados en su aparente condición de líderes de los grupos rivales— todavía se hallaban ausentes. Eso explicaba el lento ritmo voluntariamente impuesto a la reunión. Algo sucedía. Jimmy tuvo el presentimiento de que el cadáver del psicólogo suscitaría no poco interés. Los dos únicos líderes honestos asistían a la sesión, severos y silenciosos. Por fin, uno a uno y por diferentes puertas, entraron los doce senadores. En sus rostros no se advertía ninguna expresión de derrota.

Lógico. El dictador había perdido toda posibilidad. Trató de gobernar basándose en el prestigio familiar e introduciendo la división entre los grupos, que ahora se habían aliado de nuevo. Se mantuvo a flote mientras la oposición no estuvo preparada para atacar. Sus métodos no aguantarían ninguna tirantez, y mucho menos un ataque semejante. Ya había dejado escapar una oportunidad de asestar un golpe antes de que hicieran su entrada los líderes. Un hombre resuelto hubiese interrumpido las

dilaciones, tomando la iniciativa. Un orador astuto, al tanto de las técnicas dramáticas y emocionales de un Webster o un Borah, hubiese llegado incluso a controlar la asamblea. Pero el dictador era débil, y la compulsadora no ofrecía grandes piezas de oratoria. Todo aquello resultaba incompatible con tal inmadurez emotiva.

Finalmente, le concedieron la palabra. Debió de comenzar por la flamante madurez de Jimmy, para arrancarles por sorpresa de sus rutinarios pensamientos, revelar la resurrección de Aaron Bard y hablar de sus antiguos trabajos sobre la energía atómica a fin de despertar su curiosidad y, luego, desplegar sus acusaciones contra ellos, en cortos y enérgicos golpes. En lugar de eso, se dedicó a enumerar los viejos logros de la familia Bard, con frases trilladas, carentes ya de todo significado.

Jimmy permanecía sentado en silencio. Su padre debía tomar conciencia de sus propias debilidades allí, en aquel momento. Miró hacia abajo y escudriñó la cara de uno de los traidores. La expresión del hombre le obligó a volver a toda prisa la cabeza, en el instante en que su padre, advirtiéndolo lo mismo que él, interrumpía su discurso.

Un brazo surgía de la pared izquierda de la sala, agitando un sucio trozo de papel en dirección a los presentes. Jimmy reconoció la hoja que Bard había usado para trazar sus diagramas. El brazo se retiró de repente, reemplazado por el rostro burlón de Aaron Bard... Pero no era el Aaron Bard que Jimmy conocía. La demencia desfiguraba su cara. Tenía los ojos desorbitados, enseñaba los dientes, y los músculos de su cuello se contraían a causa de la vesánica tensión. Mientras Jimmy le observaba, el anciano penetró en la habitación y avanzó majestuoso por el pasillo que conducía al escritorio del dictador, con la pistola atómica apuntando al padre del muchacho.

Toda la atención se centraba en él y nadie se movió para cerrarle el paso cuando se adelantó muy resuelto, blandiendo el papel en la mano. Hablaba atropelladamente, y sus palabras parecían impulsadas por un enorme esfuerzo físico.

—¡Traición! ¡Barbarie! ¡Idolatría pagana!

Por un segundo, Jimmy apartó los ojos de Bard para mirar a su padre. Luego, saltó de la silla con furiosa elasticidad, al ver que el dictador perdía la calma y alargaba la mano hacia uno de los diminutos botones secretos de su mesa. El arma oculta actuó con excesiva rapidez, aunque no produjo ninguna explosión visible. Aaron Bard dejó escapar un sonido estrangulado y se derrumbó en el suelo.

—¡Detente!

Jimmy no se anduvo con cortesías respecto a su padre. Dio la vuelta alrededor de la mesa y se enfrentó a la asamblea, ofreciéndole la sorpresa de su presencia, que se sumaba al sobresalto anterior. Aprovecharía el momentáneo desconcierto para dominar la situación. Se inclinó y echó una rápida ojeada al cuerpo del caído.

—¡Un coagulador! ¿Quién tiene ilegalmente en su poder un coagulador? Ha de

ser alguno de vosotros, ya que este hombre ha sido paralizado por un arma de ese tipo.

Un médico apareció de manera misteriosa y, tras un breve examen, asintió con la cabeza.

—En efecto, se trata de un coagulador. Le ha abrasado los nervios desde el pecho hacia abajo, y el daño se extiende. Morirá dentro de una hora, poco más o menos.

—¿Recuperará la conciencia?

—Difícil saberlo. No puedo hacer demasiado por él. Sin embargo, lo intentaré, si alguien me ayuda a trasladarlo a la habitación contigua.

Jimmy asintió y se agachó para recoger el arrugado trozo de papel y la pistola atómica. Había estado esperando una oportunidad, y el destino se la concedía. Llevaba planeadas las palabras que iba a pronunciar, breves y simples, destinadas a producir el impacto necesario mientras la asamblea permanecía desorganizada e indecisa. Si la oratoria era capaz de ejercer algún efecto sobre ellos, había llegado el momento de hablar. Con una expresión adecuadamente severa y acusadora, subió a la plataforma colocada detrás de la mesa. Su padre empezó a decir algo y se detuvo, sorprendido al ver que Jimmy tomaba el mazo, golpeaba para llamar al orden e iniciaba su discurso a ritmo lento, regulando la intensidad de su voz de acuerdo con las expresiones de su auditorio.

—Caballeros, Aaron Bard murió hace ochenta años, en vísperas de una gran guerra, mientras trataba de perfeccionar un liberador simple de átomos que hubiera acortado en un grado inconmensurable la duración de dicha guerra. Mañana leeréis en vuestros periódicos la historia de cómo la genialidad de este hombre preservó su cuerpo e hizo posible que nosotros le reviviéramos, en el momento en que nos amenaza una guerra aún más feroz.

»Ahora, hace pocos instantes, el mismo hombre sacrificó de nuevo su vida al servicio de nuestra nación, asesinado por el coagulador ilegal de un cobarde traidor. Pero no ha muerto en vano, ni sin entregarnos un seguro legado antes de irse en busca de su bien merecido descanso. Ha dejado su marca en muchos de nosotros. En mí, permitiéndome la entrada en la edad adulta, que todos nuestros científicos fueron incapaces de procurarme. A algunos de vosotros, los ha señalado de modo más severo en este trozo de papel...

»Le visteis surgir a través de una sólida pared. No, no fue una ilusión, a pesar del intenso dramatismo que imprimió a su entrada en escena. Su genio le permitió descubrir un medio de rastrear la traición y la conspiración en vuestras guaridas más secretas. ¡Habéis oído su denuncia! Y uno de vosotros trató de silenciar esa acusación, olvidando que las notas escritas no pueden ser acalladas por un coagulador.

»Como tampoco podrá silenciar su último y más grande descubrimiento: esta

arma que llevaba consigo... Energía atómica *portátil*...

«Gracias a ella, nos libraremos de la guerra. Ninguna potencia querrá suicidarse enfrentándose a una nación cuyos hombres estén equipados como lo estarán los nuestros. Aquellos de vosotros que habéis traicionado a vuestra patria no seréis recompensados por vuestra deshonestidad, tenedlo por seguro. Pero esto será una lección de la que saldremos beneficiados. Sabemos ahora la locura que suponen nuestros insignificantes odios, inspirados por el enemigo. Conocemos la necesidad de limpiarnos las manchas que arrojó sobre nosotros el liderazgo de tales hombres. Hemos de cesar en nuestros intentos de debilitar al gobierno, uniéndonos para forjar nuevos lazos que nos fortalezcan.

»No obstante, debemos de estar agradecidos a los traidores por el bien que nos han hecho sin proponérselo. A los que abandonen nuestras costas antes de que suenen las campanadas de medianoche, se les permitirá escapar. A quienes elijan quitarse la vida por sus propios medios, no se les negará ese derecho. Para el resto, exigiremos y lograremos que la justicia les sea aplicada en todo su rigor.

»Creo que en este sentido, caballeros, nos mostraremos todos de acuerdo.

Hizo una breve pausa, aparentando estudiar el papel que sostenía en la mano. Al continuar, su voz sonó con la rudeza propia de un hombre que cumple un desagradable deber.

—Doce hombres... Doce hombres que negociaron directamente con nuestros enemigos. Leeré sus nombres por orden de importancia. En primer lugar, Robert Sweinend. Hace dos días, a las tres, se entrevistó en el despacho de su secretaria con un autodenominado hombre de negocios japonés llamado Yamimoto Tung, aunque dice llamarse...

Jimmy continuó recitando de manera metódica el desarrollo de la entrevista, sintiendo que su tensión aumentaba a medida que los segundos transcurrían. Si seguía hablando mucho tiempo, se darían cuenta de que todos aquellos datos no cabían en un pequeño trozo de papel...

De repente, la mano de Sweinend se movió. La de Jimmy desapareció bajo la mesa. Una flecha de fuego —de fuego atómico— quedó suspendida durante un segundo en el lugar que había ocupado el senador y desapareció. Jimmy guardó la pistola con tranquilo gesto, viendo cómo once hombres se levantaban de sus asientos y se precipitaban hacia las salidas. A su espalda, el rostro de su padre resplandecía con inmenso alivio y aún mayor orgullo, mezclados con incrédulo asombro, en tanto se ponía en pie, turbado, para ocupar el sitio que su hijo le cedía. El trabajo había terminado, y Jimmy tenía derecho a seguir ahora sus propias inclinaciones.

Para su sorpresa, la inmóvil figura que yacía en el sofá estaba consciente y lúcida. El muchacho cerró la puerta de la pequeña sala, dejando al médico fuera. Aaron Bard no podía moverse, pero sus labios esbozaron una sonrisa.

—Hola, Jimmy. Acabas de pronunciar el más bonito manojito de mentiras que he escuchado en mucho más de ochenta años. Voy a cambiar el proverbio. De ahora en adelante, el tuerto será el rey... ¡Siempre y cuando golpee el suelo con un bastón!

Jimmy movió la cabeza con solemnidad. La mayor parte de la tensión originada por la última hora se desvaneció de súbito, borrada por la cálida actitud del anciano y por el hecho de no verse obligado a convencerle de su normalidad, a pesar de su comportamiento desde el momento en que se sometió a la acción de la máquina educadora.

—Tenía usted razón con respecto a la compulsadora. No modifica el carácter. Sin embargo, pensé que, después de disparar contra el psicólogo... ¿Cómo se dio cuenta?

—Dispuse por lo menos de veinte minutos antes de que terminara el proceso de tu educación para deslizarme e inspeccionar el diario de mi hijo. —Su sonrisa se tornaba más profunda a medida que aspiraba el humo del cigarrillo que Jimmy sostenía entre sus labios, exhalándolo en suaves espirales—. Me llevó quizá diez minutos enterarme de lo que quería saber. Las notas que escribió durante la guerra constituyen un extenso himno triunfal en torno a los resultados obtenidos con chiquillos mientras que expresan su disgusto por los obtenidos con las personas educadas después de cumplir los veinte años. Él sabía la razón, de la misma manera que siempre se mantuvo al tanto de todo cuanto quería. Demasiada información en una mente joven hace que ésta se atasque por el mero peso de los pensamientos no desarrollados, suscitando en quien la posee una falsa confianza en sí mismo. El hombre maduro, en cambio, con su mente ya entrenada, no se doblega ante la simple información. La usa... ¡No, déjame continuar! No trato de justificar mi compulsadora. Te dejo a ti esa responsabilidad. Jimmy, el doctor me ha dicho que me queda poco tiempo. Quiero asegurarme de que... Dentro de veinte años... Bueno, eso no importa ahora.

»La compulsadora significa un veneno para una mente de doce años, y una bendición para el adulto. No lograrás cambiar la costumbre de la noche a la mañana, pero debes intentarlo. Tal vez obtengas algún éxito. Retrasa poco a poco la edad de la educación. Lo justo sería que yo reparase el daño que ayudé a causar. Sin embargo, tendré que dejar que lo hagas tú. Sé implacable, como lo fuiste hace un rato... Más inflexible que ninguno de ellos. Así debe actuar el hombre que lucha por los principios y la justicia. Golpea en el suelo con tu bastón. Y alguna vez, cuando a tu alrededor no haya ningún ciego, mira hacia arriba y todavía podrás contemplar las estrellas. Ahora...

—¡Abuelo Bard! ¡Usted no estaba loco cuando apareció en la asamblea!

El anciano sonrió una vez más.

—Pues claro que no. No iba a limitarme a observar la escena, viendo que el único de mis descendientes de valía necesitaba ayuda, mientras yo permanecía tan

tranquilo, ¿no te parece? Contribuí en la medida de mis fuerzas, sabiendo que tú aprovecharías la ocasión. Y lo hiciste. No me arrepiento..., aunque no esperaba esto exactamente... ¿Cuánto falta para que me empiece a fallar el corazón?

—Un minuto o dos.

Con toda evidencia, Aaron Bard no quería conmiseración. El muchacho lo percibió y, aunque le resultó difícil, retuvo sus palabras. Los sentimientos se expresaban mejor entrelazando las manos que con nada de lo que se pudiera decir.

—Bien —asintió el anciano—. Una muerte suave, indolora. Me alegra que suceda así. ¡Pero basta de resurrecciones! Quiero que me incineren, Jimmy, y que pongan un sencillo epitafio... Sin ningún nombre. Sólo una mención: «Aquí yace un tuerto».

—*Requiescat in pace*... Un tuerto. ¡Lo prometo!

El viejo movió la cabeza débilmente y expiró. La sonrisa persistió en sus labios.

Con un nudo en la garganta, Jimmy se puso en pie muy despacio, inclinando la cabeza en señal de respeto. Del gran salón de asambleas le llegó un estruendoso clamor. Su padre había abdicado y, claro está, le habían nombrado a él dictador. No obstante, el muchacho permaneció allí, sin moverse.

—Pondré dos lápidas iguales —murmuró por último—. Quizás algún día me haga merecedor de la segunda.

* * *

Por el momento, no estaba precisamente conquistando la fama en Nueva York, aunque me iba mejor de lo que tenía derecho a esperar, considerando mi producción anterior. La nueva tarifa ayudaba un poco. Aun así, necesitaba algo más que un cuento al mes si quería sobrevivir. La única posibilidad a mi alcance consistía en escribir de cuando en cuando una novela corta.

De cualquier modo, se me ocurrían muchas más ideas para relatos largos que para los cortos. Tal vez debía corregir entonces esa tendencia, ya que, si bien la mente prefiere seguir los caminos conocidos, también se la puede obligar a abandonarlos. Sin embargo, no parecía que dispusiera de suficiente tiempo para eso. De manera que comencé una narración que debía llegar poco más o menos a las diez mil palabras. Cuando terminé con la máquina de escribir, me vi con mil palabras de más. Se refería a un robot abandonado desde que todos los hombres se habían asesinado entre sí. Cuando se pone en funcionamiento de manera accidental, encuentra muy poca cosa que le permita explicarse lo que sucede a su alrededor. Sólo una Biblia. Al principio, se imagina ser Dios, luego tal vez Adán. De todas maneras, cree hallarse en los comienzos del jardín del Edén.

Campbell afirmó que le agradaba, pero que le era imposible aceptar nada con una extensión superior a las ocho mil palabras. No veía cómo podría yo acortarlo, pero se sentiría encantado de publicarlo si lo conseguía.

En efecto, suponía una difícil tarea. La idea original estaba destinada a un relato cercano a las quince mil palabras. Ya había suprimido algunos detalles y lo había escrito en la forma más condensada posible. Volví atrás y traté de acortarlo a partir de las copias que había hecho en papel carbón, sin demasiado éxito. Logré suprimir mil palabras, no tres mil.

Y de pronto, hice un descubrimiento que contradecía toda lógica. Podría acortar el cuento si *agregaba* un episodio totalmente nuevo. Al introducir un nuevo elemento en la historia, cabía reorganizar las cosas en un esquema mucho más compacto, con menos transiciones. Dio resultado y no perjudicó al relato. Además, gracias a eso incrementé con un poco más de información técnica mis atributos de escritor. Los cuentos salen demasiado largos cuando uno se entrega a imperdonables rodeos (algo que tiende a destruir no sólo el relato, sino al escritor que cae en la trampa) o a causa de una organización deficiente. Con anterioridad, había meditado ya sobre la organización de un relato desde el punto de vista de su interés, nunca como medio de mantenerlo dentro de límites razonables. Una información que, con los años, me resultó de gran valor, tanto para resolver las dificultades de mis cuentos como en mis tareas editoriales.

Volviendo a mi cuento, lo pasé de nuevo a máquina y se lo llevé a Campbell. Sólo me abonó ciento veinte dólares —no hubo bonificación esta vez— aunque comentó que la versión actual de *En manos de Él* superaba al relato original. Me sentí muy feliz.

Dejó caer la guillotina o, al menos, así me lo pareció en aquel momento, cuando intenté discutir la cantidad de trabajo que me admitiría. Me interrumpió apenas empecé a hablar. La situación era difícil. En primer lugar, me dijo, contaba con muy poco espacio libre en su publicación y ya se había excedido en su presupuesto al aceptar mi último cuento. Los nuevos escritores que había buscado le enviaban muchas colaboraciones y, para colmo, algunos de los antiguos se las arreglaban para seguir escribiendo, a pesar de sus ocupaciones o deberes militares.

Por supuesto, quedaban algunas posibilidades, ya que las publicaciones mensuales incluían relatos más antiguos. En realidad, tendría que ir dando salida a sus existencias, en lugar de incrementarlas.

Cuando hubo terminado, comprendí que Campbell se sentía más apenado por mí que yo mismo. Suelo captar los hechos con bastante rapidez y ya había aceptado la situación.

Así pues, salí a buscar un trabajo, que encontré, naturalmente. En donde solía desayunar, un lugar llamado White Tower, había siempre anuncios solicitando personal para la cadena de cafeterías del mismo nombre. Y yo poseía una considerable experiencia en ese campo.

La tercera noche de mi trabajo me enviaron a un pequeño establecimiento situado

entre Broadway y la calle 137. Ya había oído hablar de él. La zona era tumultuosa. Irlandeses, portorriqueños y negros trataban de establecerse en el barrio, y cada uno de esos grupos estaba lleno de recelos contra sus vecinos. El establecimiento se había convertido en una especie de lugar de descanso para jóvenes portorriqueños, en tanto que los otros grupos trataban de manera sistemática de desalojarlos. Por regla general, había una pelea por semana —los sábados, cuando cerraban los bares—, con la consiguiente rotura de cristales. Cuando, a la mañana siguiente, me ofrecieron dirigir esa cafetería, no me sentí precisamente halagado. Pero acepté la propuesta gustoso. Ya había conocido ese tipo de desórdenes y sabía que la mayor parte del problema la causaba siempre el encargado de la barra, que se aterrorizaba, o bien, trataba de imponer el orden con excesiva rapidez. Y claro está, todo camarero que demostrara algún prejuicio provocaba altercados.

Resultó un buen puesto. Al principio, casi no había propinas, claro, y se ha de tener en cuenta que suelen constituir la mayor parte del salario en ese tipo de trabajo. Sin embargo, sorprende comprobar lo pronto que la gente comienza a dejar propinas cuando se le ofrece un buen servicio. Un día, uno descubre una moneda de diez centavos debajo de un plato, como si el cliente se avergonzase de dejarla. Con el tiempo, la ocasional propina se convierte en algo habitual. Y una vez que algunos se acostumbran, los demás les imitan.

Mi primera preocupación consistía en evitar que mi establecimiento siguiera siendo una guarida. Lo conseguí con bastante facilidad. Se suponía que los White Tower no cerraban nunca sus puertas. Obtuve la autorización para cerrar durante una hora por la noche, con lo que la clientela dejó de permanecer en el lugar hasta la mañana siguiente. Si alguno se empeñaba en quedarse, le hacía fregar el suelo... con lo que conseguía normalmente un ayudante muy servicial.

En todo el tiempo que trabajé allí, nunca hubo un cristal roto, las peleas fueron escasas y, en general, mis propios clientes se encargaban de interrumpirlas. También me hice con una gran cantidad de buenos amigos, pertenecientes a los distintos grupos. Las horas de labor eran muchas, pero la paga no estaba mal, si se incluían las propinas, y el tiempo pasaba muy de prisa. Por otra parte, el trabajo me gustaba.

Presentaba además un atractivo peculiar. En aquella época había una gran escasez de cigarrillos y se formaban largas colas cada vez que se anunciaba un suministro. Pero entre mis clientes se incluían muchos marinos con base en el cercano río Hudson, y a ellos no les racionaban el tabaco. Siempre me las arreglaba para tener una buena provisión, tanto para mi uso personal como para ofrecer a mis clientes.

Escribir ni siquiera se me pasaba por la cabeza, aunque a veces iba a visitar a Campbell en su oficina. Seguía sobrado de material, pero eso ya lo dábamos por descontado.

No escribí una sola palabra durante los años 1945 y 1946. En otros aspectos, mi

vida rebosaba de todo tipo de acontecimientos. Mi novia y yo acabamos por romper las relaciones, aunque tal vez fuera más justo decir que, simplemente, cada vez nos alejábamos más el uno del otro. Sospecho que mi trabajo le disgustaba, a pesar de que nunca lo mencionó. La mayor parte de la gente que trabaja en una oficina parece pensar que hay algo degradante en los otros tipos de trabajo, aunque se paguen mejor.

En el otoño de 1945, me casé con la joven que solía servirme el café en el White Tower cercano al lugar en que yo habitaba. Se llamaba Helen, lo cual fue probablemente afortunado, ya que mis amigos tenían la mala costumbre de llamar Helen a cualquier mujer a la que vieran conmigo... Mi personaje de la dama robot no se apartaba de su memoria. Nos mudamos al Bronx, donde compartimos un apartamento con su padre y su hermano.

Hasta 1947 la tarea de escribir no volvió a formar parte integrante de mi vida. Campbell me envió una nota pidiéndome que fuera a verle a su oficina. Cuando me presenté descubrí que me había citado con objeto de que le firmase una autorización para incluir *Nervios* en una gran antología de ciencia ficción que preparaba Random House. (*Adventures in Time and Space*, un grueso volumen, se consideró durante veinticinco años como la más perfecta antología de ciencia ficción en un solo tomo). Me pagaron 137,50 dólares por los derechos de mi cuento.

El dinero llegaba en el momento apropiado. Me habían despedido de mi trabajo, sospechando que trataba de sindicar al personal de la cadena White Tower. (Se equivocaban. Esa unión no me hubiese beneficiado en nada). De modo que me hallaba sin trabajo y dependía del sueldo de Helen como camarera.

Ahora bien, el hecho de haber visto a Campbell y obtenido un cheque por mi cuento me produjo un gran efecto. Durante años no había pensado en escribir. Ahora, me dirigí a casa con la cabeza desbordante de ideas. Como si algo largo tiempo reprimido empezara a liberarse. (Algunas de las ideas eran francamente malas, por supuesto. No obstante, buenas o malas, me causaban una sensación de casi novedad).

Pocos días después, me senté ante la máquina, deseoso de probar si aún sabía trasladar las palabras al papel sin que me temblaran los dedos. Estaba tan excitado que ni siquiera había considerado en serio qué idea iba a desarrollar. Por lo tanto, escogí la primera que se me presentó. Sin duda, la preferí a causa de su título, tomado de otro poema de Longfellow:

*El día ha concluido,
y la oscuridad (resbala de)
las alas de la noche.*

Y la oscuridad... llegó a las siete mil palabras, extensión que me pareció razonable, ya que Campbell había dicho que estaba en condiciones de publicar

algunos cuentos cortos de calidad.

Y la oscuridad...

por Lester Del Rey

En la diminuta cabina no había espacio suficiente para calmar los nervios paseando. Menos de dos metros y medio separaban el corredor de entrada y la pequeña claraboya a través de la cual se veía la opaca oscuridad del espacio. Transversalmente, los brazos del joven abarcaban la distancia entre las dos puertas que se abrían en las paredes opuestas, ambas bajo llave. Sólo sus ojos podían vagar por la estrecha cámara, pero ya estaban cansados de la interminable reiteración. Por un momento, se posaron distraídos en la claraboya. Luego, el muchacho fijó su mirada, a través de la helada oscuridad, en el pequeño punto de luz que era la Tierra, sin que su conciencia reconociese la imagen. Sus ojos volvieron al estante sobre el que estaban su manuscrito, la tinta y la vela purpúrea, que permanecía intacta. Y sólo cuando, con gesto lento e indeciso, cogió un trozo de cera entre sus dedos, pensó en el valle situado en un mundo infernal donde se había producido aquella cera...

Los hombros del joven se doblaban bajo la rígida carga, y el bastón alpino temblaba en su puño. Luchó por ascender los últimos metros, hasta verse en la cima del desfiladero, con los campos desiertos a su espalda. Pero ni siquiera allí podía confiar el peso a sus temblorosas manos. Se dejó caer poco a poco hasta tocar el suelo y quedar sentado. Sus manos se deslizaron fuera de las correas. Encontrar un generador razonablemente portátil para reemplazar al suyo, que ya no resistía más remiendos, había supuesto un milagro. Y no sentía la menor confianza en que se repitiera.

Por un rato, descansó inmóvil, con la respiración entrecortada, contemplando el valle que, a excepción de aquel estrecho desfiladero, se hallaba aislado por completo del mundo, a causa de las montañas que lo circundaban. La nieve sucia se desparramaba hacia abajo, armonizando con los leprosos árboles de formas torturadas, y seguía hasta la planicie. Allí, tres siglos después del Cataclismo, algunas construcciones de piedra y troncos asomaban indecisas entre las desmoronadas ruinas, para señalar el último y derrotado puesto de avanzada de la raza humana. El joven hizo una mueca de disgusto y comenzó a ponerse en pie.

Un ruido de piedras desprendidas resonó detrás de una roca, y Gram apareció a su lado, ayudándole a levantarse y masajeando con dulzura sus hombros todavía temblorosos. En el viejo y arrugado rostro de la mujer destelló por un instante el brillo de sus perfectos dientes. Sus dedos vacilaron, pero no hubo sentimentalismo en su voz.

—Vi tu señal de humo anoche, de modo que te esperaba. Aunque supongo que me eché una pequeña siesta. Has pasado fuera mucho tiempo, Omega. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Gram. He traído el generador y suficientes bombillas fluorescentes para iluminar todas las cabañas. Me alegro de no tener que racionarme los alimentos un día más. Para encontrar el generador, me vi obligado a llegar hasta Fairbanks. No fue nada agradable.

—Ya. Toma, me imaginé que vendrías hambriento. Respecto a las bombillas... — Se encogió de hombros y señaló hacia las plantas purpúreas que crecían por doquier, una mutación tan mortífera como las poderosas radiaciones que la habían causado—. Me quedo con las velas de cera de baya pulverizada. Además, tienen otros usos. Al menos, eso pensaba Peter.

El viejo Peter, tan paciente y gentil, había muerto. ¡Ya sólo quedaban doce de ellos! No obstante, Omega estaba demasiado cansado para preocuparse por otra cosa que no fuera la comida que Gram le tendía. Ella le observó devorarla, y su rostro se iluminó débilmente cuando se dejó caer junto a él.

—Once viejos fatigados y tú. La última docena de desdichados superhombres — dijo Gram.

Señaló con la cabeza hacia el valle. Impregnaba su voz del mismo humor amargo que le había hecho bautizarle con el nombre de Omega cuando su madre se quitó la vida sobre el cadáver de su padre, destrozado por una roca.

Omega comprendió que había algo más que humor en su tono. En un mundo normal, con una educación aceptable, y la mitad de las posibilidades, ambos podrían haber pasado casi por superhombres. Sólo que un mundo así no hubiese sido capaz de crearles. Para ello, se requirió una Tierra asolada por el Cataclismo causado por un frío e inesperadamente injusto universo..., un mundo donde las violentas radiaciones convertían cada nacimiento en una mutación y donde cada cambio indeseable para la raza se eliminaba sin compasión.

En cierto sentido resultaba irónico que los hombres hubiesen evitado por escaso margen destruir el planeta con el plutonio, la reacción en cadena del litio o el desabrimiento final, una bomba modificada de magma solar autorregenerador. Al final, consiguieron eliminar esos peligros... Pero su éxito fue en vano.

Todo empezó con un simple comunicado del nuevo Observatorio Lunar. Habían localizado un meteoro que, de manera paradójica, poseía un débil y al mismo tiempo intolerablemente caluroso nivel de radiaciones, indicador de una materia antitética de la terrena, o «materia invertida». En el segundo anuncio, se hablaba con cautela acerca del peligro de un posible roce. Y quince minutos después, la Luna se resquebrajaba, a medida que los electrones compensaban los positrones de la energía y liberaban una gran corriente de neutrones desconectados, en extremo destructivos.

Cosa sorprendente, algunos sobrevivieron a la lluvia de infernales fragmentos que se abatió sobre la Tierra. Cerca de los polos, ciertos valles estrechos y profundos sólo fueron rozados ligeramente. En los tres que contenían minas o cavernas capaces de

ofrecer alguna protección contra el polvo radiactivo que caía por doquier, continuó hasta cierto punto la vida. El número de supervivientes se elevaba a unos dos mil. Los tres siglos transcurridos cercenaron esa cifra, y las incontroladas mutaciones y el despiadado modo de vida de los más aptos comprimieron en una mil generaciones de evolución.

Gram pudo salvar a la raza, de haberse conocido a tiempo su estructura celular. Como los lobos y los conejos, que habían heredado la Tierra, sus células terminaron por encontrar la mutación omnipotente, capaz de desafiar la más intensa condensación de radiaciones, que destruiría o forzaría la mutación de otras cualesquiera. Cuando una nueva plaga barrió a los suyos en el valle en que vivían, tomó en sus brazos al niño que luego se convertiría en el padre de Omega, se apoderó de un rifle y un trineo y se puso en marcha en medio de una furiosa tormenta de nieve para cruzar los mil kilómetros de infierno que la separaban de este lugar. Sesenta años más tarde, conservaba todavía una capacidad de trabajo superior a la de cualquier hombre del valle, exceptuando a Adam, el hermano de la madre de Omega, en las raras ocasiones en que aquél se decidía a hacer algo.

Porque Adam se había especializado en la pereza pura. Y en una lógica todavía más pura, que parecía saltar sin esfuerzo desde aisladas intuiciones de hechos a una vehemente sabiduría. Cierta vez, su figura encorvada penetró en el lugar donde Omega se esforzaba en sus cálculos matemáticos. Sus ojos se iluminaron con repentino interés por los libros que nunca se había preocupado por leer. Horas después, explicaba y aclaraba las complejas matemáticas que su mente acababa de desarrollar, sobrepasando las más extravagantes especulaciones de los científicos anteriores al caos. Con la misma aparente facilidad, se enfrascó en los libros franceses que Omega había traído de un viaje. Aun en el caso de contar con una gramática o un diccionario, consideraría su uso demasiado trabajoso.

Sin embargo, se requería más que esos talentos en bruto para que un grupo de tipos extravagantes pudieran definirse como superhombres. Hacía falta educación, oportunidades, una cultura propia de la raza y un futuro. Y en esos aspectos, los lobos les llevaban la delantera.

Una súbita luz centelleó desde el valle, desapareció y volvió a revolotear junto a ellos. Luego, la mancha se paseó errática a través del desfiladero, se detuvo sobre una lisa roca sumida en la sombra, danzó agitada y se estabilizó. Abajo, las delgadas y descarnadas manos del viejo Eli debían de estar manejando el gran espejo montado en un largo tablero, todo lo que necesitaba para darle el balanceo microscópico preciso. Su talento residía en una coordinación de nervios y músculos tan cercana a la perfección que le permitía modelar y emplear las herramientas infinitesimales propias para manipular los microorganismos individuales dentro del campo de un microscopio. La mancha de luz se agitaba, pero sus movimientos resultaban lo

bastante claros para deletrear los caracteres del alfabeto.

Apresúrense, necesito el generador —leyó Gram, riendo entre dientes—. Estás seguro de que lo ha traído, ¿eh? Dejémoslo... ¿Qué es eso? *Muchacha lobo localizada*.

Toda una gama de expresiones pasó por el rostro de Gram, dando paso a un gesto de repentina determinación.

—¡Date prisa, Omega! Ya descansarás después. Te ayudaré con la carga.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Y qué significa ese asunto de la muchacha lobo?

Tras el breve descanso, el bulto pesaba una tonelada y el desfiladero parecía tener al menos quince kilómetros de largo. Cualquiera cosa que hubiese hecho, ningún lobo podía ser tan importante.

Gram contuvo un poco su ansiedad.

—Nunca quisimos decírtelo; para no preocuparte... La hija de Ellen, tu prima..., supongo que habrá crecido bastante. La vimos con una manada de lobos mientras estabas de viaje, pero creímos que había muerto más tarde... Bueno, vámonos, no sea que empiecen la búsqueda sin los escudos. Té lo contaré en otro momento.

—No empezarán sin los escudos —le aseguró—. ¿Vive con los lobos, Gram?

—Es muy posible. Oye, te digo que empezarán. Tom y Ed murieron en ese lugar, antes de que tú inventaras los escudos. Se trata de la preservación de la raza. Nuestra gente preferirá morir quemada antes de verte sin pareja. ¿Quieres darte prisa?

Se dio prisa, en efecto. Nadie se atrevía a desobedecer a Gram. No obstante, su mente se hallaba absorta en la imagen de lo que podía ser una muchacha lobo. La idea de una compañera semejante le pesó más aún que el paquete que transportaba. Y pensar que creyó ya apagados los viejos ardores de la preservación de la raza...

Adam acudió a su encuentro, se apoderó del paquete, lanzó un puntapié a uno de los peludos cerdos de enormes orejas y se ajustó al paso de Gram, sin dar la menor muestra de pereza. Los chillidos del animal permitieron al muchacho recuperarse de la sorpresa que provocó en él ese gesto, antes de que su tío contestara a las preguntas de Gram.

—Jenkins, que estaba solo como siempre, fue a dormir al otro extremo del lugar. Hacia la madrugada, le despertó un aullido. La divisó a distancia, junto con una pareja de lobos. Pudo verla bien... Parecía de verdad humana y llevaba un palo en la mano. Cuando llegó a aquel punto, ella ya se había ido, pero descubrió qué dirección había tomado. Creo que sé dónde tiene su madriguera... Jenkins volvió hace media hora, exhausto. Tan pronto como nos reveló el paradero de la muchacha, enviamos las señales.

—¡Hum! ¿Se te ocurre por dónde anduvo desde la primera vez que la vimos, Adam?

—Por ahí, en cualquier lado. Siendo niño estudié el comportamiento de los lobos.

Vagabundeaban por todas partes. Y llevando tu sangre, sin duda también ella lo hace. Es una suerte que haya vuelto.

Llegaron a la caseta donde se generaba la energía y penetraron en ella. Adam cerró la puerta, en tanto Eli atornillaba el generador sobre una tosca plataforma y lo conectaba a la vieja rueda hidráulica. En su rostro había un fulgor que Omega desconocía, el mismo que se reflejaba en las expresiones del resto del grupo.

Todos se hallaban presentes, a excepción de Jenkins, cuya pigmentación verdosa y sus cromosomas, que, en lugar de por parejas, se agrupaban en tríos, constituía la única anomalía física que subsistía. Esa anomalía iba acompañada de una multitud de fabulosos talentos extrasensoriales, que le hacían plenamente consciente de la impopularidad que a la vez le acarreaban. Eli, Adam y Simón se colocaron los escudos. Producto de los conocimientos matemáticos de Adam, de la asombrosa pericia de Eli y de algunas ideas de Omega, los escudos creaban un campo que neutralizaba todas las radiaciones más allá de un cierto nivel de energía. Por una razón que desconocían, también distorsionaban un tanto la fuerza de gravitación, pero suponían el único medio de que los demás se desplazaran fuera de los límites de la zona que habitaban.

Simón ajustó en su sitio la última batería, en cuanto ésta hubo terminado de cargarse, en tanto que Gram llevaba a cabo una rápida inspección.

—Omega está agotado y no quiero que la muchacha lobo me recuerde como la persona que la capturó, si luego he de ocuparme de ella. De modo que decidir vosotros. ¿Crees que podréis ir sin mí, Adam?

—Ya he pensado en algo. La atraparemos.

—De acuerdo.

Se quedó observando su marcha y volvió a la cabaña.

—Dejemos que se entretengan, Omega —dijo—. Nosotros comeremos y luego te irás a la cama..., una vez que te haya hablado de Ellen y de la niña.

No había mucho que contar. Además del padre de Omega, la pequeña hija de Gram, hasta entonces nunca mencionada, sobrevivió también a la plaga.

Creció, se casó con Simón después del nacimiento de Omega y concibió un hijo. Jenkins, en condiciones de predecirlo, aseguró que sería una niña.

No obstante, algún accidente ocurrido durante el infernal viaje perturbó sin duda la mente de Ellen, que, con el tiempo, desarrolló ideas religiosas demencialmente fanáticas. En apariencia, la idea de que su hija se casase con un primo significaba a sus ojos un atroz pecado. Un día escapó, dejando una furiosa nota. Nunca lograron dar con ella.

—Y Dios es testigo de que lo intentamos. —La sopa de Gram seguía intacta frente a ella—. ¡Omega, no sabes lo que supone pasar años rezando por el nacimiento de una niña... una niña fértil, en un mundo que se muere de esterilidad! Ella era la

única persona por quien rezar, puesto que, gracias a ella, los crueles rayos no herirían a nadie más de nuestra especie en el mundo. Mi línea es fértil, y la pequeña hubiese heredado la fertilidad... Eres demasiado joven para comprenderlo, pero los viejos necesitamos a los niños. Cuando te sientes próximo a morir, te hace falta la prueba de tu inmortalidad física a través de la raza..., de que no te reducirás sólo al espíritu. El olvido se cierne sobre ti y se cierra a tu alrededor cuando ya no queda nadie para recordar... ¡Oh, vete a la cama antes de que me eche a llorar!

Pero una cosa con forma humana y rostro idiotizado, que emitía sonidos animales y trataba de morder, con el pelo erizado, obsesionaba a Omega. *El libro de la selva* de Kipling no había sido más que un sueño fantástico. Las personas que crecían entre los animales siempre serían menos que las bestias a las que seguían.

Sus emociones, en cambio, no se ajustaban tanto a la lógica. Subyacente a su disgusto, un curioso hormigueo se entremezclaba con una confusa imagen de una posteridad abstracta, pero intensamente personal. Bastaría una mujer fértil para que pudiesen deleitarse con la cálida sensación de inmortalidad física basada en la perpetuidad de la raza. Una raza que había estado muerta y por la que nadie había llorado y que, a partir de entonces, volvería a pensar en términos de futuro... «Desgarrando la comida con su boca babeante y sus colmillos salvajes, con ruidosos gruñidos animales, dando vueltas por su jaula sin ninguna luz de inteligencia en sus ojos...»

—¿Crees que la atraparán viva? —preguntó, mientras Gram empezaba a extender sobre él las mantas de pelo de cerda.

—Lo conseguirán por encima de todo. Hemos hecho un pacto con respecto a eso. ¡O la traen con vida o se abrasan allí!

Cerró la puerta tras de sí en silencio. Ya a solas, Omega pensó en el bárbaro acoso que durante tanto tiempo se estuvo fraguando a su alrededor y que él ignoraba. Sin embargo, no hay pensamiento capaz de mantener despierto a un hombre tras un viaje tan extenuante como el que acababa de finalizar y, en cierto momento, en medio de sus cavilaciones, se quedó dormido.

Los exploradores ya estaban al alcance de la vista cuando Gram le despertó. Dos de ellos se tambaleaban bajo la desviación de la gravedad originada por los escudos. Adam, por el contrario, parecía capaz de pronosticar el sentido de las cambiantes fuerzas y marchaba delante de los otros, equilibrado y resuelto. Sus compañeros transportaban una figura cubierta, suspendida de una larga estaca. El pequeño clan les aguardaba fuera de la cabaña, reunido en vociferante grupo. Cuando Omega se les unió, después de haberse despejado sumergiendo la cabeza en el agua, se habían callado ya. Los tres cazadores se acercaban. Incluso bajo la tenue luz del crepúsculo, se distinguían sus rostros y la postura de sus cuerpos.

Arrojaron al suelo la carga, en medio de un rígido silencio. Simón, el compañero

de Ellen y padre de la niña, se volvió, hizo una seña a su hermana melliza y ambas se dirigieron a su cabaña. Los demás esperaron indecisos, hasta que Adam se agachó para levantar la manta que cubría la figura acurrucada en el suelo.

—Habrá que invertir el orden de las palabras, Gram. Es un lobo muchacha, pero aquí la tienes. ¿Y ahora, qué?

Dio un tirón a la manta, dejando al descubierto la lastimosa criatura, con los pies atados a la estaca.

¡Una loba! A pesar de lo extraño y peculiar de su forma, no cabía ni la sombra de una duda acerca de su origen. Los dientes que resplandecían a través de los cordeles que sujetaban sus mandíbulas eran colmillos, y la presencia de una cola despejaba todo malentendido.

Resultaba fácil ahora comprender por qué Jenkins, bajo la mortecina luz de las estrellas, imaginó ver a una mujer. La mutación que la había creado, a pesar de la potencia celular de sus padres, le había conferido un remedo de forma humana, y era tan antropoide como lobuna. Tenía las patas posteriores largas. Las anteriores, más cortas, terminaban en unos dedos prolongados, que caricaturizaban las manos humanas. Con su frente protuberante y su mandíbula sumida, la piel de su cuello, cuando se erguía, podía confundirse con cabello. Y el hecho de que se le hubiera dado forma de mujer, inspiraba un sentimiento de piedad en tanto que ella les miraba ferozmente.

Jenkins fue el primero en experimentarlo. Su suspiro rompió el silencio; se adelantó, con sus tímidos y atemorizados ojos humedecidos por las lágrimas. Titubeó por un segundo, antes de que sus manos rompieran los cordeles que amarraban la boca de la loba. Los labios del animal retrocedieron, pero no hizo ningún amago de morderle. Jenkins miró a sus compañeros, y su temblorosa y avergonzada voz expresaba la amargura y la culpa:

—Los cordeles le lastimaron los labios. Su mente se halla envuelta en un remolino de niebla..., oscurecida. Casi no se advierte, pero está llorando, aunque no llora por ella, sino por sus cachorros, abandonados en el lugar donde la capturaron... Los lobeznos son de la misma especie que ella. ¿Tenemos que matarla, Gram?

Gram sacudió la cabeza para despejarse. Habló en tono tan grave e inseguro como él.

—Sin embargo, tú viste que la muchacha lobo llevaba un bastón. ¿Cómo estar seguros...? Sigue investigando dentro de su mente.

—Encontramos el bastón —contestó Adam en lugar de Jenkins—. Dada su conformación, lo necesita. No puede correr a cuatro patas y no está muy bien preparada para andar verticalmente durante mucho tiempo. Jenkins, ¿cómo se llama?

—¿Su nombre? No..., no lo veo muy bien. Me parece que tiene algo que ver con... ¿Hambre? No, con el dolor.

—Se llama *Mala Suerte* —aclaró Adam—. Supongo que le dieron ese nombre a causa de su conformación. No poseen un lenguaje demasiado amplio, a menos que lo hayan mejorado desde mi infancia. De todos modos, vale más que tu telepatía. Tú descifra lo que yo pienso, mientras le hago algunas preguntas.

Torció los labios y lanzó un sobrenatural y sollozante quejido. La loba agitó de pronto la cabeza, y sus ojos buscaron ansiosos detrás del hombre. Cuando éste repitió el alarido, volvieron atrás y se posaron sobre los suyos. Al tercer intento, los labios de ella se separaron, se cerraron y se abrieron de nuevo, emitiendo una serie de algo que sonaba entre gruñido y quejido, en cierto modo articulado y sin esperanza.

Quizás el espectáculo de un hombre y una loba conversando fuese una forma de terminar el día tan lógica como cualquier otra. Al menos, la pequeña audiencia lo contemplaba con aburrida falta de interés. La voz de Jenkins iba revelando el sentido de las interpretaciones mentales de Adam.

—Él la ha sorprendido... No nos guarda rencor. ¿Por qué habría de guardárnoslo? La caza es algo normal... ¿Es él un hombre o un lobo? Sí, contestará a todas las preguntas que le haga. No, no ha visto a ninguna mujer fuera del valle... Ni a ningún cachorro humano... ¿Cuándo nos la comeremos?

—¡Puaf! Supongo que... Bueno, dejemos que se vaya. Me hubiese gustado ignorar su capacidad de hablar, Adam. Ahora... —Gram suspiró, mirando a su alrededor y esperando alguna sugerencia. Al no recibirla, continuó—: Dile que le daremos de comer, ya que le hemos estropeado su día de caza, y la dejaremos marchar. Pero tiene que mantenerse fuera de nuestro valle y no atacar a nuestros animales. Me imagino que nonos queda otra cosa que hacer por el momento. ¿Puedes decirle eso?

—Claro que puedo. Los lobos han mejorado un poco su lenguaje... Sin embargo, eso no quiere decir que me comprenda. Podría traducir la Biblia al lenguaje de los lobos, si se me ocurriese, pero no tendría ningún significado para ellos. Hace falta cierta preparación semántica para emplear un idioma compuesto de ciento y pico de palabras, aunque no es tarea imposible. Bien...

Fruunció el ceño, reflexionando. El pequeño Jenkins, otra vez consciente de que sus dones no eran bien vistos por las mentes normales, se apartó en silencio del grupo, antes de que Adam rompiera a hablar de nuevo.

Esta vez le llevó más tiempo. Cuando por fin ella comprendió el significado de sus palabras no hubo dudas sobre la sorpresa y el leve sobresalto de esperanza que se pintaron en su rostro. Permaneció tranquila, sin alzarse, con los ojos clavados en los de Adam, en tanto que éste la desataba. En realidad, no le creyó hasta que puso Una pierna de cerdo congelada en sus extrañas manos humanas. Entonces, sacó la lengua y dio un rápido lametón a la mano del hombre. Luego, echó a correr con bruscos movimientos.

Adam profirió un agudo aullido, la loba se detuvo indecisa, una pausa lo bastante larga para responder a la llamada, antes de que su figura desapareciese en el crepúsculo. Adam dirigió a Gram una maliciosa sonrisa y se encogió de hombros.

—Nunca ha percibido el olor de gente extraña —explicó.

—No. —Gram volvió a suspirar y abrió la puerta—. Adam, Omega, entremos. Los demás volved a vuestras cabañas. Os congelaréis si seguís aquí fuera. Ya nos hemos divertido lo suficiente. Será mejor que olvidemos la idea de la muchacha lobo.

Se equivocaba. Menos de tres horas después, un suave aullido hizo que Adam se levantara de la mesa y saliera hacia la noche. *Mala Suerte* había regresado, y su silueta se perfilaba gracias a la tenue claridad que se filtraba a través de la puerta abierta. Junto a ella, se agitaba un viejo y encanecido lobo, con los pelos del lomo erizados y enseñando los colmillos. Sus movimientos cesaron cuando se aproximó el temido hombre que conocía el lenguaje de las bestias.

Entablaron una conversación extravagante e indecisa, con largos silencios. En determinado momento, Adam asintió con un gesto, y los lobos desaparecieron en la oscuridad. Regresó a la cabaña meneando la cabeza, con una extraña sonrisa en sus labios. Se dejó caer en el banco y miró a Gram, cuyas manos continuaban sin remordimientos su solitario.

—El lobo viejo es su *Rastreador de Comida Lejana* y me imagino que se mantiene en contacto con otras manadas. De todos modos, no hay ningún lobo en todo el planeta que conozca el olor del hombre, excepto los de aquí. Tiene gracia... La naturaleza parece dedicarse a crear sin pérdida de tiempo a los que van a reemplazarnos. Ha pasado tanto tiempo desde que los estudié... ¡Ética! ¡Gratitud!

Gram asintió con cansancio, y un triste, y rígido silencio, sólo aliviado por el monótono golpeteo de las cartas, se enseñoreó de la cabaña.

Al día siguiente, poco después del mediodía, encontraron a Simon y su hermana sumidos en la profunda catalepsia provocada por el veneno de las bayas pulverizadas. En su interior, el increíblemente lento ritmo de su respiración y los latidos del corazón continuarían durante horas, demasiado débiles para detectarlos: Sus cuerpos aparecían ya fríos al tacto. Aun así, todavía podían ser devueltos a la vida, y Omega se volvió de manera automática para ir en busca del antídoto. La mano de Adam le detuvo.

—No tiene sentido, muchacho. Siempre habrá más veneno.

Adam echó una nueva ojeada a la cabaña, deteniéndose en los magníficos cuadros pintados por los mellizos. Después, cerró la puerta y empezó a clavetear sobre ella tableros de madera. Abrumados, se dirigieron hacia los armazones en que Gram y Eli plantaban semillas de col. Los martillazos habían transmitido la noticia antes que ellos y no hubo comentarios.

Sólo se oyó un distante zumbido, como originado por un lejano enjambre de

abejas. Desapareció cuando Omega se inclinó sobre la fría tierra y comenzó a trasplantar, preguntándose cuántos de ellos vivirían para comer aquellos vegetales una vez crecidos. ¡Ya sólo quedaban diez!

El zumbido se repitió. La exclamación de Gram obligó a sus compañeros a enderezarse y mirar hacia el cielo. Un rugiente objeto se materializó en el vacío, relampagueó y desapareció de nuevo.

—¡Una nave! ¡Un avión a reacción!

Imposible. Y sin embargo, lo habían visto. No había tierra habitable por debajo de los sesenta grados de latitud norte. Una colonia, entre las tres originales, había comunicado antes de extinguirse que el hambre la estaba devastando. La de Gram había perecido a causa de la plaga, y los lobos no conocían el olor de otros seres humanos fuera del valle.

Se trasladaron a la caseta donde producían la energía. Las manos de Eli movieron las llaves del rústico transmisor de chispa construido por los primeros supervivientes. La corriente saltó entre los electrodos, en un código tan rápido que no se percibió más que un continuo chirrido. Esperó una respuesta del crepitante altavoz y, al no llegarle, renovó la operación.

En ese instante, regresó el bramido. Apenas dispusieron del tiempo necesario para mirar hacia fuera antes de que un relámpago de metal descendiera aullando, serpenteara, cruzara velozmente a través del desfiladero y se desvaneciera. Gram lo amenazó con el puño.

—¡Maldito cachorro! Divirtiéndose a nuestra costa...

Antes de que alcanzara a completar la frase, una juvenil voz masculina surgió del altavoz.

—¡Hola, amigos! Nos ha costado algún tiempo localizar su frecuencia y conectar con ella... La señal se difunde en todos los kilociclos. Y no logro entender esa transmisión tan confusa, de modo que, si están en condiciones de recibir frecuencia modulada, háganmelo saber por medio de tres toques lentos... ¡Estupendo! Lamento no aterrizar pero mis reservas de combustible no bastan. Volveré. Mientras tanto, echen un vistazo a la película que les he lanzado. ¡Aquí el planeta Marte, corto!

¡Marte! Casi estaban preparados para eso. Aun así... Y la voz sonaba impregnada de una extraña cualidad que su instinto reconocía como entusiasmo juvenil y una segura confianza en sí mismo. Una agradable persona, sin duda...

Jenkins interrumpió sus ensueños al arrojar un paquete sobre el banco. Seguramente la película. Él había sido el único en verlo caer. Con un nerviosismo que ninguno de ellos recordaba en él, las manos de Eli se apresuraron a romper los flejes de metal que rodeaban el objeto. No obstante, fue Adam quien extrajo la pequeña máquina y encontró el interruptor. La enfocó con todo cuidado hacia la pared de piedra gris, descubrió otro botón, lo apretó y se sentó a contemplar las escenas en

movimiento.

Al principio, aparecieron algunos dibujos obviamente convencionales, aunque bastante claros. Un hombre, con un rótulo donde se leía *Masón*, posaba a la puerta de un primitivo cohete junto a su joven esposa, mientras una multitud les aclamaba y luego se apartaba. La pareja saludó, cerró la puerta y el cohete se elevó en medio de un chorro de llamas. La Tierra fue quedando atrás, disminuyendo de tamaño, en tanto que aparecía la Luna, deslizándose rápida ante sus ojos. *Masón* se mostró mirando por una claraboya en el preciso instante en que, desde la Luna, les alcanzaban llamaradas abrasadoras. Las escenas siguientes mostraban a su esposa tratando de curarle las quemaduras y luchando denodadamente por conseguir que la nave aterrizase sobre la accidentada superficie de Marte. Delgados antropoides cubiertos de pelo y con cuatro brazos, se presentaron entonces y les condujeron a un extraño y primitivo mundo subterráneo.

Después de eso, *Masón* se convertía en su maestro. Los marcianos iban extinguiéndose poco a poco por falta de combustible. Los motores atómicos de la nave les concedieron el margen que necesitaban para llegar muy pronto a una civilización autosuficiente, que les permitió incluso extraer aire y agua de la muerta corteza del planeta. *Masón* envejeció. Entre tanto, la pareja había tenido seis hijas. Cuidadosos diagramas demostraban que la explosión lunar había esterilizado los genes masculinos de su esperma, por lo cual no podía tener hijos varones. Almacenaron los espermatozoides y buscaron afanosos un remedio. No lo habían encontrado aún cuando las escenas reproducían el cortejo que acompañó su entierro.

La última escena mostraba una glorificada estatua de *Masón*, sosteniendo un libro en una mano y tendiendo en la otra hacia lo alto un átomo simbólico. Debajo, ocho jóvenes humanas se agrupaban junto a un gran cohete, con los rostros vueltos hacia el cielo y los brazos alzados en silenciosa súplica. La película terminaba ahí.

Omega no perdió el tiempo escuchando los comentarios. Sus poderosos músculos arrancaron los tableros que clausuraban la puerta de la cabaña de Simón. Penetró en ella y vertió un líquido negro en las bocas de los mellizos. El tinte vegetal que usaban para teñir sus ropas y que les servía también para escribir había revivido ya a algunos cerdos envenenados. Asimismo debería revivir a los hombres. Lo hizo, en efecto. El sol de la tarde iluminó otra vez a los doce, contemplando el descenso de la nave que se asentó sobre sus propulsores, a cien metros del lugar donde se hallaban.

Una delgada figura, peluda y con cuatro brazos, salió del artefacto, seguida por otras dos, en apariencia idénticas. Luego, mientras los doce humanos aguardaban con tensa expectación la puerta se cerró sin titubeos y los alienígenas se encaminaron hacia el grupo. Tres marcianos... ¡Y ningún terráqueo! Omega oyó a su lado la dificultosa respiración de Gram. Jenkins profirió un gruñido animal. El único que no transparentó ni enfado ni sorpresa fue Adam. Tranquilo, se adelantó sin prisas a

estrechar la mano del jefe del grupo y hacer las adecuadas presentaciones.

La peluda cara de Jaluir permaneció inexpresiva, pero su voz coincidía con la cálida y entusiasta que les había hablado por el altavoz.

—¿De manera que existen de verdad? ¿Dónde diablos se metieron el invierno pasado? No advertimos ningún signo de vida inteligente.

—Estábamos ocultos. La nieve alcanza a veces los seis metros. Lo cubre todo. Así que nos encerramos e invernamos en las cavernas hasta que terminan las crecidas de primavera. ¿Han explorado todas las áreas no radiactivas?

—Sí, las diecisiete. Ésta era la única que nos faltaba. Nuestro avión se averió. De no haber sido así, probablemente les hubiésemos encontrado antes. —Se encogió de hombros, con un gesto copiado tal vez de *Masón*—. Después de eso, abandonamos toda esperanza, hasta que tuve que hacer un aterrizaje forzoso en Fairbanks. Averigüé entonces que alguien había visitado la ciudad poco tiempo antes, y el comandante Hroth nos autorizó a quedarnos otra semana. Fue una tarea endiablada localizar sus campamentos para a partir de ellos encontrarles.

—¿Y para qué tantas molestias? Ustedes no han venido sólo por vernos..., sobre todo habiendo gente de nuestra especie en Marte.

La voz de Gram sonaba de repente vieja, cansada y llena de sospecha. El marciano enarcó las cejas sorprendido.

—Necesitábamos algunos metales, por supuesto. Sin embargo, no hubiésemos cruzado el espacio sólo por eso. —Titubeó, y las palabras que pronunció después fueron torpes e indecisas—: Las muchachas que nos vieron partir, y fracasamos, a pesar de ellas, son las últimas. Sólo nos restan los gérmenes masculinos del Profeta... Nosotros también tenemos nuestros tabúes, señora, pero... Bueno, hicimos todo lo posible. Y ahora, cuando nuestras esperanzas se habían desvanecido, los dioses nos han devuelto la vida.

—Bueno, quizá tenga razón. Será mejor que usted y sus amigos pasen a la cabaña. No hay necesidad de que permanezcan ahí fuera.

—Si no le importa, preferiría ver el transmisor —contestó Jaluir.

Gram movió la cabeza, asintiendo de mala gana. A Omega en cambio, le alegró aquella excusa para rescatar a Jaluir de la hostilidad que expresaban los rostros de los suyos. No se lo explicaba. Cuando un marciano atraviesa ciento sesenta y cinco millones de kilómetros por el espacio para una cortés visita, merece ser recibido con cierta cordialidad. Y en lugar de eso, Gram adoptaba la misma actitud con que había acogido la propuesta de Adam de descartar el inglés y adoptar el lenguaje semánticamente perfecto que acababa de inventar. El muchacho ajustó su paso al del extraterrestre. Los demás le siguieron.

El transmisor sólo ocupó la atención de Jaluir durante un minuto. Luego, sus ojos recorrieron el resto de la caseta. El tosco microscopio que Adam construyó a partir de

las ideas de Omega fue inspeccionado más a fondo, antes de tocarle el turno a uno de los pequeños escudos antirradiativos.

—Intercepta las radiaciones de alto grado de energía —explicó Adam, con expresión de desconfianza, a pesar de su tranquila sonrisa—. Si le sirve, está a su disposición.

El marciano asintió con un gesto y lo guardó en uno de los bolsillos de su cinturón, la única prenda que vestía.

—Algo muy simple, siempre que alguien descubra el principio de su funcionamiento. Gracias. Desde luego que nos sirve. Nos preguntábamos cómo habían logrado llegar hasta Fairbanks.

—¡Tonterías! —rezongó Gram—. Omega y yo no necesitamos de esos mecanismos. Somos inmunes por naturaleza a las radiaciones.

—¡Zot luill! ¿Que son ustedes...?

El rostro que se volvió hacia el muchacho había dejado de ser inexpresivo para dar paso a una animada excitación, imposible de ocultar pese a la diferencia de raza. Giró sobre sus talones, emitiendo ruidosas sílabas en una extraña lengua, sin duda una orden, puesto que los otros dos marcianos emprendieron una desgarbada carrera hacia la nave. Cuando de nuevo se encaró a los terráqueos, había controlado ya sus emociones, y su voz sonó tranquila y amistosa.

—Lo siento, pero tengo que volver a la nave por unos minutos. Bueno, vayamos al grano, ¿les parece? ¿Cuándo estarán dispuestos a partir?

—¿Rumbo a Marte? —preguntó Gram.

—Rumbo a Marte. Pasarán por lo menos quinientos años antes de que la Tierra vuelva a ser habitable. Y Ustedes no pueden seguir viviendo en estos pequeños valles. ¿Qué mejor santuario que un Marte agradecido? Claro está, querrán discutirlo antes de decidirse... Disponen de tiempo hasta mi regreso.

Y se alejó en pos de sus compañeros. Gram suspiró preocupada, aunque sin la tensión que la había dominado durante la entrevista.

—¿Un santuario... o un lugar de esclavitud? Parece bastante agradable, pero...

—¡Es un monstruo! —El suave susurro habitual en Jenkins se había transformado en un salvaje jadeo, lleno de odio—. ¡Un monstruo inhumano! Su cerebro está en blanco, completamente en blanco. Ni siquiera lo percibo.

La severa voz de Adam interrumpió sus delirios.

—¡Cálmate! Si no logras fisgonear dentro de su mente, ¿cómo sabes lo que es? No vas a odiar a un hombre sólo por eso, ¿verdad? A mí me agrada Jaluir.

—A mí también —admitió Gram, aunque su rostro seguía expresando la preocupación—. ¡Claro que nos resulta agradable! No se cazan lobos sin un cebo atractivo. Los misioneros querían ayudar a los aztecas... Hasta que encontraron oro y llegó Cortés. Y nuestros antepasados esclavizaron a los negros y trataron de

exterminar a los judíos basándose en diferencias mínimas. Marte nos es mucho más desconocido que cualquier cosa que encontremos aquí. Tal vez nos consideren como dioses, según dice. O tal vez nos consideren animales.

Sus dudas se iban incrementando, por un proceso de inducción recíproca. Incluso las ideas de Omega comenzaron a tomar el mismo rumbo. No obstante, cuando habló, sus palabras no se acomodaban a ninguna de las hipótesis.

—Por supuesto que nos podemos estar seguros. Sólo contamos con la evidencia que prepararon para nosotros. Pero parece amistoso.

—¿Y por qué no habría de parecerlo, cuando nuestro planeta rebosa de los minerales que necesitan? Soportamos bien la gravedad, que a ellos les molesta, y ahora resistimos también las radiaciones. Esa información le entusiasmó. Un poco más de lo razonable, en mi opinión.

Gram titubeó y su mirada se dirigió hacia el oeste, donde se hallaba su valle natal.

—Los hombres siempre hemos cuidado mejor a los animales que a nosotros mismos. Lo sé muy bien porque, siendo chiquilla, temamos caballos..., hasta que un descuidado necio dejó un portón abierto, y los lobos mataron nuestros dos sementales. Trató de ocultar las evidencias, porque no ignoraba el castigo que se le aplicaría. Pero yo lo vi todo y era lo bastante joven para ir en seguida con el cuento. ¡Pobre diablo! Por fin, lo arrojaron a los lobos... Los hombres actúan de extraña manera cuando se trata de sus bestias de carga, Omega.

—O de sus animales domésticos —agregó Adam, pensativo—. ¿Votamos?

No fue necesario el recuento de votos. Simón y su hermana se dirigieron hacia la puerta. Los tristes y empañados ojos del primero censuraban sin palabras a Omega. Gram paseó su mirada por todos los presentes. Por último, meneó la cabeza y marchó en dirección a las cabañas. En pocos segundos, sólo quedaron en la caseta Omega y Adam.

Jaluir se reunió con ellos, y el alegre timbre de su voz se transformó en un súbito gruñido de desconcierto. Adam se lo explicó con una torpe mueca.

—Lo sometimos a votación y decidimos rechazar su propuesta, Jaluir. Vivimos en un mundo miserable. Aun así, preferimos quedarnos. Y no me pregunte las razones. Las desconozco.

—Pero no pueden... Ustedes son... ¿Se quedan *todos*? ¿También Omega?

—Eso lo decidirá él. Omega no participó en la votación. De todos modos, el resto de nosotros no partirá.

—Ya. —Jaluir reflexionó un momento. Al fin, se encogió de hombros, considerando todo aquello como un enigma sin solución—. Mentiría si dijese que les entiendo, pero, si lo han decidido así, ya encontraré la manera de explicárselo al comandante Hroth. Bien, tengo que volver a la nave mayor antes de que oscurezca demasiado, así que más vale que me dé prisa. Volveré a recogerle por la mañana,

Omega.

Estrechó la mano que Adam le tendía y se fue. Un inmuto más tarde, la nave despegó entre rugidos y llamaradas, desplazándose a toda velocidad sobre las montañas. Adam permaneció unos segundos apoyado en la puerta, al cabo de los cuales entró en la caseta y comenzó a abrocharse un escudo antirradiactivo.

—Voy en busca de la muchacha lobo. Quiero hablar con ella —comentó con deliberada despreocupación, en tanto terminaba de colocarse el aparato—. Por pura curiosidad, claro. Si no vuelvo a tiempo para verte partir...

—¿Quién decidió que yo iría? ¿Jaluir o tú?

—El destino. Si se trata de buena gente, la decisión habrá sido acertada. En caso contrario... Bueno, es posible que tengan armas y sus particulares métodos. ¡Buena suerte, muchacho!

Dio una ligera palmada en la espalda de su sobrino, rió entre dientes y salió caminando lentamente, dejando a Omega a solas con sus pensamientos, una nada amena compañía.

Ahora bien, la lógica de Adam era irrefutable. El muchacho preparó su equipaje por la mañana, una vez que despertó de un espasmódico y ligero sueño. Vio que el avión ya había aterrizado y esperaba junto a la silenciosa hilera de tapiadas cabañas. Durante la noche el muchacho había ayudado a Gram a clavar los tableros que las clausuraban. Sólo quedaban vivos Gram y él, además de Adam, que todavía no había vuelto de su excursión a la zona donde habitaban los lobos. ¡Muertos todos, incluido el pequeño Jenkins, con sus curiosos y extravagantes poderes! Gram suspiró, y sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, siguieron la mirada del muchacho.

—Olvídate de ellos, Omega. Jenkins siempre fue un poco loco y, al fin y al cabo, Eli se estaba muriendo de cáncer. En cuanto al resto, unos inútiles. Hubo un tiempo en que acostumbraba a preguntarme acerca de estas cosas, sobre las retorcidas, las extrañas ideas que reinan en las pequeñas comunidades aisladas, o a reflexionar sobre las referencias incluidas en los libros de psicología sobre el suicidio contagioso en esas comunidades durante los períodos difíciles. Sin embargo, hay algo más. —Sacudió la cabeza con un gesto de cansancio y se restregó la frente—. Fue una maldición, un deseo de muerte lo que les convirtió en estériles porque así lo quisieron ellos y les forzó a morir en cuanto tuvieron una excusa..., por más que se negaran a creerlo. Llámalo mutación, si quieres, una mutación que se introdujo sin darnos cuenta, o di que toda la raza abandonó la lucha y se volvió loca sin notarlo después de aquellos años de infierno. ¿Por qué no conservaron el coraje suficiente para idear un planeador y mantener el contacto entre los valles? Entonces nada de esto hubiese sucedido. De todas maneras, la maldición pesa sobre todos los valles... Será mejor que te vayas, Omega. No hagas esperar demasiado a Jaluir.

Las palabras bullían en su interior, pero se negaron a salir. Gram posó

delicadamente su vieja mano de piel tostada sobre la boca del muchacho, y en sus labios, se dibujó la sombra de una sonrisa.

—No, vete. Y si algún día tienes hijos, no hijos esclavos, Omega, sino verdaderos hombres, háblales de los últimos hombres que vivieron en la Tierra. ¡Ese solo pensamiento me hará feliz!

Todas las puertas de las cabañas estaban cerradas cuando miró desde la puerta del avión, una vez que se cargó todo su equipo. Jaluir le indicó un asiento junto a una ventanilla alejada de la visión de las cabañas. Se sentó y permaneció con la mirada clavada en el panel de instrumentos por un lapso que semejó ser de horas, mientras el avión esperaba. De pronto, los propulsores rugieron y, tras una breve carrera por el suelo, despegaron.

—Abajo —le señaló el marciano con suavidad.

Diminuta, pero destacándose nítida contra un montón de nieve, una figura les saludaba agitando los brazos, rodeada por oscuros puntos, sin duda lobos. Jaluir lanzó el avión hacia abajo y voló en círculos, aproximándose todo cuanto pudo. Por un instante, la sonrisa de Adam se hizo visible. Luego, se volvió y se deslizó dentro de una cueva, seguido por la manada. La mano del marciano apretó en silencio el hombro del muchacho. Los propulsores rugieron al lanzarse velozmente sobre los campos desérticos.

... La tibieza de sus manos había ablandado la cera purpúrea. Ahora la moldeaba distraído, mientras sus ojos miraban sin ver al estante que terna enfrente. La Tierra se había reducido a un débil punto en la lejanía, y Marte aparecía rojo y enorme delante de ellos. ¿Santuario o esclavitud? ¿Cómo saberlo? La respuesta se hallaba sin duda en alguna parte de las notas que había ante él, pero su mente les daba vueltas y vueltas, incapaz de abandonar los carriles que su propio pensamiento había trazado, y la clave se le escapaba.

Al iniciar su manuscrito, una semana atrás, le pareció una tarea sencilla. La tinta y la vela, siempre en su sitio, le recordaban su proyecto. Entre los hombres, tal vez hubiera dado resultado, pero si incluso las motivaciones humanas eran imprecisas, aquellos extraños seres de Marte pertenecían a otra raza. Se había mezclado con ellos, cenando con su flemático comandante y escuchando las leyendas de Marte que tan bien contaba Jaluir. Sin embargo, no les conocía, ni terna esperanzas de conocerles antes de que sus hijos crecieran lo suficiente para maldecirle o bendecirle por las consecuencias. Y entonces, sería demasiado tarde.

Con un súbito movimiento del brazo, barrió los objetos del estante, haciéndolos caer en la papelera, y giró sobre sus talones..., justo a tiempo para ver abrirse una de las puertas laterales y aparecer en ella una anciana y familiar presencia.

—¡Gram!

—Pues claro. ¿Quién otra pasaría doce días mirando a través de un espejo

transparente para comprobar si terna a un necio por nieto? —El agotamiento que se transparentaba en su voz estropeó su intento de demostrar un poco de humor. Desistió —. Encontré la vela en tu maleta, Omega, y comprendí que, aunque la destruyera, encontrarías otros medios. De modo que hice un trato con Jaluir y, antes de que despertaras, mi equipaje ya estaba en el avión... De todas maneras, en última instancia no hubiese intervenido. Si es que hay alguna diferencia, prefiero ver a mis descendientes convertidos en esclavos antes que en cobardes.

Omega denegó con la cabeza.

—No había planeado suicidarme, Gram. Pensé que, si eran cazadores de esclavos, me arrojarían al vacío junto con mis notas, como le ocurrió al hombre de tu relato, que trató de ocultar lo que había hecho para escapar al castigo por su negligencia. Por el contrario, si eran amigos, esperarían a terminar de leer esas notas, a fin de encontrar en ellas la forma de reanimarme.

—Ya. Y en cualquiera de los dos casos, eludirías toda responsabilidad, ¿eh? No, muchacho. Los hombres pudieron colonizar los planetas diez años antes del Cataclismo, pero estaban demasiado ocupados con sus incertidumbres. Hasta el último minuto, le temieron tanto a la güera que sólo fueron capaces de prepararse para ella. Los supervivientes pudieron tratar de comunicarse con los otros valles y así reproducirse de nuevo. No, lo dieron todo por perdido y se sentaron a lamentarse por la sucia jugada que les había gastado el destino. Fuimos una raza de irresponsables, de llorones niños de pecho. Y va siendo hora de que evolucionemos, que dejemos de lado nuestras pesadillas y aceptemos nuestras responsabilidades.

Y Gram se encogió de hombros. Abandonando el tema, se volvió hacia la puerta que daba al corredor.

—Vamos, muchacho. Jaluir dice que estamos llegando y no nos vendría mal ver el aspecto que presenta este planeta.

Omega, en cambio, no había quedado aún satisfecho. Le agradaba apoyarse en la vieja y familiar tenacidad de Gram. Sin embargo, ella no podía ayudarle en el análisis final de los hechos. La responsabilidad de la decisión que estaba obligado a tomar le correspondía a él en exclusiva. No debía compartirla con nadie. Los hombres habían cometido muy graves errores. Evolucionaron con excesiva rapidez, y su astucia superó su sensatez. No obstante, ningún individuo aislado tenía derecho a negarle a la raza una última posibilidad de recuperar todo lo bueno que había conseguido.

Tres siglos de amarga hibernación habían hecho mella en su puerilidad. Tal vez si empezaban de nuevo, aprenderían las lecciones que antes despreciaron, siempre que albergaran en sus corazones el coraje necesario y se les concediera la oportunidad. Las intensas radiaciones de que fueron víctimas, como la lluvia providencial sobre Sodoma y Gomorra, dejó tras de sí una serie de dones que les permitirían reemplazar lo consumido. Tal vez llegasen a constituir una gran raza..., incluso a crear una raza

nueva. Junto a otro pueblo y otra cultura, que les ayudarían a corregir sus errores y alentarían sus virtudes, se desarrollarían más allá de los sueños de todas las profecías poéticas.

¿Sucedería de ese modo o, por el contrario, el hombre se convertiría en el hábil vasallo de un amo extranjero?

—Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin —citó suavemente Gram, como si leyera en su mente.

Y esas palabras, que debieron de ser estimulantes, sonaron severas y ominosas. Ella le había bautizado con el nombre de Omega, el último de los terráqueos. Mas nadie podía llamarle Alfa o prometerle que sería el iniciador de una nueva raza, independiente de la Tierra.

Habían llegado al final del corredor y, ante sus ojos, el rojo disco de Marte iba desplazando el frío y la oscuridad del espacio. Omega exhaló un suave suspiro. Sólo le quedaba rezar para que esa visión significase un buen presagio para el futuro... E interrogarse.

Quizá, no lo sabría nunca.

* * *

Campbell, por supuesto, rechazó el relato cuando por fin se lo llevé. No sucedió al día siguiente, como lo había planeado. Porque comencé otro cuento y aguardé a terminarlo para entregarle los dos juntos, algo que nunca había hecho hasta ese momento. Consideró una mala idea presentar más de un trabajo ala vez. Puesto que los editores son simplemente humanos, casi siempre elegirán el mejor y rechazarán el otro, reduciendo así las posibilidades de vender ambos. Además, el hecho de ofrecer demasiados relatos inducirá al editor a considerarlo como una prueba de que uno intenta desembarazarse de los trabajos antiguos o de que lleva a cabo su tarea con excesiva precipitación. Más tarde, me lo admitieron para una publicación llamada *Out of This World Adventures*, donde apareció bajo el título de *Omega y la muchacha lobo*.

Me temo que el cuento demuestra lo enmohecido de mi técnica, tanto en lo que se refiere al argumento como a la forma de escribirlo. Abusaba de los efectos en el estilo y su trama resultaba demasiado obvia.

Al volver a leerlo ahora, creo que, enterrado bajo todas las evidencias de ideas atropelladas, hay un verdadero relato. Pero también esto es una cuestión de criterio. Omega actuaba más por influencia ajena que por sí mismo. Su abuela presentaría un mejor punto de vista. De todas maneras, el relato no se libraría así de su torpeza.

Debí narrar la historia a través de los ojos de la muchacha lobo, casi humana por su inteligencia, esforzándose, con los de su especie, por encontrar una forma acabada de expresión, viviendo cerca de aquellos extravagantes restos de la humanidad. Su

captura y posterior liberación hubiesen quedado mucho mejor contadas desde su perspectiva. Y el cuento debió de finalizar con su intento por comprender por qué, exceptuando aquel capaz de hablar con ella, todos los hombres se habían ido. No lo entendería muy bien, claro, pero quizá tendría una difusa idea de que ahora el mundo le pertenecía..., y de que sus hijos se beneficiarían de los logros que la raza obtendría en un distante futuro. Y como escena final, supongo, la muchacha lobo permitiría que el hombre bestia acariciase a sus lobeznos, mientras se paseaba junto a él, tratando de comprender.

Bueno, ya es un poco tarde para volver a escribirlo.

El cuento que escribí al día siguiente siguió otro proceso. La idea que se me había presentado vagamente la tarde anterior —motivo por el cual no acudí a la oficina de Campbell con el primero— fue cobrando una forma definida y precisa en mi cabeza. Al empezar a transcribirlo, noté que me salía con fluidez y sin vacilaciones, de modo que me sentí seguro de que, durante el largo intervalo de mi inactividad literaria, no había perdido nada de mi habilidad.

Llegó a las seis mil trescientas palabras, y lo llamé *Complejo de fénix*. Sin embargo, me gusta mucho más el título bajo el que fue publicado: *Sombras de un imperio*.

Sombras de un imperio

por Lester Del Rey

Nos deslizamos fuera del campamento mientras el cielo de Marte se hallaba aún cubierto y oscuro. Amanecía en medio de un intenso frío. A nuestros pies, resonaba el siseo de las orugas al arrastrarse sobre las erosionadas arenas, y de los camiones llegaban los murmullos y rezongos de los hombres, todavía reponiéndose de sus resacas. El destacamento ya había desaparecido detrás de las brumas, y el pueblo iniciaba su actividad cuando cruzamos a través de él. Era mejor que sucediera de esa forma. El Quinto había recibido órdenes de volver a la Tierra, después de diez generaciones fuera de ella, y el general no quería que los civiles se preocuparan por nuestra partida.

Ya había sido suficiente escuchar el golpe de la gran puerta y ver que las escasas personas que deambulaban por las calles contemplaban nuestro paso con rostro mohíno y asustado. La mayoría de nosotros habíamos permanecido allí bastante más de diez años, y resulta imposible mantener a los hombres apartados de la gente que habita los pueblos cercanos a los destacamentos. Bueno, habían tenido Ubre la noche anterior y ahora estábamos en camino. Cuanto menos tiempo empleasen pensando en la partida, menos posibilidades de que madurasen ideas de desertión. Dos de nuestros hombres se habían fugado ya hacia el desierto, llevándose un auto-oruga y un camión. Me hubiese gustado encontrarles. Después de veinte años en el Servicio, los vehículos se convierten en algo propio. Ahora bien, ni pensar en dedicar una semana a buscarles cuando el sello del emperador figuraba en la orden recibida.

Una curva del camino nos permitió ver el pueblo bajo la tenue luz del amanecer, y al alcalde, que llegaba con retraso y tropezaba en sus prisas con el jirón de una bandera. El viejo Jake, el tabernero, continuaba entre las cajas que habían quedado vacías después de que arrojara a nuestro paso cartones de cigarrillos. El Señor sabe cuánto le debíamos todavía. También él había pertenecido al Servicio alguna vez, y no creo que retuviera esas deudas en su memoria. Sí, aquél era un buen pueblo y nunca lo olvidaríamos. No obstante, me alegré cuando el camino torció de nuevo y las casas desaparecieron tras las dunas. Yo también soy una persona perteneciente al pueblo, no uno de esos fríos e insensibles nobles, como el general.

A eso se debía que no hubiera pasado aún de sargento mayor, aunque, durante aquellos días, tendría que cumplir las funciones de segundo comandante. Por supuesto, en los viejos tiempos ese puesto hubiese sido cubierto por jóvenes nobles, con títulos adecuados, pero imagino que ahora preferían estar en la Tierra. En ese sentido, en mi época disponíamos de muy pocos reemplazantes, excepto aquellos que nosotros mismos reclutábamos entre la gente del pueblo y los campesinos de los

alrededores. Buenos, ¡qué diablos...! Nos las arreglábamos muy bien. El Quinto terna algunos hombres de menos y carecía de una decorativa banda de música, pero jamás he oído decir que ninguno de los merodeadores torrakh se riera de nosotros, ni siquiera cuando nuestro último helicóptero se estrelló por usar combustible inapropiado.

El pequeño sol rojo llegaba a un punto donde ya no sería necesario mantener encendidos los calentadores de nuestros aspiradores. Pasábamos a través de una campiña bastante agradable, con pequeñas granjas y huertos de bayas. Sin duda los granjeros imaginaron que salíamos para, una nueva incursión, ya que se limitaron a saludarnos con los brazos y volvieron a su trabajo. En cuanto a las ovejas de gruesa lana, continuaron con sus balidos, sin interesarse por nosotros. Detrás de mí, alguien empezó a tocar sin excesivo ardor una marcha militar en una antigua cítara eléctrica, y el resto de los hombres la coreó con sus voces.

Las cosas mejoraban. Suspiré, descubrí que se me había dormido una pierna y la froté para que cesaran los pinchazos. Los kilómetros iban quedando atrás, y los caseríos y las granjas comenzaban a escasear. Pronto alcanzamos los bordes del desierto septentrional, y los auto-orugas disminuyeron el paso, dejando oír ese palmeteo regular que suena como música en los oídos del hombre. Despachamos el almuerzo incluido en nuestra impedimenta mientras las rojas dunas se extendían interminables ante nosotros.

Un par de horas después, el coche del general se colocó a mi lado y su autodenominado ayudante saltó por encima de mi asiento. Su habitualmente melancólico rostro estaba contraído por una mueca irónica. La radio zumbó, y él la sostuvo en alto, cerca de mi oído, apoyándose un dedo en los labios.

La voz del general sonó precisa y cortante.

—Estrechen las distancias, sargento. Hemos localizado una banda torrakh desplazándose en dirección al pueblo. Probablemente han oído que nos marchábamos y han decidido avanzar. De todas formas, les encantaría hacer un alto si encontrasen algún rezagado, así que manténganse unidos.

—De acuerdo, señor —contesté de manera desusada, agregando las palabras escritas en la tira del papel que Stanislaus agitaba bajo mis narices—.

¿No podríamos darles primero un buen golpe?

—No hay tiempo. Al parecer, se trata de la retaguardia. El cuerpo principal ya se está infiltrando a través del desierto. El pueblo tendrá que arreglárselas por sus propios medios.

—De acuerdo, señor —repetí.

Se cortó la transmisión. El eslavo seguía riéndose para sus adentros. En mi conocimiento no había un solo torrakh en varios kilómetros a la redonda. Ahora bien, el general solía saber lo que se hacía, y yo no era tan tonto como para no adivinar sus

propósitos.

Stanislaus estiró su delgado cuerpo sobre el asiento y meneó la cabeza.

—Sí, mayor, él también está loco... Por eso es buen general. Si hubiese algunos más como él ocupando puestos importantes, nos quedaríamos en Marte por lo menos durante otra generación. Aunque a la larga no habría mucha diferencia... *¡Vanidad de vanidades! No hay memoria de lo que precedió ni de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después...*

Lo dice el Eclesiastès y tiene mucho más valor que todo el *Libro de las Revelaciones*.

—O que una docena de esclavos melancólicos. Cuando todavía era soldado raso, ya se hablaba de reemplazar al Quinto. Debería ser usted predicador.

—Lo he sido en cierto modo, mayor, ...*antes de que vengan los días malos y lleguen los años en que dirás: «No tengo ya contento»*. Un profeta a quien no se ha honrado. Y como usted dice, un esclavo melancólico, cuando pienso que casi nunca nos envían los reemplazos antes de retirarnos del Servicio. Bueno, ataque usted, MacDuff. ¡Para mayor gloria del Imperio!

No iba a admitir que me había vencido, pero no se me ocurría ningún argumento contra sus palabras, de modo que me callé. Probablemente los pájaros de la tristeza revoloteaban ya antes de que todo eso hubiera sido escrito, pero la civilización continuaba su camino, aunque había rumores acerca de lo que sucedía en la Tierra. No obstante, Stanislaus se las arreglaba siempre para recordarme el olor de viejas buhardillas repletas de basura en putrefacción. Giré la cabeza hacia el otro lado. En ese momento, empezaban a aparecer los bordes de un viejo canal.

Al menos, aquí se les seguía llamando canales, a pesar de que, incluso antes de que nadie hubiese llegado a Marte, los antiguos astrónomos sabían que no lo eran. Debieron de suponer algo extraordinario, diez o quince mil años atrás, cuando los vnothi construyeron, a través de miles de kilómetros, las gigantescas tuberías de arcilla empleadas para separar y disolver las arenas movedizas que estaban destruyendo el planeta. Las enormes bombas que trabajaban por ósmosis todavía funcionaban hasta cierto punto. Un reguero de humedad fluía y se escurría por los conductos de salida, manteniendo vivos los deformados arbustos que se extendían en hileras de ochenta kilómetros alrededor de ellas.

Los vnothi se habían extinguido antes de que se levantaran las Pirámides, dejando en las ruinas dibujos que los mostraban como corpulentos y afables vikingos, coronados por macizos y alados yelmos. Sus mujeres debieron de ser sin duda estupendas, aunque aparecían cubiertas de pieles de pies a cabeza. Los arqueólogos juraban aún cada vez que contemplaban esas figuras, preguntándose qué hacían en Marte aquellos hombres montados a caballo y por qué jamás se habían encontrado sus huesos. Algunos de ellos imaginaban incluso que los vnothi procedían de la

Tierra, tal vez supervivientes de una temprana avanzadilla de la civilización cuyo recuerdo nos ha transmitido el mito de la Atlántida. Aunque lo fueran, les rodeaba el suficiente misterio para volver loco a un hombre sin necesidad de preocuparse por sus orígenes. Por si mi opinión les interesa, pienso que se trataba de simples animales domesticados por alguna otra raza. Ahora bien, quienquiera que dominase Marte, éste debió de constituir un mundo notable para su tiempo.

Ni siquiera los árboles del canal eran naturales. En Marte no había otras plantas con fuelles surgiendo de ellas para captar el aire, el ozono y partículas de vapor de agua. Aun por encima del zumbido de los auto-orugas, se percibía el difuso murmullo de su respiración. Y a la caída del sol, cuando todas se unían en un largo y salvaje gruñido... Bueno, la primera vez que lo oí me asaltaron los sueños sobre esa raza superior, a pesar de que no soy precisamente imaginativo. Ahora, más viejo, sigo sin saberlo... Ni me importa demasiado.

Aquí, donde las plantas lo desecaban, el aire resultaba más tenue. Stanislaus respiraba con una especie de rectitud moral y movía la cabeza como si gozara con ello.

—La decadencia de Babilonia, ¿no, mayor? Por algún tiempo, llegaron muy lejos. En algunos aspectos, más allá de lo que nosotros hemos alcanzado hasta ahora. En mil años, acaso menos, consiguieron dominar nuestras ciencias, las abandonaron y comenzaron a trabajar con lo que nosotros llamaríamos magia pura. A veces, me asusta el simple pensamiento de las alusiones que contienen sus crónicas. Construyeron una civilización que conquistó el paraíso, antes de que la maldición de la mama dé grandezas les asestara un golpe aniquilador. Y dado su carácter extremista, no significó sólo un retroceso, sino el descalabro final.

—¿Quiere decir que nos aguarda el mismo destino, Stanislaus? .

—No, mayor, no somos como ellos... Nosotros retrocedemos. Nínive, Troya, Roma... Todas desaparecieron, pero sus perímetros supieron conservar una vida latente, para resurgir con una nueva primavera. Un imperio decae, pero tarda mucho tiempo en morir y, hasta ahora, una cierta cantidad de elementos fueron siempre transmitidos a la exultante juventud que vino después. Hemos desarrollado un complejo racial de fénix... Por supuesto, usted no cree en las quejas de un esclavo melancólico amargado porque considera su viejo imperio como uno de los últimos vestigios de la decadencia.

—No —le contesté—. No creo en ellas.

Se levantó, sacudiendo la ceniza de su traje de esquimal con sus largos y temblorosos dedos. En su voz resonó una irritante risa ahogada.

—¡Decidido camarada, orgullo del Imperio y todo lo demás! Le felicito, mayor. ¡Y le envidio, maldita sea!

Y se fue corriendo por las rodadas, como un gran y esbelto gato, hacia el punto en

que se había detenido el auto del general. De no poseer su diabólica gracia, ya haría años que le habrían ensartado la lengua con un florete.

No me detuve en esos placenteros pensamientos. Los hombres habían dejado de cantar, tras llegar al término de la primera reacción de forzada alegría. Buenos soldados, a fin de cuentas, aunque, después de tantos años en el destacamento y en contacto con la gente del pueblo, no podían evitar seguir siendo humanos. De manera que me desplazé al final de la caravana y mantuve mis ojos alerta, por si a alguno se le ocurría provocar un desperfecto en su motor y quedarse rezagado. El primer día y la primera noche son siempre los más difíciles.

Sus protestas sonaban tranquilizadamente normales cuando, bastante después de la puesta del sol, nos detuvimos en un lugar apartado de los murmullos de las plantas. Me sentí aliviado. Es cuando dejan de quejarse cuando se precisa vigilarlos. De todos modos, les obligué a cavar mucho más de lo necesario. Y aunque por la noche la temperatura desciende lo bastante para congelar a un hombre, transpiraban y aumentaban de modo gradual la potencia de sus aspiradores. Por fin, me declaré satisfecho de su labor. Las tiendas de berilita apenas asomaban sobre la arena.

Eso les proporcionaría una trivial ocasión de fanfarronear tras dejar sus músculos en buenas condiciones de dormir. Una buena comida y una doble ración de aguardiente completarían el truco de manera satisfactoria. Y ya había dado las instrucciones para eso, lo que me dejaba sin otra cosa que hacer que ir a reunirme con Stanislaus. Le encontré tumbado en un catre, concentrado en su comida y moviendo la cabeza al ritmo de las variaciones del aspirador de la tienda.

—Bonito aparato. Tan..., tan eficiente —comentó, y la mueca de ironía reapareció en su rostro—. El aire es lo bastante denso para respirar. Cuando no se trabaja, claro está. Aun así, me parece un lindo objeto.

Yo sabía a qué se refería, desde luego. En sus tiempos, los veteranos habían cometido un buen montón de tonterías, como producir el oxígeno necesario para mantener la presión del aire a un nivel similar al de la Tierra, por un sistema antieconómico. Nosotros éramos lo bastante modernos para no cometer tamaño disparate. Así se lo dije mientras comíamos, dándole además algunos buenos consejos sobre cómo llevarse bien con los emperadores. Y añadí que el aspirador sobrepasaba en mucho al existente en la época de los pioneros.

Pude muy bien ahorrarme las palabras. Esperé hasta que me cansé de hablar y movió la cabeza en gesto amistoso.

—De acuerdo; de acuerdo. Y muy bien expresado, mayor. Como decían los romanos cuando recibían órdenes de los bárbaros de Teodorico, somos modernos y estamos al día. Perteneciendo a la época que pertenecemos, somos automáticamente modernos. En cuanto al emperador, no se me ocurriría culparle por lo inevitable, aunque de no sentir un cierto aprecio por mi garganta, me gustaría tener la

oportunidad de discutir ese punto con él. Mientras tanto, Marte reacondiciona los cerrojos de sus puertas e instala pequeños ventiladores. *Y vi que todo era vanidad y apacentarse de viento.* Créame, mayor, debería leer el *Eclesiastès*. Bueno, que descanse.

Se envolvió en una manta y, en menos de cinco minutos, estaba roncando. Nunca he logrado dormir a gusto en una tienda de hojalata junto aun hombre que ronca y, en cierto modo, aquella vez fue todavía peor. Por fin, me venció el sueño.

A la mañana siguiente, ya habíamos rellenado las excavaciones y nos preparábamos para marcharnos, cuando la estratagema del general dio sus frutos. Nuestros desertores aparecieron sobre las dunas, apresurándose en nuestra dirección. Debían de haber localizado mi auto-oruga, ya que no perdieron tiempo en presentarse ante mí. ¡Malditos necios! Traían consigo alas dos mujeres, en lugar de haberlas dejado cerca del pueblo. Seguro que estaban completamente borrachos cuando emprendieron el regreso, aunque el viaje durante toda la noche les había devuelto la cordura... El viaje, más el haberse casi congelado, amén de imaginarse a un *torrakh* detrás de cada arbusto.

A pesar de eso, nunca vi a dos pajarracos saludar con tanto empeño en cuanto saltaron de los vehículos. El resoplido de divertida sorpresa de Stanislaus expresó lo mismo que yo sentía. El más corpulento de los dos soldados echó a rodar la bola, no sin antes dirigir una mala mirada al eslavo.

—Señor, no pudimos evitar ausentarnos sin previo aviso. Nosotros...

—Fueron atrapados por los *torrakh*, por supuesto. —La voz del general completó la frase a mis espaldas. Me aparté para dejar lugar a la fantasmal aparición—. ¡Muy astuto por su parte haberse escapado con el auto-oruga y el camión! Por desgracia para ustedes, no había ningún *torrakh*. El mensaje que captaron en su receptor era una trampa basada en la hipótesis de que preferirían correr el riesgo de volver con nosotros antes que caer en manos de una banda de salteadores nómadas que se infiltraban a su alrededor. Supongo que debería fusilarles. Y si oigo algún lloriqueo en su boca, lo haré. G bien, llevarles a la Tierra esposados. —Sus labios se contrajeron en una apretada y pálida línea, mientras sus ojos parpadeaban en dirección a Stanislaus durante una fracción de segundo—. No iba a gustarles nada. Hay un nuevo emperador, y no tan apacible como el que temamos antes. Serví bajos sus órdenes en cierta ocasión... y sospecho que me otorgaría una recompensa por llevarles de vuelta con nosotros, de acuerdo con el moderno estilo imperial de gratitud. Sin embargo, en beneficio del Quinto, les hemos registrado en la lista de bajas. Sargento, ¿conoce usted a estas mujeres?

—Sus nombres figuran en nuestras listas, señor.

—Muy bien. Ya sabían en qué embrollo se metían. Deje a esos hombres sus bayonetas, llene el auto-oruga y el camión que han traído de vuelta con algunos de

sus soldados y prepárese para levantar el campo. ¡Ah! Y olvídense inmediatamente de todo esto. ¡Y lo que digo es válido para todo el mundo!

Giró sobre sus talones y montó en su auto-oruga, sin otra mirada para los desertores. Éstos comenzaban a darse cuenta del sentido de sus palabras.

Stanislaus decidió viajar conmigo. Dimos la vuelta hacia el canal y fijamos los ojos en los cuatro abandonados, hasta que las dunas los ocultaron a la vista. Mi acompañante se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Tal vez no sea ortodoxo, mayor, pero sí efectivo. Ya no tendrá que preocuparse más por las posibles deserciones. Y créame, supone la mejor solución. Sucede que sé, en realidad, lo sé muy bien, por qué nuestro preciso y correcto jefe juzgó inteligente falsificar las listas. ¡Bah! No le aburriré con eso. Con respecto a esos cuatro... Bueno, algunos de los pioneros se enfrentaron con situaciones más difíciles. Pero de *mortuis nil nisi bonum*. Bonita mañana, ¿no le parece?

Lo era, en efecto, y estábamos consiguiendo un buen promedio de marcha. El camino hacía un viraje. Ahora nos dirigíamos hacia el sur, alejándonos del canal. Las arenas ya no aparecían desordenadas con los curiosos pozos que siempre se hallaban alrededor de las plantas del canal. Hacia el mediodía, habríamos dejado atrás otros ciento cincuenta kilómetros, y los hombres iban familiarizándose con el curso que tomaban los acontecimientos, aunque todavía no entonaban las canciones que tanto me gustaba escuchar durante la marcha..., esas joviales e ingeniosas obscenidades que, en cierto modo, constituyen la columna vertebral que sostiene la moral del Servicio. Envié un par de autos a explorar, sólo por romper la monotonía, aunque nada podrían ver tan cerca ya el final del desierto.

Para mi sorpresa, diez minutos más tarde volvían con un informe. ¡Había un grupo de torrakh en el flanco izquierdo! Un instante después, nos agrupábamos en estrecha falange y ascendíamos a un promontorio que nos permitiría la observación. En seguida comprendimos que no corríamos ningún peligro. Formaban una pequeña banda, a ochocientos metros de distancia, traqueteando sobre los lomos de sus llamas a un lento galope. Cuando nos vieron, se replegaron a toda prisa detrás de las dunas, fuera del alcance de nuestra vista. Sin duda se trataba de un pequeño grupo de merodeadores que regresaban hacia el norte, después de haber saqueado alguna granja cuyo dueño no vivía en ella. No obstante, no solían llegar tan al sur. Jamás logramos eliminarlos por completo, como tampoco lo habían logrado los vnothi antes que nosotros, pero habíamos mantenido a raya en un grado bastante satisfactorio a aquellos bárbaros semihumanos.

Volvimos, pues, al camino, dejándoles libres para que prosiguieran sus audaces incursiones. No nos quedaba otro recurso, puesto que no nos habían atacado y obedecíamos órdenes con el sello imperial. Bueno, quizás el Segundo Comando los atraparía algún día en nombre nuestro. Al menos, así lo esperaba.

Stanislaus podía decir lo que quisiera, pero todavía pertenecía al Servicio y también él se sentía afectado.

—¿Se ha fijado en que llevaban un rifle largo? ¿De dónde cree usted que procederá?

—Sospecharía que perteneció a alguno de los piratas renegados de Calisto. Sólo que los desterrados no pueden haber burlado la Flota Exterior para negociar con los torrakh...

Stanislaus arrojó su cigarrillo y se volvió para mirarme muy serio y con absoluta serenidad.

—La Flota Exterior no es más que un mito de la propaganda, mayor. La retiraron antes de que yo... Bueno, antes de que dejase la Tierra.

En teoría, él no tenía por qué saber eso. Además a mí no me interesaba creerlo. Sin embargo, me dio la impresión de decir la verdad. Podía ser cualquier cosa, pero no un mentiroso. Ahora bien, eso significaría que el convenio Tierra-Marte...

—Exactamente —dijo, como si hubiese leído mis pensamientos—. Y he oído que regresamos para ayudar a sofocar un levantamiento de poca importancia en el Imperio. Saque sus propias conclusiones.

Bien, aunque fuese cierto, eso no probaba nada. Claro que la situación se presentaba mal, pero he aprendido a no juzgar a partir de un conocimiento parcial. En muchas ocasiones en que había salido en misión lo había hecho irritado por las instrucciones recibidas. Y había vuelto con vida gracias a que éstas no coincidían con las que yo hubiese dado. ¡Diablos! Aunque el rifle de mesotrones viniera de Calisto, no había forma de conocer su antigüedad. Quizá la Flota Exterior había sido retirada por la sólida razón de que no la necesitaban. Pero llamaba la atención el hecho de que simularan su presencia.

Aquella noche acampamos en un antiguo fuerte abandonado, que databa de la época de los pioneros. Por la mañana reemprendimos la marcha, cruzando pequeños caseríos y los primeros campos sembrados. Los pobladores parecían rudos y trabajadores. La escena resultaba agradable después de tanto desierto, y los soldados se mostraban más alegres. En aquella zona, la superficie del camino se mantenía lisa, por lo cual los motores desarrollaban toda su potencia. Un poco más tarde, las quejas de los hombres se habían acallado. Después de pernoctar una vez más, nos encontramos desplazándonos a través de tierra firme. A partir de ese momento, la marcha fue apacible, y los kilómetros quedaron atrás con una regularidad cronométrica, aunque eché de menos al crujido de la arena bajo las orugas.

A medida que avanzábamos, el paisaje y los pobladores se tornaban más risueños. En éstos se observaba esa expresión que se echaba de menos en las comarcas donde los torrakh significaban algo más que leyendas con las que asustar a los niños. Y las granjas eran mayores y mejor conservadas. No vi ni un solo granjero que trabajara

con el rifle a su lado. Se lo debían al Servicio.

Cuando llegamos a Marte por primera vez, en la época de los pioneros, no existía en el planeta un solo lugar donde un hombre se permitiese dormir con ambos ojos cerrados. Ahora, hasta los niños corrían solos por las calles. Por supuesto, algunas casas de campo señoriales quedaron abandonadas, pero no creo que la gente añorase mucho a los nobles.

Eso significaba progreso y civilización, a pesar de lo que pensara Stanislaus. No importaba que retiraran la Flota Exterior, que hicieran volver al Quinto. En tanto Marte tuviese zonas como ésta, el futuro del Imperio no parecía demasiado malo. Deseé restregárselo por las narices al esclavo, pero comprendí que no daría buenos resultados. Siempre encontraba una respuesta. Más valía no provocarle.

Por otro lado, volvía a acompañar al general, y ocupaba sus noches en escribir un enorme libro. No prestaba atención a nada más. En cierta forma, lo prefería así, aunque no estoy muy seguro en realidad. Al menos, mientras recitaba su dogma, me daba la oportunidad de elaborar una respuesta a mis propios interrogantes. En cuanto a la expresión de su rostro, poco podía hacer yo por mejorarla.

Había observado que acampábamos siempre cuando ya nos habíamos alejado de los pueblos, y eso, junto con las tonterías que empezaban a circular entre los hombres, me daba mucho que pensar. Cosa extraña, terna la impresión de que el general quería mantenernos a distancia de los rumores que corrían entre los civiles. Normalmente, las ideas que éstos se hacen acerca de lo que ocurre en el Servicio no nos preocupan en absoluto.

Y ahora que la novedad de encontrarse en la campiña se había desvanecido, me daba cuenta de que había algo raro en el número de granjas abandonadas, siendo evidente que llevaban así largo tiempo. En algunos de los villorrios, vimos pequeñas tiendas con las puertas atrancadas con tablas. Una vez, pasamos junto a una gigantesca planta de subproductos atómicos, inactiva y descuidada. Y los rostros de la gente comenzaban a parecer menos plácidos. Una banda de torrakh, aun sin los rifles de mesotrones de Calisto, podrían perturbar toda una región.

La única vez que hablé con un nativo no fue porque me lo hubiese propuesto. Llevábamos un buen rato avanzando y, en cierto momento, cuando yo marchaba al final de la caravana, advertí que un chiquillo de aspecto muy agradable, de unos doce años, caminaba a un lado de la ruta. Lo que me atrajo fue la canción que cantaba y la forma en que, al vernos, hizo el saludo del Servicio. Bueno, el general no estaba a la vista, así que disminuí la velocidad, cosa que el chaval tomó como una invitación para subirse a la parte trasera del vehículo.

—Ustedes son el Quinto, ¿verdad, señor?

—Sí. ¿Dónde diablos aprendiste esa canción y la forma apropiada de dirigirse a un suboficial?

Sonrió con el sano estilo propio de los muchachos de hoy, antes de crecer lo suficiente para olvidarlo.

—Mi abuelo pertenecía al Quinto cuando levantaron el sitio de Bharene, señor. Y antes de morir, me lo contó todo. ¡Caray, esta unidad debió de ser algo fabuloso en su juventud!

—¿Y ahora?

—Bueno, ahora todos dicen que vuelven ustedes a la Tierra. Eso no le hubiese gustado al abuelo. Él era marciano, como yo... Mire, ahí arriba está mi casa, así que tengo que irme. ¡Gracias por el viaje, sargento!

¿De modo que hasta los chavales conocían nuestra retirada? A causa de eso, ya sólo nos consideraban como un comando cualquiera, no como la espina dorsal de Marte. ¡Qué extraño! Hasta aquel momento no había pensado en lo que significaría verse en un lugar donde la gente nunca había oído hablar de nosotros. Pero ahora comprendía las razones del general para denegarnos el permiso de mezclarnos con los civiles. ¡Demonios! Todavía éramos el Quinto. Nada, ni Marte, ni la Tierra, ni el emperador, ni los torrakh, podía modificar eso.

A partir de allí, ya no perdimos mucho tiempo en contemplar la campiña, a pesar de que a medida que avanzábamos se hacía cada vez más hermosa. Los auto-orugas comenzaron a echar un humo lleno de carbonilla a causa del combustible que habíamos tenido que requisar en la zona y estábamos demasiado atareados ocupándonos de ellos y vigilando que no se produjeran desperfectos. En el destacamento, disponíamos de nuestra propia planta purificadora para extraer la resina del combustible vegetal. Aquí, en cambio, nos veíamos forzados a aceptar cualquier cosa que nos dieran. Y resultó mucho peor de lo que esperaba. Claro, uno tiende a sobrestimar la época de su juventud y a pensar que en aquel tiempo todo era mejor. No lo sé. Tal vez nos enfrentamos siempre a las mismas dificultades.

Al fin llegamos a nuestro destino, a pesar de algunas detenciones. Ya había oscurecido cuando divisamos las luces de Puerto Marte. Atravesamos traqueteando los suburbios. Cuando alcanzamos la barrera principal, un policía motorizado encabezó la caravana, haciendo sonar su sirena. En realidad, no había ninguna necesidad de ello. No puede evitar preguntarme dónde se habían metido los coches y cómo se las habría arreglado la gente para conseguir tantas bicicletas. Nuestra apariencia debía de ser horrenda, ya que habíamos ido demasiado de prisa para cuidarnos de nuestro atuendo. No obstante, recibimos algunas aclamaciones por parte de los grupos que se formaron a nuestro paso, y encontramos algunos rostros de mujer con la expresión de no haber visto uniformes en años. Eso despertó a nuestros hombres, que respondieron con las vociferaciones de rigor. Sin embargo, capté su decepción respecto a la ciudad.

Nos detuvimos, y Stanislaus vino a reunirse conmigo, en tanto que un rechoncho

hombrecillo con insignias reales caminaba a grandes pasos en dirección al auto-oruga del general. Se advertía que olfateaba la mugre de nuestros uniformes a medida que se acercaba. Bueno, también él debió afeitarse mejor, y un poco menos de bebida hubiese aumentado su dignidad. El eslavo hizo una mueca.

—Creo que vamos a divertirnos, amenos que el oficial de la Orden del Mérito haya perdido todo su tacto. Haga girar el botón, mayor. He dejado la radio encendida.

No nos llegó ningún sonido, excepto el gruñido de sorpresa que dejó escapar el obeso oficial cuando vio el extraño diseño que adornaba el anillo del general. Nunca me enteré de su significado, pero el importante personaje perdió sus aires de grandeza nada más verlo y no supo entregar su mensaje con la grandilocuencia que correspondía. Antes de desaparecer entre la muchedumbre que se había apiñado a nuestro alrededor, noté que se enjugaba el sudor de la cara. En cierta oportunidad, vi actuar del mismo modo a un militar degradado en el momento en que recordó de repente que usufructuaba un rango que ya no le correspondía.

—No se moleste en apagar todavía, sargento —dijo una voz serena por la radio.

Esta vez me tocó a mí reír entre dientes. Stanislaus debió de darse cuenta de que no era tan fácil mostrarse más listo que el general.

—Oiga —continuó éste—, he de resolver algunos asuntos oficiales en el despacho del gobernador, de modo que tendrá que continuar solo. ¿Sabe dónde se encuentra el puerto auxiliar? Bien. Acampen allí y haga que los hombres mantengan el orden por sí mismos y se ocupen de los hangares. Y no extienda permisos de salida. Eso es todo.

Se dirigió a un coche que le esperaba, dejando el auto-oruga a cargo de su chófer. Nosotros proseguimos la marcha a través de los suburbios paseando junto al puerto espacial principal. El lugar se hallaba a oscuras y no se percibían los detalles, pero recuerdo el desorden reinante en el campo auxiliar. Lo habían construido durante el primitivo período de colonización, a cincuenta kilómetros de la ciudad, sobre tierras áridas, con el propósito de evitar las inundaciones. Durante años, había permanecido abandonado y cubierto de maleza, y los hangares se caían a pedazos. Estaba en peor estado del que yo recordaba. Había algunas luces encendidas. Un grupo de guardias azules nos franqueó al acceso y nos condujo hacia el lado izquierdo del terreno. Habían limpiado un sector, pero todavía quedaba suficiente trabajo por hacer para mantenernos a todos atareados como abejas. Y lo habría durante días, en caso de que nos quedásemos tanto tiempo. Al menos, eso me proporcionó una buena excusa para anunciar que nadie abandonaría el lugar. La gente se lo tomó con más calma de lo que me suponía, como si, en cierto modo, ya hubiesen comprendido la cuestión. Por fin terminé de dar todas las órdenes y tuve la oportunidad de acompañar al eslavo a echar un vistazo alas naves. Ya había observado al pasar que ocupaban el fondo del campo.

Había visto anteriormente una nave semejante al crucero de dos torrecillas. Las

dos mayores eran otra cosa. Aun bajo las tenues luces que iluminaban el terreno, parecían salidas de los libros de historia. Sin embargo, ningún libro podría dar una idea de sus dimensiones. Los operarios que se afanaban cerca de ellas, ocupados en sus propios asuntos, semejaban, por hacer una comparación, hormigas corriendo alrededor de un rascacielos. Cualquiera de ellas poseía la capacidad suficiente para transportar a todo el Comando, y todavía quedaría espacio libre para la carga.

—De modo que aguardamos al Segundo Comando, que regresará con nosotros, ¿cierto, Laus?

Eché la cabeza hacia atrás, luego de inspeccionar reverentemente los enormes cascos, y asintió.

—Ya progresando, mayor, aunque se olvida de comentar la necesidad de un crucero entre Marte y la Tierra... ¡Doscientos años! Y todavía estas naves se mantienen más sólidas que los enormes pedazos de chatarra que enviaron para protegerlas. Hubo una época en que el hombre sabía cómo construir naves... y cómo usarlas. Ahora, de todas las que se produjeron, sólo restan cuatro. ¿Tiene alguna idea acerca de dónde se encuentran las otras dos?

—Sí. —No las había reconocido a causa de su tamaño, pero la oscuridad no era lo bastante intensa para ocultarlas por completo—. En el primer puerto que pasamos, recogiendo a los Comandos Meridionales. ¡Maldita sea, Laus! ¿Necesita contagiarme su pesimismo?

—Usted regresará a la Tierra, mayor —contestó por toda explicación—. El optimista ve la rosquilla, el pesimista, sólo el agujero. Pero se logra una mejor visión de las cosas a través de un agujero que a través de un trozo de pasta azucarada. Y como decía Havelock Elüs, el manicomio es el lugar donde mejor florece el optimismo. Volvamos. Le prestaré el *Eclesiastès* mientras termino mi libro.

Y fui lo bastante tonto para leerlo. De todos modos, la pesadilla que tuve pudo haber sido la misma, aunque no lo hubiese hecho. Había visto muy bien las caras de la brigada que trabajaba en los cohetes.

A la mañana siguiente, estuve demasiado ocupado dirigiéndolas operaciones de carga de nuestros equipos para entregarme a mis pensamientos. Pese a los planos de los corredores, me hubiese perdido en la nave de no contar con la ayuda que me prestó uno de los pilotos, un hombre joven, de rostro mustio, que pareció contento de hallar algo en qué ocupar su tiempo, pero que se negó a hablar más allá del mínimo indispensable. Cuando llegó el general, a mediodía, los hombres estaban ya acuartelados en el interior de la nave, a excepción de aquellos designados para colaborar en la carga de la serie de cajas que nos enviaban de Puerto Marte.

El general me dirigió un breve gesto de aprobación y se dirigió a la radio instalada en su cabina. Cosa de una hora más tarde, presencié la llegada del Segundo Comando, que avanzó directamente hacia la segunda nave, a kilómetro y medio de la

nuestra. En lo que a mí concernía, podían haberse ahorrado la molestia de evitarnos. No sentía el menor deseo de intercambiar comentarios con ellos. No obstante, supongo que para los hombres era mejor así y, además, resultaba más fácil que apostar una guardia durante toda la noche para impedir que se mezclarán entre ellos. Una endiablada forma de manejar el Servicio, pensé... Por supuesto, había dejado de ser el Servicio. Ahora se reducía al Segundo y al Quinto Comandos, que pronto se diseminaban por toda la Tierra.

Hicieron subir a bordo a los civiles después del toque de silencio. Yo conservaba aún las prerrogativas de segundo comandante y me mantuve lo suficientemente cerca para verles y observar la colección de herramientas especiales incluidas entre su equipaje. Siempre había imaginado que los aparejos técnicos eran enviados desde la automatizada Tierra hacia los lugares del exterior que los precisaran. Al parecer, constituía otro indicio de que el viejo sistema estaba cambiando.

Me volví para entablar conversación con el piloto, que se encontraba a mi lado, aunque, pensándolo mejor, decidí callarme. Esta vez, sin embargo, él tenía deseos de hablar, si bien en ningún momento apartó la vista del pequeño grupo que desfilaba ante nosotros.

—Son necesarios, sargento. Vuelve a haber demanda de técnicos en energía atómica y se precisa plutonio para los reactores terráqueos... Bueno, ya se habrá imaginado que eso transportan los camiones que pasan detrás de la nave. Esta noche lo cargarán entre los cascos... Al menos, todo lo que quepa en condiciones de seguridad. Claro está, se supone que yo no debería hablar. Pero he nacido aquí, y este trabajo es muy distinto al último que hicimos, conducir los Comandos de Venus hasta su planeta. ¿Le agradecería emborracharse conmigo?

Una buena idea. El plutonio resulta particularmente valioso para la fabricación de bombas, puesto que sigue constituyendo el mejor material para ellas. Las bombas atómicas suponen las más embrolladas, despreciables e ineficaces armas contra las que cualquier combatiente haya tenido que vérselas jamás. Sólo son buenas para destrozar el terreno, si se quiere conseguir una buena barrida del enemigo, o para envenenar la atmósfera, de modo que perecen los propios efectivos. Desde que, cinco siglos atrás, descubrimos las armas energéticas más avanzadas, no se volvió a lanzar ninguna. Y ahora íbamos a devolver el material de los reactores marcianos a la Tierra, donde ya habrían acumulado el que provenía de todas sus pilas.

Ahora bien, al volvernos, vi que se acercaba el vehículo del general y cambié de idea con respecto a la borrachera. Me sentía con ánimos para entendérmelas con Stanislaus y, de cualquier forma, como provocador de catarsis mentales, el whisky me parece bastante pobre. Esta vez, logré sorprenderle con mi información.

—Muy bien. *Así se enredan los hijos de los hombres en el tiempo aciago cuando de improviso cae sobre ellos.* —Dejó que sus palabras penetraran en mí poco a poco.

Luego, se encogió de hombros—. Bueno, tal vez así transcurra todo más rápido... A mí ya no me importará. Voy camino de Puerto Marte para asistir a mi propio funeral... Tengo entendido que me destinan un ataúd encantador. Lástima que andemos demasiado escasos de tiempo para que me rindan honores militares. Sólo me otorgarán la sencilla dignidad de los ritos civiles. Aunque tal vez desee usted ofrecerme un afectuoso adiós, en nombre de los momentos que hemos pasado juntos.

—Pues claro, no faltaba más. Y cuando vuelva, tráigame una botella de lo mismo. Meneó la cabeza con afabilidad. La voz del maldito necio sonó muy seria.

—Me gustaría complacerle, mayor. Nada me agradaría más que conservarle a mi lado para que escuchase mis teorías acerca de nuestro complejo racial de ave fénix. Vista la imposibilidad de cumplir ese deseo, pensé que lo mejor sería dejar en su cabina el libro que constituye mi buena obra. ¿De acuerdo? Digamos que le he tomado el pelo y que me transfieren al servicio del gobernador por órdenes especiales. ¿Tiene así más sentido para usted?

Dicho de esa manera, lo tenía. Significaba que, después de tantos años ansiando que cerrase de una vez la boca, iba a echarle mucho de menos ahora que me había convertido. Sin duda me sentaría a solas mordiéndome la lengua para no caer en la tentación de recitar los mismos y pesimistas versículos. Sin embargo, no supe cómo decírselo. Me interrumpió en medio de mis pensamientos.

—Más vale que se la arranque. En la Tierra no le servirán esas ideas, aunque se hallará en mejores condiciones por haberlo sabido de antemano. Si se encuentra en apuros, confíe en el general. En cierta oportunidad, cometió un error. Ahora se ha vuelto mucho más prudente. Olvide el *Eclesiastés*, y, en su lugar, recuerde este texto de Kipling: *He aquí las leyes de la jungla. Por cierto que son muchas y poderosas. Pero la cabeza y las patas, los flancos y el lomo de la Ley nos dicen: ¡Obedeced!* Bueno, desaparezca, antes de que empiece de verdad a predicarle.

No necesité buscar al piloto. Terna en la cabina mi propia botella de zumo de canal marciano. Sin embargo, cuando llegó la mañana había consumido una parte mayor del libro que de la botella.

Alguien golpeó en mi puerta. Solté un gruñido de invitación y entró el general. Su rostro aparecía macilento; sus ojos, enrojecidos por la fatiga y la falta de sueño. Contempló el libro con respeto, se dejó caer en la litera y bebió un generoso trago antes de levantar la vista y mirarme.

—Un libro extraordinario, Bill, escrito por un hombre extraordinario. Ahora ya lo sabe usted. Es maravilloso, por supuesto, pero tendremos que introducirlo de contrabando si queremos preservarlo para una posible posteridad. ¡Y deje de mirarme tan sorprendido! Cualquiera hombre a quien Stanislaus haya confiado ese libro es uno de mis iguales. Más bien, mi superior, en lo que a mí concierne. Una vez que aterricemos, me las ingeniaré para conseguirle un título de caballero y el grado de

coronel, aunque prácticamente ya es usted un oficial. Y que conste que no actúo ni como general ni como duque, sino como un simple recadero del difunto Stanislaus Korzynski. Como ya sabrá, murió anteayer de un ataque de fiebre del canal.

Los acontecimientos se sucedían con excesiva rapidez y densidad. No contesté. Cogí la botella y me eché un trago al colete sin molestarme en buscar el vaso. El general sostuvo el suyo, miró cómo se lo llenaba y lo apuró antes de continuar hablando:

—No soy gran cosa como hombre del Servicio, ¿verdad, Bill? Pero no había otra manera de hacer las cosas. Nadie le conoce por su nombre, si bien en la Tierra hay muchos que recuerdan su rostro. ¿O no ha descubierto todavía a través del libro quién era?

—Tuve mis sospechas —admití—. Sólo que no sé si estoy loco o era él quien lo estaba.

—Ninguno de los dos. Y ha acertado usted. Stanislaus es el supuestamente asesinado príncipe Stelius Asiaticus, legítimo soberano del Imperio. Aquí tiene una nota que él le envía.

No decía demasiado:

Amigo mayor.

Significaba demasiado riesgo para mí, después de todo. Si llega a tener hijos, cosa que también me propongo, hábleles de mí y, algún día, su descendencia y la mía podrán reunirse y discutir acerca del fénix.

Elmer E. Clesiastés

—El fénix... —murmuró el general sobre mi hombro, mientras buscaba la botella—. ¿Qué diablos habrá querido decir con eso?

—¿Y quién es el fénix?

—Un ave legendaria de la mitología griega..., la única de su especie. Tras vivir cientos de años, levantó su propia pira funeraria y se colocó sobre ella, avivando las llamas con sus alas hasta que quedó consumida. Después de eso, otra ave surgió de las cenizas, recomenzando todo el ciclo. Por ese motivo se la considera como símbolo de la inmortalidad.

Bajo nuestros pies el cohete retumbó preparándose para el despegue. Pronto sonó el estruendo de los propulsores, mientras su fuerza nos arrojaba contra la pared de la cabina. Por el ojo de buey, veíamos a Marte alejarse de nosotros. El Imperio volvía a su refugio. Sin embargo, a pesar de mi naturaleza impresionable, no pensaba demasiado en eso. Algún día tendría los hijos a que Stanislaus se refería, y viviría lo suficiente para asegurarme de que recordarían el nuevo nombre por él elegido. Con bombas atómicas o sin ellas. Porque, al final, había llegado a conocerle. El pesimista

era un príncipe, de acuerdo... El Príncipe de los Optimistas.

El general y yo nos sentamos y brindamos por él. Discutimos la leyenda del ave fénix y los altibajos de la civilización. Entre tanto, Marte dejaba de ser un mundo para convertirse en una pequeña esfera en el fondo del espacio. No fue un acto militar ni correcto, pero, cuando encontramos y confiscamos la segunda botella, nos sentimos mucho mejor.

* * *

Campbell rechazó *Sombras de un imperio* por una razón que me pilló por sorpresa. Lo encontró demasiado melancólico. Le gustaba, le parecía bien escrito y la historia muy buena, pero no le convenía. Había publicado varios relatos de ese tipo y los lectores reaccionaban un poco en su contra. Quería relatos de más acción.

Robert Lowndes, de Columbia Publications, terminó por adquirirlo y le dio su título actual. Antes de eso, Damon Knight lo hojeó en la oficina de mi agente y me dijo sin rodeos que jamás lograría colocarlo. En su opinión, se reducía a una simple transcripción de *La última de las legiones* de Stephen Vincent Benét.

No me había dado cuenta de la semejanza, aunque había leído el cuento de Benét años atrás. Volví a leerlo y vi a qué se refería Damon. No creo que se parecieran tanto... Toda la última parte difería por entero e imprimía al relato un sentido distinto. Benét no exponía otra cosa que la disolución de un imperio. Yo, en cambio, trataba de expresar que los imperios no importan... que el hombre, de alguna manera, permanece siempre. Y mi Stanislaus tiene mucha más fuerza que la figura de coro griego del cuento de Benét.

De todos modos, lo mantuve fuera del mercado por un largo período, hasta que Bob Lowndes me preguntó si terna algún relato disponible. Entonces se lo di, con un informe completo sobre las críticas de Damon. Bob lo leyó y también comprendió el porqué de esas críticas. Sin embargo, estuvo de acuerdo en que se diferenciaba lo suficiente para justificar su publicación. Me pagó sesenta y cinco dólares por él, y ningún lector presentó ninguna queja, aunque algunos advirtieron las similitudes. (Benét ha sido imitado con mucha mayor fidelidad en otros casos. Ignoro cuántos relatos se inspiran en sus *Aguas de Babilonia*).

Volviendo a Campbell, salí de su despacho y marché a casa para comenzar en el acto otro cuento. En los tres días que siguieron, escribí tres. Y se los llevé tan pronto como los hube terminado.

El primero suponía una respuesta directa a la sugerencia de John Campbell de que necesitaba relatos de acción. No contenía ni un solo rasgo de melancolía en sus seis mil trescientas palabras. Lo titulé *Simulacros, Sociedad Limitada*, pero cambiaron el título y le llamaron *Facsímil ultraperfecto*. No tengo ningún pero que oponer.

Facsímil ultraperfecto

por Lester Del Rey

Las pesadas mandíbulas de Max Fleigh se relajaron en una mueca sin ningún humor, en tanto examinaba los nudos que sujetaban al hombre caído a sus pies. De manera impersonal, hundió la punta de su bota en las costillas de Curtís y, al oír el amortiguado gruñido de dolor, decidió que la mordaza cumplía su cometido. Por una vez, Slim había hecho un buen trabajo, y todo estaba en orden. Probablemente la mordaza era innecesaria, pero no podían correrse riesgos cuando se hallaba en juego el futuro de la Plutarquía.

La incompetencia ya les había costado un imperio, y no gozarían de una tercera oportunidad. Las estúpidas democracias que se autodenominaban Unión Mundial colonizaron los planetas y los gobernaron sin ninguna planificación. Y cuando Marte, Venus y los Mundos Jupiterinos se sublevaron y crearon un Consejo de Planetas, todo lo que la Tierra supo hacer fue arrastrarse ante ellos e implorar que le permitiesen unirse con los mismos que debieran pertenecerle...

Pero eso sucedió antes de que los realistas prácticos se deshicieran de los soñadores e instaurasen la Plutarquía bajo la férrea disciplina que les permitía llevar a cabo sus proyectos. Ahora, pretendían recuperar su perdido imperio, colonizando los asteroides y estableciendo normas que les conferirían un gran dominio sobre los proscritos por la ley allí refugiados. Una vez el Consejo tranquilo gracias al efecto de años de cautelosa propaganda, estaban en condiciones de solicitar y recibir un mandato sobre los planetoides diseminados en el espacio.

Esa era la apertura inicial. Y todo lo que necesitaban. Una vez concedida a los asteroides su falsa independencia, que les permitiría aspirar aun escaño en el Consejo, los realistas quedarían en situación de asestar el golpe de los Mundos Jupiterinos. Creando los incidentes adecuados y mediante una buena propaganda, más los planetoides, para separar a Júpiter de Marte, no cabía la menor duda acerca del resultado. La Tierra obtendría una mayoría de tres votos, y el Consejo se convertiría en la base de una nueva y más poderosa Plutarquía.

Fleigh propinó al bien amarrado cuerpo de Curtís otro indiferente puntapié y se dirigió a la cabina, donde la delgada figura de su compañero se inclinaba con obstinación sobre los controles de la pequeña nave espacial.

—¿Cómo va todo, Slim?

—Más o menos.

Slim escupió un verde chorro de zumo narcótico y sonrió amargamente.

—Insisto en que hemos confiado demasiado en nuestra suerte —murmuró.

—¡Tonterías! Planea las jugadas correctas, cubre todas las posibilidades, supera la

estrategia de tus enemigos, y no tendrás que preocuparte de la suerte. ¿Has jugado al ajedrez alguna vez?

—No, no puedo decir que lo haya hecho. En cambio, jugué a las carreras de caballos en Marte, cuando se disputó el Euphemeron. Y gané..., después de comprar mi amuleto de la suerte mágico. A partir de entonces, siempre di en el clavo.

La sonrisa de Slim se intensificó, pero su rostro continuó expresando indecisión.

Fleigh rió entre dientes. Tanto mejor para los realistas si los proscritos de los planetoides se confiaban a la magia, y si los visionarios del Consejo se dedicaban a declamar sentimentales disparates.

—Los amuletos no influyen en la política, Slim. Tenemos que anticiparnos a nuestros contrarios. Y ya viste lo que le sucedió a Curtís, nuestro distinguido consejero marciano, cuando decidió desenmascarnos e impedirnos conseguir el mandato.

—Ya. —Slim mascaba pensativo el tabaco con sus amarillos dientes—. Aunque... Supongamos que se hubiese quedado en Marte.

—Habríamos hecho correr rumores alusivos a la información que necesitaba acerca de Ceres y le hubiésemos atrapado allí ..., como acabamos por hacer. ¡Jaquemate!

—O adiós muy buenas. Si no regresa, olfatearán que hay gato encerrado... Y no estoy dispuesto a andar dando vueltas por ahí para que me cacen a lazo. Mi abuelito asesinó una vez a un consejero... ¡Pobre abuelito! Mira, ahí está la roca.

No había señales de vida exterior en el árido y pequeño planetoides. Sin embargo, en cuanto la nave se posó rechinando sobre una estrecha hendidura del suelo, una oculta cubierta protectora se cerró sobre ellos y un anuncio pintado burdamente brilló con charra fosforescencia sobre la rocosa pared:

SIMULACROS, SOCIEDAD LIMITADA

Μαγος — Δεινος Τεχτων

Especialista en

Μιμηση και Σαρκασμος

Fleigh salió de la primera cámara y se detuvo, esperando que Slim se cargara sobre los hombros a Curtís, cubierto por una lona, y le siguiera. Señaló el anuncio, con una mueca:

—Mago y milagrero, especialista en imitaciones y remedos. Le vi en Marte, de modo que no sigas pensando que se trata de una especie de hechizo... Bueno, a ver si este viejo estúpido abre la puerta de una vez.

—¿Acaso hablar en cristiano no es lo bastante bueno para él? No me interesa toda esta cuestión de la magia, Max. Nosotros...

La letra sigma del anuncio giró sobre sus extremos revelando un pasaje a través de la roca. Un contrahecho hombrecillo, vestido con unos andrajosos shorts y con gafas de gruesos cristales, les indicó impaciente que entraran. Cuando lo hubieron hecho la puerta se cerró sin ruido. Se encaminaron entonces, a través de un pasaje lateral, hacia una rampa, donde oyeron un bullicioso canturreo.

Greek abrió una puerta y señaló una mesa. En ella yacía el duplicado exacto del consejero Curtis, Un segundo Jeremías Greek, idéntico al primero, se afanaba sobre él tateando una melodía con los labios cerrados. El que les había guiado se dejó caer sobre un banco y comenzó a desmontar su propio tórax, a fin de insertar una nueva batería de energía entre dos terminales. Slim abrió la boca. La carga se deslizó de sus espaldas y cayó sobre el suelo con un golpe sordo, mientras él paseaba su mirada de un Greek al otro. Tendió los dedos en el antiguo gesto de los cuernos, en tanto contemplaba el cambio de acumuladores. Su voz sonó velada e insegura.

—¡Un maldito robot!

—No es un robot, sino un simulacro —negó el hombre de mirada de mochuelo, sin duda el original de la criatura de metal—. Soy un copista, no un creador. Un robot tiene vida independiente. En cambio, esto se reduce a una limitada copia de mis recuerdos y mis hábitos, lo mismo que este falso Curtis. Oiga, Fleigh, esas cintas que me trajo... Son pésimas.

Mostró con un ademán los carretes del maravilloso alambre capaz de registrar ondas magnéticas de todo tipo de frecuencia, hasta varios millones de megaciclos. En un rincón, un equipo estereofónico pasaba uno de ellos. La imagen en la pantalla de video resultaba confusa, y la parte vocal sonaba como un batiburrillo de ruidos incoherentes.

Fleigh lo observó con el ceño fruncido y se volvió, mirando desconfiado a Greek.

—¿Está seguro de que sabe cómo usarlas? Fueron preparadas por...

—Por un imbécil que terna una salida blindada en la pantalla. Sólo unas cuantas han servido para algo. Llevo usando alambre pancíclico desde antes de que viera usted su primer disco estereofónico. ¿Dónde cree que imprimo la memoria de mis simulacros? ¿En un cerebro de verdad? Se necesitan kilómetros de alambre para alimentar los selectrones. He hecho todo lo posible, pero... Mire, eche un vistazo.

Rebuscó dentro de la boca del falso Curtis e hizo algo que obligó a la figura a sentarse de repente. Max se acercó y murmuró algo en el oído del maniquí, que tras algunas respuestas, se hundió en un lúgubre silencio. Max se volvió hacia Greek.

—¡Le dije que Curtis terna que quedar perfecto! Esto no engañaría jamás a un jupiterino.

—Y yo le dije que no era Jehová —contestó secamente—. Mi especialidad son las imitaciones mecánicas. Con una cinta defectuosa, el simulacro saldrá defectuoso. Si me trae algunos carretes aceptables, veré qué puedo hacer.

Fleigh gruñó y, de un tirón, retiró la cobertura del Curtis original. Un renovado interés se pintó en el rostro de Greek, que se aproximó para examinar al consejero, aunque se contentó con un superficial vistazo al comprobar que el hombre seguía con vida. Asintió con la cabeza.

—Eso nos da más probabilidades, Fleigh. Instalaré un encefalógrafo y un analizador de la formación de sus ideas, y grabaré a partir de su mente... Resulta mejor que alimentar al simulacro con impresiones de las cintas, aunque siempre he usado un circuito de prueba. Muy bien, le proporcionaré algo que engañaría a su propia madre.

—¿Cuándo?

—Depende. El análisis en banda estrecha llevará un par de semanas, pero su efecto será permanente. Si utilizase un impresor de onda completa, las cintas no registrarían gran cosa. Podrían hacerlo en diez o doce horas. Sólo que, en ese caso, el simulacro empezaría a perder eficacia en una semana y, en un mes, ya no serviría para nada.

—Eso no importa —decidió Fleigh—. No lo necesitaremos más que unos días. ¿Hay algún sitio para que Slimy yo recuperemos algunas horas de sueño mientras usted termina?

A una señal de Greek, su doble recobró el movimiento y les condujo, a través de una serie de corredores, hasta un cuarto que no carecía de ningún elemento de confort. Después, salió en silencio, dejándoles solos. Para alivio de Fleigh, Slim probó la cama, esbozó un gesto de desagrado, retiró de ella una manta y se enrolló sobre el suelo, renunciando al colchón flotante. No le interesaban tales lujos, del mismo modo que a su jefe no le interesaba compartir la cama con él. Max se instaló, pues, en ella, reculó el dial que le permitiría obtener el máximo de comodidad y exhaló un relajado gruñido de placer.

Sin embargo, no tenía intención de dormir mientras se hallaban en marcha asuntos que le concernían. Tres horas después, se levantó de la ondulante cama y se deslizó sigilosamente por los corredores abiertos en la roca, calzado con unas chancletas de suela de goma-espuma. Ahora bien, en su entrenamiento se había incluido el estudio de los estúpidos espías estereofónicos y, cuando entró en el laboratorio, no hubo nada de subrepticio en su actitud. Greek levantó la vista de un enredo de cables y mecanismos, mirándole con un gesto de vaga sorpresa, aunque sin desconfianza.

—No lograba dormir —se disculpó Fleigh—. ¿No tendrá usted algún barbitúrico, por casualidad?

Unos minutos más tarde, una vez que el doble de Greek le entregó una tableta, salió al corredor, con un murmullo de agradecimiento. Ya se había enterado de todo cuanto le interesaba saber. Los dos Greek y los dos Curtis seguían presentes en el

lugar debido, y el copista se afanaba en su trabajo. No había nada que temer. En realidad, no esperaba tropezar con problemas, pero nunca estaba de más tomar todas las precauciones cuando se trataba con hombres al margen de la ley, ya fuera la ley del Consejo o de la Plutarquía.

Cuando volvió, Slim roncaba, dando patadas contra el suelo. Fleigh rió entre dientes y volvió a hundirse en el colchón. Los proscritos resultaban útiles por el momento. No obstante, una vez que la Tierra obtuviera el mandato, habría que hacer algo con respecto a ellos. No eran la clase de gente más adecuada para adaptarse a la Plutarquía. Con un bostezo de satisfacción, se estiró y se entregó a un bien merecido descanso.

El doble de Greek les despertó por la mañana y les condujo al laboratorio, donde el científico les esperaba junto a la imitación de Curtis. El consejero original debía de estar drogado, pues yacía inconsciente sobre una de las mesas. Fleigh le dirigió una distraída mirada y se volvió hacia la nueva imagen en el momento en que Greek la puso en funcionamiento.

Esta vez, los ensayos se prolongaron más, y no hubo silencios lúgubres por parte de la imitación. Respondía con rapidez, seguridad y absoluta corrección. Él verdadero Curtis no lo hubiese hecho mejor. Por fin, Fleigh dio un paso atrás y movió la cabeza en señal de aprobación. Había exigido una imagen perfecta y se la habían entregado.

—¿Está seguro de que tiene un intenso deseo de vivir? —preguntó en tono cortante, mientras buscaba en su bolsa el pequeño relé que llevaba dispuesto.

Greek sonrió débilmente.

—Todas lo tienen. Sin eso, no pasarían por hombres normales. Si las dimensiones que me ha dado son correctas, no encontrará ninguna dificultad para instalarle el relé.

Alzó la camisa del maniquí y dejó al descubierto una pequeña cavidad en su espalda. Dentro de ella había un manojito de pequeños cables que Fleigh conectó al relé. Luego deslizó éste en el interior y lo ajustó con firmeza. Greek apretó el diminuto botón instalado en la boca de la máquina. La animación del maniquí cesó de inmediato y sólo se restableció cuando Fleigh presionó el botón correspondiente en el interior de su bolsa. Un pequeño rollo de la cinta de alambre pancíclico giró sobre la pantalla de exploración incluida en el bolso y emitió una onda compleja. El receptor de la espalda del maniquí reaccionó cerrando el relé. El movimiento se interrumpió de nuevo, pero retornó en seguida tras una segunda presión sobre el botón.

—Cualquier intento de desmontar el relé destruirá todos los circuitos, tal como usted ordenó —aseguró Greek—. ¿Conforme?

El semblante de Fleigh reflejó una completa satisfacción.

—Se ha ganado usted las esmeraldas, tal como le había prometido.

Buscó en el interior de su bolsa y extrajo un pequeño paquete. Una irónica sonrisa se extendió por su rostro. Y se mantuvo en tanto que Greek se apresuraba a

adelantarse y se tambaleaba luego hacia atrás, profiriendo un alarido, que se cortó al desparramarse los proyectiles por su cara y estallar su cabeza en una revuelta masa de sangre y materia gris. Por un segundo, su doble avanzó hacia él, pero en seguida se dio la vuelta con un aullido y echó a correr con desmañado paso por el corredor, mientras Fleigh desgarraba el paquete y extraía el arma humeante. Le dejó ir. La cabeza de Curtis quedó a su vez destrozada bajo una segunda serie de proyectiles. En el laboratorio, con los dos hombres, sólo quedaba el doble del consejero.

Slim cerró la boca lentamente y buscó su droga verde, pero no protestó. El otro se movía por el lugar, acumulando combustible en un rincón. Al final, le prendió fuego.

—Con esto, lo hemos solucionado casi todo, Slim —dijo con calma.

Se encaminaron hacia la nave por el corredor. El doble de Curtis les seguía en silencio. Un nuevo proyectil destruyó el cerrojo de la enorme sigma, tras lo cual la empujaron y salieron a la rocosa hendedura donde habían aterrizado.

—No queda nada librado al azar. Sólo un perfecto arenque ahumado para cubrir la desaparición de Curtis.

Slim se zambulló por la puerta de la nave, en dirección a los controles.

—¡Uf! Mi abuelito hubiera sentido una gran admiración por ti, Max. Ponía la misma cara que tú cuando liquidaba a alguien que no le gustaba... ¿Todo listo para despegar?

—¿No olvidas algo, Slim?

El proscrito le miró con desconcertada sorpresa. Fleigh meneó la cabeza y se encaminó al receptor. En su opinión, carecía de sentido tratar de enseñarle nada a aquel necio. Al menos, podría haber aprendido de él a tomar las precauciones elementales. El agente de la Plutarquía arrancó la cinta magnetofónica de la ilegal grabadora de onda completa y la insertó en una pista de retroceso. El rostro de su compañero reveló una lenta comprensión.

El falso Curtis se hallaba ya sentado ante una mesa, revisando el montón de notas que el Curtis original se había traído consigo. Al entrar Fleigh, alzó la vista, le sonrió y continuó ordenando los papeles que tenía ante sí. El agente se dejó caer en una silla, con su acostumbrada mueca desprovista de humor.

—Supongo que se da cuenta de que su vida depende de su obediencia, ¿no es así..., Curtis?

—¿Cree que de otra forma le permitiría matarme? —contestó la máquina con amargura—. Deje ese dispositivo de control a mi alcance y sentirá la diferencia que hay entre las manos de carne y las mías. Por el momento, cooperaré, ya que no tengo alternativa. Me imagino que desea ayudarme a preparar mi discurso ante el Consejo, ¿verdad?

Fleigh asintió lacónicamente. Su aprecio por el peculiar talento de Greek había subido varios puntos. La reproducción era perfecta, hasta tal punto que el maniquí

parecía considerarse a sí mismo como el hombre original. En ese aspecto no se presentarían dificultades. Y con respecto a la bolsa, no terna la menor intención de separarse de ella mientras el doble permaneciese en funcionamiento. Éste señaló las notas con un ademán característico de Curtis.

—Si lo redacta usted, Fleigh, lo estropeará. Créame, soy muy capaz de escribir el discurso y que suene como mío. Ahora bien, si quiere un trabajo prolijo y que no levante las sospechas del Consejo, necesitaré más información de la que poseo. Debo conocer el cuadro completo, si he de responder a todas las objeciones sin equivocarme respecto a lo que conocen los otros consejeros. Además, me parece conveniente que se acostumbre a llamarme consejero Curtis.

—De acuerdo, consejero —contestó Fleigh. La alegría de su risa fue genuina esta vez—. Bien, si me dice lo que necesita saber acerca de nuestros planes y métodos, iré llenando los vacíos. Sin embargo, cuando haya terminado, quiero ver ese discurso.

Resultaba asombrosa la cantidad de evidencias que Curtis había acumulado en el término de apenas una semana. O tal vez se hallaba ya en posesión de una gran parte de ellas y sólo precisó reorganizarlas conforme a las informaciones que había recibido en Ceres, suficientes para destruir toda esperanza de que la Tierra obtuviera el mandato, además de poner en serio peligro sus relaciones con el Consejo de Planetas. Fleigh tomó nota mentalmente de que debía presionar para que se llevara a cabo una investigación sobre los agentes destinados al exterior y comenzó a llenar las lagunas existentes en la información del consejero. Curtis iba apuntando los hechos en una libreta, silencioso y con expresión sombría. Después de repasarlos, dispuso la máquina de escribir. La primera parte del discurso que había pensado pronunciar sólo necesitaba una ligera modificación. Fleigh la leyó por encima del hombro del doble a medida que éste la escribía. Luego, el desarrollo se hizo más lento y hubo largas pausas, en tanto que la representación de Curtis reflexionaba, cambiaba una palabra en algún sitio o modificaba una frase en otro. Rechazó las sugerencias de Fleigh con el mismo menosprecio que hubiese expresado la cara del verdadero consejero, y el agente comprendió lo justificado de ese desdén. Tratándose de discursos, no era más que un aficionado. El doble, en cambio, llevaba a cabo un trabajo de profesional.

Empezaba a arrepentirse de su decisión de que la máquina durase sólo de una semana a diez días. Un propagandista de aquel calibre le hubiese sido muy útil a la Tierra. Sobre todo tratándose de alguien a quien el Consejo reconocía como el jefe de la representación marciana... Los discursos de Curtis siempre fueron buenos, pero Fleigh nunca se había percatado de que poseía un talento asimismo eficaz para la propaganda. Le costaba creer que se enfrentaba a una ficción mientras escuchaba la calmosa y serena voz exponiendo en apariencia la simple realidad, aunque coloreando sus palabras con ardides retóricos que les infundían un lustre de virtud e integridad.

—¡Perfecto! —comentó al finalizar el discurso.

Cortó la señal del relé, vio que el maniquí se desplomaba en el suelo y regresó a la cabina de control, por entero satisfecho. ¡La Tierra no podía fracasar!

El disco rojo de Marte aparecía ya en la placa visora, enorme y cercano. Fleigh no se había dado cuenta del largo tiempo empleado en escribir el discurso. Sin embargo, no lamentaba ni un segundo transcurrido en la tarea. Slim inició el descenso de la nave a través de la tenue atmósfera, en dirección al Centro Solar.

Al día siguiente, Max Fleigh saboreaba la inminente victoria mientras aguardaba junto a la Casa Marciana. Slim, por el contrario, continuaba malhumorado y hosco. En parte se debía sin duda a su orden de que se mantuviese apartado de los habituales antros en que se reunían los proscritos que había en el planeta. Si la policía le capturaba, se estropearía todo el plan. El resto, reflexionó Fleigh, lo causaba su temor innato a todo aquello que no alcanzaba a comprender.

El proscrito refunfuñaba, haciendo saltar su amuleto en la palma de la mano.

—Dejar que el chisme ese ande dando vueltas por ahí... Hemos tenido suerte, Max, pero no es razonable imaginar que vamos a tenerla siempre. Debiste dejarme seguirle.

—Por supuesto, Slim. ¡Todo el mundo encontrará muy natural verle contigo pisándole los talones!

Fleigh escupió por la ventanilla del coche las semillas del melón que estaba comiendo y tomó otro bocado de la fría fruta antes de continuar:

—No nos queda otro remedio que dejarle circular. Un consejero que vuelve de un viaje de dos semanas no se encierra antes de celebrarse la asamblea, cuando se le han dado instrucciones de recoger todos los detalles hasta el último momento. Además, ahora no tratamos con Curtis, sino con una máquina. Y ella sabe quién es el amo. En el instante en que corto el relé o se aleja de mí más de quince kilómetros, se detiene.

Al ver que el doble de Curtis descendía las escaleras, se apresuró a apearse del coche para abrirle la portezuela. Slim soltó un terco gruñido y se encasquetó más su nueva gorra de chófer. No obstante, recibió las órdenes de Curtis sin protestar y condujo el enorme coche hacia las Cámaras del Consejo. El consejero les tendió dos elegantes cartulinas y se reclinó en el asiento.

—Pases para ustedes dos. ¿Está seguro de que Slim sabe lo que tiene que hacer?

Llegó una exclamación de disgusto de la parte delantera. Fleigh la ignoró.

—Espero que sí. Lo hemos repasado bastantes veces. De todos modos, asegúrese por sí mismo, si quiere.

El doble verificó cada punto con notable dominio. La Cámara del Consejo aislaba las radiaciones y, como no era cuestión de confiar al propio Curtis el relé, el éxito de la operación se basaba en el comportamiento de Slim. Max había conseguido un duplicado de su generador de señales para que el proscrito lo usara fuera de la Sala de

Asambleas, mientras que él entraba con el suyo y esperaba. La habilidad del falso Curtis le inspiraba absoluta confianza y estaba seguro de cumplir la parte que le tocaba desempeñar a él. Todo dependía, pues, de Slim. Sin embargo, no había motivos para que fallase, y siempre cumplió de manera eficaz las órdenes que se le dieron.

En efecto, todo se desarrolló con absoluta normalidad. Los guardias le hicieron pasar, después de una cuidadosa inspección de su permiso, y Fleigh se encaminó a la galería con el maletín que contenía el generador. Una vez allí, lo puso en funcionamiento. Curtis apareció unos segundos más tarde en la enorme puerta, con sólo un leve parpadeo de vacilación en el momento en que le rozó el dispositivo antirradiación y pasó de un generador a otro.

Curtis avanzó a lo largo del pasillo, saludando a sus amigos con gestos de simpatía. Presentó sus credenciales, que sólo fueron examinadas superficialmente, y se dirigió a una de las pequeñas salas reservadas a los consejeros. Dos de sus compañeros marcianos le siguieron cuando desapareció del alcance de su vista, pero el agente no se preocupó. Slim bajó las escaleras de la galería y se dejó caer en un asiento junto a él, colocando el duplicado del generador entre sus pies.

—¿Satisfecho?

—Perfecto —le tranquilizó Fleigh.

Cuando salieran, invertirían la táctica. Después, Curtis anunciaría que partía por una larga temporada a Ganímedes, y ellos podrían disponer del doble, desmontarlo y hacer desaparecer las partes capaces de revelar a quién representaba.

Curtis volvió al salón principal. Al parecer el Consejo le había estado esperando, ya que el macero reclamó orden en la sala. La reunión comenzó casi sin discursos preliminares. Tan pronto como la Tierra introdujo el tema del mandato, el jefe del Consejo de Venus empezó a ponerse en pie. Pero Curtis se levantó antes, y el presidente de la asamblea le concedió la palabra.

Fleigh se relajó aliviado en cuanto le llegaron las familiares palabras con que se iniciaba el discurso. Los venusinos miraron sorprendidos al consejero y se dispusieron a escucharle. Poco después, caían bajo el influjo de su oratoria. En principio, se suponía que el discurso resolvería la cuestión, ya que la última asamblea había votado una resolución provisional favorable. Que se transformase en definitiva sólo dependía de la investigación de Curtis. El mandato sería un hecho consumado al caer la noche. Y a partir de ese instante, la Tierra podría embarcar sus legiones de mercenarios en los cargueros supuestamente destinados a transportar «mineros».

Fleigh tenía una idea bastante definida sobre quién ostentaría el mando. Hacía ya cierto tiempo que se merecía un ascenso, y el plutarca había dejado escapar algunas insinuaciones acerca de las consecuencias que se derivarían de un resultado favorable. Le agradaría abandonar el ambiguo cargo de agente y convertirse, bajo el

mandato, en el gobernador legalmente reconocido de los planetoides. Luego, una vez bien afianzado, sería la ocasión de poner en marcha sus proyectos personales, que le conducirían a la dignidad de plutarca...

Slim trató de llamar su atención con un golpe de su huesuda rodilla, pero Fleigh estaba demasiado abstraído en sus pensamientos. Por fin, el proscrito le asió por el codo y murmuró algo en su oído. Sólo entonces abandonó sus ensueños. Algo sucedía... Los consejeros prestaban una atención demasiado cuidadosa. ¡Y la delegación terráquea parecía preocupada! Se apresuró a concentrarse en el discurso. Las palabras resonaron en sus oídos, provocándole un escalofrío.

—... Encontré la organización inconcebiblemente compleja. Además, su esquema básico es anticuado, tan anticuado como la barbarie que lo inspiró. Caballeros, en este momento no poseo otra prueba que mi palabra. Sin embargo, puedo dar nombres y citar lugares exactos. Nuestra policía planetaria confirmará cada una de mis palabras antes de que caiga la noche sobre esta asamblea. Hace cuarenta y dos años, el veinte de abril, el plutarca de la Tierra dio las órdenes que expongo a continuación...

Furioso, Fleigh se apoderó del generador de Slim y arrancó el botón. En vano. Las condenatorias palabras continuaron, acumulando detalles precisos, uno tras otro, mientras los hombres del servicio secreto se encargaban de desconectar el altavoz de los delegados terráqueos. Su rudeza significaba una declaración abierta de que la Tierra había sido expulsada del Consejo. Max abrió con violencia el generador de Slim y destrozó los delicados tubos con sus manos, al tiempo que pisoteaba su propio aparato... La voz prosiguió, incontenible.

En la tarima, Curtis alzó los ojos sin interrumpir la exposición de las fulminantes pruebas. Su mirada se encontró con la del agente y le dirigió una maliciosa sonrisa. Luego, recuperó su habitual gravedad y siguió adelante.

Las temblorosas manos de Slim manoseaban al amuleto. Fleigh se lo cargó literalmente hasta el pasillo, arrastrándole por él, recorriendo la infinita distancia que les separaba de la puerta de la galería. A cada paso, esperaba la estentórea orden de Curtis que les convertiría en blanco de los potentes proyectiles explosivos. No fue así. Sólo se oía el tranquilo desarrollo del discurso y las apresuradas súplicas que Slim dirigía a los espíritus de su amuleto. Para su sorpresa, las manos de amabilísimos guardias les abrieron las puertas. Se encontraron en el corredor de la planta, sin ningún policía a la vista. Max interrumpió el balbuceo de alivio de Slim con un irritado susurro.

—¡Todavía no estamos a salvo, imbécil! Sólo senos ofrece una posibilidad entre diez, porque en este juego del gato y el ratón, nosotros somos los ratones... Si hemos de aprovechar esa posibilidad, empieza por cerrar la boca. ¡Camina, maldita sea! ¡Y sonrío!

Descendieron otro tramo de escalera y atravesaron un largo corredor. Una

segunda puerta se abrió rápida y cortésmente cuando se aproximaron a ella. Al fin, la escalera principal condujo a la calle. A Fleigh le parecía imposible que el doble de Curtis no hubiese ordenado su arresto. Imposible también que el relé hubiese sido alterado. Pero el coche les aguardaba en la calzada y la policía seguía sin presentarse. Como reacción a los acontecimientos, un chorro de baba narcótica cayó sobre las manos de Slim, que acariciaban el amuleto. Fleigh le empujó sin contemplaciones al interior del coche y conectó el encendido electrónico. Arrancó con violencia, en tanto que de la garganta del proscrito surgía un grito de desesperación.

—¡Mi amuleto mágico!

Slim luchaba frenético con la manecilla de la portezuela, con la cara vuelta hacia la brillante pieza de metal que centelleaba sobre la acera y se alejaba cada vez más.

—¡Max! ¡Max!

—¡Cierra la boca y estate quieto! Si salimos de ésta, podrás comprarte cien chismes iguales.

Con una mano, Fleigh empujó al necio cobarde contra el asiento. Slim se dejó caer pesadamente, y su terror se transformó en un lúgubre desconuelo, que poco a poco se mezcló con una expresión de duda.

—Vámonos pronto, Max. Tan pronto como lleguemos a la Tierra, conozco a un tipo que tiene otro amuleto. El espíritu del suyo no es tan poderoso como lo era el del mío, pero no se trata de una patraña. ¡Max, tendrás que darme el dinero suficiente para comprarlo!

Fleigh disimuló una ligera sonrisa. Necesitarían bastante más que un amuleto mágico o que un simple plan de acción si alguna vez lograban llegar a la Tierra. Ya había visto cómo trataban allí a los fracasados y sabía que les convendría mucho más entregarse en la primera comisaría de la policía planetaria que encontrarán. Aun así extendió un brazo y dio unas tranquilizadoras palmaditas en la espalda del proscrito.

—Desde luego, Slim. Conseguiremos otro. Quizá lo hagamos incluso antes de irnos de aquí.

No resultaría muy difícil dar con uno de los revendedores de amuletos y contarle algún cuento para sacarle uno. Había un lugar en Venus que les serviría de escondite, siempre y cuando Slim se serenase lo suficiente para pilotar hasta allí... Y la suerte continuara acompañándoles, de modo que la policía no confiscara la pequeña nave. Ahora bien, esconderse requeriría dinero, la primera cuestión que debía resolver. Ya lo había planeado de antemano. Siempre se había cuidado de no comprometer su fortuna personal en los refugios de los agentes terráneos.

Dio la vuelta a una esquina, miró el anuncio de una joyería y murmuró una soez exclamación, sin aminorar la marcha. La luz roja aparecía encendida, indicando que el lugar había sido allanado. ¡Uno de sus cuarteles secretos quedaba eliminado!

Se detuvo obediente para esperar el paso a una autopista y continuó luego

conduciendo a gran velocidad. No tuvo más suerte en el segundo punto. El sudor cubría su frente y sus manos estaban húmedas cuando puso rumbo hacia el Canal Central de Marte, en los suburbios. ¡Maldito Curtis! Era imposible que hubiese encontrado los escondites... Al menos, debería de haberlo sido.

No vio ninguna luz avisadora en la ventana del tercer y último lugar. Una suave brisa balanceaba el descolorido rótulo que anunciaba el bufete de un abogado, y todo se mostraba sereno y tranquilo. Fleigh arrastró a Slim fuera del coche, puso en funcionamiento el piloto automático y dejó que siguiera sin ellos su camino.

Subió las escaleras, con el proscrito pisándole los talones, aplicó cautelosamente el oído a la puerta y meneó la cabeza en un gesto complacido. El continuo repiqueteo de la máquina de escribir indicaba que la delgada y pequeña secretaria realizaba su habitual trabajo de oficina. En cuanto a Sammy; debía de estar ocioso. Cuando el repiqueteo se hizo más estrepitoso, abrió la puerta con impaciencia.

Sentado a la máquina, Curtis alzó los ojos con una tranquila sonrisa y, a manera de amable saludo, agitó la anticuada pistola con que le apuntaba.

—Adelante, Max —dijo en tono cordial—. ¿Le gustó el discurso de mi doble?

La temblorosa mano de Slim se adelantó en un torpe y automático gesto, esbozando el signo de los cuernos. Su pálida boca se movió frenética, pero las palabras se negaban a salir. Cuando Curtis se volvió hacia él retrocedió a toda prisa, agitando convulsivamente los dedos.

—¡No puede ser él...! Nos lo cargamos... ¡Max, está muerto! ¡Es un fantasma!

Fleigh le amagó con una mano y falló. Procedente del despacho interior, penetró en la sala otra aparición, un hombrecillo contrahecho, con ojos de mochuelo guiñando tras las gafas de gruesos cristales. ¡Jeremías! Greek asió un lápiz con satisfecha sonrisa, trazó una línea sobre su brazo y mostró al proscrito la roja señal que se marcó en la piel.

—En carne y hueso —declaró.

Slim ya no le escuchaba. Lentamente, como impulsado por un gastado mecanismo de relojería, se deslizó rozando la pared con la espalda. Su inanimado rostro se inclinó hacia delante, hundió la cabeza entre las rodillas y se inmovilizó en esa posición.

—Si se trata de un regreso catatónico a la posición fetal, ha batido el récord de velocidad de todos los tiempos —comentó Curtis, con verdadero interés—. Tome asiento, Max. Parece haber sobrestimado usted la fibra moral de su compañero y subestimado a sus contrincantes; Nunca cuente hasta ese punto con la suerte. En este mundo, se necesita planificación para llegar a algo... Dicho sea de paso, Jeremías Greek es el creador original de la cinta pancíclica. Debió de investigar sus antecedentes antes de confiar en él. Hubiese descubierto que la Plutarquía le copió el invento. No pertenece al tipo de hombres capaces de cooperar a gusto con la Tierra.

Al contrario, preferiría, y así lo hizo, falsificar una cinta con destino a la grabadora que usaba usted y en la que registró, bajo mi código, un discurso de alarma para el Consejo Marciano.

Ante la insistente invitación de la pistola, Fleigh se dirigió hacia una silla, sólo en parte consciente del significado de las palabras. Se hundió en ella, mientras los pensamientos hervían en su mente, aunque no llegaban muy lejos. ¡Sigue el juego! ¡Mantén los ojos abiertos! Si le dejas la iniciativa, acabará por tropezar en algo. Aquélla suponía una regla básica en la preparación de los agentes, si bien, ahora, hasta esa lógica parecía incierta. Bien. ¿Qué otro recurso le quedaba?

Le tocó ahora a Greek proseguir el relato de los hechos.

—Ante la promesa de secreto por parte del consejero Curtis y la oferta de dedicarme aquí a la investigación lícita, me sentí completamente liberado de mi relativa lealtad hacia mi planeta natal, señor Fleigh. En mi opinión, los dos dobles sobre los que usted disparó eran bastante burdos, y las imitaciones de la sangre y el cerebro, muy pobres. Por fortuna, no investigó demasiado.

—No pensé que el relé pudiese fallar. ¿De modo que usted se limitó a dejar que el doble se desplomara y ocupar su lugar?

Fleigh se esforzaba por mostrarse despreocupado, mientras su cerebro analizaba todas las posibilidades de tenderles una trampa. Sin embargo, siempre volvía a la necesidad básica de ganar tiempo, de que siguiesen hablando.

—Se equivoca —dijo Curtis—. Disponíamos de poco tiempo, de modo que los técnicos se limitaron a usar un receptor de onda completa para registrar su señal de control en cinta pancíclica. La insertaron en un generador, y mi doble quedó en plena libertad dos minutos antes de que usted conectara su relé en la Cámara del Consejo. ¿No habrá creído que abandoné mi discurso a la mitad para venir en su busca, cuando contaba con un magnífico doble, verdad?

Los ojos de Fleigh se clavaron en Slim. Por ese lado, no recibiría ayuda alguna. Desde el instante en que se acurrucó en el suelo, el proscrito no volvió a mover ni un solo músculo.

Se esforzó en tranquilizarse. ¡Relájate! En tanto se mantuviera tensó én la silla, sus oponentes le vigilarían. En cambio, si aparentaba haber perdido toda esperanza, perderían algo de su cautela. Y a pesar de su gordura, era más joven y rápido que ellos.

La divertida risa de Greek interrumpió sus pensamientos.

—La solución es tan sencilla, Max... Pero, claro, aun cerebro tan intrincado terna que escapársele... ¡Cuidado, no se mueva! Y por si está tramando hacernos alguna jugada; le diré que se sorprendería mucho al descubrir la velocidad con que llegan a disparar un par de tontos y sentimentales soñadores. Aunque... ¿Cree usted, consejero, que de verdad somos tan tontos?

—Lo dudo —repuso Curtis, con el mismo intenso regocijo en su voz—. A mi modo de ver, la persona reaccionaria no sabe adaptarse a nuevas condiciones, dominado como está por una ciega y obstinada dependencia de su violento pasado. Y la fuerza bruta significa la admisión de una pobreza intelectual. Max, debió usted estudiar la historia más a fondo. Los necios idealistas tienen la peculiar costumbre de vencer.

Permanecieron así, riendo entre dientes y estudiando a su cautivo con la única cosa en el universo a la que jamás se había enfrentado: un manifiesto desprecio. Fleigh se humedeció los labios, mirando de soslayo al uno y al otro y considerando la infinita distancia que le separaba de la puerta.

Y de repente, una idea comenzó a germinar, abriéndose paso a través de la maraña de temores que enturbiaba su cerebro. Curtis y Greek no creían en la fuerza bruta. No le matarían si no les provocaba. ¡Y no podían entregarle a la policía!

Se volvió hacia Curtis. Y esta vez lucía también una sonrisa en sus labios.

—Consejero, usted dijo que había prometido al señor Greek mantener en secreto sus actividades. No la inmunidad, ya que la antigua ley contra la construcción de robots sigue vigente y conserva toda su fuerza. No cabe duda de que los dobles serían considerados como robots. Ahora bien, ¿cómo supone que lograría entregarme a las autoridades sin romper esa promesa y sin correr el riesgo de que le colgaran al mismo tiempo que a mí?

—Nunca fue mi intención entregarle —contestó Curtis.

—Y usted mismo dijo que la fuerza bruta era propia de estúpidos...

—En efecto —contestó ahora Greek—. Sin embargo, las normas de la justicia apelan a veces a ella. El castigo para la traición, como el castigo por construir robots, continúa siendo la muerte, a pesar de que ya hemos abandonado la mayoría de las otras razones para aplicar la pena capital.

—En ese caso, entréguenme. O mátenme ustedes mismos... Descubrirán que emplear la fuerza bruta en Marte es realmente estúpido. Marte tiene la mejor policía de todo el sistema. Por eso siempre he preferido ejecutar mis trabajitos en cualquier otro sitio. Para unos aficionados como ustedes, no hay la menor posibilidad de éxito. ¿Y bien, qué deciden?

Comprendió que había ganado la partida y saboreó la dulzura de la libertad, después del miedo y la desesperación provocados por la satisfecha malicia y la ostentación de poderío en que se gozaron sus contrincantes. Sin esperar un gesto de respuesta, se levantó de la silla con tranquila seguridad y se dirigió hacia la puerta.

La voz de Greek le detuvo en seco.

—¡Un minuto, Max! Al parecer, no ha caído aún en la cuenta de todos los errores que cometió. Olvidamos mencionarle uno. Nunca recurra a un doble perfecto. Porque un doble no puede ser perfecto si no piensa punto por punto igual que su original. La

mente del uno debe operar como la mente del otro. El doble del consejero sólo estaba limitado por el tiempo que fuese capaz de funcionar... Y la máquina lo sabía, como sabía que no daría resultado entre hombres verdaderos.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó Fleigh en tono airado, buscando de nuevo la salida—. ¡Hasta la vista!

Unas manos de acero le aferraron por detrás, y un par de brazos en posesión de una fuerza sobrehumana le alzaron del suelo y le forzaron a enfrentarse a los dos hombres. Curtis dejó caer la pistola sobre la mesa con un movimiento lento y deliberado, sujetando con una sola mano al agente, que forcejeaba, mientras tendía la otra a Jeremías Greek. Luego, se volvió hacia la puerta y arrastró el obeso cuerpo de Fleigh sin aparente esfuerzo.

—Cuándo le encuentren muerto en su casa —dijo—, asesinado por el robot que mandó construir con destino a una perversa conspiración contra el consejero Curtis, no creo que la policía se preocupe gran cosa... Sobre todo al ver que tanto usted como el robot, es decir, como yo, somos imposibles de reparar.

Había amargura en la voz del duplicado, aunque una amargura resuelta y decidida.

—Cuando el verdadero Curtis me reemplazó en la Cámara del Consejo, quiso que pasase los últimos días de mi existencia de la manera más agradable posible. Pero aun a un limitado maniquí le gusta ser útil... Andando, Max.

Max Fleigh le siguió. No podía hacer otra cosa. El duplicado de Curtis le empujó al interior de un pequeño coche y emprendió la marcha hacia el pueblo, hacia la casa que había sido su hogar marciano y que pronto se convertiría en su tumba. Ni siquiera conseguía pensar con claridad. Su mente se perdía en reflexiones disparatadas.

A fin de cuentas, Slim estaba en lo cierto. Su amuleto mágico le dio suerte aun después de haberlo perdido. En cambio, para el hombre que se negó a creer en él, no había esperanzas de obtener tan insensato perdón. A decir verdad, no había esperanzas de ningún tipo.

* * *

Al pasar de nuevo a máquina *Facsimil ultraperfecto* para su inclusión en este libro, no pude por menos de preguntarme cómo me atreví a enseñárselo a Campbell. Lo rechazó de modo automático, aunque lo que me dijo acerca de él ya ha sido olvidado. Hay que decir que resultó vengativamente «de acción». El argumento pertenece al grupo de los basados en el dicho: «ir por lana...». Esto es, el autor escoge un personaje por el que no siente la menor simpatía y le conduce al fracaso a causa de sus propios errores. En las antiguas revistas de relatos detectivescos —y en algunas otras—, se recurría con frecuencia a este procedimiento. Los escritores principiantes presentan aún esta clase de trabajos, sin duda por la facilidad con que se

escriben.

Fue la primera vez que intenté un relato de este tipo, y supongo que después los he escrito alguna que otra vez. Pero seguro que no lo he hecho para Campbell.

Había caído en el mismo error que cometen tantos principiantes o escritores jóvenes cuando hablan con un editor. Toman cada una de sus palabras en sentido literal. En realidad, tales palabras no han de tener por fuerza un significado preciso. Cuando un editor dice que quisiera algunos relatos en los que haya abundante presencia femenina, hay que tomar su frase a beneficio de inventario. Lo único que quiere por lo general es que se hagan intervenir más señoritas que en la mayoría de los trabajos que recibe, a no ser que esté publicando ya relatos que giran de modo exclusivo en torno a las mujeres. Y si pide más acción, no significa que cada página del cuento haya de ser una sucesión explosiva, y o siempre había dado eso por sentado..., salvo en esta ocasión, al parecer.

Se lo vendí también a Robert Lowndes, pues se adaptaba mucho mejor a su revista.

Mi cuarto relato de esta secuencia se basó en una idea que me rondaba desde mucho tiempo atrás, si bien hasta el momento no había madurado lo suficiente. Incluso llegué a comenzarlo en cierta oportunidad, pero la abandoné, si bien guardé dos de sus páginas entre mis notas. Las busqué y desarrollé prácticamente el cuento igual que lo había concebido. Esta vez me dio la impresión de que el relato tomaba forma. Continué su redacción. Desde que la idea se me había ocurrido por primera vez, en Saint Louis, había pensado en ella varias veces. Por lo tanto, disponía de bastante material acumulado, cosa que siempre ayuda a infundir al cuento una atmósfera de realidad.

La historia resulta un poco complicada. Se refiere a un dictador genuinamente benévolo, obligado a ocupar el poder porque el mundo en el que reina, destrozado por una guerra que trajo como consecuencia toda una serie de otras pequeñas guerras, carece de la energía suficiente para preocuparse de quién lo gobierna, o de cómo lo gobierna. Y nuestro dictador sabe que, al morir, tal vez le suceda algún bellaco o algún necio, capaces de echar por tierra cuanto él ha erigido. El problema estriba en que se está muriendo. Ya no aguantará un nuevo trasplante de corazón. (Hace tiempo que los trasplantes se convierten en cosa común dentro de la ciencia ficción). Su única esperanza se centra en un robot que prepara en secreto para sucederle. Ahora bien, ¿cómo conocerlo lo suficiente para depositar en él su confianza? El robot y la forma en que lo entrena para que ajuste sus pensamientos a los de su amo en la medida de lo posible constituyen los elementos clave del cuento.

Se componía de seis mil quinientas palabras y lo titulé *Uneasy Lies the Head*.

Campbell me dijo que el relato se ajustaba a sus directivas y que lo adquiriría con gusto. Sólo que, como de costumbre, rebosaba de material.

Donald Wollheim lo admitió para Ten Story Fantasy, en 1950. Se reimprimió varias veces y todavía me agrada lo bastante para sentirme satisfecho de que lo incluyan en una de mis antologías.

Había decidido que éste sería el último relato con el que probaría suerte. No obstante, una vez terminado, el material previo a partir del cual lo desarrollé continuaba rondándome. Tracé entonces toda la historia de la familia del dictador y del cerebro del robot y, de manera gradual, los datos se fueron ordenando en un nuevo relato. Podría llamársele otra «retrospectiva». Nunca logré comprender por qué me resulta más fácil retroceder que seguir adelante. Al amanecer, el esquema ya estaba bastante claro. Me senté a escribirlo. Alcanzó las seis mil seiscientas palabras y lo titulé *Reflejo condicionado*. En una edición posterior, se le llamó *Mente del mañana*, título bastante adecuado. De todos modos, prefiero la denominación original.

Reflejo condicionado

por Lester Del Rey

Paul Ehrlich levantó la mirada de las tortas de trigo que estaba comiendo a tiempo para ver a su padre levantarse de un salto de su silla y correr a la cocina. Apenas si alcanzó a sujetar el brazo del viejo, y conseguir que retrocediese. El agudo dolor que sintió al pelarse las espinillas contra la pata de la mesa no contribuyó a disminuir su irritación.

—¡Maldita sea, Justin! Te dije que no molestaras a Gerda. Y lo dije en serio. Ya tiene bastantes problemas tratando de realizar todo su trabajo en dieciséis horas para que todavía le vayas con monsergas. Anda, siéntate y come... ¡Y déjala en paz!

—Algún día, Paul, te enseñaré que todavía soy capaz de darte una azotaina. —Justin Ehrlich se dejó caer sobre la silla, pero la rebeldía seguía mostrándose en su rostro—. La mantequilla está aquí. ¡Ya dije que *no* comería mantequilla agria!

—Entonces tendrás que arreglártelas sin mantequilla, a no ser que prefieras armarnos una desnatadora. Así la leche no tendrá que esperar a que la nata fermente. No se puede hacer mantequilla dulce a partir de nata agria. Además, la mantequilla supone un verdadero lujo. Ya somos lo bastante afortunados al poseer las vacas.

—Sí. Aunque necesitaríamos un toro.

Harry Raessler rebañó la última gota de almíbar de remolacha con un trozo de torta y, con gesto abatido, señaló a través del tosco cristal de la ventana el terreno que se extendía más allá de la casa de troncos y adobe.

—No es el mundo en que usted nació, señor Ehrlich —continuó—. Mi mujer hace cuanto puede, claro, pero sólo tiene dos manos. Vamos, Paul, más vale que reparemos el techo del granero.

Paul asintió y siguió a su compañero al exterior, aliviado al dejar atrás la contrariedad de su padre. El viejo debía de estar cayendo en la senilidad, si interpretaba de manera correcta la palabra. ¡Quejas y más quejas! Para la mayoría de la gente que aún quedaba con vida aquella granja significaría un paraíso... Y en ese grupo se incluían pocos hombres que sobrepasasen los cincuenta. Meneó de nuevo la cabeza y arremetió contra los grandes maderos de pino, en tanto que Harry se dedicaba a enderezar la pequeña colección de clavos oxidados que les restaba.

Hubo un tiempo en que consideraba a su padre casi como un dios. Y terna que admitir que su riqueza actual se debía en parte a sus solos esfuerzos. Previendo el próximo estallido de la Quinta Guerra, Justin había huido a la isla MacQuarie, y las medidas que tomó para asegurar su permanencia allí resultaron tan adecuadas como sabía la elección de aquel refugio. Durante más de veinte años prosiguió su investigación, hasta que la guerra pasó de las naciones a las ciudades y, por último, se

extinguió. Sólo entonces consintió en realizar el largo y peligroso viaje.

No obstante, pese a lo acertado de sus previsiones respecto a las consecuencias de la guerra, se negó a aceptarlas y, desde entonces, Paul se vio forzado a soportar la pesada carga sobre sus hombros. Diecinueve años de infierno, mientras la energía de la materia causaba estragos y el hambre mataba a la mitad de los sesenta millones de supervivientes repartidos por el mundo. Los Ehrlich se habían convertido en una ruda mezcla de pionero primitivo y granjero común. Y la vida continuaba. Al menos, había tierra suficiente, gran parte de ella todavía productiva, aunque los aperos para labrarla desaparecieron en su mayoría.

Pese a ello, Paul se las arregló bastante bien. En los dos años siguientes a su llegada allí en el bote, y luego de trocar éste por cosas más urgentes, recorrió la región, negociando la seguridad de la mitad del territorio, siempre con la penosa carga de su padre tras él. Y ahora, después de tres meses de asociación con los Raessler, Justin...

—¡Paul! ¡Maldita sea, Paul! ¿Dónde te has metido? ¡Ah, con que estás ahí!

El viejo surgió entre imperiosos improperios por la esquina del granero, maldiciendo los escombros que le estorbaban el paso e interrumpiendo el amargo soliloquio de su hijo.

—Creí oírte decir que mi equipo había llegado ayer. ¿Dónde diablos lo escondiste?

Paul hizo una mueca y erró el golpe con el hacha, estropeando la tabla que preparaba para la reparación del techo.

—Lo guardé en la leñera. Los hombres estaban demasiado cansados para seguir dando vueltas con él por más tiempo, después de acarrearlo río Snake arriba. ¡Y deja de protestar! Bastante suerte tienes con que dispusiéramos de algo para dar a cambio de ese trabajo. Yo no pelearía con el Snake ni por diez toros y un tractor.

—¿Suerte? ¿Por qué crees que escogí con tanto cuidado el cargamento antes de meterme en este agujero, sino para negociar con él? ¿Por qué perdí la mitad de mi tiempo obligándote a estudiar los libros de agricultura que me traje conmigo? ¡Suerte! ¿Crees que no me di cuenta de lo que se avecinaba? Aunque, a decir verdad, jamás pensé que escogerías semejante agujero. De haber sido yo...

—Seguro —le interrumpió Paul—. Ya lo sé, hubieses redescubierto el jardín del Edén. Con ferrocarriles y todo... Cuando encuentres una tierra mejor, un sitio más seguro o, por lo menos, donde la gente haya recorrido la mitad del camino de regreso a la normalidad, te acompañaré. Sólo me costó dos años localizar esto... Muy bien, papá, tu chatarra está en la leñera.

Justin gruñó y se alejó a toda prisa, murmurando algo sobre tanta maldita impertinencia, mientras Harry le miraba con expresión dubitativa.

—No deberías hablarle así a tu padre, Paul. Después de todo, te dotó de una

visión mucho mejor que la del resto de nosotros. Quizás algún día seas dueño de todo Idaho, tan pronto como logremos avanzar un poco más.

—Sí, lo sé, Harry, pero... Subamos al tejado. Ya hemos preparado suficiente material para arreglarlo.

Se hallaban ya a medio camino en su ascenso por la escala cuando les detuvo una serie de gritos penetrantes que provenían de la leñera, y que culminaron en un alarido final. Justin se dirigía hacia ellos con el rostro enrojecido. Paul silbó cansadamente, empujó a Harry hacia arriba y emprendió el descenso, a fin de enfrentarse con la furia. ¡Paz, qué cosa maravillosa! El anciano no sólo no cumplía ninguna labor, cuándo cada par de brazos resultaba imprescindible, sino que estorbaba el trabajo de los demás, rondando a su alrededor.

—Muy bien, ¿qué ocurre? —preguntó franqueando la puerta detrás de la cual se había retirado.

—Mira. ¡Destrozada! ¡Absolutamente destrozada! Yo mismo embalé esa máquina de escribir. Y mira lo que ha quedado de ella.

En verdad suponía todo un espectáculo. Poca similitud presentaba ya con una máquina de escribir, a excepción de su rota estructura, un montón de teclas dobladas y un confuso lío de alambres y palancas.

—Si algún día llego a ponerles las manos encima a tus porteadores, les... Les arrojaré aceite hirviendo, les echaré plomo fundido en las botas, les... ¡Les freiré!... Mi única máquina de escribir. ¡Y fíjate!

Las comisuras de los labios del muchacho cayeron hacia abajo. Sin embargo, rió entre dientes, impasible en apariencia ante la furia de su padre.

—Si quieres perseguirles Snake abajo, adelante. Aunque, en mi opinión, más te valdría escribir a mano.

—¿Qué?

Justin se interrumpió en la cumbre de su alarido, cerró la boca y, con el autocontrol típico de la persona acostumbrada a tratar con niños, obligó a su voz a sonar razonable:

—Hemos de conseguir otra. Boise se hallaba en ruinas, ya lo sé, pero tengo entendido que escapó de lo peor. Seguro que á nadie se le ocurrió ir allí en busca de máquinas de escribir. Me llevarás mañana a Boise y excavaremos hasta dar con alguna.

Tras lo cual, penetró de nuevo en la leñera y comenzó a clasificar el resto de sus pertenencias, en tanto que Paul se refugiaba en el granero y el sentido común de Harry. La última exigencia de su padre, cuando los campos necesitaban ser fumigados y cultivados, sería demasiado incluso para Raessler. ¡Boise! ¡Y un cuerno!

Para su sorpresa, resultó que Harry veía las cosas de distinta manera. Con el rostro pensativo, lió un pitillo antes de contestar. Al fin habló, adoptando un tono

condescendiente.

—Será mejor que le sigas la corriente, Paul. Cuando un brujo te pide material, no me parece mala idea proporcionárselo.

—¿Un qué?

—Un brujo... Un tío de esos que se dedican a la magia y a los encantamientos. Como los que enviaban fantasmas a luchar contra los soldados... ¡Ah, es cierto! Tú no sabes nada de ellos. Aún no habías llegado en aquella época. De todos modos te diré que la gente del lugar considera a tu padre como un brujo. Los brujos pueden ser muy útiles si les tienes de tu parte. Llévale a Boise. Yo fumigaré las patatas. Tal vez Gerda disponga de algún tiempo para ayudarme.

—Todo eso de la magia es una tontería —repuso Paul agriamente—. Lo que llamas fantasmas se debían sin duda a una forma burda de invisibilidad. No aprendí demasiado de la vieja ciencia, pero sé lo suficiente para no creer en esas cosas... Y no iré a Boise de ninguna manera. Vamos, terminemos este tejado, antes de que el sol caliente con exceso.

Gerda se hallaba ya desbordada de trabajo, para encima fumigar las patatas, y Harry cumplía más tareas de lo que le correspondía. Si a Justin le apetecía perder el tiempo, que marchase solo.

No soplaba el viento en Boise. El sudor corría por la cara de Paul cuando se dejó caer a la sombra del carro y desenvolvió el almuerzo preparado por Gerda. Justin revolvió un poco más entre los escombros y se unió a él. Por una vez, el viejo no se había echado atrás y se sentía lo bastante cansado para comer tres trozos de su bocadillo antes de escupirlo.

—¡Mantequilla agria! Le dije a Gerda que nada de mantequilla, que quería el pan sin untar.

—Eso significa que te equivocaste de bocadillos. Los tuyos están en la otra bolsa. Y digas lo que digas, Gerda es una cocinera endemoniadamente buena. —Paul empujó su bocadillo con el amargo y cálido brebaje casero, mientras estudiaba los escombros de la antigua ciudad con marcada expresión de duda—. Lo han barrido todo. Y no tenemos la menor idea de dónde buscar. Suerte que descubrimos esa lata de ANTU. Si mata las ratas, como dices, nos compensará del viaje. Pero no encontraremos nada más. ¿Por qué no renunciamos?

—Porque no he encontrado todavía la máquina de escribir. Oye, ¿qué es eso?

Paul volvió la cabeza, alcanzó un pequeño objeto y se lo tendió.

—Examínalo. Pensé que tal vez supieras para qué sirve. Tiene un aspecto muy raro.

—¡Hum! Un relé de memoria magnetrónica. Al menos eso parece, bajo la capa de suciedad... Sí, en efecto.

Lo estudió dubitativo. Iba ya a tirarlo cuando lo contempló con renovado interés.

—Tú también sabes lo que es. ¿O lo has olvidado?

La idea general se diseñó en la mente de Paul, surgiendo de algún lugar de su memoria. La ciencia había dado accidentalmente con ella, poco después de que se redescubrieran las corrientes magnéticas y sus aplicaciones. Se trataba de una suspensión coloidal de metales en un gel de siliconas, provistas de nodos. Conectando dos nodos cualesquiera entre sí, se establecía en el gel un enlace conductor permanente, de la misma forma que dos hechos relacionados entre sí originan un enlace permanente y utilizable entre las células cerebrales. En cierto modo, el aparato mejoraba con el uso, dado que los enlaces se volvían mucho más conductivos. Y dio resultados muy satisfactorios para reemplazar los relés telefónicos.

Justin asintió.

—Y para el perfeccionamiento de las máquinas. Tenemos aquí un par de nodos pertenecientes a un conjunto de diez. El resto debe de andar por ahí. Todo el material de oficina se vendía por lo general en el mismo establecimiento. Espero que seas lo bastante brillante para recordar dónde lo encontraste.

Tardaron menos de media hora en excavar más de metro y medio, a través de la blanda basura, en el mismo agujero que habían abierto detrás del carro. El pico de Justin fue el primero en romper el concreto, y no había ningún signo de debilidad en la forma en que atacaba el círculo de un metro veinte que formaba el fondo. Al muchacho le dolían ya los brazos de tanto palear los escombros cuando, de pronto, el cemento se derrumbó y su padre desapareció entre una nube de polvo y agónicas maldiciones.

—¡Uf...!

Sus juramentos resonaban con todo vigor. Al parecer, no se había hecho ningún daño. Un segundo más tarde, reapareció su cabeza.

—Ven, hemos descubierto un sótano que los otros pasaron por alto. Hiede, pero el aire se está renovando. Alcánzame la linterna... ¡Hum! Dos sótanos. Los separaba una estructura de madera que se rompió. Si consigo hacer pasar por el agujero esa escala que hay por ahí, no habrá dificultad en bajar.

Sin embargo, Paul no perdió el tiempo en espera de ninguna escala. Acababa de ver un rastrillo asomando de una caja de embalaje y los elementos de una hacha desparramados a partir de otra estructura de madera podrida. ¡Hachas y rastrillos! Otra caja se abrió, revelando inútiles mangos de picos, pero un estante semipodrido aparecía repleto del incalculable tesoro que suponían para ellos los artículos de una ferretería. No muchos, ya que el sótano parecía haber recibido de refilón un rayo de energía, pero sí los suficientes para dejarle sin habla, en tanto iba tomando trabajosamente conciencia de su buena fortuna.

Justin gruñó, ya que no veía nada que le interesase. Con unos cuantos golpes de su pico, atravesó un desmoronado sector de la división de madera y pasó al otro lado. Paul acudió al oír su alarido, pero no vio nada especial, si se exceptúan hileras y más hileras de papel podrido y grandes libros. Su padre saltó desde un hueco y señaló hacia el derrumbado túnel, taponado con tierra, que se abría bajo la capa de concreto y que corría a lo largo de la división de madera.

—Encima de esto había una papelería, que vendía también maquinaria de oficina. ¿Ves esa caja? Una de las máquinas de sumar perfeccionadas con el chisme que encontramos. No sirve sin generadores magnéticos. Ahora bien, si excavamos...

Paul volvió a sus tesoros.

—Excava tú, si quieres. Si me queda tiempo después de cargar las demás cosas, vendré a ayudarte, aunque no veo nada que valga la pena en ese montón. Más valdría que vinieras a echarme una mano.

Como siempre, la idea de Justin acerca de la cooperación se limitaba a cuidarse de sus propios intereses. El sonido del pico y la pala acompañó a Paul mientras armaba una plataforma y una polea para subir su botín. Cargó el carro él solo, sudando a causa del esfuerzo a que le obligaba el poco eficaz montacargas, hasta que no quedó nada más que recoger, pese a que exploró con el pico la dura costra.

—¡Eh, Paul, holgazán! Déjate de cuentos y ven a ayudarme.

Su padre bailaba prácticamente en el hueco entre los dos sótanos, con los labios pegajosos de sudor y mugre. No obstante, su voz sonaba tan imperiosa como de costumbre.

De momento, Paul conservaba aún el suficiente entusiasmo para que ni siquiera eso le irritase, y le siguió a través del serpenteante y peligroso túnel, hasta dar con una caja abierta, conteniendo una sólida máquina de escribir.

—Teclado antiguo. No sirve —anunció Justin, en tanto se inclinaba para pasar las manos por debajo de la máquina—. El teclado de Dvorak sirvió de norma durante cincuenta años y, en este tiempo, lo seguían fabricando. ¡Malditos reaccionarios! La buena está más atrás, ¿ves? Intenta... ¡No, basta! Yo la arrastraré. Hay otra caja de tu lado... Sólo maquinaria, pero aprovechable. ¡Aquí! ¿Puedes moverla tú solo?

—Quizá. Sí, creo que sí... ¡Uf! Será mejor que abramos el cajón y lo dejemos aquí.

—¿Y arriesgarnos a perder la mitad de las piezas? ¡Ni hablar!

A partir de ese instante y mientras atravesaban el peor tramo del túnel el viejo se limitó a gruñir, sin maldiciones, reservando con prudencia su aliento hasta que estuvieron otra vez a nivel del piso.

—Tal vez queden más cosas ahí dentro —dijo entonces—. Al menos, es uno de los escasos sitios casi intactos que se salvaron de los removedores de escombros. Cuando subamos, ocúpate de cargar esto en el carro. Yo borraré nuestras huellas.

Después, si dejas de oponer estúpidas objeciones al mejor juicio de tu padre, quizá te diga por qué necesito una máquina de escribir. Te lo hubiese dicho hace años, si no te hubieses mostrado tan infernalmente curioso.

Paul le escuchaba sólo a medias. Una vez terminado el trabajo, ocupó su lugar junto a las dos vacas lecheras, que servían también como animales de tiro. Su padre iba sentado sobre el gran cajón de embalaje, con su preciosa máquina de escribir entre las manos, casi en paz con el mundo. Las ruedas del carro —que en otro tiempo pertenecieron a un camión— saltaban y traqueteaban sobre los vestigios de lo que fue un camino y que les conducía de regreso a casa. La mente del muchacho estaba más ocupada por la carga que por el relato.

Eliminando todas las justificaciones, exageraciones y distorsiones, se reducía a muy poco. Al parecer, su padre había contratado a un mecanógrafo para tomar al dictado sus escritos. Los errores normales que cometía —o anormales, como le acusaba el viejo— les habían llevado a enzarzarse en una pelea. A esto siguió un litigio, otra pelea, un brazo roto del mecanógrafo y un mandato judicial para que Justin se apeara del burro y desistiera de calumniar a su empleado al insistir en que una máquina realizaría mejor el trabajo. La historia, que el viejo complicaba con detalles llenos de colorido, finalizaba cuando juró que era muy capaz de construir esa máquina, que estaba decidido a hacerlo.

—Y ahora, gracias a Dios, disponiendo de una máquina de escribir decente, demostraré de una vez por todas que yo terna razón al acusarle. Paul, vas a ver el mecanografiado que un editor apreciaría. Sin errores, sin raspaduras, sin faltas de ortografía y sin omitir ningún párrafo. Terminaré mi novela. ¡Y la terminaré bien!

Paul se echó a reír.

—¿Quieres decir que desperdiciaste veinte años? ¿Que todo ese tiempo y todos los jaleos de la isla no tuvieron otro objeto? No, claro que no, aunque he de admitir que, con toda probabilidad, gracias a eso conservamos la vida. Es terrible que no hubiese más gente lo bastante rica para escapar como tú.

Justin le corrigió con relativa amabilidad. Todavía perduraba en él una intensa sensación de triunfo.

—Lo bastante rica y lo bastante lista, no lo olvides.

—Además de salvarse, habrían arrastrado consigo todo el problema. Reúne cien personas y necesitarás una administración. Así comienzan a empantanarse, hasta que han de organizar una guerra para justificarse. Le dije que demostraría la verdad de mis palabras a su respecto. ¡Y lo haré!

—Te resultará un poco difícil, Justin. Está muerto. Podrías buscar a sus herederos, aunque no creo que te acompañe la suerte... Ni siquiera en otros veinte años lo lograrías. ¡Vamos, Bessy!

Forzó a las vacas a dar un rodeo para evitar un hoyo. Oía sus dolorosos mugidos,

pero decidió que soportarían tres horas más sin ser ordeñadas. Claro que no perderían mucho si decidía aliviarlas con un ordeño parcial... No, ya habían recorrido más de la mitad del camino de regreso. No valía la pena.

La carcajada triunfal de su padre interrumpió sus pensamientos, captando de nuevo su atención.

—¿Me tomas por un tonto, Paul? Te dije que no soy uno de esos modernos y pusilánimes necios amigos tuyos. Aquel cerdo terna una hija... Una magnífica muchacha, Paul, magnífica, y que me apreciaba. No, no tendré ningún problema para encontrar a su heredero ¡Eres tú! Paul negó con la cabeza pero se unió a la risa de su padre. Por un momento sintió, si bien distorsionado, un poco de su antiguo respeto por él, pese a lo ridículo de la situación. Quizá Justin fuese en efecto un brujo. Al menos, todo el asunto de Boise olía a milagro... Bueno, brujo o no, desde luego era único.

Harry Raessler se mostró de acuerdo con Paul al echar una ojeada al abarrotado carro. Enganchó las otras dos vacas, retirando gran parte de la carga. Un brujo, sin la menor duda. Y un brujo muy notable. Si el señor Ehrlich les acompañase, tal vez tuviesen suerte y dieran con los traficantes de los que había oído hablar. Incluso quizá consiguiesen alguna ganga. Gerda salió de la casa, sonrió con timidez al viejo y le aseguró que no había puesto mantequilla en la cena que le había preparado. Y a partir de ahí, todo fue dulzura y claridad.

Por supuesto, no podía durar. Una lluvia torrencial sorprendió a Harry y Justin a la vuelta, arruinando todos sus planes de excavar en Boise, al tomar intransitables los caminos. Su triunfal adquisición de todas las existencias de los traficantes —un toro, tres caballos y algunos cerdos y pollos— perdió parte de su encanto cuando el semental reveló unos instintos asesinos y las dos yeguas, casi muertas de hambre, resultaron indomables.

Y cuando Justin amaneció con la nariz tapada y, al ir a desayunar, descubrió que la nata para su malta estaba semiagria, todo volvió de golpe a la normalidad. Gerda se retiró a la cocina bañada en lágrimas, y Paul confinó a su padre en su habitación, con palabras que en parte lamentó y en parte deseó más duras.

Ya en el campo, Harry interrumpió sus meditaciones al decirle, tras una sombría mirada hacia las nubes que se iban formando:

—Será mejor que regresemos, Paul. No tiene sentido fumigar cuando amenaza tanto la lluvia. ¡Con la falta que hace...! ¿Por qué todo se vuelven problemas?

—Pregúntaselo a mi padre. Es un verdadero experto en contrariedades.

Paul había empezado a olvidar mientras se entregaba ala agotadora tarea de bombear el pulverizador. Ahora, al dirigirse a la casa, la cuestión le volvió a la memoria.

—Oye, ¿qué quería el hombre de Payette? Os pasasteis discutiendo más de una

hora.

—Quería comprarnos la segadora averiada, para componer con sus piezas una que encontraron. La oferta no me pareció aceptable y traté de sacarle algo mejor. En realidad no necesitamos nada de lo que tienen en este momento, así que les propongo un par de sierras y algunas hojas de hacha a cambio de su segadora. ¡Diablos! Con ella, conseguiríamos la ayuda de toda la región. Una semana de trabajo por un día de uso de la segadora... ¡Ah, Paul! No olvides que fue tu padre quien nos consiguió todo eso. No nos debe ni una hora de trabajo. Te dije que era muy buena cosa contar con los servicios de un brujo.

—Tiene que tratar a Gerda con mayor respeto. ¡Maldita sea! No me importa demasiado hacer su trabajo, dejando aparte nuestra repentina suerte. Pero no soportaré que descargué su rencor en vosotros.

—Bueno... Cierto que se comporta con demasiada rudeza, sobre todo teniendo en cuenta el niño que espera y todo eso. Sin embargo, te diré que ella se siente muy contenta de su presencia entre nosotros. Nos estamos enriqueciendo mucho y no me extrañaría que se haya corrido el rumor al respecto. Si los bandidos se enteran tal vez se les ocurra venir a matarnos alguna noche... En cambio, sabiendo que tenemos un brujo, ya se cuidarán de mantenerse bien alejados de aquí... Entra, yo desengancharé las vacas.

Empezó a llover cuando casi habían alcanzado el granero. Al mismo tiempo, les llegó el ruido de ametralladora causado por una máquina de escribir. Harry prestó oído con el respeto de un hombre sólo capaz de deletrear las palabras. Sin embargo, no aventuró ningún comentario.

El propio Paul se sorprendió ligeramente ante la velocidad del mecanografiado. Entró en la casa y empezó a limar sin prisas una corredera ajustable, destinada a un plantador manual de maíz. Su padre debía de haber ideado algún truco, por ejemplo, impresionar primero una cinta, corregirla después e incorporarla, ya en su forma definitiva, a la máquina de escribir. Ninguna mano humana alcanzaría a escribir tan rápido. Muy ingenioso, pero no valía veinte años de trabajo. Cualquiera ingeniero se hubiese negado a perder una semana en algo tan baladí. ¡Y él que había tomado a su padre por un científico!

Tendría justificación si el libro se refiriese a alguna nueva teoría matemática, que requiriera una casi inalcanzable precisión y una ausencia absoluta de errores tipográficos. Ahora bien, tratándose de una novela... Y una novela romántica y jactanciosa, para colmo, del género popular antes de la guerra, cuando todavía existían editoriales y gente con el ocio necesario para buscar técnicas de evasión.

Paul rechinó los dientes y se obligó a limar con mayor suavidad la corredera por miedo a estropearla. Conoció a auténticos científicos durante los dos años que pasó como traficante nómada. El viejo Kinderhook, por ejemplo, y Gleason, trabajando en

colaboración con el joven Napier en las escasas horas que les dejaba libres su dura esclavitud en los campos. Embarcados en una lucha perdida de antemano, en la que no cejaban, sin embargo. Al fin, después de cálculos en los que emplearon meses, cuando una máquina los hubiera realizado en segundos, empezaban a silvar las viejas teorías a un nivel que tal vez permitiría llevarlas a la práctica con los pocos materiales que les quedaban. Y mientras tales hombres intentaban el milagro, privados de todo recurso, su padre se sentaba cómodamente a dictar una estúpida y anacrónica novela. ¡Increíble!

Entretanto, el veloz mecanografiado se había vuelto esporádico. Al prestar más atención, oyó un murmullo de maldiciones, seguido de una breve ráfaga de las teclas y, por último, un grito:

—¡Paul!

Se levantó con un suspiro de fastidio y se encaminó a la habitación, antes de que su padre viniese hecho una furia a alterar toda la casa.

—¿Qué te ocurre esta vez?

El viejo le esperaba de pie en medio de la habitación, rodeado por un montón de maquinaria. Figuraba entre ella un pequeño calentador, un motor de vapor que funcionaba con leña, colocado sobre unas piedras planas y cuyo humo escapaba por la ventana, y una dinamo zumbante, amén de la máquina de escribir, todo ello conectado a una achaparrada caja negra, con diminutos brazos que alcanzaban las teclas de la máquina y otro brazo doblado. Justin amenazaba con el puño a la caja.

—Está perdida, ¿lo oyes? ¡Perdida! Si tuviese un bote a mi disposición, ya le daría yo a esos malditos porteadores. Veinte años de trabajo y vienen esos imbéciles...

Más que hartado, Paul le contuvo con un gruñido.

—Y si yo tuviese un bote, dejaría que les persiguieses Snake abajo. ¿Qué demonios significa todo este lío?

—Este lío —respondió su padre, con notorio sarcasmo— significa una máquina de escribir que obedece a la voz. Y te aseguro que funciona... Por lo menos, funcionaba. No tiene nada que ver con las cien toneladas de chatarra de que presumía el Instituto, incapaces de puntuar ni distinguir los homónimos... Aquel peso pesado sólo se dejaba manejar por un locutor especializado. Mi Vocatype marchaba muy bien hasta que me la trajeron aquí. ¡Me la han destrozado!

El muchacho se sintió impresionado, muy a su pesar, aunque no sabía, sin probarla, qué había de verdad en la afirmación de su padre. Se apoderó del micrófono, colocó el papel, apretó el botón y dictó con rápidas palabras a la máquina:

—La princesa se halla en el jardín con su aya, contemplando las hayas que se alzan allá en la lejanía. Cayó al suelo una manzana. El hombre, a pesar del hambre que sentía, calló, contemplando los callos de su mano. Y con rápido ademán, sepultó

la olla que llevaba en el hoyo que se abría a sus pies.

—¡No hubo ni un solo error!

—Pero un billón de relés...

Y la caja no pesaría más allá de cincuenta kilos... Permaneció allí de pie, maravillado, en espera de la explicación de su padre. Esta vez escuchó con toda atención, incluso las jactancias.

El analizador de voz y las teclas magnéticas no suponían ninguna novedad, lo mismo que la cabeza escudriñadora que detectaba los errores en la máquina y el transformador que convertía la electricidad en corriente magnética. El resto era tan sencillo como complicada su teoría. Un tubo de memoria magnetrónica de mil nodos, obra del viejo, ocupaba un pequeño ángulo de la caja. En realidad, a él le correspondía el auténtico trabajo. Podían establecerse entre sus nodos medio millón de enlaces, que a su vez servían de nodos para más de cien billones de subenlaces, capaces de desdoblarse en quintillones de sub-subenlaces. De un tamaño y una complejidad insólitos, su fabricación, sin embargo, había requerido sólo unos meses.

El resto de aquellos largos años había sido dedicado a pronunciar palabras y golpear teclas, hasta que el tubo desarrolló un reflejo condicionado para, cada una de las palabras existentes en el diccionario abreviado y fue capaz de comenzar la aparentemente imposible hazaña de aprender a elegir entre sinónimos y encontrar un buen esquema de puntuación. Ningún hombre normal lo creería posible, y sólo la persona más terca del mundo habría seguido intentándolo hasta que el éxito coronase la hercúlea tarea.

—Ahora ya no sirve para nada —finalizó Justin.

La atención y la evidente sorpresa de su hijo habían disminuido sin duda su cólera, pues en su voz sólo se percibía la amargura. Apelando a una de sus hojas taquigrafiadas comenzó a dictar, mientras la máquina le seguía a escasa distancia:

—... Tan seguro como que mi nombre es Patrick Xenophon... ¡Mira, lee esto! Dice: tan seguro como que mi nombre es Patrick Xavier... Veinte veces he dicho Xenophon, y veinte veces ha escrito ella Xavier. Todo el condicionamiento al que sometí sus reflejos no vale para nada. Tendré que empezar de nuevo. Sin saber cuántos errores más contiene...

Paul raspó las letras con la punta de su cuchillo y mecanografió a mano las correctas.

—Supongo que no se te ocurrió esto... —comenzó a decir.

Un sonido procedente de la máquina atrajo su mirada. El aparato había despedido la hoja. Colocó otra y repitió lo escrito al final de la página anterior. Al terminar, tenía ante sí la versión que el aparato se empeñaba en dar...

Por un interminable instante, Justin contempló su creación con sorpresa horrorizada. Sus hombros se abatieron. Emitió una ahogada exclamación, tendió a su

hijo las páginas de notas y la copia terminada y abandonó en silencio la estancia. Poco después, Paul le vio caminar lentamente por el sendero, bajo la lluvia, en dirección al granero, con Gerda pisándole los talones. ¡Y la muchacha sonreía!

Paul miró sucesivamente la máquina, las siluetas de su padre y Gerda, que se alejaban, y las páginas que sostenía en la mano. Se dejó caer en la silla.

Gerda vino horas después, para encender la lámpara, y forzarle a cenar. Se limitó a gruñir su agradecimiento y siguió leyendo. Cosa sorprendente, se trataba de una maravillosa pieza de literatura de evasión, magistralmente escrita. Una vez que las palabras de la primera página penetraron en su aturdida mente, continuar la lectura se convirtió en tan inevitable como respirar. En cierto modo, le daba pena pensar que no sería publicada. Nunca había sido tan grande la necesidad de evasión.

Y el medio resultaba efectivo, de un modo extrañamente tranquilizador. Al comienzo, se propuso detenerse tras la lectura del primer capítulo, pero, al terminarlo se dio cuenta de la necesidad de relajación que experimentaba y continuó, dejando que el mundo que le rodeaba desapareciera de su mente. Por otra parte, puesto que su redacción había exigido veinte años de trabajo a su creador, que al menos una persona sacara provecho de ella...

Dejó la última página y fue hasta la máquina, donde el libro incompleto terminaba así: «... tan seguro como que mi nombre es Patrick Xavier...».

—¡Justin! ¡Eh, Justin!

Su bramido fue casi equivalente al acostumbrado grito de su padre, aunque no tuvo oportunidad de pensar en la similitud. Cuando la puerta se abrió, señaló con el dedo el pasaje y lo sacudió luego ante los ojos del viejo.

—¡Le llamaste Xavier al principio, no Xenophon! ¡Mira en la página cuatro!

Justin dirigió una alarmada mirada ala página y se apoderó del micrófono. Esta vez no hubo vacilaciones. La Vocatype siguió sus palabras hasta el final de la página y expulsó sin reticencias el producto acabado. Justin rió entre dientes.

—A veces, casi pienso que soy un testarudo, Paul. Hubiese jurado que estaba en lo cierto, así que ni siquiera se me ocurrió comprobarlo. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Una máquina diseñada para copiar al dictado, pero que se niega a aceptar las incongruencias... ¡Dios mío, la secretaria perfecta! Imagínate los errores que evitaría al escribir un artículo de investigación si le enseñas un poco de matemáticas. Por una vez en tu vida, has servido para algo, Paul.

El muchacho abrió la boca para replicar de manera conveniente, pero Justin no le dio tiempo. Acarició la máquina y siguió parloteando.

—Terminaremos el libro —dijo dirigiéndose a la máquina y dándole una afectuosa palmada—. Bonita máquina... ¡Excelente máquina! Vamos a demostrarle a Paul que su abuelo era un idiota intolerante... Dicho sea de paso, muchacho, ¿qué te pareció la historia?

—Perfecta —respondió Paul.

Y abandonó la habitación rumbo a su lecho, sin permitirse más locuras. Sólo su padre podría haber inventado tal imposibilidad como una máquina capaz de mostrar los rudimentos de la inteligencia. Y sólo él la habría usado para completar una novela que nunca sería publicada.

No obstante, al deslizarse entre las sábanas, se sentía ya menos seguro del mal uso que le daría su padre. Quizás en algún punto de sus misteriosos subenlaces, se encerraba una inteligencia potencial, pero no podrían disponer de ella en toda su vida. Aunque inútil sin un medio de comunicación, y como capaz de aprehender los hechos, el lenguaje es un derivado protoplásmico, lleno de variables abstractas y abstrusas, como verdad o bondad, por ejemplo.

Soñó que se hallaba en pie sobre un acantilado y que un ciego le ofrecía un nuevo y brillante robot a cambio de que le describiese el verde y el naranja.

Comenzaba a amanecer cuando le despertó la mano de Justin sobre su hombro. Por un momento tuvo la impresión de encontrarse todavía en la isla. Pronto, sin embargo, en tanto buscaba a tientas su mono recuperó el sentido de la realidad. Los ojos de su padre, enrojecidos por la falta de sueño, expresaban toda una gama de sentimientos.

Justin rompió el silencio, con la voz más suave que le había oído en años:

—Sé lo que piensas de mí, Paul, pero te aseguro que nunca he olvidado el mundo real. Aun sabiendo que fracasaría, combatí por la decencia como pocos hombres han luchado en su vida, y no abandoné el combate hasta el último momento... No, déjame que lo cuente a mi modo... Integrar la administración de un mundo desarrollado desde el punto de vista tecnológico es increíblemente complejo... Ni siquiera los hombres que realizan esa tarea se dan cuenta de su extrema complejidad. Las disposiciones generales dependen de los departamentos inferiores. Y luego, se va extendiendo, a través de cincuenta pisos en el sentido vertical y en subdivisiones sin cuento en el horizontal. La burocracia no es divertida, sino necesaria y horrible. La complicación engendra más complicación y, al final, la desconexión de la realidad. Se cometen errores que nadie alcanza a ver ni controlar a tiempo. Y de ellos, se derivan otros errores, los cuales terminan en la guerra.

»Durante algún tiempo, se lucha contra ella. Luego, uno se limita a luchar por las buenas. Me esforcé hasta el límite de mis fuerzas y fracasé. No se podía hacer nada al respecto en la isla, así que construí el Cerebro. ¿Por qué habría de crear aquí el viejo círculo vicioso? ¿Para aniquilar por completo toda la raza? Traté de prepararte, pero no fui capaz de prepararme a mí mismo para esto.

—Si me hubieses explicado... —comenzó débilmente Paul, sin que su padre le prestase atención.

—Ahora, en cambio, ya se puede hacer algo, establecer un gobierno. Sólo se

necesita un cerebro que se ocupe del papeleo, no mejor, pero sí más complicado que la mente humana. Unos cuantos cerebros extraordinarios, con memorias perfectas, capaces de retener los innumerables compartimentos interrelacionados. Que los hombres tomen las decisiones. El cerebro de un robot les dejará libres para tomarlas sabiamente... Y actuar al instante, mientras que el papeleo les llevaría años. Paul, les daremos ese cerebro.

—No, papá —rechazó con suavidad el muchacho. Y maldijo su heredada terquedad que le impedía dejar a su padre en el mundo fantástico que acababa de descubrir—. Sin duda algún día tendrán esos cerebros, y tú serás el responsable. Pero no en nuestro tiempo. Me enseñaste la suficiente semántica para saber el ingente trabajo que supone brindar a tu chisme incluso una sombra del conocimiento de las palabras.

No hubo rastro de desencanto en el rostro del viejo, que se endureció, dejando reaparecer su maliciosa terquedad. No respondió. Indicó con una seña a su hijo que le siguiese y se dirigió en silencio a la habitación del Vocatype. Había una hojita de papel en la máquina, y sendas cuartillas bajo las reajustadas pantallas del selector.

—Tu problema, Paul, reside en que consideras ciencia la electricidad que hace trabajar un motor. No lo es. La ciencia es el proceso de reducir todas las cosas a su común denominador y construir de manera sistemática a partir de ese principio. Antes de convertirme en novelista, adquirí bastante práctica como científico. Todavía la conservo. No malgasté la noche soñando. Repasa esa lista de palabras mientras esperas.

Le alargó la hojita de la máquina y empezó a disponer papeles de colores ante las pantallas del selector.

—¿Qué? —preguntó cuando la máquina cobró vida—. ¿Qué?

Puso un papel limpio en el carro. Las palabras fueron formándose poco apoco:

«Un triángulo azul y un círculo rojo sobre un cuadrado blanco. ¿Sobre qué hay un círculo negro? ¿Sobre qué?»

—Hexágono —respondió suavemente Justin.

«Un círculo negro sobre un hexágono. El hexágono es naranja. ¿Qué color es el naranja? ¿Es naranja el hexágono? ¿Qué color es el naranja?»

Los asombrados ojos de Paul se estrecharon mientras recorría la hoja de papel azul.

—¡La palabra naranja no figura en la lista!

—Por supuesto que no... Nunca se la enseñé al Cerebro. Me hizo el mismo truco antes de que despertases.

El viejo apretó el botón del micrófono y se dirigió a la máquina.

—El naranja es el color del hexágono. El hexágono es naranja. ¿Qué color es el naranja?

Sonaron las teclas. La página fue escupida con violencia y se insertó otra en su lugar. Sin más interrupciones, aparecieron en el papel las siguientes palabras:

La suerte de O'Malley

tenía que ser cierto. El hecho era tan cierto como los axiomas de la geometría o los fundamentos de la física. Invariablemente, una mezcla de rojo y amarillo da naranja.

La máquina saltó un espacio y agregó otra línea: «El hexágono es rojo y amarillo. El hexágono es naranja. ¿De qué color es el hexágono?»

—Naranja. Rojo y amarillo da naranja —aseguró Justin a la dubitativa máquina, antes de desconectarla—. Como ves, posee una memoria perfecta, además de sentido analítico. Y tal como veo las cosas ahora, debería dotarla de un vago sentido del propósito de las palabras a fin de que distinguiese los homónimos. De todos modos, ya he logrado que estableciese la imprecisa diferencia entre *el* y *un*. Tal vez lleve años, pero no siglos... Y eso es todo por hoy. Veamos si encontramos algo de comer.

La cabeza de Paul daba vueltas vertiginosamente, en tanto miraba a su padre, dedicado a cortar el pan. El plan básico cobraba ya forma y no le cabía la menor duda acerca de su éxito. Conseguirían que Gleason, Kinderhook y Napier se les uniesen allí, donde el tesoro recién descubierto les permitiría disponer de tiempo libre para su vital misión, Al principio dependerían del trabajo de terceros, pero pronto, dado que la riqueza engendra más riqueza, se desarrollarían. El Cerebro se transformaría en una calculadora infinitamente mejor que las antiguas, sin precisión de mucho aprendizaje, puesto que las matemáticas constituyen un lenguaje exacto. Y con los materiales que se fuesen procurando, el lento comienzo de la ciencia aportaría aún más riqueza para seguir edificándola.

Tendrían que organizar una comunidad a partir de la anarquía presente. Unos serían asignados al trabajo en el campo, y otros, a la enseñanza y el pensamiento. Resultaría muy duro, en un mundo que había aprendido a evitar toda forma de gobierno, basándose en la amarga experiencia. Ahora bien, aunque el Cerebro no era aún la máquina administrativa perfecta, aparecería a los ojos de la gente supersticiosa revestido de un poder mágico. Su padre se encargaría de ella, aumentando así su reputación de brujo, hasta que las obvias ventajas de la organización convirtiesen en inútil tal engaño.

Con todo, tal vez fuese mejor mantener en secreto la existencia del Cerebro. El conocimiento y la esperanza para el futuro que ofrecía harían posible todo el resto.

—¡Hum! —musitó Justin, masticando un bocado de pan—. Todo irá bien de ahora en adelante, hijo. Al menos, así lo creo. En cuanto vea a Gerda...

El sueño de Paul se derrumbó. Había sido una bonita ilusión, pero ¿cómo edificar ningún futuro estable sobre el odio a la mantequilla agria? Se volvió hacia su padre, con los labios blancos por la tensión, pronunciando con dificultad las palabras.

—¡Te dije que la dejases en paz, Justin! Si alguna vez...

—Oye, ¿por qué no echas una ojeada por la ventana y me dejas terminar lo que te decía? —respondió el viejo, con una abierta sonrisa—. Mientras meditaba, intentado descubrir lo que fallaba en el Cerebro, decidí abrir el cajón que encontraste en tu lado de la excavación. Nos costó trabajo a Gerda y a mí sustituir el motor por una manivela, pero lo logramos.

Paul se tragó lentamente su rabia y se dio la vuelta para mirar por el pequeño panel de cristal en dirección al granero. Al principio, sólo vio la espalda de Harry subiendo y bajando hasta que el hombre se apartó, dejando al descubierto lo que ocultaba. Al parecer, Gerda había querido probar la manivela, porque sonreía sin dejar de darle vueltas. Dos chorros de líquido cayeron en los cubos que aguardaban. ¡La desnatadora funcionaba a la perfección!

—Como te estaba diciendo cuando me interrumpiste, en cuanto vea a Gerda... —Justin mordió otro trozo de tostada y se relamió aprobador—. En cuanto la vea, debo felicitarla por la que preparó anoche. Muy buena. Nunca he podido soportar la mantequilla agria...

* * *

Campbell encontró *Reflejo condicionado* poco convincente. En general, no solía comentar los trabajos que le presentaban, pero sospecho que le resultaba doloroso rechazar una y otra vez mis relatos. Comenzó por preguntarme en tono esperanzado por mis planes. Le revelé entonces mi ya antigua decisión de retirarme si fallaba por primera vez. Cinco fallos subrayaban el hecho de que más valía convencerme de mi incapacidad para escribir. Trató de persuadirme de lo contrario, mas al fin renunció. Sus últimas palabras fueron:

—Venga a verme cuando cambie de parecer.

La señorita Tarrant, que me acompañó hasta la puerta, me dijo que John lamentaba realmente mi fracaso. También ella parecía triste. Siempre fue una dama encantadora, además de una ayuda inestimable para Campbell. Traté de convencerla de que todo iba bien.

Robert Lowndes aceptó *Reflejo condicionado* en 1950. Más tarde me dijo que había leído también *Uneasy Lies the Head* antes de que Wollheim lo aceptase y que lamentó después no haberse quedado con ambos, a fin de publicar uno a continuación del otro. También yo lo lamenté. Sin embargo, cuando tuve la oportunidad de incluir ambos relatos en la misma colección, no lo hice. Me parece una lástima, dado que cada uno de ellos agrega algo al otro.

No diré que me sentía exactamente feliz cuando tomé el metro, camino de casa, pero sin duda estaba mucho menos deprimido de lo que creían Campbell o la señorita Tarrant. No era el primer escritor que perdía al envejecer ese algo que le permitía publicar sus obras. No me agradaba, cierto. Sin embargo, podría sobrellevarlo.

Metí todos los manuscritos en un sobre, coloqué la máquina de escribir en su estuche y comencé a guardar todos los esbozos de ideas para relatos en los archivos de Henry.

Sólo una semana más tarde, Milt Rothman se presentó de pronto en nuestra casa. No le había visto desde que salí de Washington, y me alegró mucho el reencuentro. Me contó que había abandonado el ejército y estudiaba ahora física nuclear. Tras pedir mi dirección en la oficina, de Campbell, venía especialmente para invitarme a asistir a la Convención Mundial de Ciencia Ficción, que se celebraría en Filadelfia, su ciudad natal. Me hospedaría con él en casa de sus padres. ¡No podía decirle que no!

Helen me urgió en el acto para que aceptase. En realidad, no le llevó demasiado tiempo persuadirme. Dichas convenciones, comenzadas en 1939, quedaron interrumpidas por la guerra. Nunca había asistido a ninguna, pero había oído hablar mucho de ellas. Al parecer, resultaban muy divertidas.

Me divertí, en efecto. La convención se reunió durante el fin de semana correspondiente al Día del Trabajo y fue la más concurrida de las celebradas hasta entonces. Asistieron cerca de trescientos escritores y aficionados. (Hoy, sobrepasan los cuatro mil). La mayoría de ellos eran viejos amigos, aunque sólo conocía personalmente a unos pocos. Existe en el mundillo de la ciencia ficción una especie de relación familiar. Al menos existía antes de que se extendiese tanto. Milt se había encargado de organizar la convención, con la ayuda de Sprague de Camp y de otros muchos.

Me cuesta trabajo creer la cantidad de cosas que derivaron para mí de esa convención, buenas todas ellas. Milt me llevó a la casa de Jim Williams, distribuidor de libros y aficionado. Me enteré de que formaba parte de una pequeña firma editora, la Prime Press, la cual se dedicaba a publicar ciencia ficción encuadernada entela. Jim empezó por sugerirme de inmediato que seleccionara mis mejores cuentos, pues le agradaría muchísimo publicarlos. Más aún, me ofreció cien dólares a la firma del contrato.

(La ciencia ficción no era casi tocada en aquellos días por las grandes editoriales. Sólo gracias a los esfuerzos de pequeños editores como Williams alcanzó su popularidad, hasta el punto de que terminó por ser aceptada como una categoría literaria regular).

Fue también entonces cuando acudió a visitarme un joven de pelo oscuro muy tranquilo, que se presentó a sí mismo como Scott Meredith, agente literario. ¿Qué me

parecería si él me representase? Le encantaría tener como cliente al autor de *Helen O'Loy*, dijo. Le expliqué que me había retirado de la profesión y que los únicos relatos de que disponía habían sido rechazados. No pareció molestarle. De buena gana me demostraría hasta qué punto podía ayudarme si le confiaba esos relatos.

Prometí ponerme en contacto con él. Nunca había recurrido a un agente. Los de categoría no se ocupaban de escritores con un promedio de ingresos tan bajo como el mío. Y los de segunda, que tal vez me hubieran aceptado, no me interesaban.

De todos modos, Scott Meredith suponía una posibilidad. Siendo un aficionado a la ciencia ficción, sin duda sabía algo sobre el tema. Y había visto poco tiempo atrás un anuncio suyo en el *Writers Digest*, un anuncio que le presentaba como un agente importante.

Fred Pohl asistió también a la convención. Él y yo, nos reunimos con otros representantes de la ciencia ficción en Nueva York y hablamos de la conveniencia de fundar un club donde se reuniría la gente del sector. Ya nos veríamos a nuestro regreso y concretaríamos la cuestión.

Me puse efectivamente en contacto con Meredith, después de informarme de que representaba a muchos otros escritores de ciencia ficción. Cuando fui a verle, llevé conmigo los relatos que aún conservaba. Sostuvimos una amable charla, que giró sobre todo en torno a la ciencia ficción, y acabamos por firmar un contrato, una de las mejores decisiones que haya tomado en mi vida. Al cabo de veintisiete años, continúa siendo mi agente.

También llamé a Fred Pohl y convinimos en que el grupo original se reuniese en su apartamento. Deseábamos una especie de club semiprofesional, capaz de soportar los conflictos que dividieran a los grupos anteriores del mismo género.

Nos reunimos nueve y comenzamos a preparar el borrador de un reglamento, lo bastante extenso para servir de constitución a un gobierno mundial. Figuraban entre nosotros Robert Lowndes, Judy Merrill, Philip Klass (William Tenn) y varios otros con una participación algo menor en la redacción de las actas. Decidimos llamarle el Hydra Club, puesto que se iniciaba con nueve cabezas.

Creció hasta convertirse en un auténtico club, con cerca de cincuenta miembros, y era difícil pensar en alguien de cierta importancia dentro de la ciencia ficción que no se contase entre sus socios o invitados. Celebrábamos una gran fiesta anual en Nueva York, además de una reunión mensual. Y, desde luego, formábamos el grupo de mayor éxito en nuestro campo del área.

Asimismo ejercía una gran influencia en nuestras actividades profesionales. Muchos contactos valiosos se establecían allí, y la información circulaba libremente entre sus miembros. No tenía ningún fin oficial, limitándose a una especie de asociación de escritores.

Años más tarde, cuando no pudieron soslayarse los conflictos por más tiempo,

surgieron los problemas. Fred y yo, que ocupábamos por entonces los cargos más altos, quisimos cerrar el club. Sin embargo, no murió. Otros continuaron celebrando reuniones bajo su nombre, aunque ya sin el celo de otros tiempos.

Indirectamente, me prestó grandes servicios en los primeros años de su existencia. Entablé allí amistad con Robert A. Lowndes (por llamarle por su nombre favorito). Y fue «Doc» Lowndes quien me llamó para decirme que Scott Meredith andaba buscando un director y que tal vez me gustaría presentarme al puesto. (Dudo que Scott pensara en mí, ya que no me conocía lo suficiente).

Me pareció una buena idea. Supuse —y con razón— que se aprendía más sobre el oficio de escribir y publicar en la oficina de un agente que en cualquier otro sitio. Todavía no estaba seguro de querer escribir de nuevo alguna vez, pero sí lo estaba de que necesitaba saber mucho más de lo que sabía si alguna vez lo intentaba en serio.

Así que me presenté, me sometieron a prueba para ver si sabía detectar los defectos de un relato, por cierto bastante malo, y me aceptaron. El sueldo no era muy bueno, pero rara vez lo son en el mundo editorial. Siempre hay demasiados postulantes dispuestos a aceptar el trabajo. De todas formas, lo encontré aceptable.

Permanecí en mi puesto cerca de tres años. Al principio, Damon Knight se encargaba de los escritores profesionales, mientras que dos de nosotros procedíamos a la lectura de los originales enviados por espontáneos. He oído numerosas críticas contra los agentes que encargan a escritores desconocidos la lectura de originales. Yo mismo tuve mis dudas respecto a esta práctica. Ahora, albergo la convicción de que se trata de un servicio necesario y valioso. Ciertamente que muchos escritores en ciernes no obtienen nada por su dinero, pero lo mismo ocurre en cualquier curso de prácticas, siendo incluso más cierto respecto a los talleres de enseñanza para escritores que gozan de tan alta estima. Conocí a muchos escritores que aprendieron su profesión a base de leer cuentos de principiantes y a muchos que acortaron así el largo período de aprendizaje. También vi a desconocidos acceder casi de manera instantánea al status profesional, algo que no habrían conseguido por sí mismos hasta después de publicar un buen número de sus propias obras. Por ejemplo, Richard Prather fue descubierto cuando se dedicaba a este tipo de trabajo. Como resultado, inició su carrera profesional con la ventaja de contar con un agente acreditado.

El problema de tales lecturas no radica en el sistema, sino en los abusos que permite, abusos no demasiado difíciles de señalar, por ejemplo, cobrar por redactar la obra de nuevo o tratar de colocar esa obra a base de reescribirla, dar garantías o falsas promesas de una lectura «gratis» o negar aun manuscrito aceptable la representación profesional apropiada.

Sidney Meredith, el inestimable hermano de Scott, dirigía ese departamento. Mientras trabajé en él, siempre se aseguró de que se tratase con honestidad a los autores. Y mis compañeros se interesaban de verdad por cualquier aspirante que

pareciera mínimamente prometedor o mostrase la más pequeña posibilidad de perfección.

Aprendí más allá en seis meses de lo que nunca habría aprendido escribiendo por mi cuenta, ni siquiera contando con la ayuda que Campbell se mostraba siempre dispuesto a ofrecer. En primer lugar, aprendí a no ser estrecho en mis miras. Se precisa el mismo dominio para escribir una novela del Oeste o una novela de misterio que el requerido en la ciencia ficción. Cada especialidad exige el conocimiento de sus propios elementos. A eso se reduce todo. Ni siquiera hay demasiada diferencia entre la buena literatura realista y la buena ficción. Basta, pues, con aprender los supuestos de cada rama. Y he de decir que descubrí con rapidez los de la mía.

Me enteré, por ejemplo, de cuán tonto había sido al reducirme a un solo mercado. He visto manuscritos aceptados a la decimocuarta tentativa, luego de recibir los más superficiales rechazos por parte de los directores de otras revistas.

Tuve asimismo la oportunidad de tratar directamente con muchos de esos directores, comprendiendo así lo que en realidad deseaban.

También cultivé una muy sólida amistad con Scott y Sid Meredith, que resultó de valor incalculable para mí en muchas ocasiones. Ellos son primero mis amigos, sólo después mis agentes. Alguien ha dicho que la relación escritor-agente se asemeja al matrimonio, cosa cierta, al menos en parte. Desde luego, no recomendaría ningún agente a un escritor, del mismo modo que no elegiría esposa para otro hombre.

Por la misma época, las amistades entabladas en el Hydra Club volvieron a rendir sus frutos. David Kyle, uno de los nueve fundadores, llevaba largo tiempo intentando conseguirme un apartamento en su mismo edificio. Un día, me llamó para decirme que quedaba una libre pero que no había tiempo que perder. No esperarían hasta que consiguiese el dinero, así que insistió en prestarme el suficiente para el depósito.

Se hallaba situado en una área segura, aunque modesta. Y el alquiler se reducía a doce dólares al mes... (Vivo ahora exactamente enfrente de aquella calle, en una moderna urbanización. Pago casi veinticinco veces más y se sigue considerando una ganga). Por tan irrisoria cantidad disponía de tres pequeñas habitaciones, en un viejo edificio sólidamente construido. La bañera, instalada en la cocina, servía de escurrerplatos cuando se cerraba. No había calefacción, pero sí una chimenea, en la cual situé una estufa de petróleo, que de este modo no apestaba ni envenenaba el aire. Y sobre todo, nos proporcionaba intimidad.

Helen y yo nos mudamos y decoramos el apartamento a tono con el ambiente general. Nos sentíamos felices de vivir en él. Y nos ahorró mucho tiempo y muchos problemas con relación al trabajo.

Desde hacía meses, Scott Meredith persistía en su intento de que volviese adscribir, mientras yo me negaba a pensarlo siquiera. Fue, por último, Campbell quien venció mi resistencia, aunque esta vez la idea no le pertenecía. Cierta lector le había

escrito incluyendo el sumario y la crítica del número correspondiente a noviembre del año siguiente. Por supuesto, se trataba de una broma, pero Campbell, una vez examinada la lista de autores y relatos, decidió que harían un buen ejemplar y que la publicación de la carta recibida supondría una excelente propaganda.

Muy en secreto, convocó a todos los escritores que figuraban en la lista y les dijo que quería publicar ese número de 1949 lo más parecido posible al de la carta. Y, naturalmente, todos accedieron a intentarlo.

Tampoco yo pude negarme. Era una travesura demasiado buena y, además, le debía mucho a Campbell.

En el sumario de la carta se incluía un cuento corto mío, titulado *En la cumbre*. Sin saber por qué, me desagradó ese título. Sin embargo, no podía cambiarlo, ya que no me pertenecía. Por fortuna, no había detalles respecto al contenido. Tan sólo lo acompañaba la mención de excelente.

Esta vez sí que sudé. Acaso Campbell, dado lo especial de la ocasión, estuviera dispuesto a aceptar una calidad algo inferior a lo acostumbrado. No obstante, quería ofrecerle lo mejor de mí mismo. Y a juzgar por las últimas experiencias, no tenía la menor seguridad de que hubiese en mí algo bueno que dar.

Por último, procedí en cierto modo a una síntesis. Revisé todos mis cuentos que le habían gustado a Campbell, tratando de determinar qué hubo en ellos de su agrado. Luego redacté una lista de los pros y los contras. Campbell prefería los héroes solitarios o, al menos, que creyesen serlo. En la medida de lo posible, necesitaba una pizca de sentido común. Rechazaba los puntos de vista demasiado sutiles o demasiado llanos. Y etcétera, etcétera...

Hasta que, al fin, conseguí elaborar una trama. Repetí cincuenta veces el primer párrafo antes de quedar satisfecho. Después, ya no fue tan difícil. Quise que el cuento alcanzase las cinco mil palabras... Y las alcanzó. Se lo envié a través de la agencia, el primer cuento nuevo desde que me representaba.

Esperé la respuesta con mucha mayor ansiedad de la que nunca había experimentado. Llegó al día siguiente, en forma de una llamada telefónica de Campbell.

—Un cuento muy bueno, Del Rey —dijo con una especie de ronroneo en la voz—. A nuestros acostumbrados dos centavos por palabra, eso hace cien dólares. Ya le he enviado el cheque por correo.

En la cumbre

por Lester Del Rey

El cielo estaba lleno de estrellas... Desagradables y diminutas cabezas de alfiler, fríamente hostiles, carentes tanto de la lejanía del espacio como del amistoso calor de la Tierra. No titilaban honestamente, sino que se burlaban y reían con disimulo. Y no había siquiera una verdadera luna. Dave Mannen lo sabía muy bien. No obstante, sus ojos buscaron las formas de Deimos y Phobos, que descendían muy de prisa. Pensaba en todos los poetas románticos que habían escrito sobre ellas. Y estaban allí arriba, en efecto, pero no eran más que frías rocas, demasiado pequeñas para verlas.

Rocas en el cielo y rocas en su cabeza..., sin mencionar el chichón que abultaba la parte posterior de su cuero cabelludo. Introdujo sus tensos dedos entre el fino pelo negro y recorrió la piel hasta dar con él. Entonces, hizo una mueca de dolor. Con mejor fortuna, cada centímetro de los noventa de su cuerpo se hubiese hecho papilla, en lugar de aquello. ¡Maldito Marte!

De repente, encendió el reflector y miró hacia afuera. El paisaje no había mejorado en absoluto. Seguía siendo una triste planicie, cubierta de arena de un rojo apagado y salpicada de ridículos hoyos, que continuaban más allá del alcance de la luz. Las fibrosas cuerdas con pretensiones de plantas habían decidido agruparse en bolas durante la noche, pero su verde bilioso conservaba una asquerosa apariencia, como el producto de una borrachera de tres días. Una ligera capa de escarcha brillaba sobre ellas, atrapando la luz en pequeñas y malignas chispas. Tal vez aquel dato fuera significativo. Probaría que había más agua en el aire de lo que habían supuesto los científicos, que revisaron sus cálculos a partir del reflector lunar de venticuatro pulgadas.

En realidad, resultaba bastante lógico. Los chicos listos se lanzaron con sus ingenios electrónicos en busca de lo mejor y obtuvieron toda clase de resultados. Después de eso, tenían que enviar a alguien a morir en algún sitio, antes de que averiguasen que se habían equivocado los muy bestias. Como a Dave, por ejemplo. Los revestimientos de los tubos refractarios podían soportar una presión constante durante veinticuatro horas... No faltaba más. Habían sido sometidos a control bajo las más rigurosas condiciones de laboratorio. Incluso los habían probado en un par de vuelos a la Luna.

Así que, cosa muy natural, con el respaldo de la billonaria Unitech y los nuevos métodos de manipulación de la energía, que les habían inspirado la idea de mejorar las comunicaciones con Marte —sin necesidad de detenerse en la Luna, a tal perfección llegaban—, no habían incluido revestimientos de recambio. Tendrían que haberse olvidado un poco de la chatarra de su radar y esperar hasta que el cohete

regresase para comprobar los resultados.

Bien, los tubos no habían fallado. Sólo cuando Dave trató de frenar para posarse en Marte, después de tres horas de presión absoluta, empezaron a surgir los problemas. Y no se detuvieron hasta que quedaban doce metros de caída libre..., lo que equivalía poco más o menos a cuatro metros y medio en la Tierra. La nave no había sufrido ningún daño. Incluso había aterrizado sobre el trípode, y el radar estaba intacto. El único problema consistía en que no le diesen a Dave el billete de regreso. Contaba con comida para seis meses, y agua para más tiempo, siempre que la condensase y la reutilizase. Ahora bien, el sonido del acondicionador le recordaba sin cesar que poco a poco se iba agotando su provisión de aire respirable. Y sólo le quedaba el suficiente para tres semanas en el exterior. Después de eso, telón.

Desde luego, de funcionar el plan de los chicos listos, podría vivir con el aire comprimido tomado del exterior por las bombas aspirantes. Lástima que el aterrizaje las hubiese torcido lo bastante para que apenas alcanzasen a conservar la presión y evitar que perdiese aire si decidía salir al exterior. Demasiados inconvenientes.

Por lo menos, el radar marchaba. No le permitiría respirar ni resolvería la situación, pero los amplificadores de cristal eran capaces de registrar incluso una caída libre desde el espacio. Lo conectó, hurgando hasta que sintonizó la emisión lunar desde la Tierra. Sonaba muy confuso. Sin embargo, logró captar la mayoría de las palabras en la banda de megaciclos. Decían algo acerca de un desatinado chiquillo, que se había introducido en un avión, consiguiendo despegar y provocando que un centenar de valiosos pilotos pusiesen en peligro su vida para conseguir que descendiera. Los hombres podían asesinarsen unos a otros por millones pero, como de costumbre, se consideraba que no debían exponerse por salvar una espectacular e inútil vida.

A continuación, se escucho: «Sin noticias del cohete de la United Technical Foundation. Los hombres de la Fundación han perdido las esperanzas de recibirlos. Se cree que Mannen murió en el espacio por razones desconocidas y que el cohete pasó junto a Marte sin control alguno. Cualquier choque violento hubiese accionado las señales automáticas, y Mannen no dijo nada de que tuviese problemas...»

Continuaron hablando de él por un momento, aunque menos que acerca del chiquillo. Dos años antes, se envió otro cohete experimental. Fracasó porque los tubos reventaron a la hora de emprender el regreso. Claro está, la historia de semejante error suponía una novedad de segunda mano, por lo cual no suscitaba ningún entusiasmo. Bien, que se perdiesen en conjeturas. Si querían saber lo ocurrido, que vinieran y lo averiguasen. No oírían de su boca un bello discurso de despedida.

Permaneció un minuto más a la escucha. El locutor daba cuenta ahora de las últimas desavenencias en el seno de las supuestamente remozadas Naciones Unidas.

Apagó, molesto. Las naciones del Pacto del Atlántico estaban tan decididas como Rusia, y ambas disponían ahora de las suficientes bombas. Quizá supusiese una buena medida largarse de la faz de la Tierra. Marte era un mundo horrible, pero al menos había muerto en paz, sin tantas complicaciones.

¿Por qué preocuparse por ellos? Nunca le hicieron ningún favor. Al contrario, se dedicaron a timarle todo el tiempo. Con una inteligencia de primera clase y la cara de un ídolo de la pantalla, había sido dotado por la naturaleza con noventa centímetros de estatura y el brillante futuro de un monstruo de feria... La clase de tipo de quien la gente se reía, más que contemplarle con respeto. Su única oportunidad se le había ofrecido cuando la Unitech empezó a construir la nave, sin saber todavía con cuánta energía contaba, por lo cual ahorró peso, diseñándola para un enano, con provisiones de aire, agua y comida forzosamente menores. Incluso entonces, después de presentarse en respuesta al anuncio, tuvo que luchar mucho por el triunfo durante días de penosas pruebas. No le facilitaron las cosas.

En aquel momento, aquel trabajo le pareció la gran oportunidad. Que se reservasen la fama y las estatuas. El libro que escribiría y los derechos que percibiría por él le colocarían en un pedestal desde el cual podría mirar hacia abajo y reírse de todos aquellos que midiesen uno ochenta... Y los tipos de los cerebros electrónicos le habían quitado de en medio.

«Déjales que reclamen sus señales de radar. Déjales que se lastimen jugando a los soldaditos». Nada de aquello le concernía.

Salió de la cámara de observación, se dirigió a su diminuta cabina, ingirió un par de cápsulas de barbitúricos y se arrastró hasta los almohadones entre los cuales dormía. Le quedaban aún tres semanas y no había siquiera una botella de whisky en la nave. Maldijo rabioso, se dio la vuelta y dejó que el sueño se apoderase de él.

Por supuesto, era inevitable que saliese. Tres días sin hacer otra cosa que sentarse, levantarse y dormir resultaban demasiado. Puso en marcha las bombas para que extrajesen el aire de la cámara, cerró la escafandra con la cremallera por encima de la suave junta hermética de goma, comprobó el equipo, y aguardó a que las presiones interior y exterior se estabilizaran.

A continuación, abrió la cámara exterior, dejó caer la rampa de plástico y descendió por ella. Se había acostumbrado a la nueva gravedad mientras se hallaba a bordo y no le prestó la menor atención.

El trípode se hallaba hundido en la arena, aunque los pies de la plataforma mantuvieron abiertos los tubos. Dave maldijo suavemente. Parecían en buenas condiciones, si se exceptuaba el punto donde colgaba en jirones parte del revestimiento. De haber contado con recambios de este último, tal vez los tubos hubiesen funcionado. La explosión no llegó a dañarlos... Al fin dio la espalda a la nave y se enfrentó al increíblemente cercano horizonte.

De acuerdo con los acostumbrados relatos, aquél constituía el más importante hito en la historia de la humanidad... El primer hombre que ponía pie fuera de su propio mundo y de su inútil satélite. Se abrió la cámara, y el héroe salía al exterior... ¡Reventando de orgullo por el triunfo del hombre y la conquista del espacio! Dave oprimió con los labios la válvula de la escafandra, abrió el orificio y escupió en el suelo. Si aquello era una experiencia, ¿por qué no la cerveza pasada del año anterior?

No había siquiera un «canal» en cien kilómetros a la redonda. En cierto modo lo lamentó. Descubrir qué daba origen a aquellas líneas le permitiría matar el tiempo. Ciertamente que los vio al acercarse y que se trataba de ilusiones ópticas, como el telescopio lunar había ya demostrado. Pero no eran en modo alguno canales. No había tenido oportunidad de elegir el punto de aterrizaje, así que se resignaría a la idea de no verlos.

Una vez descartados, no quedaba mucho por explorar. Las cuerdas vegetales se hallaban ahora extendidas, ofreciendo al sol sus curvas de pelusa verde. No parecía haber variedad en las especies, aunque tal vez una arboleda terrestre presentara igual aspecto a los ojos de un mítico marciano. Posiblemente, presentasen millones de diferencias. Sólo que Dave no sabía apreciarlas. Lo único interesante eran las formas que adoptaba la pelusa al serpentear adelante y atrás, hasta que eso también se hizo monótono.

De pronto, junto a su pie, sonó un chillido que acabó en un gorgoteo. La sorpresa le hizo dar un respingo, que le elevó a unos dos metros por encima del suelo. Volvió a oírlo al caer y se tambaleó cuando tocó tierra. Sus ojos localizaron una masa informe de color castaño aferrada a su bota. Parecía algo así como una aglomeración circular, formada por una docena de piñas recubiertas de pelusa, de la que sobresalían pequeños miembros semejantes a piernas... Una docena de piernecillas, que se pusieron rápidamente en movimiento cuando las miró con fijeza.

—Cuiquelrle —volvió a decir la cosa, enviando el sonido hacia arriba a través del aire más denso de la combinación espacial de Dave. Después, trepó por su pierna, se detuvo sobre el equipo y lo examinó rápidamente.

—¡Cuiquelrle! —repitió.

No presentaba ningún aspecto amenazador, sin duda porque no recordaba en nada a un monstruo de ojos saltones. No se advertía rastro alguno de órganos sensoriales. Dave parpadeó. Le recordaba un gatito que tuvo en una ocasión, antes de que su habitual mala fortuna se fijase en la pequeña criatura y la matase de una enfermedad gatuna. Reaccionó de manera automática:

—¡Cuiquel lo serás tú!

Deslizó sus dedos dentro del equipo y extrajo una tableta de chocolate retirando el celofán que la envolvía.

—Lo más probable es que te enferme o que te mate... Pero si es esto lo que

quieres, tómallo.

En efecto, era lo que Cuiquel quería. La criatura aferró la tableta entre sus pseudópodos, la envolvió con su cuerpo, y se relajó, emitiendo apagados sonidos al engullirla. Permaneció en silencio por un segundo y volvió a chillar, con voz más aguda:

—¡Cuiquelrle!

Dave le dio dos tabletas más, antes de que la criatura pareciese satisfecha y empezase a descender, dejando las avellanas envueltas en el chocolate apiladas con todo cuidado en el suelo, y escabullándose entre la vegetación. Dave esbozó una mueca. La gratitud de Cuiquel no superaba a la media entre los seres humanos.

—¡Vete al cuerno! —murmuró, pateando el montón de avellanas.

Al menos aquéllo probaba que los hombres nunca habían llegado hasta allí... A los hombres les gustaba exterminar toda forma de vida, casi tanto como liquidar a los de su misma especie.

Se encogió de hombros y, sin pensarlo, se encaminó a grandes zancadas hacia el horizonte. Daba gusto correr después de la estrechez propia de las instalaciones de la nave. Continuó así por más de una hora, hasta que sus músculos protestaron. Entonces buscó la botella de agua, empujó el tubo a través del orificio de la escafandra y bebió un sorbo.

El paisaje que le rodeaba no difería en nada del próximo a la nave, a excepción de un pequeño grupo de plantas no verdes, formadas por una pelusa de un rojo suave. Las había visto antes, sin llegar a determinar si eran un estadio de la misma planta o una especie diferente. A decir verdad, le terna sin cuidado.

En todo caso, carecía de sentido alejarse más. Había estado buscando sin darse cuenta otro Cuiquel, pero no había visto ninguno. En el viaje de regreso, rebuscó con mayor detenimiento bajo las plantas. No había nada que ver. Ni siquiera soplaba un poco de viento que rompiera la monotonía. Subió ruidosamente la rampa de la nave tan aburrido como se había marchado. Quizá debiera alegrarse de su escasa provisión de aire, si esto era todo lo que Marte podía ofrecerle.

Recogió la rampa y cerró la cámara exterior, parpadeando en la penumbra hasta que las luces se encendieron al quedar sellada la cámara de aire. Contempló cómo el indicador de presión subía hasta los cuatro kilos y medio, la presión normal en la nave, y se dirigió a la cámara interior... Y retrocedió de un salto, mirando hacia el suelo.

Cuiquel estaba allí y se había traído consigo parte de la población de Marte. Sus chillidos sonaban uniformes en tanto se abría el cierre interior. Quince o veinte plantas se pusieron de pronto en movimiento, formando un estrecho sendero ante la criatura, que lo atravesó rápidamente adentrándose en la nave. Dave la siguió meneando la cabeza. Al parecer, allí no había modo de estar seguro de nada. Plantas

en apariencia bien sujetas por sus raíces podían moverse a voluntad... y obedeciendo a lo que evidentemente era una orden.

¡Aquella tonta criatura! Por lo que se veía, le agradaba el calor de la nave, así que tomó sus disposiciones para ocupar lugar..., en una atmósfera por lo menos cien veces demasiado pesada para ella. Dave había empezado a subir los estrechos peldaños que llevaban a su cabina, cuando se detuvo vacilante. Dejó escapar una maldición. Cuiquel seguía recordándole a su gatito, dando vueltas en círculos exploratorios. Bajó de nuevo y se dirigió a él.

Cuiquel emitió una serie de chillidos cuando Dave lo arrojó dentro de la cámara de aire y cerró la compuerta interior. Sus gritos se fueron apagando al ir disminuyendo la presión y abrirse la compuerta exterior hasta hacerse inaudibles cuando Dave regresó a la escalera. Gruñó con escaso entusiasmo. Ahí tenía el resultado de alimentar a la cosa... Había decidido mudarse a su domicilio y convertirse en su dueño y señor.

Se sintió mejor después de devorar lo que pasaba por su cena. El estímulo le duró alrededor de una hora, dejándole después más incómodo y disgustado que nunca, sin otra distracción que contemplar las paredes de su diminuta cabina. Ni siquiera disponía de un libro para leer, fuera del manual mecanografiado sobre el cuidado general de la nave, que ya había leído demasiadas veces.

Por último, se dio por vencido. Se levantó de mala gana, fue al observatorio y conectó el radar. Tal vez las noticias acerca de su muerte fuesen más importantes aquella noche.

No lo eran. Se limitaban a especulaciones en torno a lo que pudiera haberle ocurrido... Y ninguna de ellas incluía insinuación alguna de que los chicos listos hubiesen cometido algún error. Aventuraron incluso la hipótesis de que la fuerza de gravitación de Marte hubiese capturado la nave, convirtiéndola en satélite suyo, aunque terminaron por rechazarla. Sin embargo resultaba evidente que su caso perdía interés. Dave adivinaba incluso cómo habían rellenado las noticias de la emisión general para dar más detalles a los hombres de la Luna, basándose al parecer en la teoría de que nadie, salvo la Luna, sentía el menor interés por el tema. No obstante, añadieron un nuevo toque:

—Es obvio que se necesita un estudio detenido de las condiciones del espacio más allá del campo magnético o de gravedad de la Tierra. La marina nos anuncia que su nuevo cohete, diseñado en principio para alcanzar Marte el año que viene, será destinado a servir de laboratorio en las profundidades del espacio, realizando una serie de viajes exploratorios antes de proseguir los avances. La United Technical Foundation ha abandonado de momento todo plan de investigación interplanetaria.

Y punto final. El locutor pasó a ocuparse de la política internacional. Dave frunció el ceño. Estaba claro, incluso para él, que las palabras utilizadas no se

hallaban en proporción con los hechos a que hacían referencia. Comenzaban ya a restringir información, lo cual significaba que el mundo se encaminaba otra vez hacia la crisis. Cuatro años atrás, el súbito estallido de una nueva y violenta plaga en China había resuelto la crisis anterior. Entonces, por altruismo o por simple interés, todas las naciones se pusieron enérgicamente al trabajo, forzadas a hacerlo juntas. No obstante, su entendimiento no duró mucho. Después de casi dos millones de muertes, se descubrió un medicamento contra la plaga. Y a partir de ese instante, nada fue capaz de mantener la recién creada cooperación entre las potencias. Quizá de haber tenido nuevos canales para su energía, los planetas por ejemplo.

Imposible. Las Naciones Atlánticas se hubiesen adueñado de Marte gracias a su capacidad de regresar a la Tierra. De enviarse una nueva nave, ellas irían a la cabeza. Se apoderarían con tanta avidez de los planetas como se habían apoderado de la Luna, proporcionando a las demás potencias más motivos de resentimiento e incrementando el peligro de crisis.

Dave frunció aún más el ceño, en tanto el locutor continuaba. Había las insinuaciones usuales, procedentes de fuente oficial, de que todo iba bien para las Potencias Atlánticas..., pero no empleaban los términos acostumbrados. Sonaban superconfiados... incluso arrogantes. Y hubo una muy breve mención de una conferencia en Washington. Ahí estaba la clave. Dos de los nombres mencionados suponían una evidencia absoluta. Alguien había dado con el pretexto para recurrir a la bomba de litio y...

Desconectó el radar. La humanidad ya terna cuanto necesitaba..., la oportunidad de utilizar lo que provocaría una reacción en cadena imparabile. El hombre había descubierto al medio de volar su propio planeta.

Miró en dirección al punto que era la Tierra y a la diminuta mancha a su lado que era la Luna, Detrás de él, el acondicionador de aire dejaba oír su ajetreado tictac, dosificando el oxígeno. Dave lo miró. Dos semanas y media... Bueno, tal vez fuese tiempo suficiente, aunque probablemente no lo sería. Al menos él podía dar ese tiempo por descontado. Se preguntó si los chicos listos esperaban en verdad tanto para sí mismos. ¿O sólo porque no se encontraba en el seno de una humanidad complaciente y disponía de ocios para pensar, se daba cuenta de lo que se avecinaba?

Dio un suave golpecito al aparato y volvió a mirar hacia la Tierra. ¡Los muy locos! Se lo habían buscado. Que tragasen su medicina. Habían preferido la guerra a la eugenesia, la física nuclear a la ciencia capaz de brindarle a él un cuerpo perfecto haciendo que sus glándulas funcionasen de la manera correcta. ¡Al diablo! ¡Que se cociesen en su propia salsa!

Encontró el frasco del somnífero y lo sacudió. Sólo cayeron partículas de polvo. También eso se había terminado. Aquellos tipos no hacían nada bien. Ni whisky, ni cigarrillos que consumiesen el precioso aire, ni siquiera amytal. La Tierra le

alcanzaba, negándole el consuelo de un sedante, del mismo modo que se negaba a sí misma una solución impersonal y segura contra las pasiones desatadas.

Estrelló la botella contra el suelo y se encaminó hacia la cámara de aire. Cuiquel continuaba allí... Los sonidos apagados de alguien que rascaba lo atestiguaban. Apareció tan pronto como se abrió la compuerta interior, chillando de contento, con sus plantas avanzando lentamente tras él. Traían algo nuevo..., un lío de basura arrollado en los zarcillos, una mezcla de arena y vegetales muertos.

—Considérate en tu casa —dijo innecesariamente Dave a la criatura—. Es toda tuya. Cuándo esté en mis últimos estertores, dejaré abiertas las cámaras y encendidos los fluorescentes. Así al menos alguien habrá obtenido algo bueno del género humano. Y no te aflijas por consumir mi aire... Será mejor par a mí quedarme pronto sin él.

—Cuiquelrle.

La conversación no resultaba demasiado brillante, pero tendría que conformarse.

Dave observó cómo Cuiquel reunía sus plantas sobre el revestimiento del convertidor. Los chicos listos trabajaron bien... Aprendieron a encadenar la radiación y los neutrones mediante una delgada pared de metal y un impalpable acoplamiento inductivo de fuerzas. El resultado ofrecía un excelente terreno a las plantas. Cuiquel daba vueltas alrededor de éstas, asegurándose de que la basura quedase bien desparramada y la carga dispuesta del modo adecuado. Parecía obrar de manera inteligente..., pero también lo parece el comportamiento de las hormigas. Si la presión existente dentro de la nave molestaba a la criatura, no daba signo alguno de ello.

—Cuiquelrle —anunció por último.

Se dirigió hacia Dave. Éste dejó que le acompañase escaleras arriba, encontró un poco de chocolate y lo tendió hacia los pseudópodos. Pero Cuiquel no tenía hambre. Tampoco aceptó el agua que le ofrecía. Se limitó a tocarla y verter una gota sobre su pelusa.

Se extendió por el suelo, hasta que, al ver que Dave se acomodaba entre los almohadones, intentó imitarle. El muchacho lo alzó, sorprendiéndose al advertir que la pelusa ocultaba una superficie dura, y lo puso a su lado. El cuerpo de Cuiquel no era frío ni cálido. Probablemente toda la vida marciana había desarrollado un excelente aislamiento. Tal vez incluso la capacidad de captar el agua de la casi deshidratada atmósfera y retenerla.

Por un segundo, los viejos cuentos acudieron a la memoria de Dave. Los desechó en seguida. Cuando uno se enfrenta a la vida animal, pronto cae en la cuenta de que no es tanta su crueldad... Al menos no tanta como el hombre pretende a fin de proclamar su propia superioridad. Y Cuiquel parecía contento de encontrarse allí, lo que demostraba emitiendo suaves y monótonos chillidos.

Cosa sorprendente, el sueño llegó con facilidad.

Dave permaneció fuera de la nave gran parte de los dos días siguientes, moviéndose sin derrotero alguno, con el solo objeto de agotar su energía física. Aquello le ayudó lo bastante para mantenerle alejado del radar. Encontró unas tenazas y desmanteló el revestimiento de los tubos, una ayuda todavía más preciosa al mantener ocupados tanto su mente como sus músculos. De todos modos, se trataba de un subterfugio temporal, que no cubría las dos semanas que le restaban. Salió al día siguiente, caminó unos cuantos kilómetros y regresó. Sólo entonces se fijó en que las plantas crecían a un ritmo increíble sobre el convertidor.

Cuiquel se afanaba entre ellas, cortando pequeños fragmentos en algunos puntos y empujando lo que cortaba bajo su cuerpo, donde tenía la boca. Dave probó uno de los brotes y lo escupió en el acto. La cosa olía casi como una planta de la Tierra, pero combinaba toda la quintaesencia de su amargura con algo que escapaba a su experiencia. Según había descubierto, a Cuiquel no le gustaba el chocolate, sólo el azúcar que contenía. El resto lo eliminaba en un bloque sólido.

Y luego, no hubo nada más que hacer. Cuiquel terminó su trabajo y se acomodaron uno junto al otro, aunque en actitudes por entero diferentes. La criatura marciana parecía satisfecha.

Tres horas más tarde, Dave se hallaba otra vez en el observatorio, escuchando de pie el radar. Estaban transmitiendo algo de música, pero la mala recepción le impedía escucharla. En cuanto a las noticias, eran las que se imaginaba... Infinidad de detalles sobre los problemas nacionales, unas breves palabras relativas a una conferencia en las Naciones Unidas y un comentario un poco más largo respecto a la celebración del aniversario de la creación de Israel como estado independiente. Los confusos recuerdos de Dave se aclararon al escuchar la emisión. En las antiguas Naciones Unidas se había discutido bastante la cuestión. En cierto sentido, había servido de algo, puesto que ninguna potencia consideró la ocasión propicia para amenazar con una guerra. Además, mantuvo a los diplomáticos profesionales alejados de terrenos más peligrosos.

Pero aquello, como la plaga china, no volvería a repetirse.

Por fin, apagó el radar, apenas consciente del hecho de que no habían mencionado el cohete. Ni siquiera se sentía molesto. Nada importaba fuera de su mortal aburrimiento. Y cuando el acondicionador de aire...

Y entonces cayó en la cuenta. No se oía el tictac de la máquina. No había percibido ningún ruido mientras permaneció en el observatorio. Corrió hacia los controles y comprobó que el contador marcaba lo mismo que en la última ocasión en que lo había consultado. Alzó la tapa. Todo parecía en orden. Cuando apretó el botón, hubo una chispa en el interruptor y el motor se puso en funcionamiento. Retiró el dedo y el motor se detuvo en el acto. Intentó entonces conectar manualmente los

otros tanques. La válvula se movió, pero la máquina permaneció en silencio.

Sin embargo, el aire era fresco al aspirarlo... Más fresco de lo que lo había sido nunca desde el momento en que salió de la Tierra, aunque algo más seco de lo que hubiese preferido.

—¡Cuiquel!

Dave miró a la criatura y la vio acercarse al escuchar su voz, como solía hacer en los últimos tiempos. Al parecer, ya conocía su nombre y respondió con su acostumbrado chillido rematado por un gorgoteo.

Allí estaba la respuesta, por supuesto. No había ningún milagro en que las plantas se multiplicasen. Contaban con todo el dióxido de carbono y el vapor de agua precisos. Ninguna planta de la Tierra hubiera conservado fresco el aire en una superficie tan reducida, pero Marte había enseñado la eficacia a sus hijos a partir de la simple experiencia. Con eso, su esperanza de vida se prolongaba a seis meses, en lugar de dos semanas...

Sí, seis meses sin otra ocupación que sentarse y esperar la explosión anunciadora de que se había convertido en el último de su especie. Seis meses sin otra conversación que un gorgoteante chillido, salvo las noticias del radar.

Lo encendió de nuevo, en un gesto de impaciencia, y casi al instante decidió apagarlo. Pero ya se escuchaba:

—... La Fundación descubrirá en el día de hoy una placa a la memoria del joven Dave Mannen, el muchachito que poseía un valor muy superior a muchos hombres de mayor tamaño. Andrew Buller, promotor del malogrado cohete a Marte, rendirá homenaje...

Dave golpeó el suelo con la bota, fastidiado por tanta cursilería. Que le vinieran ahora con placas, cuando sólo le había interesado en la vida conseguir los dólares que precisaba. Saltó hacia los diales, los movió y empezó a transmitir mediante el interruptor automático tan pronto como se establecieron los circuitos:

—Díganle de mi parte a Andrew Buller y a toda la Fundación que se vayan a...

Nadie escucharía su mensaje en morse, pero al menos le hizo bien. Lo intentó otra vez, añadiendo algunos epítetos. Cuiquel se acercó a investigar los nuevos sonidos y chilló en tono dubitativo. Dave soltó el interruptor.

—Tonterías humanas, Cuiquel. También pateamos las sillas cuando tropezamos con ellas...

—¡Mannen! —retumbó el radar—. Gracias a Dios que ha conseguido arreglar su aparato. Le habla Buller... Llevo esperando aquí más de una semana. Nunca creí todas esas tonterías de que era imposible que se le hubiese averiado el radar. ¡Uf! Todavía se está recibiendo su mensaje, pero ya me van pasando la transcripción. Menos mal que no hay de ellos por aquí. Sé cómo se siente. ¡Malditos idiotas! Ya les dije que debieron de prever otro cohete. Mire, si su equipo no funciona bien, no lo

malgaste. Límitese a decirme cuánto tiempo aguantará. Le juro que construiremos otra nave y enviaremos a buscarle. ¿Cómo se encuentra, qué...?

Siguió hablando con palabras atropelladas, en tanto que Dave pasaba por una serie de reacciones que no encajaban en ninguna situación humana. Sabía lo bastante para no entusiasmarse. Ni siquiera seis meses significaban un plazo suficiente. Lleva tiempo terminar y comprobar un cohete..., más tiempo del que disponía. El aire le bastaría, pero el hombre necesita también alimento.

Pulsó de nuevo el interruptor.

—Aire en los tanques para dos semanas —transmitió—. Me acompaña un campesino marciano de inteligencia dudosa, pero su aire es demasiado ligero y las bombas no bastan.

Esperó a que se desvaneciesen los últimos sonidos y cortó abruptamente la comunicación. No tenía sentido que enviasen a otros locos en naves terminadas a medias par arescatarle. No era un chiquillo que había robado un aeroplano y lloraba ahora por el lío en que se había metido. Y no deseaba en modo alguno actuar como tal. El asunto del campesino marciano les proporcionaría un buen tema de meditación para distraerse. El dinero invertido les habría servido de algo.

No estaba del todo preparado para las noticias que escuchó más tarde por el radar, en particular para las cosas que, según dijeron, había dicho él. Por primera vez se le ocurrió que si otro piloto se perdiera más allá de Marte, rumbo a la muerte, tal vez pronunciaría unas palabras un poco diferentes a las que él había emitido en código morse. Trató de imaginar la versión original de «Un capitán no abandona su nave», tal como la diría un marino, y rió entré dientes.

Por lo menos, las especulaciones sobre la versión oficial que se daría de su campesino marciano harían más llevadero su aburrimiento. Sin embargo, en apenas una semana, eso también se terminaría, desplazado por noticias más frescas. Vendrían entonces largos días y noches que llenar de algún modo, hasta la consumación de su tiempo. Bien, de momento disfrutaría con las payasadas de casi tres billones de personas más excitadas por las aventuras de un solo hombre en Marte que por el hecho de que la mitad de ellos se morían de hambre.

Volvió a sintonizar el radar en la longitud de onda correspondiente a la Fundación, sin conseguir captar nada. Sin duda Buller se había puesto en camino sin concederse tiempo para recuperar el aliento. Pasó entonces a la emisión general, destinada a la Luna. Resultaba increíble el salto de décadas logrado por el progreso humano —por lo menos tan grande— como su pomposidad sólo porque un enano insignificante había llegado vivo a Marte. Imposible construir un mejor conjunto de verdades a medias acerca de una persona que el que ellos habían edificado basándose en detalles de su vida que ni siquiera él recordaba.

De pronto, se apaciguó. Aquella era la reacción del hombre de la calle. Los

diplomáticos, como las mareas, no se hallaban al servicio del hombre. ¿Qué importancia revestía su vida ante una bomba de litio? Todavía meditaba sobre eso cuando Cuiquel insistió en que había llegado la hora de irse a la cama y le convenció de que abandonase el radar.

Después de todo, no había logrado nada con su loco mensaje.

Una voz diferente surgiendo del radar le detuvo:

—Y ahora una última información desde la sede de las Naciones Unidas. Rusia acaba de ofrecer un cohete para enviar repuestos a David Mannen, en Marte. Hemos aceptado la oferta. La delegación rusa está siendo aclamada en el hemiciclo. He aquí los detalles que conocemos hasta el momento: el cohete, no recuperable, será guiado por radar gracias a un nuevo método de control de bombas... Un momento, hay una rectificación. Será guiado por radar y una cabeza automática, que lo colocará a kilómetro y medio de la nave de Mannen. Capaz de una aceleración tremenda, Mannen lo tendrá a su disposición antes de una semana. La United Technical Foundation intenta ahora ponerse en contacto con Mannen a través de un circuito montado en los laboratorios de alta frecuencia del gobierno, en los que un nuevo tipo de receptor...

Pasaron casi ocho minutos antes de qué se escuchara la voz de Buller. Con toda evidencia el tiempo necesario para que éste recibiera el mensaje de Dave.

—Mannen, le recibimos muy bien. Escuche, enviaremos esos refractarios a Moscú dentro de seis horas... Son de un nuevo tipo. Los desarrollaron los científicos después de que usted despegara. Enviaremos dos juegos esta vez para estar seguros, aunque superan veinte veces a los otros. Seguimos en contacto con Moscú. Todavía nos falta ultimar algunos detalles, pero estamos equipando su nave con los mismos refractarios. Los demás elementos serán provistos en su mayoría por ellos...

Dave asintió. Sin duda necesitaría más cosas. Tendría que preparar la lista. Cosas que le enviarían directamente. Todo se volvía miel sobre hojuelas y las naciones, desconcertadas de momento por el éxito interplanetario, actuaban como intrépidos pilotos lanzados al rescate del chiquillo del avión. No les vendrían mal otros acontecimientos del mismo tipo para mantener ocupados a sus diplomáticos, algo sobre lo que disputar, liberando así el vapor que de otro modo dedicarían a cosas más graves.

Quizá los planetas no fueran muy importantes para ninguna nación, pero resultaban lo bastante espectaculares para entretenerles por algún tiempo. Además, ¿cómo reclamar derechos sobre un planeta cuando el hombre que había aterrizado en él regresaba a la Tierra en una nave producto del trabajo de dos países?

Tal vez sus teorías no se aguantasen muy bien. Sin embargo, nada perdía especulando. Y si lo peor ocurría, siempre quedaba la posibilidad de establecer colonias en Marte, que seguía siendo un mundo horrible, pero que, llegado el caso,

podría dar asilo a los humanos.

—Cuiquel —dijo lentamente—, serás el primer embajador marciano en la Tierra. ¿Qué te parece si hacemos una visita a Venus durante el viaje de regreso, en lugar de marchar directamente a la Tierra? ¿Qué me dices? ¿A Venus o derechos a casa?

—Cuiquelrle —respondió el marciano.

No estaba demasiado claro, pero sonaba algo así como el final de «a ti te toca decidirlo».

Dave asintió. De acuerdo. Iremos a Venus.

El cielo seguía aún poblado por las diminutas y maliciosas estrellas que le habían acogido la primera noche que pasó en Marte. No obstante, sonrió al mirar hacia arriba, antes de volverse hacia el interruptor. Después de todo, ya no tendría que reírse de los hombres grandes. Podría alzar la cabeza al cielo y burlarse de cada punto que brillaba en él. No pasaría mucho tiempo antes de que los sardónicos astros se llevaran una buena sorpresa.

* * *

Campbell consiguió los demás relatos que completaban el número trucado. De tal modo, su corresponsal vería publicada la revista cuyo sumario había compuesto. No lo seguía al pie de la letra, pero se aproximaba mucho. Y poco antes de que apareciese en los puestos de periódicos, Campbell envió una copia a cada escritor, y una muy especial al dicho lector para que la firmase. Más tarde, una vez completada con autógrafos de todos los escritores y dibujantes que participaron en su edición, le fue devuelta por correo. Y todo el mundo quedó contento.

Bueno, casi contento en mi caso. En realidad tenía muchos motivos para alegrarme. Disfrutaba con mi trabajo, y la agencia comenzaba a vender algunos de mis relatos rechazados anteriormente. Algunos de ellos iban a ser incluidos en una antología, lo que incrementaba los ingresos procedentes de mi anterior producción literaria. Varios ejemplares de... *And Some Were Human* (la versión publicada por Prime Press, no la posterior de Ballantine, un poco diferente), descansaban en un estante, a fin de demostrar que me había convertido en autor de novelas. Y le había vendido un relato a Campbell después de un paréntesis de cinco años.

Lo único que empañaba mi satisfacción era el hecho de que mi agente insistía con excesivo interés en que volviese a escribir. Desde su punto de vista, la publicación por Campbell de mi cuento ya no me permitía más excusas. Había demostrado mis facultades. Así que... ¡a escribir! Cada vez me costaba más resistirle. Sólo que me había vuelto bastante terco. Había dejado de idear argumentos (salvo para una ocasión tan especial) y no quería comenzar de nuevo.

Terminó por vencerme, recurriendo a lo que consideré una artimaña. Un viernes, después del trabajo, me llamó para darme un encargo. El director de una revista

necesitaba sin falta para el lunes por la mañana un cuento de seis mil palabras que girase entorno a las carreras de automóviles. No había nadie más para hacerse cargo de ello, así que lo dejaba en mis manos. De negarme, la agencia caería en desgracia, el director se vería obligado a imprimir páginas en blanco, etcétera.

Así que salí y compré cuantas revistas de deportes encontré que contuvieran algún relato sobre el tema. Conocía la manera en que deben organizarse tales relatos, a base de un problema personal y otro deportivo, ambos resueltos con preferencia al final. Una gran parte de la trama se daba, pues, por supuesta. Todo lo que se precisaba era un ligero remozo y algo más que un mero desarrollo mecánico.

Resultó sorprendentemente fácil. Después de todo, los acontecimientos se desarrollaban aquí, en nuestra familiar Tierra, en medio de nuestra propia cultura y sin ningún elemento insólito. No había que inventar nada, como exige siempre la buena ciencia ficción. Para facilitar aún más las cosas, seguí las instrucciones que Meredith solía dar a los autores en su despacho, y escribí directamente la versión final la primera vez con copia y todo. Dado el tiempo que tardé en componerlo, el cuento me pareció bastante bueno en comparación con lo que pagaban las revistas del género.

A partir de ese instante, dejé de luchar y acepté cualquier encargo que se me propusiese. Bastantes me vinieron de «Doc» Lowndes, pero hubo otros. En mi haber figuran, por lo tanto, algunos relatos policiacos, un par de cuentos del Oeste y toda la gama de relatos deportivos. Incluso compuse un par de ellos para Lowndes, sobre el patinaje de ruedas.

Así me encontré de pronto escribiendo más que nunca en mi vida. Ciertamente que no tocaba la ciencia ficción, pero mis ingresos aumentaron de manera sorprendente.

Comencé también a esbozar una especie de regla general en el terreno de la ficción. Sin duda innumerables escritores la descubrieron antes que yo. No obstante, suponía una novedad para mí en su simple y escueto enunciado: la base de toda buena ficción se encuentra en la elección de los personajes. Incluso el más anodino de los relatos de deportes fabricados en serie cobra vida si personajes llenos de vida y de interés toman parte en los acontecimientos.

Y los únicos problemas y complicaciones que presentaba la ficción derivaban de la dificultad de exponer con la profundidad suficiente la creación de los personajes al enfrentarse con las circunstancias y responder a ellas de manera personal e intransferible.

El fallo principal de dicha regla consiste en que no brinda la menor ayuda para crear tales personajes llenos de vida y de interés. Nadie ha conseguido nunca explicar cómo se hace, aunque muchos lo han intentado. No tiene nada que ver con la capacidad de descripción. He visto páginas enteras desperdiciadas para describir un personaje totalmente falso, mientras que otros parecen cobrar vida sin esfuerzo.

Tampoco se trata de lograr un personaje que «se escapa de la historia». Cuando tal cosa ocurre, significa por regla general que el autor ha realizado una pobre tarea. Un buen personaje y un buen relato deben ir acordes, no escapar uno del otro.

De todos modos, encontré a menudo esta regla muy útil a la hora de determinar si una idea estaba lo suficiente madura para pasarla al papel. Hasta el instante en que sentía —no sólo veía— el relato desde el punto de vista del protagonista, no había nada que hacer.

Hacia fines de 1949, mi producción literaria era mejor de lo que había sido jamás. Me temo que mi vida privada no seguía derroteros tan favorables. Helen y yo habíamos descubierto que podíamos ser excelentes amigos, pero que no encajábamos desde el punto de vista del matrimonio. Decidimos separarnos. Lo resolvimos todo de manera amistosa y ninguno de los dos sintió necesidad de culpar al otro. Helen me cedió el viejo apartamento, a condición de que pagase los muebles para el que había alquilado. Me dejó a comienzos de 1950.

Aquél fue un año importante para la ciencia ficción. El mundo de la revista se conmovió ante el anuncio de dos nuevas publicaciones: *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, dirigida por Anthony Boucher y J. Francis McComas, y *Galaxy*, que se editaría bajo la tutela de Horace L. Gold. Ambas habían sido pensadas para el lector adulto de ciencia ficción, como sólo *Astounding* lo había sido con anterioridad. Ahora bien, ambas diferían mucho de esta última. Boucher y MacComas pedían relatos con un fuerte sabor literario, mientras que Gold parecía inclinarse por algo más de oropel y quizá más superficial que el estilo de Campbell. Imposible predecir con exactitud qué éxito alcanzarían, pero era evidente que causarían un gran impacto en la ciencia ficción.

Galaxy inició su campaña tratando de captarse a los mejores escritores mediante una oferta de tres centavos por palabra. *Astounding* se vio pronto obligada a igualarla. (Para colmo, se estableció una prima para los cuentos más apreciados de cada número, con lo que se cobraba a veces cuatro centavos por palabra).

Esto permitía por fin al escritor pensar en dedicarse exclusivamente a la ciencia ficción. Con tales tarifas y habiendo tantas revistas para colocar sus relatos, le sería posible vivir con holgura.

Las editoriales importantes empezaban a interesarse por la ciencia ficción. Tanto Simón and Schuster como Doubleday planificaron la aparición regular de novelas de este género. Muchas de ellas provenían de las publicadas como folletines en las revistas, pero aceptaban asimismo algunas nuevas.

Un verdadero *boom*. Scott Meredith me recomendó que volviese con urgencia a la ciencia ficción. Consideré la idea. Para entonces ya no podía oponer la excusa de todos los relatos guardados en el cajón, puesto que me los habían publicado casi todos. Encontré entonces las notas que había tomado para *It Comes Out Here* y decidí

transcribirlo. Gold lo admitió sin titubeos, y los ciento ochenta dólares que cobré me permitieron disfrutar por vez primera de la nueva tarifa.

Gold me llamó más tarde para pedirme que escribiese una novela corta de suspense, al estilo *Nervios*. (Me han sugerido lo mismo otras muchas veces, tanto antes como después. No estoy seguro de que me agrade la idea. Está bien que la gente admire tu mejor trabajo, pero de ahí a suponer que se pueda duplicar a voluntad.

Otro editor me solicitó un cuento corto de ciencia ficción que tuviera además un toque de misterio. Escribirlo no me supuso ningún problema. Se me había ocurrido una idea que encajaba en esa descripción, la historia de un robot en una etapa primitiva de la cibernética. La criatura, en verdad inteligente, no había sido educada para enfrentarse al mundo. Ni siquiera tenía plena conciencia de quién o qué era. Y a causa de ciertos defectos en su construcción sólo existiría unas horas. El misterio lo proporcionaba el hecho de que él mismo narraba su historia y de que no comprendía sus circunstancias hasta casi el final, al enfrentarse a su «muerte».

Mayores dificultades presentaba la novela corta de aventuras y suspense. No estaba seguro de poder escribirla en las quince mil palabras que quería Gold. *Nervios* había requerido el doble, y eso que me había reprimido.

Además, había perdido mis notas y esquemas en lo que se refería a la creación del suspense junto con los manuscritos desaparecidos al mudarme desde Saint Louis. Me habían costado semanas de estudio y meditación y no eran fáciles de recordar.

Mi mente tiene una particularidad extraña. Recuerdo las cosas con todo lujo de detalles hasta el momento en que las escribo. A partir de ese momento, es como si tirase a la basura mis notas mentales, para depender sólo de las escritas. Y nunca he conseguido reconstruir algo que hubiese hecho a conciencia. No logro entusiasarme con una historia ya sabida. (Odio tener que repetir mis palabras, por ejemplo). Temí que la mayor parte de mi trabajo sobre el suspense se hubiese perdido para siempre. Ahora, después de intentar reconstruir el esquema un par de veces, estoy seguro de ello.

Luego de seguir una larga serie de vías muertas, di por fin con una trama que me pareció buena. Colocaba a mis personajes en una situación literalmente de vida o muerte y prometía mantenerlos en ella hasta el desenlace.

Resolví, pues, quedarme toda una noche en la oficina para redactar al menos uno de los relatos. (Mi máquina de escribir favorita, que guardo en casa, pasaba por su fase anual de limpieza y ajuste. Y no me apetecía articular la historia y escribirla en una sola noche).

Comencé el cuento de misterio preguntándome cómo me sentiría al dedicarme de nuevo a la ciencia ficción después de tanta rutina destinada a las revistas baratas. Por fortuna, me encontraba en uno de mis buenos momentos. Las seis mil palabras brotaron por sí solas. Ni siquiera me vi obligado a romper una sola página y tirarla a

la papelera por errores de mecanografía. Me costó menos de dos horas escribir *The Monster*.

Fue aceptado por la revista que me lo solicitó justo en el momento en que la alcanzaba la quiebra. No me afectó la mala noticia. Había estado pensando que merecía una mejor presentación y sugerí a Scott Meredith que tal vez tuviese alguna posibilidad en una revista cara. Después de leer el cuento, se mostró de acuerdo conmigo. Lo colocó por quinientos dólares en *Argosy*, donde llevaron a cabo un bonito trabajo de montaje para ajustado a su compaginación.

No me sentía tan satisfecho con el relato escrito para Gold, que titulé *Viento entre los mundos*. Tampoco me había costado gran esfuerzo. Me las arreglé para teminarlo a primeras horas de la mañana. Cierto que encontraba algunos puntos dudosos. Sin embargo, estaba listo y decidí enseñárselo a Gold para que me hiciera algunas observaciones antes de decidirme a corregirlo y redactarlo en firme.

Pienso que cometí un gran error. Un escritor debe perfeccionar lo más posible su obra antes de mostrar el fruto de su trabajo a nadie, solicitando sus comentarios. No importa si lo logra en el primer borrador o al décimo. Lo que importa es quedar primero satisfecho. Así se encontrará en mucho mejor posición para juzgar la validez de la crítica ajena.

Perdí la carta que Gold me envió. En cambio, puedo recordar mi reacción. Le disgustaba el comienzo y pensaba que carecía de emoción. Estaba en lo cierto. Señaló además otros puntos acertados. En otros, por el contrario, no coincidíamos en absoluto, sobre todo en su idea de que alguno de los miembros del equipo debía ser un villano.

Le llamé y discutimos la cuestión. Llegamos a un acuerdo en todos los aspectos, salvo en lo que se refería al villano, hasta que, por último, me avine a regañadientes.

Tuve que volver a escribirlo desde el principio al fin..., el mejor modo, según me di cuenta, de conseguir que un relato conserve su solidez cuando hay que reformarlo y de descubrir las discrepancias. Desde luego, resulta más cómodo agregarle algunos parches, pero la mayoría de las veces se nota demasiado.

La segunda versión me salió demasiado larga. Por lo tanto, hube de hacer una tercera, reduciéndola, y se la envié a Gold. No estoy seguro de que se sintiese satisfecho por completo. No obstante, me pagó quinientos dólares, un generoso precio.

No incluiré aquí la versión que entregué al editor, sino la segunda, omitidas las partes referentes al villano. Así quería yo que fuese realmente *Viento entre los mundos*. Su extensión es de diecisiete mil quinientas palabras.

Viento entre los mundos

por Lester del Rey

1

Hacía calor en la cúpula del edificio transmisor de sustancia de Bennington. Las paredes metálicas de protección parecían captar y concentrar los rayos solares, y el ventilador que funcionaba en las inmediaciones no servía de gran ayuda. Vic Peters apartó con un movimiento de cabeza el mechón de pelo rubio que le caía sobre los ojos y orientó su larguirucho y anguloso cuerpo hacia el ventilador, a fin de recibir el aire fresco. Maldijo entre dientes.

Podía soportar el calor. Como reparador de averías de la Teleport Interstellar, había recorrido mucho mundo, desde Rangún a Nairobi... pero siempre con hombres. Pat Trevor era la primera supervisora a la que conocía, entre las pocas que había. Y si bien no se hacía ilusiones acerca de la supremacía masculina, se hubiera sentido mejor con un hombre a su lado.

Además, resultaba imposible no fijarse en un cuerpo como el de Pat. Y aunque un mono de dril no fuese una prenda demasiado sugestiva, cualquier trozo de tela ceñido en torno a las caderas de una mujer impide que un hombre se concentre en su trabajo.

Ella le miró, con una espontánea sonrisa, y se echó el pelo hacia atrás con la mano, dejándose un tiznón en la frente para hacer juego con el que lucía ya en la nariz. No era precisamente bonita. Había demasiada inteligencia y demasiada honestidad en su rostro para eso. Pero la sonrisa iluminó sus ojos grises, y las virtudes metálicas que salpicaban su pelo castaño no alcanzaban a ocultar sus reflejos rojizos.

—Otro tornillo, Vic —le dijo—. ¡Uf! Me estoy derritiendo... ¿Qué ocurrió entonces con tu esposa?

Él se encogió de hombros.

—Se casó con un abogado después del divorcio. Lo último que supe de ellos es que les iba bien en el matrimonio. ¿Y por qué no? Ella no tuvo la culpa de lo nuestro. No se me podía considerar precisamente un buen marido, corriendo sin cesar de un lado a otro y, en el escaso tiempo libre que me quedaba, tratando de conseguir un puesto en el cohete que se estaba construyendo. Lo más gracioso de todo fue que renunciaron a la idea de enviarlo a la Luna el mismo día en que ella obtuvo el divorcio.

Torció la boca en un gesto inconsciente. Había crecido antes de que DuQuesne descubriera el transmisor de materia, en una época en la que llegar a los otros planetas del sistema solar constituía el sueño de casi todos los muchachos. Ahora, en cambio, aquello ya no parecía importarle a la gente, desde que gracias a Teleport

Interstellar, el mundo se hallaba conectado con todas las razas de la galaxia.

Los hombres habían formado siempre una raza confusa y desordenada. Descubrieron la pólvora antes que la química y consiguieron abrirse camino hasta la bomba atómica en unos escasos miles de años de civilización, antes de contar con un gobierno a escala mundial. En cambio, la mayoría de las otras razas, iniciaron sus viajes estelares miles de años antes de descubrir el transmisor de materia y mucho después de haber perfeccionado una auténtica sociología.

DuQuesne inició el proceso al investigar ciertas oscuras derivaciones de las esotéricas matemáticas de Dirac. Y para comprobar los resultados de su trabajo, construyó una máquina que superó con mucho sus supuestos. La materia desapareció en ella, sin más, liberando una energía mucho menor de lo que debía de ser en teoría, suficiente, sin embargo, para destruir la máquina por completo.

DuQuesne y dos de sus estudiantes analizaron entonces los resultados, revisando una vez más sus fórmulas matemáticas. Cuando encontraron la respuesta, se negaron a darle crédito. Sólo al construir dos máquinas idénticas a la primera, al menos tan idénticas como consiguieron hacerlas, su loca idea demostró ser cierta. Si ambas máquinas se ponían a la vez en funcionamiento, lo que hubiese en el interior de una de ellas se trasladaba a la otra..., aunque se hallasen a kilómetros de distancia.

Uno de los estudiantes reveló el secreto, y DuQuesne se vio obligado a efectuar una demostración pública. Ante los ojos de un cierto número de científicos de fama mundial y de unos cincuenta periodistas, una tonelada de carbón cambió de lugar con una tonelada de ladrillos, en un tiempo imposible de medir por la rapidez con que el hecho se produjo. De pronto, mientras los periodistas tomaban obediente nota de las explicaciones que les daba DuQuesne acerca de las ondas electrónicas que recorrían el universo y de los cambios de identidad, vino a agregarse algo nuevo ante sus ojos. Junto a ellos, en el interior de la máquina, se materializó ante sus ojos una bola suspendida en el aire. Dio dos vueltas, desapareció por unos segundos y apareció de nuevo, precipitándose hacia abajo e interrumpiendo el funcionamiento de las máquinas.

Durante toda una semana, los periódicos no se ocuparon de otra cosa que de los intentos realizados para sacar la esfera de la máquina, romperla o, al menos, distraerla el tiempo suficiente para poner las máquinas en marcha. No obstante, al terminar la semana, quedó bien manifiesto que algo más de la mera ciencia terrestre estaba implicado en el asunto. El pobre DuQuesne casi se volvió loco a causa de la frustración y la absurda publicidad combinadas.

Por aquel entonces, Vic sentía un gran interés por los marcianos, por lo cual se las arregló para hallarse presente entre la multitud cuando la esfera volvió a animarse, se alzó, activó la máquina y se desvaneció de manera definitiva. Vic miraba el sitio dejado libre por la bola, cuando apareció en él el Enviado. Sin embargo, poco tiempo

tuvo de notar que parecía un ser humano normal, ya que la policía se apresuró a despejar el lugar.

Durante las semanas siguientes, se publicaron una serie de insinuaciones recortadas que dieron pie para que los aficionados a la ciencia ficción se tornasen delirantes, aunque el resto del mundo pareció considerar al asunto de modo semejante a la alarma que en su día provocaran los platillos volantes. El Enviado se había entrevistado con el presidente y los ministros. El Enviado se había presentado en las Naciones Unidas. ¡El Enviado había admitido que era un robot! La India se retiraba de la conferencia. La India volvía a participar en la conferencia. El Congreso denunciaba la existencia de tratados secretos. General Autos había celebrado una reunión secreta con United Analine. El Enviado dirigiría la palabra al mundo entero en inglés, francés, alemán, español, ruso y chino...

Más tarde, se publicaron cientos de libros sobre ese período, y la mayoría de los escolares conocían de memoria el discurso del Enviado. El Concejo Galáctico había detectado la radiación transmisora de materia. De acuerdo con la legislación galáctica, al descubrir su principio básico, la Tierra se había ganado un escaño provisional en el Concejo, que enviaría varios ingenieros betzianos para instalar las comunicaciones entre la Tierra y seis planetas dispersos por toda la galaxia, elegidos por ser, a *grosso modo*, culturalmente comparables con ella. Los transmisores utilizados a tal fin serían propiedad del Concejo Galáctico, sin fines de lucro, y estarían manipulados por terrícolas, que se entrenarían previamente en una escuela, bajo la dirección de DuQuesne.

Nada se exigía a cambio de todo ello... Y no se avanzó más en el terreno del conocimiento. Nos habíamos ganado nuestro puesto en el Concejo, aunque no fuésemos más que unos primitivos, con arreglo a las pautas de casi todos los mundos... En fin, el resto del camino tendríamos que recorrerlo solos.

Cosa sorprendente, la primera reacción fue de loco entusiasmo. Sólo más tarde comenzaron los problemas. Vic consiguió a duras penas ingresar en la primera escuela de ingeniería, a la que se presentaron cien mil postulantes.

Ahora, doce años después de graduarse...

La voz de Pat interrumpió sus pensamientos.

—Todo está bien aquí, Vic. Deja de fruncir el ceño y bajemos a controlarlo.

Reunió sus herramientas, rodeó en sus piernas una columna lisa y se deslizó por ella. Vic apagó el ventilador y la siguió. Abajo, les aguardaba todo el personal. Pat arqueó una ceja y se dirigió al cadavérico y grisáceo operador.

—Perfecto, Amos. ¿Todo bien en Plathgol?

Amos irguió su metro ochenta y cinco de estatura, e indicó la luz amarilla que indicaba normalidad. Entre las barras gemelas del transmisor sintonizado con Plathgol, se veía un gran cilindro de plástico, de unos tres metros y medio de

diámetro, en cuyo interior había un conejo. La transmisión de materia solía efectuarse siempre en ambas direcciones, lo que requería que se intercambiaran volúmenes iguales. Y entre dos mundos, cuyas presiones y atmósferas diferían por fuerza, todos los envíos se realizaban en las grandes cápsulas. Por supuesto, la manipulación podía tener lugar en una sola dirección —los mundos desarrollados lo hacían sin riesgo—, pero se corría el peligro de que se materializara algo inesperado para ocupar el vacío..., incluso moléculas de aire. Cuando el espacio se rompía bajo la tensión, los resultados eran catastróficos.

Amos silbó en el teléfono de onda transportadora intermundos, utilizando el código universal, ya que existían razas incapaces de vocalizar. Al oír el silbido de respuesta presionó una palanca. La cápsula con el conejo desapareció y, en su lugar, se mostraba un nuevo recipiente, de un rosa pálido. Dentro de él, había algo parecido a un gigantesco gusano. Amos rió satisfecho.

—*Tsiuna*. Un plato excelente. Tengo amigos en Plathgol a los que les gusta el conejo. ¿Te apetece un poco, Pat?

Vic sintió que se le revolvía el estómago al ver las oleadas de colores que recorrían el *tsiuna*. El rociador de antiséptico caliente funcionó dentro de la cápsula, y los ultrasonidos y rayos ultravioleta completaron la esterilización. Amos aguardó un momento antes de retirar el animal. Pat lo sopesó.

—Es grande. Llévalo a mi cabina y lo freiré par a ti y para Vic. ¿Cómo anda el contador Dirac, Vic?

—En el límite.

El siete por cien de pérdida de energía había sido localizado, después de una semana de arduo trabajo.

—Tenías razón... El reflector estaba fuera de ángulo. Debería haber buscado ahí primero, pero nunca había ocurrido antes. ¿Cómo te diste cuenta?

Ella señaló al teléfono intermundos.

—Comencé estudiando antropología, Vic, porque me interesaban las otras razas. Y luego descubrí que no podía entablar conversación con los ingenieros del telepuerto sin saber una palabra de ingeniería. Al acabar la carrera, me encontré, sin pretenderlo, haciendo este trabajo. Pero todavía charlo muy a menudo con ellos. Comentamos todos los temas no prohibidos por las normas galácticas. Viendo que lo demás no daba resultado, me quejé a un operador de Etchinbal, diciéndole que los muchachos del Betz II nos habían hecho mal la instalación. Me escuchó con simpatía, sin indignarse, por lo cual supuse que este tipo de cosas sucedían a veces. Simple, ¿no es cierto?

Vic asintió con un gruñido y esperó a que ella diera las órdenes para iniciar el trabajo. Los coches de carga empezaron a zumbiar. Pat se rezagó un poco cuando ambos se dirigieron a la oficina.

—Piensas irte esta noche, ¿no, Vic? —le preguntó—. Voy a echarte de menos... Eres el único técnico en reparaciones que conozco que no se dedica sólo a ligar.

—Los ligues con chicas de tu clase no duran sólo una noche, Pat. Por desgracia mi profesión me obliga a llevar una vida incompatible con el matrimonio.

Se detuvo a contemplar el edificio, admirándolo por última vez. Construido de acuerdo con el diseño Betz II estándar, había sido concebido para operar con las cosechas de las granjas y, por tanto, de mayor tamaño que los primeros modelos de la Tierra. Los ingenieros del Betz II sabían lo que se hacían, aun cuando pareciesen enormes babosas ciegas y con tentáculos. Los transmisores ocupaban el círculo central, rodeados por una pared protectora, un vestíbulo circular, otra pared blindada, un nuevo vestíbulo y, por último, el gran revestimiento blindado exterior. Las dos entradas al edificio, opuestas entre sí, atravesaban en espiral las paredes de protección, girando treinta grados en el sentido de las agujas del reloj desde el umbral hasta la siguiente pared protectora. El blindaje lo proporcionaba la materia inerte. Nada había capaz de dañarla, a no ser la explosión de una bomba de hidrógeno arrojada directamente... Ni siquiera empezaban a fundirse a menos de diez millones de grados Kelvin. Nadie sabía cómo se las habían arreglado los betzianos para edificar las paredes.

Más allá del edificio transmisor, las acostumbradas oficinas y los transmisores locales no se habían construido todavía. Puesto que concernían estrictamente a la Tierra, tendrían que aguardar a una estación más favorable. El edificio más cercano, una tienda abandonada, a unos cuatrocientos metros de distancia, servía de oficina transitoria. Pat abrió la puerta de un empujón y se detuvo en seco.

—¡Ptheela!

Una nativa de Plathgol estaba sentada en una silla, con un lío de pertenencias personales a su lado. Sus tres brazos trazaban ligeras marcas sobre algo que parecía un bizcocho desechado. Los habitantes de Plathgol habían sido antes plantas carnívoras. Su olor seguía siendo demasiado fuerte para el olfato de los terrícolas. Su piel, que se renovaba sin cesar, parecía corteza afelpada, y su cabeza se asemejaba vagamente a una flor.

Ptheela la saludó haciendo ondular uno de sus tres brazos como una serpiente.

—En el hotel se dieron cuenta de pronto de que tenían que decorar mi habitación —silbó en el código galáctico. Había muchas razas incapaces de vocalizar, pero el código podía ser utilizado tanto por los medios naturales como mediante sencillos dispositivos artificiales—. No les quedan más habitaciones... y todos los demás hoteles aseguran estar completos. Supongo que se debe a que los plathgolianos apestanos. Así que regresaré a casa tan pronto como funcione el transmisor.

—¿Sin haber terminado tus estudios sobre comercio exterior? Vamos, Ptheela, no seas tonta. Hay una habitación para ti en mi apartamento. Y hablando de estudios,

¿cómo te van?

En lugar de responderle, la mujer planta le tendió un periódico doblado en una esquina para señalar un artículo.

—¿De qué comercio exterior me hablas? Vuestra Cámara de Diputados acaba de aprobar una tarifa que afecta a todo el tráfico a través de Teleport.

Pat pasó revista a las noticias, frunciendo el ceño.

¡Maldita sea! ¡Una tarifa! No pueden establecer un impuesto sobre tráfico interestelar... El Concejo Galáctico no lo aprobará, todavía continuamos a prueba. Y el Senado nunca dará el visto bueno.

Ptheela emitió un silbido de duda.

—Tienes razón, lo dará —asintió Vic—. Me temía que ocurriese esto. Hay mucha gente harta de Teleport... Sin embargo dependemos de Teleport. Derribamos las viejas fábricas, y las nuevas no sirven para nada sin las mercancías interestelares. No nos arreglaremos sin los catalizadores de Ecthinbal, ni sin los preventivos del cáncer de Plathgol. ¿Y quién comprará todo nuestro azúcar? Producimos cincuenta veces más de lo que necesitamos, sólo porque la mayoría de los planetas carecen de plantas que separen los compuestos dextrógiros de los levógiros ¡Será un verdadero infierno!

Ptheela onduló de nuevo los brazos.

—Quisisteis ir demasiado de prisa. Vuestra cultura carece de equilibrio. Mucha física y nada de sociología... Todos coméis bien, pero pocos pensáis debidamente.

Mucha emoción y poco discernimiento, agregó Vic para sus adentros. Lo mismo sucedió con la revolución industrial. Con su llegada, desaparecieron muchos antiguos oficios y hubo gente que pagó las consecuencias. Ciertamente se crearon otros puestos de trabajo, pero ya no eran familiares. Ahora Plathgol estaba deseando entregar a la Tierra un automóvil perfecto, semifabricado y de una técnica avanzada, aunque sin infringir la legislación sobre patentes vigente en la Tierra, a cambio de una tonelada de azúcar. La industria automotriz terrícola ya no existía. Y los automovilistas se sentían furiosos porque no se permitía a Plathgol enviar los modelos perfeccionados de alta potencia que utilizaba su propia población.

La banca había quebrado, cerró la industria, y los hombres se quedaron sin trabajo. El gobierno se encargó de amortiguar el impacto, y Teleport había sido aceptada mientras proporcionó nuevas maravillas. El nivel de vida subió a un grado jamás alcanzado antes, pero no para los grupos que en otro tiempo disfrutaron de los monopolios. Demasiada gente recordaba la violencia y los cambios que les habían hecho padecer.

Tampoco resultó fácil aceptar que existían razas superiores a la humana. ¿Para qué molestarse en realizar nuevos descubrimientos cuando ya otros conocían las respuestas? El sentimiento de inferioridad dio paso al resentimiento, y la incompreensión entre las razas suscitó el desprecio de los terrícolas. Ptheela había sido

desposeída de su habitación en el hotel... Y el año anterior, un grupo intentó envenenar a los «repulsivos» ingenieros de Betz II.

En un año sin elecciones, los políticos serían capaces de alcanzar el más bajo nivel.

—Tal vez encontremos trabajo en Plathgol —sugirió él amargamente.

Ptheela silbó dubitativa.

Tal vez Pat lo consiguiese, si contase con tres maridos... Los ingenieros deben ajustarse a los requisitos mínimos. Tú podrías ser uno de ellos.

Vic olvidaba siempre que Plathgol era aún lo bastante atrasado para conservar los tabúes y sus extrañas costumbres, aunque, desde el punto de vista galáctico, se le consideraba más avanzado que la Tierra, ya que tenía un millón de años de historia a sus espaldas, que le permitieron desarrollar paz y concordia.

El televisor que les conectaba con el edificio transmisor comenzó a zumbar y apareció en él la austera cara de Amos.

—Se nos solicita con prioridad una estrafalaria entrega, Pat. Cierta profesor Douglas quiere intercambiar una cápsula de vacío lunar por una cápsula de vacío del espacio profundo de Ecthinbal. No vale la pena preocuparse por el peso del vacío. Es de sentido común.

—Servicio público, sin cargo —sugirió Vic.

Pat asintió. Douglas gozaba de gran reputación en Caltech, y una declaración positiva de su parte tal vez les fuese algún día de gran utilidad.

—Deja encendido el televisor, Amos, quiero ver eso —continuó Vic—. Douglas piensa que el espacio fluctúa en cierto modo y que puede determinar la posición de Ecthinbal a partir de una muestra. Así deducirá la velocidad de la fuerza de intercambio, si es instantánea o no. Acude a nosotros porque contamos con los transmisores de mayor tamaño de la Tierra.

Vic observó cómo las máquinas de carga colocaban una cápsula grande en su sitio. La luz cambió del amarillo al rojo, y una cápsula de color verde claro reemplazó a la primera. Amos dispuso la desinfección. Un chorro caliente bañó la cápsula, seguido por los ultrasonidos.

De pronto, algo crujió, y Amos salió disparado contra la pantalla.

La gran cápsula estalló, despidiendo fragmentos de vidrio en mil direcciones. ¡Vidrio a presión! ¿Cómo no tomaron la precaución de añadir una etiqueta advirtiendo que necesitaba esterilización en frío y no ultrasonidos? Vic corrió hacia el edificio transmisor.

El grito de Pat le obligó a volverse. Repentinos chillidos se dejaban oír a través del televisor. Los hombres que se hallaban en el edificio se aferraban con frenesí a cualquier cosa susceptible de retenerlos, pero algunos de ellos, además de los paquetes listos para su carga, eran succionados por el transmisor. Vic vio que un

hombre chocaba contra el borde del campo y desaparecía en pedazos, interrumpiendo sus gritos, apenas exhalados. Era inevitable la muerte de cualquiera que quedase atrapado en el borde del campo.

Un gran fragmento de vidrio había ido a parar a los cables de control, forzando la unión y acortando la distancia entre las dos barras metálicas, que sujetaba con su peso. Permanecía firmemente calzado, con lo que el transmisor entró en funcionamiento continuo. Y el aire, a una presión de 2.600 gramos por centímetro cuadrado, estaba siendo enviado a Ecthinbal, donde la presión alcanzaba apenas los once gramos por centímetro cuadrado... Con esa diferencia, la presión sobre un sólo metro cuadrado de superficie podría llegar a las diez toneladas. Los pobres diablos del edificio no temían ninguna posibilidad de sobrevivir.

Apagó el televisor cuando Pat se volvió, acometida por las náuseas.

—¿Cuándo se cargó el acumulador? —preguntó a la muchacha.

—No había acumulador en esa instalación —respondió ella con voz débil. Toda la planta se sirve de un atomotor pulsado electrónicamente... Lleva veinte años funcionando a la perfección.

Vic soltó un juramento y se dirigió a la puerta, con Pat y Ptheela pisándole los talones. La abertura del transmisor cubría más de sesenta metros cuadrados, lo que significaba una pérdida de ciento cincuenta a quince mil metros cúbicos de aire por segundo. Tal vez más.

Ptheela asintió mientras se colocaba a su lado.

—Creo que la cuestión de la tarifa ha perdido toda su importancia —silbó.

2

Vic había actuado por puro instinto al dirigirse al edificio. Le temblaban las piernas, aunque el viento que soplaba a su espalda facilitaba su marcha.

Se le ocurrió una súbita idea y clavó los tacones en el suelo, intentando detenerse. Pat tropezó con él. Los brazos de Ptheela se tendieron, evitando la caída del muchacho. Cuando éste se dio vuelta para mirarlas, el viento le azotó la cara, arrojando contra ella el polvo y arena del seco terreno. Sería fácil alcanzar el edificio transmisor... En cambio, no podrían regresar, dada la fuerza del viento que se estaba levantando, menos violento a causa de la distancia, pero todavía capaz de asestar un buen golpe. Las nubes de polvo y escombros que arrastraba comenzaban a adquirir forma. La disposición de las paredes protectoras y de las entradas constituían un perfecto dispositivo de succión, que hacía circular el aire en el sentido opuesto al de las agujas del reloj, transformándolo en un tornado y haciéndolo penetrar de nuevo al interior. Los hombres y mujeres próximos al edificio luchaban aterrorizados, tratando de escapar al centro de la furia. Vic vio a una mujer atrapada y engullida por una de las entradas. El viento ahogó sus gritos.

Hizo señas a Pat y Ptheela, y los tres se apresuraron a retroceder. Matarse no resolvería la situación. Descubrió uno de los pequeños auto-orugas, las hizo montar en él, subió a su vez y puso marcha atrás hasta salir de la zona de violencia. Luego, se enfrentó a Ptheela.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¡Al diablo las reglas galácticas! Estamos en un apuro y necesito su ayuda.

La velluda plathgoliana esbozó un gesto de desasosiego con sus tres brazos, y una hendedura se abrió en su pecho.

—No existe ningún precedente.

Había hablado en inglés. La mirada de sorpresa de Pat reflejó la de su compañero. Se suponía que los planthgolianos no sabían hablar.

—Estáis en lo cierto. Nuestro Concejo me expulsara de Plathgol por romper las medidas de seguridad si se entera de que he hablado. Sin embargo, de esta forma nos comunicaremos mejor. Preguntadme. Tal vez sepa más que vosotros; tenemos el Teleport hace mucho más tiempo, pero no olvidéis que vuestra extraña raza posee un coeficiente más alto de ingeniosidad.

—Gracias.

Vic no ignoraba lo que significaría para ella perder a sus cinco maridos. No sólo su elevada posición, sino la oportunidad de una descendencia más fuerte y capaz. Bueno, ya se preocuparía por eso más tarde, cuando acabase de preocuparse por su propio mundo.

—¿Qué va a suceder ahora? —preguntó.

Para responderle, ella recurrió de nuevo al código galáctico, menos preciso, pero más rápido. Como Vic sabía muy bien, el encendido accidental del transmisor había puesto en marcha de manera automática el transmisor de Ecthinbal, sólo para recibir, no para transmitir. El aire circulaba entre la Tierra y Ecthinbal en un solo sentido. El circuito receptor que enlazaba con el emisor de Ecthinbal no había sido cortado. La transmisión continua, al menos que ella supiese, no había sido utilizada nunca, por lo que era imposible decir lo que ocurriría. Una vez puesto en funcionamiento, ninguna fuerza exterior detendría el transmisor. Los controles de envío y de parada eran sincrónicos, ambos derivados de un solo cristal, y sólo una forma exacta de onda compleja los detendría. Ahora funcionaba como un espacio deformado, y los plathgolianos pensaban que el fenómeno se extendería, dado que los bordes externos transmitían antes de que la materia alcanzase el centro, originando así una resonancia desequilibrada, que ensancharía el campo más y más. Incluso tal vez se extendiese más allá del edificio. Y por supuesto, dado que el metal utilizado por los ingenieros del Betz II no podía ser atacado ni cortado, no había forma de abrir un túnel hacia el interior.

—¿Y que sucederá en Ecthinbal? —se interesó.

Ptheela abrió los brazos.

—Lo mismo, sólo que a la inversa. El aire llega hasta allí, acumula presión suficiente para romper la cápsula y sale... Por fortuna, la corriente se mantiene nivelada. Así que no hay peligro de que coincidan dos unidades de materia en una unidad de espacio.

—Entonces supongo que nuestra única oportunidad consiste en llamar al Enviado galáctico —decidió Vic—. Hasta ahora, se ha limitado a quedarse sentado en su oficina presumiendo...

—No acudirá en vuestra ayuda. Su función se reduce a observar. La legislación galáctica dice que o resuelves tu propio problema o mueres.

—Muy bien. —Vic contempló la nube de polvo atraída en un remolino hacia el edificio transmisor—. Todo lo que necesito para resolverlo es algo que pese unas doscientas toneladas por metro cúbico..., con una buena grúa incorporada.

Pat levantó la cabeza de pronto.

—Imposible. En cambio, ¿qué me dices de uno de esos pequeños tanques del ejército que funcionan con energía atómica..., de los aerodinámicos? Quizá Flavin te consiga alguno.

Vic pisó con fuerza el pedal del acelerador, haciendo que el tractor se tambaleara en dirección a la oficina. El viento soplaba cada vez más fuerte, pero todavía resultaba soportable. Una vez en la casa, encendió el televisor. Notó que el polvo desaparecía fuera del campo normal del transmisor. Sin duda ya había empezado a extenderse.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Ptheela—. Si se extiende, ¿no se producirán alteraciones en el transmisor y la estación, hasta al punto de detenerlo?

—No, a causa de la construcción de Betz II. Todo lo que construyen impide ese efecto. No sabemos cómo funciona, pero el campo no influirá en nada hecho por los betzianos.

—¿Y que sucederá con el trozo de vidrio que originó el problema?

Por un momento, Ptheela dio la impresión de que deseaba mostrarse esperanzada. Luego, la cabeza en forma de flor pareció marchitarse.

—Está dentro de la envoltura..., a cubierto del campo.

Entre tanto, Pat trabajaba en el cable privado con Chicago, que sólo se empleaba en los casos de urgencia. Con toda claridad, tropezaba con problemas para ponerse en comunicación con Flavin, un personaje importante dentro de Teleport Interstellar y uno de los pocos designados por la vía política. Nominalmente, actuaba como intermediario entre el gobierno y el grupo Teleport. En realidad, no era más que un hombre de paja en las convenciones burocráticas. Por fin, Pat consiguió que apareciese en la pantalla.

Como de costumbre, aparecía bastante jovial, y las manchas rojas que ostentaba

en las mejillas daban cuenta de una comida regada con exceso. Tenía además ante sí una botella, sobre la mesa escritorio. No obstante, su voz sonó bastante clara.

—Hola, Pat. ¿Qué ocurre?

Pat hizo caso omiso de la seña que Vic le dirigió frunciendo el ceño y comenzó a exponer la situación. El pánico que se transparentaba en su tono convertía en innecesarias las explicaciones, pensó Vic. Al principio, Flavin soltó algunas bravatas. Luego, interrumpió la comunicación durante largos minutos. Por último, reapareció su cara en la pantalla.

—Se le conceden plenos poderes, Peters, por supuesto. Y le conseguiré algunos tanques como sea. Tendré que maniobrar indirectamente. —Se encogió de hombros y prosiguió compungido—: Siempre supe que esta sinecura terminaría. Cuento con alguna información que me inclina a pensar que se ha producido ahí un desastre nacional.

Echaba mano a la botella cuando sus ojos tropezaron con la mirada acusadora de Vic. Denegó entonces con la cabeza, sonrió abatido y guardó la botella intacta en un cajón.

—No me tome por tan tonto, Peters. Soy capaz de algo más que beber y correr tras las mujeres. Tal vez no le preste una gran ayuda, pero sepa que la única razón por la que bebo es el aburrimiento, y ahora no me siento aburrido. Llegaré ahí muy pronto.

Al parecer, Flavin era realmente eficaz en su propio terreno. Los tanques llegaron al telepuerto interurbano antes de que él apareciera. Se trataba de vehículos pesados, achaparrados, superacorazados a fin de que resistiesen a una explosión atómica no muy cercana, lo bastante pequeños, sin embargo, para atravesar las entradas del edificio transmisor. Flavin se acercó a Vic y Pat, que los examinaban. Su traje había sido diseñado para ocultar la línea de su cintura, pero la grasa de sus carrillos tembló al apresurarse y el sudor le chorreaba por debajo del peluquín, inundando su frente.

—Dos, ¿se dan cuenta? —dijo—. Imaginen lo que hubiese conseguido de aullar pidiendo una docena. ¿Cree que podrá entrar ahí? ¿Qué hará si lo logra?

Vic se encogió de hombros. Se había estado preguntando lo mismo. Si pudiesen golpear aquel enorme trozo de vidrio y romperlo, aun sin retirarlo del alambre en que estaba enganchado, dentro de su capa protectora, liberarían los alambres en los que se había originado el cortocircuito. Tal vez eso provocara una interrupción automática.

—Por esa razón iré con el conductor. Ya improvisaré algo una vez allí.

—De acuerdo —se apresuró a asentir Pat. Se ajustó el mono y se dirigió al segundo tanque—. Y por esa misma razón iré yo en el otro.

—¡Pat!

Vic se acercó a ella. No obstante, las circunstancias no permitían jugar al caballero andante. El hombre o la mujer capaces de resolver el problema debían

hacerlo. La ayudó a introducirse en el pequeño y compacto tanque.

—Suerte —le deseó—. La necesitaremos.

Montó en su propio vehículo y se instaló con gran dificultad en el diminuto asiento reservado al observador, detrás del conductor. Éste miró hacia atrás y giró la llave de encendido. El motor zumbó quedamente a sus pies, haciendo que vibrara el metal que les rodeaba. Iniciaron la marcha en primera. Al conductor no le gustó lo que vio en la telepantalla y a Vic le gustó todavía menos lo que veía en directo por la mirilla de la ametralladora. El segundo tanque se puso en movimiento y avanzó casi paralelo al primero.

El principio no fue demasiado malo. Se encaminaron hacia la entrada norte con extrema cautela. El tanque parecía un seguro refugio. Junto a ellos, un árbol fue arrancado de cuajo y arrastrado hacia el transmisor. Rozó al pasar el frente del tanque, pero la máquina continuó su camino sin que los dos hombres que se hallaban dentro sintiesen casi el impacto.

La marcha se hizo luego más pesada. El conductor maldijo los controles que le costaba trabajo manejar. Por un segundo, el vehículo se abandonó a la corriente, y el conductor corrigió la dirección para rectificarla un instante después. El tanque se inclinó peligrosamente y cabeceó. La fuerza del viento, inversamente proporcional al cuadrado de la distancia al transmisor, se redobló al acercarse. Quince metros más adelante, las muñecas del conductor aparecían lívidas a causa de la presión que tenía que ejercer sobre el volante para controlar la inclinación provocada por el viento.

Vic tragó saliva, admirado ante los nervios del hombre, hasta que advirtió que le sangraba el labio de tanto morderlo. Su propio estómago subía y bajaba como un ascensor loco.

—¿Intentamos avanzar otros tres metros? —preguntó el conductor.

—¡Qué remedio!

—No le faltan agallas para ser un civil, compañero. Muy bien, allá vamos.

Adelantaban centímetros. Cada pequeña embestida amenazaba volcarlos a causa del impacto del viento que les llegaba por debajo. Se guiaban por el instinto, intentando alejar con sus plegarias la horrible posibilidad de que todas las precauciones resultasen inútiles. Vic se secó la frente, y se la volvió a secar antes de darse cuenta de que la palma de su mano estaba tan húmeda como ella.

Se preguntó por dónde andaría Pat y trató de localizarla. La otra máquina no se veía por parte alguna. Había retrocedido, gracias a Dios. No obstante, una pizca de amargura se mezclaba en su alivio. Había supuesto que se podía confiar plenamente en Pat. Miró hacia la pantalla, que le permitía una visión más amplia, y se sobresaltó.

El otro tanque, dado la vuelta como una tortuga, rodaba sobre sí mismo. ¡Y se dirigía irremisiblemente hacia la entrada! Por pura casualidad, consiguió situarse de nuevo sobre sus bandas de rodamiento. El conductor debía de estar consciente y sólo

su consumada pericia le permitió conservar su posición. Sin embargo, la fuerza de la inercia le obligó a continuar dando tumbos, cada vez más cerca de la entrada.

Vic gritó con toda su voz en el oído del conductor, señalando frenético hacia el otro vehículo.

—¡Empújele!

El conductor se puso tenso, pero asintió. El salvaje aullido del viento resonaba con tal potencia que ni siquiera se oía el ruido del motor. El tanque saltó hacia adelante, aplastando a Vic contra su reforzado y acolchado asiento. Los riesgos que corrían sin prestar atención a ellos terminarían sin duda por serles fatales, aunque el hecho de fijarse un objetivo preciso infundió confianza en el conductor. El hombre permitió que el viento le ayudase a ganar velocidad y maniobró de costado, en dirección al otro tanque. El suyo estuvo a punto de dar una vuelta de campana al sacudirse y encabritarse, pero las bandas de rodamiento se adhirieron con firmeza al suelo. Cortaron entonces a través del viento, en línea recta hacia el morro del tanque de sus compañeros.

El impacto del choque con el frente del segundo vehículo hizo que Vic, inclinado hacia delante, tenso como un resorte, se golpearase la cabeza contra la mirilla de la ametralladora. Casi no lo sintió, absorto como estaba en lo que ocurría en el exterior. Los dos tanques forcejearon. La entrada se abría a un paso de ambos.

—¡Embista el costado oeste! ¡Eso nos dará una oportunidad! —gritó Vic al oído del conductor.

El hombre asintió sin fuerzas y su pie se hundió más aún. Ambos tanques, apoyados uno en el otro, mostraban poca tendencia a volcarse, pero casi todo el tiempo parecían suspendidos en el aire.

Centímetro tras centímetro, lo fueron consiguiendo. El vehículo de Pat se encontraba ya lejos de la entrada, mientras que el conductor del otro sudaba todavía por alejarse de ella. Forzó el avance un par de centímetros hacia adelante, dio marcha atrás sin ninguna compasión para el cambio y repitió la operación, adelante y atrás. Eso no mejoró la situación en apariencia. Mas al fin, Vic vio que se apartaban de la entrada y quedaban fuera del chorro de succión.

Otra pantalla se encendió junto al conductor, y la cara de Pat apareció en ella, junto con la de su acompañante. El rugido del viento volvía imposible la audición a través de los altavoces. El hombre les interrogó mediante un gesto. Vic negó con la cabeza. Trazó con la mano una espiral en sentido contrario al de las agujas del reloj y hacia afuera, para indicar que tratarían de oponerse conjuntamente al viento, apoyándose uno contra el otro.

Consiguieron cruzar ante la entrada sur, aunque hubo momentos en los que creyeron verse arrastrados al interior, y avanzar dos metros hacia fuera ajustándose a la espiral. En la siguiente, doblaron esa distancia y el desplazamiento comenzó a ser

más suave. Por último, los maltrechos tanques regresaron pesadamente al punto de partida... Incluso un poco más allá, pues el viento había obligado a todo el mundo a retroceder.

Vic se deslizó del asiento, sorprendiéndose al descubrir la rigidez y debilidad de sus piernas. El suelo onduló bajo sus pies. Se consoló un tanto al ver que el conductor no se sentía mucho mejor que él. El hombre se apoyó en el tanque, dejando que el viento secase el sudor de su uniforme.

—¡Caray, hermano...! Nos hemos salvado de milagro. Es usted fantástico, señor, pero no volvería allí ni con el arcángel Gabriel.

Vic miró hacia el vórtice formado por el viento. Nadie más iría allí. Aproximarse a dos metros de la entrada significaba un suicidio, incluso con el tanque... Y el peligro no haría más que aumentar. Vio que Pat abría la escotilla y corrió para ayudarla a salir. Estaba magullada y más temblorosa que él, pero el acolchado del asiento había evitado que se rompiera ningún hueso. La alzó en sus brazos y se sorprendió ante su ligereza. Pasó por su mente la visión del tanque que ella había ocupado dando vueltas, y sus brazos la estrecharon con fuerza. Tuvo la impresión de que descansaba en ellos. Se cruzaron sus miradas. Pat levantó la cara, y él oprimió sus labios, en un breve y firme contacto.

—Pasé mucho miedo por ti, Pat.

—Yo también.

Algo de color le volvió al rostro. Con un gesto le indicó que la posase en el suelo.

—Supongo que te das cuenta de cuánto te agradezco lo que hiciste por mí.

Flavin cortó con su llegada cualquier respuesta de Vic. Venía enjugándose el rostro con un pañuelo. Los miró, tragó saliva y meneó la cabeza.

—Los gemelos Lázaros, los resucitados —rezongó—. Vayan al coche... Hay un trago para ustedes en la bolsa de la portezuela derecha.

Vic enarcó una ceja en signo de interrogación, y Pat asintió. Tomarían con gusto aquel trago. Encontraron el coche con el chófer, esperándoles más atrás. Vic sirvió para ambos una pequeña medida, tras lo cual devolvió la botella a su sitio. No obstante, les tranquilizó mucho más fumar que la bebida.

Flavin hablaba ahora con los conductores de los tanques. Un pequeño rollo cambió de manos, alegrando los rostros de los hombres. Para ser un oportunista político, había resultado más hombre de lo que Vic suponía. Flavin regresó junto a ellos y se metió en el coche.

—Trasladé la oficina a Bennington... El encargado del telepuerto interurbano nos ofreció sitio allí.

Los telepuertos locales no dependían de Teleport Interstellar, si bien, por regla general, se trataban con mutua cortesía y amabilidad.

—Si conozco al gobernador, su próximo paso consistirá en evacuar la ciudad.

Acabo de recibir la orden de desistir de toda tentativa... Llegó mientras ustedes intentaban suicidarse. Hay que suspender la transmisión deinmediato.

Gruñó al ver la mueca de Vice indicó al chófer que emprendiese la marcha. Alguien les llamó. Vic pidió al chófer que se detuviese al ver que se trataba de Ptheela, quien se abría camino dificultosamente contra el viento, sin dejar de llamarles. La piel de la mujer planta se descortezaba más que nunca.

Flavin vio hacia dónde se dirigía la mirada de Vic.

—¿Pretende que viajemos con *eso*? Con lo mal que huelen los plathgolianos... ¡Malditas plantas! No se puede confiar en ellas. Seguró que han intervenido en todo este asunto. He oído decir que...

—Plathgol posee una civilización más desarrollada que la nuestra —opuso Pat en tono categórico.

—Sí. Una cultura de un millón de años que nosotros conseguimos en mil. Y el Concejo Galáctico se empeña en que debemos rendir pleitesía a una raza superior. ¡Plantas superiores! ¡Narices!

Vic abrió la portezuela y buscó la mano de Pat. Flavin frunció el ceño, se agitó y, por fin, ordenó al chófer que retrocediese.

—Muy bien, muy bien. Ya les dije que todo el asunto quedaba en sus manos. Si les apetece dar vueltas por ahí olisqueando plathgolianos..., allá ustedes. Pero no me culpen si la gente les apedrea.

Tuvo el decoro de ruborizarse ligeramente al entrar Ptheela y se apresuró a cambiar de tema.

—¿Y si lanzásemos una plancha de metal contra las entradas para obturarlas?

—Demasiado tarde —respondió Ptheela en inglés, deslizándose junto a Pat y sobresaltando a Flavin—. Revisé esos dos tanques y encontré que el campo casi los ha apresado. Eso quiere decir que se ha extendido ya fuera del edificio, aunque se dilatará con mayor lentitud al no haber metal donde resonar. De cualquier modo, ¿cómo conseguirían transportar las planchas hasta allí?

—¿Cuánto tiempo durará el aire? —preguntó Pat.

Vic se encogió de hombros.

—Tal vez sólo un mes, si él fenómeno se intensifica. Por suerte, gracias al diseño betziano, no se extiende mucho hacia abajo, así que no pasará de la atmósfera. Flavin, ¿qué me dice de traer a los expertos? Necesito ayuda.

—Ya he enviado a buscarles —le informó Flavin.

Se dirigían ala zona principal de Bennington, situada a dieciséis kilómetros de la estación. El rostro de Flavin había tomado un color grisáceo y ya no prestaba atención al penetrante olor de Ptheela. Se apeó del coche al llegar a un edificio que en otro tiempo sirvió de depósito. Comenzaba a subir los escalones cuando escucho el excitado pregón de un repartidor de periódicos. Le arrojó una moneda, tomó un

ejemplar y desplegó la edición especial ante sus compañeros.

La noticia se había extendido con gran rapidez. Figuraba en primera página con los alarmantes comentarios de los científicos entrevistados en primer lugar y los tranquilizadores de los últimos. Ningún empleado de Teleport Interstellar se prestó a hacer declaraciones, pero un ingeniero del telepuerto local había relatado los hechos más sobresalientes junto con algunas predicciones en extremo acertadas de lo que vendría luego.

El titular que lo encabezaba decía:

¡PAN-ASIA RECLAMA EL BOMBARDEO DEL TRANSMISOR!

El ultimátum de Pan-Asia rebosaba de frases altisonantes y nobles justificaciones, pero el mensaje básico resultaba lo bastante claro. A no ser que se lograra interrumpir la pérdida de aire —un aire propiedad de todos— y detener toda transmisión futura, amén de cualquier trato con los «enemigos alienígenas», Pan-Asia se vería obligada a bombardear los transmisores, pese a la resistencia que se le opusiera.

—Quizá... —empezó a decir Flavin en tono de duda.

Vic le interrumpió. Su fe en el derecho de la humanidad a ocupar su accidental escaño en el Concejo Galáctico no se había incrementado mucho.

—Nada de juegos de azar. El campo constituye una tensión espacial permanente y sólo lo suprimirá la forma de onda apropiada. El cristal interruptor se encuentra dentro del transmisor. Si lo destruimos, nunca eliminaremos el campo. Seguirá creciendo hasta que toda la tierra desaparezca. Flavin, más vale que consiga que esos expertos se presenten pronto aquí...

3

A la mañana siguiente, Vic observaba, sentado en el coche, la nube negra que se arremolinaba alrededor de la estación, sobrepasando incluso la vieja oficina. Tenía los ojos rojos y la cara grisácea a causa de la fatiga. Su largo cuerpo yacía desplomado sobre el asiento. Pat, que aparentaba hallarse casi tan cansada, aunque había dormido un poco, recogió de sus manos la taza vacía y el termo del café. Luego, le pasó una mano por el pelo, alisándolo, tomó su cabeza, la apoyó sobre su hombro y le frotó con gran suavidad la nuca.

Ptheela aprobó satisfecha, provocando un bufido de Pat.

—¡Quítate de la cabeza la idea de un romance, Ptheela! Vic se va a desmayar de cansancio y, si no fuese tan condenadamente terco, se iría a dormir.

—¿Romance? —Ptheela le dio vueltas a la idea y repuso—: He leído algunos cuentos de amor. Brotes de primavera sin semilla. Una mujer debería orgullecerse de

conseguir maridos fuertes y tener descendencia de ellos.

Vic las dejó discutir. Las atenciones de Pat le calmaban, aunque sólo de manera superficial. Su mente continuaba buscando obstinada, alguna solución, sin encontrarla. Los hombres que se juzgaban a sí mismos expertos no sabían más que él. Había sonsacado a Ptheela todo cuanto pudo, sin que le proporcionase una respuesta. Plathgol estaba más avanzada que la Tierra, desde luego, pero mucho menos que los ingenieros del Betz II, a su vez meros instrumentos de las superdesarrolladas criaturas que dirigían el Concejo.

¿Cómo extrañarse de que la raza humana no lograra conciliar sus relaciones con los otros mundos? Durante siglos había sido el centro de su propio universo. Ahora, como los nativos de Tasmania, descubría que no era sino una isla poblada de salvajes en un universo cuya cultura sobrepasaba su entendimiento. Ni siquiera llegó a conquistar los planetas de su propio sistema. Lo único que supo fue perfeccionar los medios de aniquilarse a sí misma.

Reaccionó a su típico estilo. Necesitaba a alguien inferior, alguien que le permitiera no ocupar el último lugar. Sustituyó, pues, la perdida confianza en sí mismo por el odio. ¿Para qué estudiar la transmisión de materia cuando existían otras razas que conocían las respuestas, aunque demasiado egoístas para compartir su conocimiento?

Vic refunfuñó para sus adentros al recordar a los técnicos. Perdió horas con ellos, descubriendo al final que sólo servían para argumentar en torno al problema. Los nombres que creyó pilares de fortaleza resultaron meros asideros para un hombre tan confundido como él. Los escasos conocimientos que Ptheela le había brindado le bastaban para sobrepasar a los expertos... A decir verdad, tampoco sabía lo bastante para resolver el problema.

Se irguió en el asiento, con la pistola que Flavin había insistido en entregarle obstaculizando sus movimientos, y contempló el grupo de hombres que trabajaba tan cerca del edificio como la violencia del viento les permitía. No había conseguido convencerles de la inutilidad de practicar un túnel. Según ellos, bastaría un agujero de un milímetro de diámetro a través del basamento por donde introducir explosivos que desplazasen el fragmento de vidrio. Se negaron a aceptar que el revestimiento Betz II fuese capaz de resistir a los mejores taladros con cabeza de diamante, aun cuando trabajasen durante siglos sobre él. Se encogió de hombros. Al menos, hacer algo les levantaba la moral. Vic acabó por ceder y permitir que pusiesen en práctica sus ideas.

—Más vale que regresemos —decidió.

Había esperado que el aire de la mañana y la vista de la estación despejarían su cabeza. El peso de su responsabilidad lo echó todo a perder. Era ridículo, pero todavía quedaban algunas cosas a su cargo.

Flavin tendió la mano y conectó el pequeño televisor. Intentaba mostrar tolerancia

con respecto a Ptheela, aunque sin auténtica comprensión. Se sentía mucho mejor delante, sentado junto al chofer.

Pat contuvo el aliento. Vic miró entonces a la pantalla. Un noticiario mostraba a una multitud destrozando en Denver uno de los telepuertos interurbanos de la Tierra. Los hombres atacaban a ciegas lo que consideraban una amenaza. Alguien pidió desde su asiento en el Congreso que se pusiera término a las relaciones con los extraterrestres, y Vic recordó que el comercio interestelar de cristales levógiros había permitido a ese mismo hombre conseguir su escaño... y que se había salvado de morir de cáncer gracias a las drogas traídas por el transmisor. En aquellos tiempos, desbordaba de gratitud.

Se multiplicaban los disturbios en California, los estafalarios Caballeros de Terra reclutaban más gente que nunca, y la criminalidad iba en aumento. Había llovido en Nevada y se produjeron graves alteraciones climáticas en todo el país, originadas por la desastrosa y nunca vista depresión que se había abatido sobre Bennington. La gente se quejaba de falta de aire, asegurando incluso, por pura histeria, que lo sentían desaparecer. El Enviado galáctico seguía ausente.

Por último, el editorial del Times de Bennington señalaba a Vic como el encargado de cambiar los circuitos y culpaba a los alienígenas de reservarse vilmente sus conocimientos. El editorial incluía la proporción de verdad necesaria para tornarlo peligroso. Bennington se hallaba lo bastante cerca de la estación transmisora para explicar la alusión a la ley de Lynch implícita en el artículo.

—Voy a poner fin a eso —dijo enojado Flavin—. Tengo suficiente influencia para obtener de ellos una retractación total. Sin embargo, me temo que no servirá de nada.

Vic palpó la pistola automática. Ya no le molestaba tanto.

—Al parecer, no hay ninguna noticia respecto al ultimátum de Pan-Asia.

—Según me dijeron, la cuestión se pasa en silencio por expresa orden presidencial. Pan-Asia ha aceptado esperar tres días..., ni uno más. No estoy seguro de la información, pero creo que bombardearemos nosotros mismos la instalación si para entonces no se ha resuelto el problema.

Vic marchó a las oficinas de la estación local, seguido por los demás. En la sala de espera, un hombre de Sardax, con un vago parecido a un gato, esperaba su turno, apretando con fuerza algunos adornos rotos y un manajo de tarjetas galácticas de crédito. Uno de sus cuatro brazos estaba evidentemente roto, y su sangre amarilla fluía de una veintena de heridas. No obstante, se encogió de hombros ante las preguntas de Vic y respondió imperturbable en código galáctico:

—No hay problema. En pocos minutos me embarcaré hacia Chicago y, de allí, a casa. Mis atacantes olían a odio, pero logré escapar. No perdáis el tiempo conmigo, por favor.

Su silbido se interrumpió al sonar una señal en la oficina de embarque. Se

apresuró en su dirección, con una frase final:

—Según me han dicho, mis atacantes vivirán.

Vic sonrió con ironía, recordando las garras que remataban las manos del hombre. Los sardaxianos constituían una raza pacífica pero lo bastante pragmática para no ver ninguna ventaja en dejarse asesinar. Esta vez la turba había atacado al alienígena equivocado. En cambio, otras razas...

Abrió de un empujón la puerta de su pequeña oficina, y los cuatro entraron en ella. No se dio cuenta de la presencia del visitante hasta que se encaminó a su escritorio.

El Enviado galáctico tal vez fuese un robot, según su propia confesión, pero nada había en él que lo confirmara. Vestía con descuido un costoso traje de tweed y se recostaba en una silla, con una ligera sonrisa en el rostro. Se levantó, tendiendo la mano a Vic.

—Me han dicho que dirige usted las operaciones, Peters. No había vuelto a verle desde que le recomendé para el primer año de la escuela, pero me he mantenido informado sobre su carrera. Pensé en venir hasta aquí para informarle de que el Concejo ha dado su aprobación oficial a sus plenos poderes en la sucursal Tierra de Teleport Interstellar, información que ya he brindado a las Naciones Unidas y al Presidente.

Vic meneó la cabeza. Muy bonito eso de arrojarlo todo sobre sus hombros.

—¿Por qué yo?

—¿Y por qué no? Conoce toda la teoría que posee la Tierra sobre el tema, posee más experiencia práctica, adquirida en un número mayor de estaciones que cualquier otro y ya debe de haber agotado el cerebro de Ptheela... Sí, ya nos hemos enterado. No hay nada malo en que decidiese ayudarle, dada la urgencia del caso. Usted es el hombre indicado.

—Preferiría que se encargase del asunto alguno de sus importantes y poderosos expertos galácticos.

El Enviado negó suavemente con la cabeza.

—No lo dudo. Ahora bien, hemos descubierto que, por regla general, la raza que provoca el problema es la mejor preparada para resolverlo. El mismo ingenio que maquinó este sabotaje, porque se trata de un sabotaje, le ayudará quizás a solucionarlo. Al Concejo no le preocupan demasiado las rapaces normas económicas y políticas de los terrícolas, y nunca ha dudado de que representan una de las razas más ingeniosas del universo. Como verá, no existe ninguna raza inferior.

—¿Sabotaje? —intervino Pat, intentando comprender la información—. ¿Quién sería tan estúpido?

El Enviado le dirigió una apagada sonrisa.

—Los Caballeros de Terra nadan en dinero y están reclutando gente como nunca.

Por supuesto, los responsables del sabotaje no sospechaban hasta qué punto ponían en peligro el planeta. He estudiado bien a fondo la cuestión.

No cabía la menor duda sobre las implicaciones. Hasta entonces, los Caballeros de Terra se habían reducido a una mera turba de chiflados, carentes de todo poder financiero. La mayoría de las industrias arruinadas por la competencia de los transmisores se contaban entre las más grandes, puesto que tendían en mayor grado a carecer de flexibilidad. Algunos de sus dirigentes aceptaron la nueva situación. Muchos otros, por el contrario, lucharon con dientes y uñas contra ella. Y continuaban haciéndolo. Demasiada gente perdió su puesto de trabajo, sus patentes u otras cosas igualmente valiosas a causa de los transmisores. Y aunque el nivel de vida se había incrementado y el índice de empleo se encontraba en ese momento en su pico más alto, muchos arrastraban aún el amargo resentimiento que suscitó en ellos el período de transición. Una propaganda bien encaminada atraería muchos simpatizantes a los grupos reaccionarios.

—La Tierra para los terrícolas y abajo los transmisores —sintetizó Vic.

El Enviado asintió.

—Son unos estúpidos, por cierto. Olvidan que los transmisores no pueden ser desmontados sin el concurso de los operarios del Concejo. Y cuando el Concejo retira su permiso, destruye todo el material y la mayor parte de los libros, privando así de conocimientos a las tres generaciones siguientes. La Tierra volverá a un estado de semisalvajismo y tendrá que recomenzar desde cero. Bien, ya nos veremos, Vic. Buena suerte.

Se alejó, sonriente aún. Flavin le había estado mirando con una aversión apenas disimulada, que estalló al irse el Enviado.

—¡Vaya cara que tienen estos tíos! ¡Pretender que no interfieren en nuestros asuntos!

—A nosotros nos ocurrió dos veces —observó Ptheela—. Luego, mejoramos. Las leyes del Concejo se basan en una experiencia de medio billón de años. Están llenas de sabiduría. Habrá que renunciar.

—¡No sin pelea! —exclamó Flavin.

—Sin pelea —rechazó Vic—. No tenemos ninguna posibilidad. Para ellos, somos como niños de pecho. Además, ¿qué importa eso? Ni todos los santos del cielo nos salvarán si perdemos nuestra atmósfera. Y nuestros pretendidos líderes ni siquiera se dan cuenta.

La idea de siempre... Ya se les ocurriría alguna solución. Ciertamente que no se podía operar el transmisor desde fuera y que no había manera de entrar a causa del viento. ¿Qué más daba? Ya aparecería algo.

Vic había oído rumores de que el ejército se haría cargo de la situación. Casi deseó que así fuera. Tal como estaban las cosas, él era el responsable absoluto... y

nada más. Flavin y el Concejo lo habían dejado todo en sus manos, pero el policía que hacía la ronda tenía más poder que él. Supondría un alivio ver a alguien gritando órdenes a su lado, por muy estúpidas que fueran, con tal de que le liberase un poco de la responsabilidad que le había caído encima. ¡Sabotaje! ¿Así que ni siquiera se trataba de un accidente? La necia raza a la que pertenecía intentó suicidarse, y ahora esperaba que él la salvase.

Movió la cabeza, vagamente consciente de que alguien llamaba a la puerta. Abrió.
—¡Amos!

La austera cara continuó imperturbable cuando la cadavérica figura entró arrastrando los pies. ¡Pero si Amos estaba muerto! Había quedado dentro del transmisor... Todos los presentes corrieron hacia él. Amos cortó sus exclamaciones.

—No tiene nada de extraño. Simple sentido común. Cuando la cápsula estalló, me tiré de cabeza al aparato, fijé la dirección y apreté el conmutador. Vi algo como de vidrio que se precipitaba sobre mí y me encontré en Plathgol. Entonces salí y me procuré una buena cantidad de *tsiuna*... No lo cocinan demasiado bien allí. Nunca lo habían comido hasta que les enseñamos nosotros. Luego les mostré mi pase, regresé por Chicago, tomé el transmisor local hasta aquí y me marché a casa. Temía que la vieja estuviese preocupada. No me enteré del alcance de todo este lío hasta que leí los periódicos. Pensé que debía presentarme. Y aquí me tienen.

—¿Cuánto alcanzaste a ver de la explosión? —preguntó Pat.

—No mucho. Sólo que explotaba... Vidrio sintético, no resistente a las altas temperaturas. Por el color, parecía proceder de la Tierra.

Aquello carecía de importancia. La ira de Vic se intensificó al comprobar que se trataba en efecto de un sabotaje, pero aquello no cambiaba las cosas. El Concejo no revocaría su decisión. Consideraba que una raza constituía una unidad, al margen del buen o mal comportamiento de unos cuantos individuos de la misma.

Otro golpe en la puerta interrumpió el círculo vicioso de la desesperanza.

—¡Como en los viejos tiempos, claro! ¡Adelante!

El hombre uniformado que penetró en el despacho obedeciendo a la invitación era un raro ejemplar. Grueso y sonrosado, aunque sin mostrar signo alguno de blandura, movió su corpachón como si creyese que las dos estrellas que lucía en los hombros le abrían paso y suscitaban el respeto de todos.

—¿Quién es Víctor Peters?

Vic se señaló con un dedo, y el general se le acercó. Sacó un sobre del bolsillo y lo dejó caer sobre la mesa, dejando así bien claro que actuar de mensajero se hallaba muy por debajo de su dignidad.

—Una comunicación oficial del Presidente de los Estados Unidos —anunció en tono mecánico. Y abandonó el despacho en dirección a los transmisores interurbanos.

Vic abrió la carta, un sobre corriente, sin lacre ni sello. Miró la firma, luego el

sencillo membrete y comprobó de nuevo la firma. Leyó en voz alta:

—Señor... ¡Maldita sea! Tengo el título de doctor, ¿no?... *Señor Víctor Peters, nominalmente a cargo de la sucursal Bennington de Teleport Interstellar...* Supongo que nadie le ha dicho que nominalmente estoy a cargo de todas las sucursales de la Tierra... Es igual, sigamos. *Por la presente se le ordena desalojar a todo el personal que se encuentre dentro de un radio de diez kilómetros en torno a dicha estación, fijando como tope el 21 de agosto al mediodía, a no ser que se culmine de modo satisfactorio la operación antes de finalizar ese plazo. Firmado, Homer Wilkes, Presidente de los Estados Unidos de América.*

—¡Bombas! —exclamó Pat, temblorosa.

Vic tiró el mensaje al suelo y le dio un puntapié en dirección a la papelera.

—Bombas, sí. ¡Los muy imbéciles! ¡Los malditos imbéciles! ¿Por qué no le han dicho lo que ocurriría? ¿Por qué no le confiesen que con eso eliminarán toda posibilidad de detener el transmisor? ¿Que la eliminarán para siempre?

Flavin se encogió de hombros, dejándose caer sin pensarlo en el sofá al lado de Ptheela.

Tal vez no tenía elección... O lo hace él o lo hará alguna otra potencia.

Se levantó de repente, mirando a Vic.

—¡Dios mío, será mañana al mediodía!

4

Vic consultó más tarde el reloj de pared y se sorprendió al comprobar que la tarde iba muy avanzada. Los demás le habían dejado solo. Ptheela había sido la última en marcharse, una vez que se dio cuenta de que ya no le quedaba ninguna información que dar. Vic tenía ante él una calculadora electrónica y, sobre ella, una tabla de las llamadas funciones de Dirac. Desde que la prensa descubrió que Dirac había predicho algunas de las características que hacían posible la teleportación, a todo le daban su nombre.

La papelera rebosaba, con resultados nimios. Arrojó la última hoja de papel al cesto y permaneció sentado, reflexionando ¡Tenía que haber una solución! Toda la filosofía del hombre se basaba en esa idea.

Sólo que esa filosofía incluía el suicidio y el sabotaje. ¿Qué otra cosa...?

Se incorporó, rechazando su fatiga con un esfuerzo sobrehumano. *Había* una solución. Bastaría con que diese con ella..., antes de que una política belicista, absurda en un mundo incluido en una alianza galáctica, impidiese su aplicación.

Atrajo la calculadora hacia sí, en el momento en que Flavin entraba en la habitación. El hombre estaba adelgazando, o tal vez la fatiga crease esa ilusión. Se dejó caer en una silla.

—¿Han sido ya evacuados los hombres que rodeaban la estación? —preguntó

Vic.

Flavin asintió.

—Sí. Algún tipo listo les convenció de que perdían el tiempo. Además, la cosa continuaba expandiéndose y se les acercaba demasiado. Vic, las noticias se hacen cada vez peores. ¿Está preparado para recibirlas?

—¿Qué sucede ahora? ¿No me diga que han adelantado el plazo a mañana por la mañana?

—¡Mañana! ¡Y un cuerno! Dentro de *dos horas* enviarán sus revienta manzanas controladas por radar. Todavía no piensan en las atómicas, pero ya lo harán. Algún necio persuadió a Wilkes de que una bomba común de ocho toneladas sería suficiente para romper el vidrio que dio origen al cortocircuito. Y Pan-Asia se está volviendo loca por completo. He hablado con Wilkes. Sin duda el generalísimo de Pan-Asia sólo quiso alborotar un poco, pero la gente ha perdido la cabeza por el pánico y se prepara para una guerra inminente.

Vic asintió de mala gana y buscó la benzedrina que había querido reservar hasta el último momento, con la esperanza de que le ayudase a soportar la situación. Ahora ¿qué más daba ya? Aun cuando se le ocurriese alguna idea, no tendría la oportunidad de ponerla en práctica sólo porque un puñado de tontos había decidido utilizar la estación como campo de prácticas de tiro.

—Y sin embargo...

Consideró con mayor atención el asunto. Existía una posibilidad entre un millón, pero merecía tomarla en cuenta. Más valía eso que nada.

—Tal vez funcione... siempre que atinen con el sitio. Conozco la posición del vidrio y el plano general de la estación. Ahora bien, habrán de permitirme que dirija la bomba. Flavin, ¿puede ponerme en comunicación con el presidente Wilkes?

Flavin se encogió de hombros y se dirigió al televisor. Consiguió traspasar algunas barreras gracias a una especie de código y luego se enzarzó en una guerra de nervios. Sin embargo, al parecer sabía por dónde andaba. En menos de cinco minutos, Vic estaba hablando con el presidente. Algunos minutos más tarde, la pantalla quedó en blanco, por un instante, antes de que apareciese otro rostro, esta vez el de un hombre uniformado, que formuló rápidas preguntas mientras Vic le señalaba el blanco correcto.

El oficial terminó por asentir.

—Quizá de resultado, Peters. Lo intentaremos. Si le interesa mirar, puede unirse a los observadores... El señor Flavin le indicará el lugar. ¿Qué posibilidades hay a nuestro favor?

—No demasiadas. De todos modos, vale la pena probar.

La pantalla volvió a oscurecerse y Flavin se levantó. Se trataba de una loca jugada. Sin embargo, se corría menos peligro haciendo vibrar el edificio que tratando

de derretir sus paredes, prácticamente inexpugnables. Cierto que ni siquiera el metal Betz II soportaría una serie de bombas de hidrógeno, lo único capaz de dañarlo. Mas ante semejante furia, toda la estación desaparecería.

Recogieron a Pat y se dirigieron al coche de Flavin. Vic sabía demasiado bien que no debía llevar a Ptheela. La presencia de una extraterrestre no sería aceptada de ningún modo en una operación militar. La tormenta había alcanzado ya la ciudad. Gruesas gotas de lluvia caían desde las densas nubes y el día estaba tan oscuro como la noche. El coche avanzó a duras penas bajo la lluvia. Por fin, Flavin abrió la portezuela y les indicó que corriesen al refugio metálico provisional.

Ya se había puesto todo en marcha. Lejanas antenas de radar vigilarían el camino seguido por los misiles teleguiados, y las bombas iban dotadas de células de infrarrojos, que actuaban como ojos mecánicos atravesando la lluvia y la oscuridad. La primera bomba empezó a moverse lentamente en la pantalla. Pronto ganó velocidad, conforme se aproximaba al edificio transmisor. El revestimiento pareció más cercano, y Pat se echó atrás, en un salto instintivo, cuando la bomba alcanzó su objetivo y la pantalla quedó en blanco. Un disparo certero.

No obstante, las antenas de radar no indicaron ningún cambio. Seguía viéndose la abrupta brecha en la circulación del aire, donde se iniciaba el campo transmisor, fuera del edificio. Cayó otra bomba, después otras, lo bastante espaciadas para que regresasen a su punto de origen en caso de actuar la anterior. Un bombardeo de altísima precisión, pese a operar sobre el furioso tornado.

El campo continuaba intacto, más acá del revestimiento, robando a la Tierra una impresionante cantidad de metros cúbicos de aire por segundo. Abandonaron la pantalla que mostraba lo captado por los ojos de las bombas. El ejército renunció a su vez.

—¡Qué extraño! —comentó un observador—. Cuando la bomba da en el blanco, no produce ningún ruido ni se ve ninguna explosión. Estuve mirando las antenas en vez de mirar la pantalla y nada. La bomba se limita a desaparecer.

Pat se agitó.

—Es el campo... *No lo afectan*. Las capta antes de estallar. Vic, lo mismo ocurrirá con las bombas atómicas. No lo afectarán.

La mente de Vic trabajaba aún más febrilmente que la de ella.

—Muy bien. A Ecthinbal le encantará eso. Los ecthingar despertarán para ver cómo les llegan las bombas atómicas a través del transmisor. Ya han recibido una dosis de nuestras bombas químicas. Adivina qué harán a continuación.

—Muy fácil —dedujo el observador—. Empezarán a enviarnos las suyas por el mismo camino. Tenemos el transmisor atascado en recepción automática, ¿no? Recibiremos lo bastante para convertir todo el planeta en radiactivo.

De pronto gritó con voz ronca, señalando a Ja ventana. Un vivo fulgor iluminó

por un instante la estación y se desvaneció. Vic se volvió hacia la antena, con el ceño fruncido. El campo seguía operando, y el transmisor permanecía en apariencia intacto. Si los ecthingar habían interceptado una bomba en su terminal, la habían devuelto antes de que ejerciese su efecto destructivo. El militar presentaba un aspecto enfermizo, mientras contemplaba el edificio.

Vic se dirigió hacia la puerta, con Pat asida de su mano, y Flavin les alcanzó al llegar al coche que les aguardaba.

—A la oficina de Bennington —ordenó Vic al conductor—. ¡Rápido! Alguien tiene que entrevistarse con los ecthingar, si todavía nos queda alguna oportunidad.

—Voy contigo, Vic —anunció Pat.

Vic negó con un movimiento de cabeza. Los labios de Pat se apretaron.

—He dicho que te acompaño. Nadie sabe gran cosa acerca de Ecthinbal o los ecthingar. Les enviamos mensajes en código y recibimos rutinarias respuestas en código. No podemos visitarles sin combinaciones espaciales, ya que su atmósfera no es apropiada para nuestro organismo. Y ellos nunca abandonan su planeta. Pero te dije que me interesaba la etnología, y estuve cotilleando un poco con ellos. Sé algunas cosas... y me necesitarás.

Él la rechazó de nuevo.

—Escucha, hay muchas probabilidades de que me reciban a tiros. Con uno de nosotros que muera basta. Si fallo, lo intentarán Amos o Flavin. Y si ellos también fallan... quedarás tú. ¿Qué más da que me maten allí o morir aquí a consecuencia de las bombas que envíen? Tal vez las cosas se solucionen si alguno de nosotros consigue hablar con ellos. No puedo asegurarlo, pero tal vez sea así.

En los ojos de Pat se veía que se sentía dolida. Sin embargo, cedió y le acompañó en silencio desde la unidad local de Bennington hasta la de Chicago. Una vez allí, se dirigieron a Chicago Interstellar. Aguardó paciente a que los encargados del control revisasen un traje presurizado para Vic. Luego, le ayudó a ajustárselo y a comprobar el equipo del oxígeno.

—Regresa, Vic —dijo por fin.

Vic le dio un ligero golpecito con el puño en la barbilla y la besó rápidamente, tratando de fingir un aplomo que le faltaba.

—Eres una buena chica, Pat. Lo procuraré.

Antes de penetrar en la cápsula se colocó el casco y lo atornilló y, una vez dentro, esperó a que aquélla se sellara. Vio cómo Pat se dirigía hacia el teléfono interestelar y fruncía los labios para silbar en código. No percibió lo que decía, pero las luces cambiaron abruptamente, y la mano de Pat apretó el interruptor.

Transcurrió un tiempo indefinido y se encontró en Etchinbal, contemplando una atmósfera de un verde apagado, observable tan sólo gracias al súbito cambio, y con un sobrepeso de unos veinte kilos. El transmisor era del acostumbrado diseño Betz II.

Todo lo demás le resultó también familiar, excepto la criatura que le esperaba de pie junto a la cápsula.

El ectchindar parecía la creación de un vidriero entusiasta de las innovaciones, realizada en cristal verde y revestida de una suave piel. Terna dos largas y delgadas piernas, multiarticuladas, y algo que recordaba vagamente la pelvis de un esqueleto humano. Encima, otras dos delgadas varas, con un doble bulbo en el punto que deberían ocupar unos hombros semejantes a las defensas usadas por los jugadores de rugby, unidos y coronados por cuatro protuberancias rígidas, cada una de las cuales ostentaba un ojo y un orificio. De cada hombro salía un par de brazos, que casi llegaban hasta el suelo.

Casi esperaba oír un tintineo cuando la criatura se moviese y se sorprendió al oírlo en efecto, hasta que se dio cuenta que el sonido era transmitido por el suelo de metal.

Después de un incomprensible proceso, sin duda de esterilización, el etchindar abrió la cápsula. Su silbido en código galáctico provenía de un dispositivo colocado en sus pies y alcanzó los pies de Vic a través del suelo. El aire era demasiado ligero para la transmisión normal del sonido.

—Te saludamos, hombre de la Tierra. Nuestra casa es pobre, pero te pertenece. Nuestras vidas están a tu disposición. —El formal discurso finalizó con un estridente silbido—. Y así es. Nos estáis matando.

Aquello iba más allá de las previsiones de Vic. No obstante, decidió seguirle el humor.

—Ésa es la razón de mi presencia aquí. ¿Tenéis alguna clase de gobernante? ¿Sí? Muy bien. ¿Qué puedo hacer para verle?

Pocas esperanzas tenía de que el tal gobernante le recibiera. Al menos, se dijo, no abandonaría sin haberlo intentado. El ectchindar no pareció sorprendido.

—Por supuesto. Te llevaré de inmediato ante él. ¿Qué objeto tendría la existencia de un gobernante sino servir a quienes desean verle? Pero antes, te pido mil perdones por esta demora; deseo preguntarte algo: ¿habéis visto una extraña luz en vuestro defectuoso transmisor?

Vic le echó una ojeada y asintió con la cabeza.

—Sí, la hemos visto.

Ahora le descargaría el golpe. Se preparó para recibirlo. La criatura se limitó a repetir ceremoniosamente su gesto.

—Me cuento entre los que pensaron en la posibilidad de que ocurriese así. Y me reconforta saber que mi ciencia resultó cierta. Cuando llegaron las bombas, las contuvimos con un blindaje instantáneo, ya que nos imaginamos que haríais algo en ese sentido para corregir vuestro aparato. Pero cometimos el error de pensar que usaríais bombas radiactivas. Para contrarrestarlas, probamos un nuevo aspecto

negativo del espacio. Por supuesto, falló. Porque se trataba sólo de bombas químicas. Sin embargo sostuve que, al ser negativas, alguna habría pasado del receptor al transmisor. Eres muy amable al confirmar mi suposición. Y ahora, si me haces el honor de apoyar una mano en mi hombro, mi unidad portátil nos transportará a los dos...

Vic obedeció y la escena cambió de repente. Le dio la impresión de que ni siquiera usaban un transmisor, lo cual superaba todo cuanto había oído referente a otros planetas. Tal vez no tuviese nada que ver con la máquina teleportadora.

No le dio tiempo a preguntar nada. Se abrió una puerta en la pequeña habitación en la que se encontraban y apareció otra criatura, con el cuerpo unido de la pelvis a los hombros, y parecida a la primera en todo lo demás.

—Has solicitado ver al gobernante —silbó—. Lo poco que posee el gobernante es tuyo. ¿En qué puedo servirte?

O aquella criatura era de una ingenuidad inconcebible o se trataba de la más extravagante evasiva con que Vic había topado hasta entonces. De todos modos, no coincidía en absoluto con nada de lo que se había imaginado. Tragó saliva y comenzó a silbar, exponiéndole la situación general en la Tierra.

El ecthindar le interrumpió con gran amabilidad.

—Ya sabemos eso. Y nosotros nos encontramos en la situación inversa..., aunque también nos morimos. Nuestro planeta tiene una atmósfera muy ligera, cloro en su mayoría. Y ahora nos está llegando una fuerte corriente de oxígeno por el transmisor de materia, un veneno para nosotros. Nuestros hogares se incendian, nuestra vida vegetal perece, y nosotros nos vemos obligados a encerrarnos y sellar toda entrada. Al igual que vosotros, tampoco podemos hacer nada... El aire de vuestro mundo sobrepasa nuestras fuerzas.

—Pero vuestra ciencia...

—Está mucho más adelantada que la vuestra, es cierto. Como también lo está nuestro promedio de inteligencia. La nuestra va poco más o menos de un mínimo arbitrario de uno a un máximo de dos, mientras que la vuestra, según suponemos, oscila de un mínimo de un octavo a un máximo de casi tres. No se dan aquí niveles tan bajos como en la Tierra, pero tampoco alcanzamos vuestro nivel de genialidad... Entre vosotros, los hay más inteligentes que cualquiera de nosotros, aunque muy pocos nos superan en ese aspecto. Pero todos os mostráis adaptables, en tanto que nosotros constituimos una raza demasiado lenta para poseer esa virtud.

Vic negó con la cabeza, insistiendo:

—Pero las bombas...

Ambas criaturas intercambiaron una serie de graciosos gestos. Después, el gobernante se volvió hacia Vic.

—Por supuesto, el gobernante no sabía. No tiene importancia. Perdimos algunos

miles de personas a las que amábamos. Sin embargo lo comprendemos. No hay ira en nosotros, aunque nos agrada ver que vuestra cortesía atraviesa el espacio para brindarnos vuestra condolencia. Que vuestros muertos descansen en paz.

La situación se había aclarado un poco. Vic sintió que parte de su preocupación se desvanecía.

—Entonces, no creo que... Bien, ¿tenéis alguna idea acerca de cómo resolver este lío?

Hubo un instante de desconcierto, durante el cual las dos criaturas se comunicaron con abruptos movimientos. Luego, algo apareció en las manos del gobernante, vibrando estridente. Vic retrocedió de un salto... y se quedó rígido a medio camino, cayendo desmañadamente al suelo. Sintió como si se le congelase el espinazo, y el hielo se extendió a lo largo de su espina dorsal, hasta el cerebro. ¿Muerte o parálisis? Lo mismo daba... Sólo disponía de aire para una hora más. Las dos criaturas seguían hablándose por señas, mientras se acercaban a él, cuando Vic perdió el conocimiento.

5

Su primera sensación al recuperar el sentido fue la ya familiar de embotada fatiga. Advirtió que se encontraba en una habitación muy pequeña... ¡Pat yacía a su lado!

Se incorporó hasta sentarse, sorprendido al no sentir ninguna molestia derivada de la fuerza que el gobernante empleó contra él. ¡Aquel condenado loco le había atrapado! Y para colmo, se habían apoderado también de ella.

Pat abrió de pronto los ojos.

—¡Maldita sea! Casi me quedo dormida esperanto que te repusieras. Menos mal que se me ocurrió traer oxígeno de repuesto. Tu carga se está terminando. ¿Porqué les insultaste?

La miró sorprendido, mientras la muchacha le cambiaba el tanque del oxígeno y él hacía lo mismo por ella.

—¿Yo? —repuso—. No les insulté. Me limité a preguntarles si no habría algún modo de resolver este asunto.

—Pues eso significó para ellos tu sospecha de que no te brindaban toda la ayuda posible, pese a su formal oferta en el momento de tu llegada. Por fortuna, les convencí de que, cualquier cosa que hubieses dicho, se debía a tu ignorancia del código, que aún estás aprendiendo. Son buena gente, Vic. Nunca creí en la existencia de razas superiores a la nuestra. Ahora me veo forzada a admitirlo... Y no me molesta en lo más mínimo.

—A Flavin sí que le molestaría. Se creería en la obligación de demostrar que son mariquitas o cualquier cosa por el estilo. ¿Cómo se sale de aquí?

Pat abrió la puerta, y ambos regresaron a la habitación del gobernante, que les

esperaba. No aludió al malentendido. Inspeccionó a Vic, silbó su aprobación respectó a la condición en que se encontraba y fue derecho al grano.

—Hemos dado con una solución parcial, terrícola. Cierto que nos morimos, pero faltan aún dos semanas para el final. En primer lugar, instalaremos un aparato de transmisión continua, equipado con precipitador para eliminar nuestro cloro, y lo conectaremos a uno de vuestros transmisores..., al que señaléis. Ecthinbal tiene una gran densidad, pero es pequeño. Pronto se alcanzará el equilibrio entre el aire que perdéis y el que regresará. Los vientos que se establecerán entre las estaciones acaso alteren vuestro clima, pero confiamos en que no os causen muchos trastornos. Todo lo que posee el gobernante os pertenece. Feliz viaje.

Les tocó en el hombro y se encontraron de pronto en el transmisor, para, casi al instante, verse de nuevo en la sucursal de Chicago. Vic seguía meneando la cabeza.

—No dará resultado... El gobernante no tuvo en cuenta la rapidez con que se reduce nuestra gravedad y nuestro aire se hace más ligero, sólo a unos cuantos kilómetros de altitud. Terminaríamos quizá con una presión de dos kilos, a todas luces insuficiente. Moriremos tanto ellos como nosotros. Dos mundos sobre mis espaldas... Bien, de todos modos había que escucharles. Pat, ¿cómo les convenciste para que me dejaran en paz?

Pat se había desembarazado ya del traje presurizado y estaba peinándose.

—Como dice Amos, puro sentido común. Pensé que los ingenieros suelen considerar a sus colegas primero como tales y luego como extranjeros. Así que me dirigí al ingeniero jefe, en lugar de hacerlo al gobernante. El lo solucionó todo. Supongo que comprendió mi desesperación, sabiendo que el oxígeno se te acabaría en una hora.

A través del interurbano local, se dirigieron a Bennington y luego al despacho de Vic, donde Flavin les salió al encuentro con evidente alivio y una cantidad de preguntas. Vic dejó que Pat las contestase, mientras él reflexionaba sobre sus palabras. Le había sugerido una idea: prescindir de los gobernantes y entenderse con los ingenieros.

¿Existía alguna solución obvia que los administradores, pese a comprenderla, arrastrados por sus prejuicios, serían incapaces de aplicar? Forzó su vacilante memoria, pero no logró dar con nada aprovechable.

Pat finalizaba ya su informe acerca de la oferta hecha por Ecthinbal, sin que Flavin se sintiese en absoluto impresionado, cuando Ptheela entró en el despacho y hubo que contárselo todo, suscitando una reacción mucho más entusiasta por su parte.

—¿Y qué? —preguntó Flavin—. Morirán de todos modos. Lo lamento mucho, claro, pero tenemos nuestros propios problemas. ¡Eh, un momento...! Quizá nos sirva de algo. Necesitaremos agallas y arriesgarnos un poco... Sí, tal vez funcione...

Y Flavin calló, dando vueltas al asunto, mientras Vic aguardaba, ansioso por

escuchar cualquier plan. El hombre sacó un cigarro y lo encendió cuidadosamente, el primero después del accidente. Hasta entonces se había privado de fumar, considerando que con ello se agotaría más de prisa el aire.

—Escuchen —habló al fin—, aunque ellos hagan funcionar su transmisor, sólo obtendremos un cuarto del aire que precisamos. Ahora bien, supongamos que nos agenciamos cuatro fuentes de suministro. Conectamos nuestros aparatos con mundos que posean un atmósfera a base de oxígeno. Después, cargamos nuestros transmisores con bombas atómicas de efecto retardado y enviamos una cápsula de muestra a cada uno de esos mundos. Así que o nos envían aire por sus transmisores o detonamos las bombas. Vivirán con el aire que les reste... Quizá con algunas dificultades, pero vivirán. Y nosotros nos salvaremos. El Congreso y el presidente saltarán de contento.

—¿Y eso es todo? —preguntó Vic.

Flavin asintió, y el muchacho le derribó de un puñetazo en plena boca. El hombre quedó sentado en el suelo, palpándose la mandíbula y mirando a Vic, cuyo enojo ya se había esfumado y que le ayudó a levantarse.

—No sé si juzgarle como un tipo decente o como un canalla —dijo—. Bueno, ya recibió lo suyo. Me gustaría que lo recibiesen también los auténticos canallas que tanto abundan por aquí. Además, acaso haya algo aprovechable en su propuesta.

—Está bien, no he perdido ningún diente... Sólo el primer cigarro del que disfrutaba en todos estos días. —Flavin se frotó cautelosamente la mandíbula y sonrió con tristeza—. Debí prever su reacción. Pero a mí me preocupa primero la Tierra. ¿En qué consiste esa gran idea suya?

—En conseguir en efecto el aire a través de otros planetas. *Nuestro* propio aire. Será un trabajo de pura rutina. Si organizamos una cadena, de manera que el aire que sale de un transmisor en una estación se equilibre con el aire que llega a otro en la misma estación, armaremos una corriente terrible, pero confinada prácticamente en el lugar. Así se calmaría el torbellino exterior que nos impide aproximarnos. En vez de esa loca ráfaga de aire dentro y fuera del edificio, habría nada más un remolino fuera de la cámara interior. Conservaríamos nuestro aire y nos proporcionaría tiempo para encontrar un modo de acercarnos a ese trozo de vidrio.

—¡Vic, cariño!

Los hombros de Pat se irguieron. Flavin, en cambio, meneó la cabeza.

—Imposible. Habría que solicitar la autorización de Wilkes para ponernos de acuerdo con el otro planeta... Y la denegaría. Demasiado riesgo. El presidente debe considerar primero nuestra seguridad.

—Ahí interviene el elemento que me sugirió Pat. Los ingenieros forman una especie de confraternidad. Acostumbran a pensar en sus colegas como tales, no como en representantes de otras razas con los que deben competir... Les agrada trabajar juntos. Tienen los mismos problemas y desarrollan los mismos hábitos de trabajo. Si

yo estuviese a cargo de una estación y me propusiesen esa idea, detestaría rechazarla y sin duda prescindiría de las consideraciones políticas. Además, todo ingeniero desea saber qué ocurriría en el caso de una transmisión continua. Me precipitaría hacia los rollos de lectura de los instrumentos. Y la mayoría de los ingenieros pensarían igual.

—Ya estamos sintonizados con Plathgol mediante un segundo transmisor —agregó Pat—. Pueden empezar a enviarnos oxígeno, aunque los otros cuatro transmisores se encuentren desconectados de momento. Y los ecthingar nos revelaron que ellos operaban en pleno cuando tuvo lugar el accidente, así que permanecen conectados con otros cinco planetas. Sin embargo, según recuerdo por las cartas, no están conectados con Plathgol.

—El bombardeo comenzará dentro de unas cuatro horas —comentó Flavin—. Con bombas atómicas esta vez. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que no nos restará ninguna esperanza. Desde luego, los ecthingar las neutralizarán en su mayoría..., pero no hay manera de evitar que alguna salga de aquí ya activada y estalle al llegar allí. Entonces ya no habrá ningún transmisor en su estación. Sólo una central de recepción permanente.

—Muy bien —decidió Flavin—. Debemos apresurarnos a establecer una ruta entre Ecthinbal y Plathgol. Hemos de conseguir un montón de permisos... ¡Y pronto! Necesitaremos también todas las cartas que logremos encontrar.

Los ingenieros de la sucursal de Chicago se entretenían jugando a los dados cuando se presentaron los cuatro a través del transmisor interurbano. Ptheela había solicitado de los tres humanos que le permitiesen acompañarles, y ellos se apresuraron a aceptar su oferta. Para ser más precisos, sólo dos ingenieros jugaban a los dados. No había nadie más en el lugar, ni se veía ningún indicio de actividad. Había trascendido la inminencia del bombardeo, y los ingenieros temían la llegada de bombas activadas a todos los telepuertos de la Tierra. Sabían lo que harían los gobiernos de la Tierra en esas circunstancias e ignoraban la filosofía ecthingar. Por lo tanto, pasaron la voz al resto de los empleados, y todos se apresuraron a marcharse, dejando a aquellos dos, que aprovechaban el escaso plazo para finalizar una larga partida.

—¿Saben ustedes fijar derroteros? —preguntó Vic.

Ya había entrado en el edificio grande parecido a un granero que se alzaba aparte de la estructura principal, sin hallar en él a nadie del personal. Cuando los ingenieros respondieron que ignoraban por completo la materia, les echó de allí, apelando a su autoridad en la Teleport Interstellar. No les necesitaba, y ellos veían lo que se avecinaba con bastante cinismo como para retirarse muy contentos. A Vic nunca le había inspirado gran confianza el director de la estación de Chicago, ni el joven e indiscreto personal formado por aquél. ¿Cómo había permitido que trascendiera una

sola palabra? Si el público se enteraba de la gravedad de la situación, el pánico cundiría en kilómetros a la redonda.

Sin embargo, Chicago poseía la mejor red de rutas del país y Vic las necesitaba. ¿Cómo haría para conseguir personal entrenado en su manejo?

—¿Sabrá desenvolverse aquí? —preguntó Flavin a Pat.

Aceptó su señal de conformidad y vio sorprendido que Ptheela asentía con la misma rapidez. Sonrió entonces a Vic y comenzó a desembarazarse de su chaqueta.

—Bien, tienen ante ustedes a uno de los mejores jefes de tráfico de la red, aunque haya recibido mejores ofertas en la política. Soy francamente bueno. Pat, usted me irá dando los informes, mientras Vic se pelea con todo el mundo por los teléfonos del transmisor. Yo le apoyaré.

Era bueno de veras. Su mente penetraba el complicado y entrelazado bloque que formaban los grupos de transmisores y, sin que mediara en apariencia un previo pensamiento, pasaba de pronto a considerar otra medida... Bastaba que se le brindara la información una vez para grabarla en su mente. Suponía una ruda tarea, puesto que las estaciones contaban con seis transmisores, sintonizados a sendos planetas..., en combinaciones de infinita variedad. Y cada mundo poseía su propia red de conexiones con otros planetas del sistema. La fijación de derroteros constituía el aspecto más complicado.

Ptheela se encargó de la comunicación con Plathgol, ya que todavía gozaba de buena reputación, al menos hasta que su Concejo se enterase de que había infringido la ley al hablar con Vic. No tropezó con ningún problema. Pero pronto se presentaron. La estación de Ecthinbal, que se hallaba conectada sólo con otros dos planetas cuando se produjo el accidente, quedó luego fuera de funcionamiento. Vromatchk no se interesó siquiera por la idea y se negó sin rodeos. En cuanto a Ee, el segundo, se mostró bastante difícil.

Esto sorprendió a Vic, ya que no se ajustaba a las teorías de Pat sobre los ingenieros. Frunció el entrecejo y silbó de nuevo:

—De acuerdo, no importa. Vuestro celo es encomiable. ¡Ahora, comunícame con un ingeniero de verdad!

El silbido de respuesta revelaba una clara sorpresa.

—Yo... ¿Cómo lo supiste? Contesté correctamente a todas tus preguntas.

—Seguro. Ajustándote a la Hoja de Normas para Ingenieros que figura sobre el transmisor. Ningún ingeniero auténtico se preocupa demasiado de ellas... Tiene cosas más importantes en que pensar. Anda, ponme con el ingeniero.

La respuesta fue obstinada.

—Mi padre duerme. Está cansado. Llama más tarde.

Y se cortó la conexión. Vic llamó a Ecthinbal mientras se introducía en la combinación a alta presión. Oprimió el interruptor de puesta en marcha y se metió en

la cápsula de la derecha. Un momento después, un ecthindar trasladaba la cápsula a otro transmisor, sirviéndose de una máquina de aspecto frágil. No tardó más de un segundo en enfrentarse a algo que recordaba a un tiranosauo en pequeño, con unos veinte tentáculos en lugar de patas delanteras. Supo entonces que se encontraba en Ee.

—¡Llévame ante el ingeniero! —ordenó—. ¡Ahora mismo!

Las grandes arrugas de sustancia córnea que cubrían los ojos de la criatura se abatieron en un gesto de ira sorprendentemente humano. Pero resultaba más difícil obstinarse frente a frente. Se dio la vuelta y condujo a Vic al exterior, hacía una enorme choza. Como respuesta a un grito prolongado, asomó por la puerta una cabeza del tamaño de un coche mediano, seguida por un cuerpo inconmensurable. El adulto aparecía cubierto por una gruesa capa de pelaje fibroso.

—¿De dónde eres? —silbó el ingeniero de Ee—. Espera... En cierta ocasión vi una imagen vuestra. ¿De la Tierra? Entra. Oí decir que tenéis un problema peliagudo.

Vic asintió. Se dio cuenta de pronto que, con toda probabilidad, aquella criatura manejaba sola toda la estación, como hacía en aquel momento de modo muy eficiente gracias a su tamaño y al número de sus tentáculos. Procedió a una rápida exposición del problema.

El looech, como se llamó así mismo, se rascó el estómago con una hilera de tentáculos y consideró el asunto.

—Me gustaría ayudarte. A la emperatriz le daría un ataque, claro, pero yo alegraría que fue un accidente. Después de todo, los ingenieros no tenemos que dar cuenta directa a los gobiernos, ¿verdad? Por desgracia, estamos en plena temporada. Ya voy retrasado, porque mi compañero se vio obligado a batirse en un duelo. Por esta razón encargué al cachorro que operase mientras yo dormía un poco. ¿De modo que el campo se expande en transmisión continua?

—En efecto. Sin embargo, no se expandiría mucho de no prolongarse demasiado el período de operación.

—¡Qué extraño! He pensado muchas veces en la transmisión continua, por supuesto, pero nunca sospeché que ocurriera tal cosa. Me pregunto a qué se debe.

Vic empezó a brindarle las explicaciones de Ptheela acerca de la resonancia desequilibrada entre el vacío del centro y los bordes en contacto con la materia, pero se interrumpió en seguida.

—Sin duda lo sabré mejor cuando lea los resultados en los instrumentos.

El looech gruñó.

—¿Y por qué no me envías las lecturas...? Hemos alcanzado poco más o menos; el mismo nivel galáctico, así que no se infringiría demasiado la ley.

Vic negó con un movimiento de cabeza.

—Si no puedo completar la cadena, no habrá lecturas. Creo que no te costaría un

gran esfuerzo instalar algunos interruptores a distancia.

—No habrá problema, aunque hasta ahora nadie había pensado en ellos. Supongo que funcionarán con nuestra energía de emergencia, si la forzamos un poco. ¡Oh, maldito seas! Ahora no podré dormir, pensando en el porqué de esa expansión. ¿Cuándo comenzarás?

Vic le dirigió una tensa sonrisa. Concertaron la hora aproximada y dejó que el loech le condujese a la cápsula. Después de pasar a toda velocidad por Ecthinbal, salió del transmisor en Chicago. Pat miraba preocupada hacia la cápsula, atraída por la inesperada llamada.

—Ternas razón, Pat —le dijo—. Los ingenieros no se preocupan de las formalidades. Dile a Flavin que contamos con Ee.

No obstante, faltaban aún muchos pasos por dar. En sus tratos con Noral se metió en un callejón sin salida y tuvo que aguardar una serie de turnos hasta dar con un ingeniero compasivo que accedió a escucharle y romper las reglas. Decisiones negativas aquí y allá mantenían a Flavin dando saltos en busca de nuevas rutas.

Casi lo habían logrado cuando descubrieron que una de las decisiones había sido revocada por cierta autoridad al enterarse del trato. Eso significaba que sin duda intervendrían otras autoridades y habría más revocaciones. Claro está que el ingeniero, una vez que actuase, podía reírse de todas las autoridades, dado que el interruptor a distancia se disimulaba con facilidad. Pero el tiempo se acababa. Faltaban sólo veintisiete minutos para la orden de lanzamiento de las bombas, y les llevaría quince por lo menos conseguir que se anulase tal medida.

—Déme eso —ordenó Flavin, apoderándose del teléfono—. Hay ocasiones en las que se necesitan ejecutivos y no ingenieros. Comunicamos con Seloo. Muy bien, aunque ni siquiera sabemos dónde se sitúa Seloo...

Su código galáctico era vacilante, pero lo bastante efectivo. Los mecánicos gorjeos que emitía el operador de Seloo se transformaron de súbito en un veloz discurso. Hubo una corta pausa, seguida de una discusión. Vic se sentía demasiado cansado para prestar atención. Aun así, pescó la frase final de asentimiento. Pat se hizo cargo del aparato e informó brevemente a Flavin.

—La ruta Enad-Brjd-Teeni está libre.

—Jamás oí hablar de Brjd —comentó Vic.

Flavin tuvo un asomo de jactancia.

—Al parecer, sólo disponíamos de listas parciales. Tal vez descubramos algún otro eslabón. Bueno, aquí tenemos la lista final. Me pondré en comunicación con el presidente Wilkes... Ahora que hemos triunfado, consentirá en esperar hasta ver cómo resulta.

Formaba un verdadero laberinto, pero la lista estaba completa. De la Tierra a Ecthinbal, Ee, Petzby, Noral, Szpendrknopalavotschel, Seloo, Brjd, Teeni y, por

último, a través de Plathgol, otra vez a la Tierra. Vic silbó la señal acordada y fueron llegando los acuses de recibo. La operación se hallaba en marcha. Y la señal de asentimiento de Flavin dio cuenta de que Wilkes la aceptaba y suspendía el lanzamiento de las bombas.

Todo seguía siendo incierto. El arreglo podía funcionar o no, aunque, al menos, la tensión cedió un tanto. Flavin se sentía agotado. Durante años no había realizado ningún auténtico ejercicio y, ahora, no había parado de correr de la centralita de comunicaciones a la sala de rutas. Se derrumbó en la mesa de embarque. Ptheela se inclinó sobre él y le masajéó con hábiles movimientos de sus brazos. Flavin gruñó, pero acabó por ceder y silbar agradecido.

—¿Dónde aprendió esto?

Ella le obsequió con una risita sofocada, al estilo terrícola.

—Instinto. Mis antepasados fueron plantas que atrapaban animales para alimentarse. Les atraíamos de muchas maneras..., no sólo por nuestro aspecto y nuestro aroma. Todas las sensaciones de su cuerpo se reflejan con exactitud en mi nuca. ¡Hummm, delicioso!

Flavin luchó contra esa imagen. Su rostro cambió de color. Los brazos de Ptheela se movieron con mayor lentitud y él acabó por relajarse. Buscó un cigarro.

—Apuesto a que tendré pesadillas, pero valió la pena... ¡Caramba! Algunos de los gobernantes se están enterando. Eso no me agrada en absoluto.

El personal reducido al mínimo que permanecía en Bennington se comunicaba con ellos por el sistema normal de televisión. La situación parecía ir mejorando, aunque no les permitía aún aproximarse lo bastante para asegurarse. A su entender, el tornado sobre la ciudad disminuía, pero el comportamiento climático de la Tierra, tan alterado, se restablecería muy despacio. El campo se reducía conforme se recuperaba el aire, si bien muy lentamente.

Ptheela no necesitaba dormir. Flavin en cambio, ya roncaba. Pat detuvo a Vic con un movimiento de cabeza cuando le vio a punto de acomodarse sobre una mesa. Le condujo al exterior, hacia la parte trasera de uno de los cobertizos, en el que había un catre con una manta, destinado a uno de los supervisores. Le empujó hacia él. En tanto Vic se resistía a la idea de utilizar la única cama blanda, la muchacha se echó, llamándole a su lado.

—No seas tonto, Vic. Cabemos bien los dos y resulta mucho mejor que una de esas mesas.

Vic se sintió en el paraíso, por muy angosto que fuese. Sin embargo, su cuerpo estaba demasiado cansado para responder de manera apropiada. La tensión continuaba, recordándole que nada se podía dar por seguro todavía. A su lado, Pat se agitaba inquieta. Vic se dio la vuelta, se acercó más a ella para huir del duro borde del camastro y la rodeó con un brazo.

Pensó por un momento que Pat protestaría, pero ella se volvió hacia su lado, sujetando el brazo masculino sobre su cuerpo. En la penumbra, los ojos grandes y graves de Pat se encontraron con los suyos. Los labios de la chica temblaron brevemente bajo los de él y luego respondieron con firmeza a la caricia. Sus cuerpos se juntaron apretándose, y Vic buscó en ella el alivio y el fin de sus tensiones.

Su acto fue automático, casi inconsciente y, sin embargo, cálido y personal, con un toque de ternura que el embotamiento no alcanzó a ensombrecer. Después, Pat permaneció relajada entre sus brazos, en tanto sus propios músculos se abandonaban a la blanda comodidad del camastro. Ella sonrió ligeramente, alisando hacia atrás el pelo de Vic.

—Me alegra que seas tú, Vic —dijo.

Y sus ojos se cerraron, mientras él buscaba una respuesta, y sus palabras se difuminaban en una leve niebla de somnolencia.

Le despertó el áspero sonido de un zumbador. Una luz se encendía y apagaba junto a su cabeza. Se sacudió de la confusión del sueño y buscó el intercomunicador. Al apretar el interruptor, se dejó oír la voz de Flavin.

—Vic... ¿dónde diablos se ha metido? No importa. Wilkes acaba de despertarme con su llamada. Vic, lo que hicimos ha servido de alguna ayuda, no demasiada. El campo se reduce ahora al edificio, pero ha dejado de achicarse y seguimos perdiendo aire. Hay demasiada pérdida en Ecthinbal. En Ee, el ingeniero no cerró bien los portones, y Ecthinbal no puede hacer nada al respecto. Sólo recuperamos unos dos tercios de nuestro aire. Wilkes no resistirá mucho tiempo la presión que ejercen sobre él para que ordene el bombardeo. ¡Venga pronto!

6

—¿Dónde está Ptheela? —preguntó Vic al entrar en la cámara del transmisor, pensando que, al no necesitar dormir, debería haberse mantenido vigilante.

—Se... supongo que regresó a Plathgol. Dijo algo acerca de que la habían llamado. Me desperté justo en el momento en que se iba. Las ratas empiezan a abandonar la nave en peligro, me parece..., aunque he de confesar que la creía diferente. Eso confirma que no se debe confiar nunca en una planta.

Vic centró su atención en el panel de comunicaciones. Los teléfonos continuaban ocupados. Todos conservaban aún la paciencia... Incluso los vacilantes aceptaban de momento las cosas. Sólo que no duraría mucho. Dejando aparte el riesgo, se requerían los transmisores para su utilización regular. Y no muchos de ellos contaban con una fuente de energía inagotable.

Una nueva nota se destacó sobre los demás sonidos. Vic se dirigió a la línea de Plathgol preguntándose qué querría Ptheela. Mas aunque habló con palabras inglesas, no se trataba de su amiga.

—Aquí Plathgol. Habla Thlegaa, esposa de doce maridos, ingeniero supremo del telepuerto de Plathgol, gobernante del Concejo de la Unión de Plathgol y diosa hereditaria, si os apetece oír la rutina completa. Ptheela acaba de comunicarme las malas noticias. ¿Por qué no nos llamasteis antes...? ¿O acaso nuestro aire no es lo bastante bueno para vosotros?

—¡Diablos! ¿Todos vosotros habláis inglés? —preguntó Vic, demasiado sorprendido para censurar sus pensamientos—. Vuestro aire siempre me ha olido muy bien. ¿Lo dices en serio?

La risita sofocada que le llegó no era esta vez una mera imitación. La baja entonación de Thlegaa coincidía con la de Ptheela.

—Hijito, aquí arriba somos capaces de hablar cualquier cosa que hablen nuestros iguales en cultura. Deberías escuchar mis sonidos nasales en francés y mis guturales en hebreo. Y ahora que sabes que podemos hablar, no tiene sentido observar la ley contra la libre comunicación. Quería decirte qué estamos retirando el sistema de freno del transmisor. Nuestra presión supera un poco a la vuestra, así que probablemente compensaremos por completo vuestra pérdida de aire. No obstante, puesto que carezco de poderes absolutos, tal vez convenga apresurar la operación. Ya me darás luego las gracias. ¡Ah! Ptheela quebrantó la ley antes de su revocación. Por lo tanto, ha sido desterrada. Cuando pongáis otra vez en funcionamiento vuestra planta de Bennington, la recibiréis como nuestro primer envío. Ya está preparado las maletas.

El rostro de Flavin dio signos inequívocos de alivio: A Vic le apenó tener que desilusionarle. El hombre parloteaba feliz. Bien sabía él, en lo más profundo de su corazón, que los plathgolianos eran una gente estupenda. Vic, en cambio, no se engañaba. La solución final del conflicto se hallaba todavía lejana. Gracias a la provisión extra de aire que aportarían los plathgolianos, el campo se reduciría al interior de la caja del único transmisor y se establecería un equilibrio entre el aire que salía y el que entraba, lo cual eliminaría las corrientes dentro de la estación, a excepción de las parásitas, y permitiría atravesar los vestíbulos circulares. Pero conseguir entrar a la cámara interior, donde el aire soplaba como un vendabal entre los dos transmisores, era asunto muy distinto.

El chófer de Flavin dormía al volante cuando salieron de la oficina local de Bennington. El instinto debió de despertarlo, sin embargo, pues salieron ala carrera en dirección a la estación interestelar. Vic observó que la nube que la rodeaba había desaparecido y que una multitud se hallaba reunida en las inmediaciones. Había cesado también el viento que hasta entonces imposibilitó su acceso, ni siquiera en un tanque, aunque sin duda, por muchas semanas aún, los partes meteorológicos hablarían de las perturbaciones que su paso había causado en la atmósfera.

Pat había pensado ya en los problemas que faltaba por resolver y vio sin demasiado asombro los rostros sombríos del personal de transmisión, apiñado cerca

de la entrada norte. Maldijo entre dientes con la metódica decisión de un hombre, mientras Vic se arrancaba la camisa de un tirón al aproximarse a la entrada.

—Esta vez te quedarás fuera —ordenó a Pat—. Se trata de una estricta cuestión de fuerza muscular para oponerse a la resistencia del viento... Y en ese aspecto, el hombre le gana a la mujer.

—¿Por qué crees que maldecía? Tómalo con calma.

Los hombres le abrieron paso. Se quitó toda la ropa hasta quedarse en calzoncillos y dejó que le untasen con aceite a fin de reducir la última resistencia del viento. Ya en la entrada, las corrientes parásitas se apoderaron de él, sin demasiada fuerza. Atravesar el primer revestimiento no fue demasiado malo. Localizó el portillo en la pared protectora intermedia y se ató una cadena a la cintura.

Y entonces, le anonadó la visión de lo que debió de ocurrir en Plathgol. Ni las cadenas les hubieran servido de nada cuando retiraron las cubiertas de las entradas... La súbita ráfaga de aire aplastó sus pulmones y quebró sus huesos —o lo que sostuviera sus cuerpos—, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Y aun así, se habían ofrecido como voluntarios, al precio de una muerte segura, para ayudar a otro mundo. Tenía que hacerlo lo mejor posible.

Llegó hasta la entrada interior, pero las corrientes parásitas, demasiado fuertes, no le permitieron continuar. Se asomó por el borde, y la ráfaga entre los dos transmisores estuvo a punto de succionarle. Abandonó el intento.

Encontró a Amos meneando con aire sombrío la cabeza.

—No debiste arriesgarte, Vic. Simple cuestión de sentido común. Por tres veces recorrí parte del camino, y las tres veces fracasé. Dada la velocidad de esa ráfaga, derribaría a un tractor antes de llegar al fragmento de vidrio.

Vic asintió. De todos modos, los tanques invertirían demasiado tiempo en la operación, aunque no sería mala idea reclamarlos. Llamó a Flavin con un grito. Acudió a la carrera. Vic se aseguró de que el pequeño edificio de las oficinas continuaba en pie.

—Ordene que traigan los tanques, por si los necesitamos —sugirió—. Y que los equipen con un rifle, algunas balas trazadoras y una mira multiangular lo bastante grande para abarcar ocho centímetros. Pida además dos de esos miniequipos de televisión para instalarlos entre el edificio y el campo... ¡Rápido!

Amos le miró intrigado. El coche de Flavin rugía ya en dirección a Bennington, con un par de policías precediéndolo para abrirle camino con las sirenas. Veinte minutos después se hallaba de vuelta.

Vic interrogó a Amos con un gesto y obtuvo como respuesta un gesto de afirmación. El hombre era viejo, pero debía de gozar de una gran resistencia, puesto que intentó tres veces adentrarse en el lugar. Pat colocaba el dispositivo captador frente al televisor que aún operaba entre la cámara del transmisor y la pequeña

oficina. Vic recogió el receptor y entregó el resto del equipo a Amos.

Supuso una verdadera tortura regresar hasta la entrada interior. Al fin lo lograron, y Amos le ayudó a sujetarse con la cadena, en tanto que Vic ajustaba la mira a la jamba de la puerta y encajaba en ella el rifle, no sin esfuerzo. En la borrosa imagen que aparecía sobre la pantalla del diminuto aparato, divisó el trozo de vidrio entre dos montantes, inalcanzable desde cualquiera de las dos entradas. Veía también el cañón del fusil. Al ser transmitida la imagen a la pequeña oficina y vuelta a él por la pantalla de retransmisión, perdía nitidez. Sin embargo, tendría que conformarse con eso.

El rifle iba cargado con catorce cartuchos. Apuntó lo mejor que pudo y ajustó la mira antes de apretar el gatillo. La bala rebotó en el revestimiento interior y se lanzó contra el vidrio..., errándolo por noventa centímetros.

Se acercó más en el quinto intento, fallando por menos de diez centímetros. No obstante, se volvía cada vez más difícil aferrarse al borde para ajustar a cada vez la mira antes de apretar el gatillo, y la violencia del viento en el interior desviaba las balas de su curso.

Sin preocuparse ya del ajuste, disparó cuatro veces más hasta que se vio forzado a detenerse para descansar. Todos los disparos se aproximaron al blanco, pero todos también se diseminaron. Aquello podía continuar durante el día entero.

—Déjame intentarlo a mí, Vic —gritó Amos por encima del rugido del viento. Llevo tirando al blanco con bastante éxito más de treinta años. Y he tenido un rifle en mis manos mucho antes de esto.

Cambiaron de lugar. Amos procedió a un ligero ajuste de la mira y apretó el gatillo. Se inclinó apenas sobre la culata del rifle, aspiró, una gran bocanada de aire, lo dejó escapar y disparó de nuevo. No se oyó ningún ruido sobre el rugido del viento..., hasta que el sonido cambió, como si el vendaval hubiese dejado de soplar.

Una ráfaga de aire les golpeó, envolviéndoles y arrojándoles contra la pared. Vic había olvidado el inevitable retroceso cuando se cortase la corriente de aire. Un retroceso que podía serles tan fatal como la propia corriente.

Poco a poco, se fue como había venido. Vic sentía su cuerpo magullado a consecuencia del impacto. Nada serio... Plathgol se las había arreglado para intervenir mediante el control remoto cuando cesó la ráfaga que les azotaba, con una precisión de casi un microsegundo, o para liberar la primera presión... Y se suponía que las ondas transmisoras eran instantáneas.

Paladeó el dulce sabor del triunfo, mientras se arrastraba hacia fuera, dolorido. Una vez desconectado este transmisor, y con los demás manejados a control remoto, concluía el incidente. Cuando la Tierra cesó de transmitir, Ecthinbal se conectó de manera automática. Y de ahora en adelante, se dotaría a cada transmisor de un equipo completo de controles remotos, con lo cual jamás se repetiría aquella situación.

Salió trastrabillando, liberándose de la cadena, al tiempo que los operarios entraban a la carrera. Pat surgió de la multitud con una toalla y un par de pantalones y le limpió el aceite antes de que se vistiese. Los labios de la muchacha temblaban un poco, intentando sonreír, y Vic comprendió que las cosas debían de presentar mal cariz cuando el viento se detuvo por fin.

Amos se ocupaba a su vez de limpiarse.

—Buen disparo, Amos. Supongo que está todo resuelto.

El viejo asintió.

—Seguro. Simple cuestión de sentido común, ya lo dije.

De entre la multitud surgió risueño el Enviado galáctico, tendiendo las manos hacia ellos.

—Sentido común operativo, querrá decir. Y en ningún mundo es tan común como debiera serlo. Otra cosa, Amos. Se alegrará de saber que ya no se sospecha de usted. He facilitado a su gobierno una lista de los auténticos saboteadores, y se encuentran todos bajo custodia. Como les dije, mi tarea se reduce a ser un observador de todo cuanto ocurre... ¡Pero un observador muy bueno!

—Ya me imaginé que me incluirían en la lista. Puro sentido común, ya que me encontraba en el lugar del accidente y logré escaparme —asintió Amos, encogiéndose de hombros—. ¿Va a permitir que a esos tipos les juzguen los tribunales terrícolas ordinarios?

—Por supuesto, —respondió el Enviado—. Me parece mejor. Buen trabajo, Pat, Vic, Amos... También usted, Flavin. No tenía la menor seguridad en lo que a usted concernía. Reaccionó muy bien..., al descubrir que podía cooperar con otros mundos, el modo más maduro de resolver el problema. En mi criterio, Plathgol y la Tierra han aprobado el examen final y se han convertido en auténticos miembros del Concejo, bajo la tutela de Ecthinbal. El Concejo suele mostrarse un poco más condescendiente en cuanto a echar una mano y brindar información a planetas comerlos suyos. Les felicito. Bueno, ya se enterarán de los detalles por los noticiarios cuando proceda al anuncio final. Volveremos a vernos, estoy seguro.

Acababa de irse Cuando apareció Ptheela. Seis delgadas y tenues versiones de sí misma la seguían en fila india.

—Me ascendieron antes de desterrarme, Pat —rió—. Te presento a mis seis fuertes esposos. Ahora cuento con la semilla más potente de toda la Tierra. ¡Ah! Por poco lo olvido. Un regalo para ti y para Vic.

También ella se fue, guiando a sus maridos en dirección al coche de Flavin. Vic bajó la vista para examinar el particularmente desagradable tsiuna que Pat sostenía en sus manos. Sonrió melancólico.

—De acuerdo. Me acostumbraré a él —dijo—. Supongo que lo comeremos a menudo. ¿Quieres casarte conmigo, Pat?

La muchacha dejó caer el tsiuna en las manos de Amos, corrió hacia Vic y le ofreció sus labios. Sólo un mes más tarde descubrió Vic que el tsiuna sabía un poco mejor que el pollo.

* * *

Scott Meredith me llamó pocos días después de que Gold aceptase mi novela corta para sostener una larga charla conmigo. No se tomó el trabajo de aclararlo, pero quería hablarme como agente y amigo, no como jefe. Deseaba pasar revista conmigo a mi situación, para tener una visión objetiva de la misma.

Mis ingresos de los meses anteriores fueron suficientes para permitirme vivir de ellos, incluso sin el sueldo que percibía en la oficina. Y las perspectivas mejoraban. Tenía un contrato para escribir un libro de divulgación sobre la energía atómica. (El cual se convirtió luego en un éxito de crítica, ampliamente elogiado e incluido en la lista de libros recomendados por la Biblioteca Pública de Nueva York. Por desgracia, el editor había hecho una impresión de muy mala calidad, y las ventas no pasaron de unos setecientos cuarenta ejemplares). Me había conquistado un nombre en diferentes campos de la ficción publicada en las revistas baratas, y varios directores de revistas comenzaban a interesarse por mi trabajo. Me dedicaba de nuevo a la ciencia ficción, un género en alza, que pagaban muy bien. Scott me aseguró que colocaría todo cuanto yo escribiese..., una promesa que mantuvo en todos estos años.

Así que, obviamente, carecía de sentido que considerase la literatura como un trabajo ocasional. Que escribiese de noche, si lo prefería así, pero no debía hacerlo después de todo un día en la oficina. Ya iba siendo hora de aceptar que era un escritor profesional, sin necesidad de ningún otro trabajo.

Ya habíamos discutido todo esto en otras ocasiones, aunque sin concretar. Ahora decidimos que trabajaría un mes más en la agencia y luego me retiraría.

Durante ese último mes, escribí tres pequeños cuentos de ciencia ficción y, en un principio, pensé en incluirlos aquí. No lo haré. El viraje de mi vida tuvo lugar en el momento en que tomé mi decisión, no cuando lo limpié todo y abandoné la oficina.

Me llevó casi doce años exactos a partir de la publicación de mi primer relato decidir que escribir era mi vocación, y no uno de mis muchos intereses. Me costó mucho trabajo llegar a darme cuenta, pero experimenté un intenso alivio cuando al fin me resolví. Siempre es bueno saber que uno está haciendo lo que debe hacer.

He aquí, pues, la historia de doce años de vueltas y tropiezos hasta convertirme en un escritor de ciencia ficción, junto con los trabajos de aquella época no recopilados en ninguno de mis libros.

Abandoné la oficina en mayo de 1950. Y desde entonces, mi principal fuente de ingresos reside en la literatura.

He hecho otras cosas, claro, aunque siempre en relación con este campo y

derivadas de mi profesión. Por ejemplo, dirigí revistas (durante un tiempo, cuatro a la vez), critiqué libros, di conferencias y cursos. Y juzgo eso como bueno, porque creo que un hombre ha de tener por lo menos alguna experiencia en cada aspecto de la especialidad en que trabaja. También he disfrutado de una más buena acogida por parte de los lectores de ciencia ficción, lo que para mí da un gran valor al trabajo que realizo. Actué como presentador y fui invitado de honor en congresos mundiales, lo mismo que en otras muchas convenciones más pequeñas.

Pasé también malas épocas... La culpa he de achacarla fundamentalmente a mí mismo. En cierta ocasión, me quedé bloqueado por un largo período durante el cual me mostré incapaz de escribir. Por suerte, los derechos de autor sobre libros juveniles y sobre la reedición de algunos viejos relatos bastaron para mantenerme. Y por fin, el bloqueo cedió, cosa que siempre ocurre si el escritor no se deja arrastrar por el pánico.

El mundo de la ciencia ficción se portó bien conmigo. Me abrió todo un universo en innumerables relatos fantásticos. Me brindó una profesión con la que disfruto, y bastantes honores. En él conseguí muchos amigos entre los directores, escritores y aficionados, amigos mejores y más interesantes de lo que cualquiera pueda desear, miembros de una misma familia, que comparten sus alegrías y sus penas y se unen en torno a un interés común en constante expansión.

Para mí es el mejor de todos los mundos posibles..., y a veces de los imposibles.

Autorizaciones

Alunizaje ("Lunar Landing"), de "Astounding Science Fiction", octubre de 1942. Copyright © 1942 by Street and Smith Publications, Inc.

Quinta libertad ("Fifth Freedom"), de "Astounding Science Fiction", mayo de 1943. Copyright © 1943 by Street and Smith Publications, Inc.

El amado de los dioses ("Whom the Gods Love"), de "Astounding Science Fiction", junio de 1943. Copyright © 1943 by Street and Smith Publications, Inc.

Aunque los soñadores mueran ("Though Dreamers Die"), de "Astounding Science Fiction", febrero de 1944. Copyright © 1944 by Street and Smith Publications, Inc.

Inocentada ("Fool's Errand"), de "Science Fiction Quartely", noviembre de 1951. Copyright © 1951 by Colúmbia Publications, Inc.

El tuerto ("The One-eyed Man"), de "Astounding Science Fiction", mayo de 1945. Copyright © 1945 by Street and Smith Publications, Inc.

Y la oscuridad... ("And the Darkness"), de "Out of This World Adventures", julio de 1950. Copyright © 1950 by Avon Periodicals, Inc.

Sombras de un imperio ("Shadows of Empire") de "Future Combined with Science Fiction Stories", julio-agosto de 1950. Copyright © 1950 by Colúmbia Publications, Inc.

Facsímil ultraperfecto ("Unreasonable Facsímile"), de "Future Science Fiction", julio de 1952. Copyright © 1952 by Colúmbia Publications, Inc.

Reflejo condicionado ("Conditioned Reflex"), de "Future Combined with Science Fiction Stories", mayo de 1951. Copyright © 1951 by Colúmbia Publications, Inc.

En la cumbre ("Over the Top"), de "Astounding Science Fiction", noviembre de 1949. Copyright © 1949 by Street and Smith Publications, Inc.

Viento entre los mundos ("Wind Between the Worlds"), de "Galaxy Science Fiction", marzo de 1951. Copyright © 1951 by Galaxy Publishing Corp.